PRESENTED TO THE

116609

D. 154.29
vol. 2.

Public Library of the City of Boston

SIC UT PATRIBUS SIT FRUI NOMEN.

BOSTONIA
CONDITA AD
1630.

SALUTATUS REGIMINE DONATA A.D. 1822.

By George Ticknor, Esq.

Received _____ No. _____

Primavera y Flor

de

Romances.

Tomo segundo.

PRIMAVERA Y FLOR

DE

ROMANCES

Ó

COLECCION

DE LOS MAS VIEJOS Y MAS POPULARES ROMANCES CASTELLANOS

PUBLICADA

CON UNA INTRODUCCION Y NOTAS

POR

DON FERNANDO JOSÉ WOLF Y DON CONRADO HOFMANN.

TOMO SEGUNDO.

BERLIN

EN CASA DE A. ASHER Y COMP.

1856.

D.154
.29
w.2

116609
S.S.

TABLA DE LAS MATERIAS

contenidas en este tomo.

ROMANCES NOVELESCOS Y CABALLERESCOS SUELTOS.

Pag.

Romance de la reina Elena. 3
Romance de Eneas y Dido. 7
Romance de Virgilios. 11
Romance del infante Troco. 13
Romance del baño en el Jordan. 15
Romance del prisionero. 16
Romance de Rosa fresca. 18
Romance de Fontefrida. 19
Romance de la buena hija. 20
Romance de la linda infanta. 21
Romance de Rico Franco. 22
Romance de Marquillos. 23
Romances de Moriana y el moro Galvan. 25
Romance de Julianesa. 31
Romance de la constancia. 32
Romance de Bovalías el pagano. 32
Romance del rey Búcar. 33
Romance de Sevilla. 35
Romance del rey moro. 36
Romance de las dos hermanas. 38
Romance del cautivo cristiano. 41
Romance de la mora Moraima. 42
Romance de don García. 43
Romance de don Manuel de Leon. 45
Romance del conde Sol. 48
Romance de Blanca-Niña. 52
Romances del conde Lombardo. 53
Romances de Galiarda. 56
Romance donde se queja á su amigo de que se casó su amiga. 59
Romance de Catalina. 59
Romance de la bella mal maridada. 60
Romance de la ermita de San Simon. 62
Romance de la guirnalda de rosas. 63
Romance de una gentil dama y un rústico pastor. 64

Pag.
Romances de don Tristan. 66
Romances de Lanzarote. 68
Romance de don Bernaldino. 71
Romance del infante vengador. 72
Romance de la infantina 74
Romance de Espinelo. 77
Romance del conde Arnaldos. 80
Romances de la hija del rey de Francia. 82
Romances de las señas del esposo. 87
Romance de las reales bodas que se hacian en Francia. 90
Romance de la infanta y el hijo del rey de Francia. 91
Romance de la infanta y don Galvan. 92
Romance de la infanta casada á hurto del rey con el conde. 94
Romances de Gerineldo. 96
Romance del conde don Ramon de Barcelona y la emperatriz de Alemaña. . 102
Romance del conde Alarcos y de la infanta Solisa. 111

ROMANCES CABALLERESCOS DEL CICLO CARLOVINGIO.

Romance del conde Dirlos. 129
Romances sobre el Marques de Mántua, Valdovinos y Carloto. 171
Romances de Gaiferos. 222
Romances de Montesinos. 251
Romances de Durandarte. 307
Romances de la batalla de Roncesvalles. 313
Romances de Reinaldos. 326
Romances del conde Claros. 358
Romances de Calainos. 386
Romance del palmero. 408
Romances del conde Almerique de Narbona. 414
Romance de la linda Melisenda. 417

ROMANCES NOVELESCOS

Y

CABALLERESCOS SUELTOS.

109.

Romance de la reina Elena.

— Reina Elena, reina Elena,
¡Dios prospere tu Estado[1]!
si mandais alguna cosa
veísme aquí á vuestro mandado.
— Bien vengades vos, Páris,
Páris el enamorado.
Páris, ¿dónde vais camino,
dónde teneis vuestro trato?
— Por la mar ando, señora,
hecho un terrible cosario,
traigo un navío muy rico,
de plata y oro cargado,
llévolo á presentar
á ese buen rey castellano. —
Respondiérale la reina,
de esta suerte le ha hablado:
— Tal navío como aquese
razon era de mirarlo. —
Respondiérale Páris
muy cortes y mesurado:
— El navío y yo, señora,
somos á vuestro mandado.
— Gran placer tengo, Páris,
como venís bien criado.
— Vayádeslo á ver, señora,
veréis cómo va cargado.
— Pláceme, dijo la reina,

1 tu alto estado Pl. s. 2.

por hacer vuestro mandado. —
Con trescientas de sus damas
á la mar se habia llegado.
Echó la compuerta Páris
hasta que hubieron entrado;
desque todos fuéron dentro
bien oiréis lo que ha mandado:
— ¡Alzen áncoras, tienden velas! —
Y á la reina se ha[1] llevado.
Lúnes era, caballeros,
lúnes fuerte y aciago[2],
cuando entró por la sala
aquese rey Menelao,
mesándose las sus barbas,
fuertemente sospirando,
sus ojos tornados fuentes,
de la su boca hablando:
— ¡Reina Elena, reina Elena,
quien de mí os ha apartado,
aquese traidor Páris,
el señor de los troyanos,
con las sus palabras[3] falsas
malamente os ha[4] engañado! —
Cuán bien[5] se lo consolaba
don Agamenon su hermano:
— No lloredes vos, el rey,
no hagades tan gran llanto,
que llorar y sollozar
á las mujeres es dado:
á un[6] tal rey como vos
con el espada en la mano.
Yo os ayudaré, señor,

1 han Pl. s. 2.
2 un dia fuerte aciago Pl. s. 2.
3 con sus palabricas Pl. s. 2.
4 han Pl. s. 2.
5 Tan bien Pl. s. 2.
6 y á un Pl. s. 2.

con treinta mil de caballo,
yo seré capitan de ellos,
y los iré ordenando[1],
por las tierras donde fuere
iré hiriendo y matando:
la villa que se me diere
haréla yo derribar,
y la que tomare por armas
esa sembraré de sal,
mataré las criaturas
y cuantos en ella[2] están,
y de esta manera iremos
hasta en Troya allegar.
— Buen consejo es ese, hermano,
y asi lo quiero tomar. —
Ya se sale el buen rey
por la ciudad á pasear,
con trompetas y añafiles
comienzan á pregonar:
quien quisiere ganar sueldo
de grado se lo darán.
Tanta viene de la gente
que era cosa de espantar.
Arman naos y galeras,
comiénzanse de embarcar.
Agamenon los guiaba[3],
todos van á su mandar.
Por las tierras donde iban
van haciendo mucho mal.
Andando noches y dias
á Troya van á llegar;
los troyanos que lo saben
las puertas mandan cerrar.

1 arreglando Pl. s. 2.
2 y cuantas en ellas Pl. s. 2.
3 regia Pl. s. 2.

Agamenon que esto vido
mandó apercebir su real[1],
pone en orden su gente
como habia de estar.
Los troyanos eran muchos,
bien reparan su ciudad.
Otro dia de mañana
la comienza de escalar,
derriban el primer paño,
de dentro quieren entrar,
sino fuera por don Héctor
que alli se fué á hallar;
con él estaba Troilo[2]
y el esforzado Picar.
Páris esfuerza su gente
que empiezan de desmayar;
las voces eran tan grandes
que al cielo quieren llegar.
Matan tantos de los griegos
que no los saben contar.
Más venian de otra parte
que no hay cuento ni par;
entrado se han por Troya,
ya la empiezan de robar,
prenden al rey y á la reina
y al esforzado Picar,
matan á Troilo y á Héctor
sin ninguna piedad,
y al gran duque de Troya
ponen en captividad,
y sacan á la reina Elena,
pónenla en su libertad.
Todos le besan las manos
como á reina natural.

1 gente Pl. s. 2. 2 Troilos Pl. s. 2.

Preso llevan á Páris
con mucha riguridad;
tres pascuas que hay en el año
le sacan á justiciar[1],
sácanle ambos los ojos,
los ojos de la su faz,
córtanle el pié del estribo,
la mano del gavilan,
treinta quintales de hierro
á sus pies mandan echar,
y el agua hasta la cinta
por que pierda el cabalgar.

1. Glosa del romance de don Tristan. Y el rom. que dizen de la reyna Elena etc. — 2. Romance nuevo por muy gentil estilo: con una glosa nueva al romance que dize En castilla esta un castillo etc. Pliegos sueltos del siglo XVI.

110.

(Eneas y Dido.)

Por los bosques de Cartago
salia[2] á montería
la reina Dido y Eneas
con muy gran caballería.
Un sobrino de la reina,
y Junio Ascanio que[3] los guia
por la dehesa de Juno,
donde mas caza salia.
Preguntando iba la reina
Ascanio[4], qué tal venia,

1 lo mandan justiciar Pl. s. 2.
2 salian Timoneda, Rosa de amores, y las ed. post. del Canc. de rom.
3 que falta en la Rosa de Tim. y en las ed. post. del Canc. de rom.
4 á Ascanio Tim.

y si se[1] acuerda de Troya,
si vió cómo se perdia.
Eneas tomó la mano,
por el hijo respondia:
— Pues mandais, reina Dido[2],
renovar la llaga mia,
ya os conté cómo ví á Troya[3],
que por mil partes ardia:
ví las doncellas forzadas,
muerta la caballería;
y á Hécuba, reina troyana,
nadie no la socorria.
Sus hijos ya sepultados,
Príamo no parecia,
á Casandra[4] y Policena
muertas cabe si tenia.
Elena quedaba viuda[5],
mil veces la maldecia. —
Eneas que esto contaba[6],
un ciervo que parecia[7]:
echó mano á su aljaba[8],
una saeta le tira[9].
El golpe le dió en vano[10],
el ciervo muy bien corria.
Pártense los cazadores,
síguelo el que[11] mas podia;
la reina Dido y Eneas
quedaron sin compañía[12];

1 si se le Tim.
2 Sorprende que aqui en el Canc. de rom. ed. de 1550 la reina es llamada: Yseo, en vez de Dido. En las ed. posteriores de él este verso dice:
pues mandais vos, reina Dido;
y en la Rosa de Timoneda:
pues mandas, reina y señora.
3 yo diré cuál vide á Troya Tim.
4 Casandria Canc. de rom. 1550.
5 Elena que estaba viva Tim.
6 Eneas esto contando Tim.
7 aparecia Tim.
8 echó mano de su aljaba Tim.
9 envia Tim.
10 el golpe le diera en vago Tim.
11 síguele quien Tim.
12 solos quedan aquel dia Tim.

tomárala por la mano,
con turbacion le decia:
— ¡Oh reina, cuán mejor fuera
en Troya perder la vida[1]!
los tristes campos de Frigia[2],
fueran sepultura mia[3],
Héctor[4], Troylo y Páris
tuviérales compañía[5].
¡Oh reina Pantasilea[6],
flor de la caballería!
¡más envidia he de tu muerte,
que deseo la vida mia! —
Estas palabras diciendo
muchas lágrimas vertia:
la reina le dijo á Eneas:
— Esforzáos por cortesía,
que los muertos sobre Troya
rescatar no se podian[7].
— No lloraba yo los muertos,
lloro la desdicha mia,
que me escapé[8] de los griegos
y á las tus manos moria;
que tu grande hermosura
de amor me quita la vida[9].
— Falso es tu atrevimiento,
la reina le respondia:
Eneas, vete á tus naves,
sal de esta[10] tierra mia,

1 fenecer sin alegría Tim.
2 de Fixa Canc. de rom. 1550.
en tristes campos de Troya Tim.
3 y hacerles compañia Tim.
4 á Héctor Tim.
5 con esfuerzo y valentia Tim.
6 Este y los tres versos que le siguen, faltan en la Rosa de Timoneda.
7 que la pérdida de Troya
rescatar no se podia Tim.
8 libré Tim.
9 que de tu gran hermosura
aqui do estoy fenecia Tim.
10 salte d'esta las ed. post. del Canc. de rom. Tim.

que la fe que dí á Deyphebos[1]
yo no la quebrantaria. —
Ellos en aquesto estando,
el cielo se revolvia:
las nubes cubren el sol,
que[2] gran escuridad hacia:
los relámpagos y truenos
en gran miedo los metia[3]:
el granizo era tan grande
que sin piedad llovia[4].
La reina con gran pavor
del palafren se caia.
Eneas bajó con ella[5],
y con el manto la cobria.
Mirando hácia[6] todas partes,
una cueva vió vacía;
tomóla en los sus brazos[7],
en la cueva la metia.
El aposento era estrecho,
revolver no se podia.
Miéntras la reina en sí tornaba[8]
Eneas se desenvolvia[9],
apartóle paños de oro,
los de lienzo le encogia.
Cuando la reina en sí tornó
de amores se sintió herida[10].
— ¡Oh traidor, hasme burlado!
¿cuál tratas[11] la honra mia?
complida[12] tu voluntad

1 Deyphebo las ed. post. del Canc. de rom. y Tim.
Duran enmienda: á Siqueo.
2 que falta en la Rosa de Timoneda.
3 ponia Tim.
4 caia Tim.
5 bajó de presto Tim.
6 y mirando á Tim.
7 abrazándose con ella Tim.
8 torna las ed. post. del Canc. de rom. y Tim.
9 revolvia Tim.
10 Cuando la reina tornó
ya el amor la convencia Tim.
11 sin mirar Tim.
12 cumpliste Tim.

olvidarme has otro dia,
y sí así lo has de hacer, Eneas[1],
yo misma me mataria. —

Canc. de Rom. 1550. fol. 223. — Timoneda, *Rosa de amores.**

111.

Romance de Vergilios.

Mandó el rey prender Vergilios
y á buen recaudo poner
por una traicion que hizo
en los palacios del rey.
Porque forzó una doncella
llamada doña Isabel,
siete años lo tuvo preso,
sin que se acordase dél;
y un domingo estando en misa
mientes se le vino dél.
— Mis caballeros, Vergilios,
¿qué se habia hecho dél? —
Allí habló un caballero
que á Vergilios quiere bien:
— Preso lo tiene tu Alteza,
y en tus cárceles lo tien.
— Via: comer, mis caballeros,
caballeros, via: comer,
despues que hayamos comido
á Vergilios vamos ver. —
Allí hablara la reina:
— Yo no comeré sin él. —

1 si asi lo haces, Eneas Tim.

* Sobre el modo de que este romance y la tradicion popular en general en España ha tratado la historia de Dido y Eneas, véase Ticknor, Hist. de la lit. esp. trad. castell. tomo I. p. 163.

A las cárceles se van
adonde Vergilios es.
— ¿Qué haceis aquí, Vergilios?
Vergilios, ¿aquí qué haceis?
— Señor, peino mis cabellos,
y las mis barbas tambien:
aquí me fuéron nacidas,
aquí me han de encanecer;
que hoy se cumplen siete años
que me mandaste prender.
— Calles, calles tú, Vergilios,
que tres faltan para diez.
— Señor, si manda tu Alteza,
toda mi vidà estaré.
— Vergilios, por tu paciencia
comigo irás á comer.
— Rotos tengo mis vestidos,
no estoy para parecer.
— Que yo te los daré, Vergilios,
yo dártelos mandaré. —
Plugo á los caballeros
y á las doncellas tambien;
mucho más plugo á una dueña
llamada Doña Isabel.
Ya llaman un arzobispo,
ya la desposan con él.
Tomárala por la mano,
y llévasela á un vergel.

Canc. de Rom. s. a. f. 189. — Canc. de Rom. 1550. f. 200.

112.

Romance del infante Troco.

En el tiempo que Mercurio
en occidente reinaba,
hubo en Vénus su mujer
un hijo que tanto amaba.
Púsole por nombre Troco,
porque muy bien le cuadraba;
criáronsele las diosas
en la montaña Troyana.
Era tal su hermosura,
que una estrella semejaba.
Deseando ver el[1] mundo,
sus amas desamparaba.
Andando de tierra en tierra
hallóse do no pensaba,
en una gran pradería
de arrayanes bien poblada,
en medio de una laguna
toda de flores cercada.
Es posada de una diosa
que Salmancia[2] se llamaba,
diosa de la hermosura,
sobre todas muy nombrada.
El oficio de esta diosa
era holgarse en su posada,
peinar sus lindos cabellos,
componer su linda cara.
No va con sus compañeras,
no va con ellas á caza;
no toma el arco en la mano,

1 saber Silva de rom. Timoneda.
2 Salmacia Silva.
Salmacia era llamada Tim.

ni los tiros del aljaba,
ni el sabueso de trailla,
ni en lo tal se ejercitaba.
Ella desque vido á Troco
quedó de amores llagada,
que ni pudo detenerse
ni quiso verse librada.
Mirando su hermosura
de esta manera le habla:
— Eres, mancebo, tan lindo,
de hermosura tan sobrada,
que no sé determinarme
si eres dios ó cosa humana.
Si eres dios, eres Cupido
el que de amores nos llaga:
si eres hombre, ¡cuán dichosa
fué aquella que te engendrara!
Y si hermana alguna tienes,
de hermosura es muy dotada.
Mi señor, si eres casado,
hurto quiero que se haga;
y si casado no eres
yo seré tuya de gana. —
El Troco, como es mancebo,
de vergüenza no hablaba;
ella cautiva[1] de amores
de su cuello le[2] abrazaba.
El Troco le dice asi[3],
de esta manera le hablaba[4]:
— Si no estais, señora, queda[5],
dejaré vuestra posada.

Cancionero, Flor de enamorados. — Silva de var. rom. ed. de 1582. — Timoneda, *Rosa de amores.*

1 vencida Tim.
2 se Tim.
3 le está diciendo Tim.
4 habla Tim.
5 queda, señora Tim.

113.

(El baño en el Jordan.)

— Malas mañas habeis, tio,
no las podeis olvidar:
mas precias matar un puerco
que ganar una ciudad.
Vuestros hijos y mujer
en poder de moros van,
los hijos en una cebra,
y la madre en un cordal.
La mujer dice: — ¡ay marido! —
los hijos dicen: — ¡ay padre! —
De lástima que les hube
yo me los fuera á quitar;
heridas traigo de muerte,
de ellas no puedo escapar.
Apretádmelas, mi tio,
con tocas de caminar. —
Ya le aprieta las heridas,
comienzan de caminar.
A vuelta de su cabeza
caido lo vido estar,
allá se le fué á caer
dentro del rio Jordan:
como fué dentro caido,
sano le vió levantar.

Canc. de Rom. de 1550. fol. 293.

114.

(El prisionero.)

Que por mayo era, por mayo,
cuando los grandes calores,
cuando los enamorados
van servir á sus amores,
sino yo, triste mezquino,
que yago en estas prisiones,
que ni sé cuándo es de dia,
ni ménos cuándo es de noche
sino por una avecilla
que me cantaba al albor:
matómela un ballestero;
¡déle Dios mal galardon!

Cancionero gen. ed. de 1511. fol. 136.

---

114 a.

(Al mismo asunto.)

Por el mes era de mayo[1]
cuando hace la calor,
cuando canta la calandria,
y responde el ruiseñor,
cuando los enamorados
van á servir al amor,
sino yo triste, cuidado,
que vivo en esta prision,
que ni sé cuándo es de dia,
ni cuando las noches son,
sino por una avecilla

1 La tabla del Canc. de rom. s. a. dice: *Por mayo era, por mayo.*

que me cantaba al albor:
matómela un ballestero;
¡déle Dios mal galardon[1]!
Cabellos de mi cabeza
lléganme al corvejon;
los cabellos de mi barba
por manteles tengo yo:
las uñas de las mis manos
por cuchillo tajador.
Si lo hacia el buen rey,
hácelo como señor;
si lo hace el carcelero,
hácelo como traidor.
Mas quién ahora me diese
un pájaro hablador,
siquiera fuese calandria,
ó tordico ó ruiseñor:
criado fuese entre damas
y avezado á la razon,
que me lleve una embajada
á mi esposa Leonor,
que me envíe una empanada,
no de trucha ni salmon,
sino de una lima sorda
y de un pico tajador:
la lima para los hierros
y el pico para la torre. —
Oídolo habia el rey,
mandóle quitar la prision.

Canc. de Rom. s. a. fol. 251. — Canc. de Rom. 1550. f. 265.
Silva de 1550. t. I. f. 176.

1 Con este verso acaba el romance tambien en el Canc. de rom. s. a. y en la Silva.

115.

Romance de Rosa fresca.

Rosa fresca, rosa fresca,
tan garrida y con amor,
cuando vos[1] tuve en mis brazos,
no vos supe servir, no;
y agora que os serviria
no vos puedo haber, no.
— Vuestra fué la culpa, amigo,
vuestra fué, que mia no;
enviástesme una carta
con un vuestro servidor,
y en lugar de recaudar
él dijera otra razon:
que érades casado, amigo,
allá en tierras[2] de Leon:
que teneis mujer hermosa
y hijos como una flor.
— Quien os lo dijo, señora,
no vos dijo verdad, no;
que yo nunca entré en Castilla
ni allá en tierras de Leon,
sino cuando era pequeño,
que no sabia de amor.

Canc. gen. ed. de Toledo, 1527. fol. 107 con la glosa de Pinar. — Canc. de Rom. s. a. fol. 230. — Canc. de Rom. 1550. fol. 244. — Silva de 1550. t. I. fol. 153.*

1 yo os Silva; Canc. de Rom. s. a. y 1550. 2 tierra Canc. gen.

* Romance mudado por otro viejo.

Rosa fresca, rosa fresca,
por vos se puede decir
que nascistes con mas gracias
que nadie pudo escrevir,
porque vos sola nascistes
para quitar el vivir:
¡ay de mí, desventurado,
que nascí para sufrir!
Yo me ví en tiempo, señora,
que os pudiera bien servir,
y agora que os serviria
véome triste morir.

Canc. gen. de Constantina, fol. 63. — Canc. gen. de Castillo; ed. de Valencia, 1511. fol. 136.

116.

Romance de Fontefrida.

Fonte-frida, fonte-frida,
fonte-frida y con amor,
do todas las avecicas
van tomar consolacion,
sino es la tortolica
que está viuda y con dolor.
Por allí[1] fuera á pasar
el traidor de[2] ruiseñor:
las palabras que le dice[3]
llenas son de traicion:
— Si tú quisieses, señora,
yo sería tu servidor.
— Véte de ahí, enemigo,
malo, falso, engañador,
que ni poso en ramo verde,
ni en prado que tenga flor;
que si el agua hallo clara,[4]
turbia la bebia yo;
que no quiero haber marido,
porque hijos no haya, no:
no quiero placer con ellos,
ni ménos consolacion.
¡Déjame, triste enemigo,
malo, falso, mal traidor,
que no quiero ser tu amiga
ni casar contigo, no!

Canc. de Constantina, fol. 58. — Canc. de Rom. s. a. f. 230. — Canc. de Rom. 1550, f. 245. — Silva de 1550, t. I. f. 153.

1 ahí Canc. de rom. s. a. y 1550. — Silva.
2 del Canc. de rom. s. a. y 1550. — Silva.
3 que él decia Canc. de rom. s. a. y 1550. — Silva.
4 que si hallo el agua clara Canc. de rom. s. a. y 1550. — Silva.

117.

(La buena hija.)

Paseábase el buen conde
todo lleno de pesar,
cuentas negras en sus manos
do suele siempre rezar;
palabras tristes diciendo,
palabras para llorar:
— Véoos, hija, crecida,[1]
y en edad para casar;
el mayor dolor[2] que siento
es no tener que os dar.
— Calledes, padre, calledes,
no debeis tener pesar,[3]
que quien buena hija tiene
rico se debe llamar,[4]
y el que mala la tenia,
viva la puede enterrar,
pues amengua su linaje
que no debiera amenguar,
y yo, si no me casare,
en religion puedo entrar.

Juan de Ribera, Nueve romances. s. l. 1605. en 4to.

1 Desde este verso hasta el que dice: *Rico se debe llamar*, hizo una glosa Alonso de Armenta, que se halla en el pliego suelto intitulado: *Pregunta que fizo un caballero mancebo á Alonso de Armenta* etc. s. l. ni a.; y tambien en la: *Segunda parte del Cancionero general.* Zaragoza, Stevan G. de Nagera. 1552. en-12mo. Alli el romance es llamado: viejo.

2 la mayor pena Glosa de Armenta.

3 no queredes decir tal Glosa de Arm.

4 hecho tiene el azuar Glosa de Arm.

118.

Romance de la linda infanta.

Estaba la linda infanta
á sombra de una oliva,
peine de oro en las sus manos,
los sus cabellos bien cria.
Alzó sus ojos al cielo
en contra do el sol salia:
vió venir un fuste armado
por Guadalquivir arriba.
Dentro venia Alfonso Ramos,
almirante de Castilla.
— Bien vengais, Alfonso Ramos,
buena sea tu venida:
¿y qué nuevas me traedes
de mi flota bien guarnida?
— Nuevas te traigo, señora,
si me seguras la vida.
— Diéseslas, Alfonso Ramos,
que segura te seria.
— Allá llevan á Castilla
los moros de la Berbería.
— Si no me fuese por qué.
la cabeza te cortaria.
— Si la mia me cortases,
la tuya te costaria.

Canc. de Rom. s. a. fol. 193. — Canc. de Rom. 1550. f. 204.

119.

Romance de Rico Franco.

Á caza iban, á caza
los cazadores del rey,
ni fallaban ellos caza,
ni fallaban que traer.
Perdido habían los halcones,
¡mal los amenaza el rey![1]
Arrimáranse á un castillo
que se llamaba Maynes.
Dentro estaba una doncella
muy fermosa y muy cortes;
siete condes la demandan,
y así facian tres reyes.[2]
Robárala Rico Franco,
Rico Franco aragones:
llorando iba la doncella
de sus ojos tan cortes.
Falágala Rico Franco,
Rico Franco aragones:
— Si lloras tú padre ó madre,
nunca mas vos los vereis,
si lloras los tus hermanos,
yo los maté todos tres.
— Ni lloro padre ni madre,
ni hermanos todos tres;
mas lloro la mi ventura
que no sé cuál ha de ser.
Prestédesme, Rico Franco,
vuestro cuchillo lugues,

1 Este y el verso que le antecede faltan en el Canc. de rom. s. a.

2 y asi facen reyes tres
Canc. de rom. ed. de 1550. y ed. posteriores.

cortaré fitas al manto,
que no son para traer. —
Rico Franco de cortese
por las cachas lo fué tender;
la doncella que era artera
por los pechos se lo fué á meter:
así vengó padre y madre,
y aun hermanos todos tres.

Canc. de Rom. s. a. fol. 191. — Canc. de Rom. ed. de 1550. fol. 202.

120.

Romance de Marquillos.

¡Cuán traidor eres, Marquillos!
¡Cuán traidor de corazon!
Por dormir con tu señora
habias muerto[1] á tu señor.
Desque lo tuviste muerto
quitástele el chapiron;
fuéraste al castillo fuerte
donde está la Blanca-Flor.
— Ábreme[2], linda señora,
que aqui viene mi señor;
si no lo quieres creer,
veis aqui su chapiron. —
Blanca-Flor desque lo viera
las puertas luego le abrió:
echóle brazos al cuello,
allí luego la besó;
abrazándola y besando

1 degollaste Timoneda, *Rosa de amor.* 2 Abridme Tim.

á un palacio la metió[1].
— Marquillos, por Dios te ruego
qne me otorgases[2] un don:
que no durmieses conmigo
hasta que rayase el sol. —
Marquillos, como es hidalgo,
el don luego le otorgó;
como viene tan[3] cansado
en llegando se adurmió.
Levantóse muy lijera
la hermosa Blanca-Flor;
tomara cuchillo en mano
y á Marquillos degolló.

Glosa agora nuevamente compuesta a un rom. muy antiguo que comiença: quan traydor eres Marquillos etc. Pliego suelto del siglo XVI. Timoneda, *Rosa de amores.*

1 en un secreto la entró Tim.
2 concedas Tim.
3 y como venia Tim.

121.

ROMANCES DE MORIANA Y EL MORO GALVAN.

Romance primero de Moriana.

Moriana en un[1] castillo
juega con el moro Galvan[2];
juegan los dos á las tablas
por mayor placer[3] tomar.
Cada vez que el moro pierde
bien[4] perdia una cibdad;
cuando Moriana pierde
la mano le da á[5] besar.
Del placer que el moro toma
adormescido se cae.
Por aquellos altos montes
caballero vió[6] asomar:
llorando viene y gimiendo,
las uñas corriendo sangre
de amores de Moriana
hija del rey Morian.
Captiváronla los moros
la mañana de Sant Juan,
cogiendo rosas y flores
en la huerta de su padre.
Alzó los ojos Moriana,

1 el Tim.
2 Despues de este verso inserta Timoneda los dos siguientes:
mas servida que contenta,
aunque no lo osa mostrar,
3 solaz Tim.
4 él Tim. Canc. Flor. de enam. Silva.
5 ha de Tim. Flor de enam.
6 fué Tim. Flor de enam. Silva.

conociérale en mirarle:
lágrimas de los sus ojos [1]
en la faz del moro dan.
Con pavor recuerda el moro
y empezara de fablar:
— ¿Qué es esto, la mi señora?
¿Quién vos ha fecho pesar?
Si os enojaron mis moros
luego los faré matar,
ó si las vuesas doncellas,
farélas bien castigar;
y si pesar los cristianos,
yo los iré conquistar.
Mis arreos son las armas *,
mi descanso el pelear,
mi cama, las duras peñas,
mi dormir, siempre velar.
— Non me enojaron los moros,
ni los mandedes matar [2],
ni menos las mis doncellas
por mí reciban pesar;
ni tampoco á los cristianos
vos cumple de conquistar [3],
pero de este sentimiento
quiero vos decir verdad:
que por los montes aquellos
caballero vi asomar,
el cual pienso que es mi esposo [4],
mi querido, mi amor grande. —

1 las lágrimas de sus ojos Tim.

* Este verso y los tres siguientes son el principio de un romance contrahecho, que empieza tambien diciendo: *Mis arreos son las armas,* el cual cita Cervantes en el Quijote. — Este romance se halla en nuestra coleccion, tomado de la Silva, ed. de 1550, y del Cancionero de rom.

2 ni los mandeis vos matar
Tim. Flor de enam. Silva.

3 ni tampoco los cristianos
cumple de los conquistar
Tim. Flor de enam. Silva.

4 el cual es cierto mi esposo Tim.

Alzó la su mano[1] el moro,
un bofeton le fué á dar:
teniendo los dientes blancos
de sangre vuelto los ha,
y mandó que sus porteros
la lleven á degollar,
allí do viera á[2] su esposo,
en aquel mismo lugar.
Al tiempo de la su muerte
estas voces[3] fué á fablar:
— Yo muero como cristiana,
y tambien sin[4] confesar
mis[5] amores verdaderos
de mi esposo natural.

Codice del siglo XVI. en el Rom. gen. del señor Duran. — **Timoneda**, *Rosa de amores.* — **Silva de Rom.** ed. de Barcelona 1582. en-12mo. — Cancionero llamado Flor de enamorados.

122.

Romance segundo de Moriana.

Rodillada está Moriana,
que la quieren degollar,
de sus ojos envendados
non cesando de llorar;
atada de pies y manos,
que era lástima mirar;
los cabellos de oro puro[6]

1 En oir aquesto... Tim.
2 vido ha Tim.
3 palabras Tim. Flor de enam. Silva.
4 por Tim.
5 los Tim.
6 sus cabellos como el oro Tim.

que al suelo quieren llegar,
y los pechos descubiertos,
mas blancos que non[1] cristal.
De ver el verdugo moro
en ella tanta beldad,
de su amor estando preso
sin poderlo mas celar,
hablóle en algarabía
como á aquella que la sabe:
— Perdonédesme, Moriana,
querádesme perdonar,
que mandado soy, señora,
por el rey moro Galvan.
¡Ojalá viese mi alma
como vos poder[2] librar!
Para libertar dos vidas
que aqui las veo penar. —
Moriana dijo: — Moro,
lo que te quiero rogar
es que cumplas con[3] tu oficio
sin un punto mas tardar[4]. —.
Estando los dos en esto
el esposo fué á asomar[5]
matando y firiendo moros,
que nadie le osa esperar.
Caballero en su caballo
junto de ella fué á llegar.
El verdugo la desata,
y le ayuda á cabalgar;
los tres van de compañía
sin ningun contrario hallar;

1 no el Tim.
2 os pudiese Tim.
3 efectúes Tim.
4 un punto dilatar Tim.
5 En el texto de Timoneda están aquí intercalados los dos versos siguientes:
de la linda Moriana
con seguridad mostrar

en el castillo de Breña
se fuéron á aposentar.

Codice del siglo XVI. en el Rom. gen. del señor Duran. — **Timoneda**, *Rosa de amores.*

123.

Romance tercero de Moriana.

Al pié de una verde haya
estaba el moro Galvan;
mira el castillo de Breña[1]
donde Moriana está;
de riendas tiene el caballo,
que non lo quiere soltar;
tiene[2] el almete quitado
por poder mejor mirar;
cuando con voz dolorosa
entre llanto y suspirar,
comenzó el moro quejando
de esta manera á fablar:
— Moriana, Moriana,
principio y fin de mi mal,
¿cómo es posible, señora,
non te duela mi penar[3],
viendo que por tus amores
muero sin me remediar?
De aquel buen[4] tiempo pasado
te debrias recordar
cuando dentro en mi castillo
conmigo solías folgar:

1 mirando el castillo fuerte Tim.
2 con Tim.
3 no dolerte mi penar Tim.
4 Pues de aquel Tim.

cuando contigo jugaba,
mi alma debrias mirar
cuando ganaba perdiendo,
porque era el perder ganar:
cuando merescí ganando
tus bellas manos besar,
y mas cuando en tu regazo
me solia reclinar,
y cuando con tí fablando [1]
durmiendo solia quedar.
Si esto non fué amor, señora,
¿cómo se podrá llamar?
Y si lo fué, Moriana,
¿cómo se puede olvidar [2]? —
A lo alto de una torre
Moriana fué á asomar,
y al enamorado moro
aquesto fué á declarar:
— Fuye de aqui, perro moro
el que me quiso matar,
el que me robó doncella,
y dueña me hubo forzar:
las caricias que te fice
fuéron por de ti burlar
y atender mi noble esposo
que viniese á libertar. —
Salió de Breña el cristiano
y arremete al buen Galvan:
pasádole ha con la lanza
y el alma del cuerpo sale.

Codice del siglo XVI. en el Rom. gen. del señor Duran. — **Timoneda**, *Rosa de amores.*

1 hablando contigo Tim. 2 *Con este verso acaba el texto de* Timoneda.

124.

(De Julianesa.*)

Romance que dice: Arriba, canes, arriba.

— ¡Arriba, canes, arriba!
¡que rabia mala os mate!
en juéves matais el puerco
y en viérnes comeis la carne.
¡Ay que hoy hace los siete años
que ando por este valle!
pues traigo los piés descalzos,
las uñas corriendo sangre,
pues como las carnes crudas,
y bebo la roja sangre,
buscando triste á Julianesa
la hija del Emperante,
pues me la han tomado moros
mañanica de sant Juan,
cogiendo rosas y flores
en un vergel de su padre. —
Oídolo ha Julianesa,
que en brazos del moro está;
las lágrimas de sus ojos
al moro dan en la faz.

Canc. de Rom. s. a. fol. 227. — Canc. de Rom. 1550. fol. 241.
Silva de 1550. t. I. fol. 152.

* El señor Duran ha colocado este romance con los de Moriana, mudando el nombre de Julianesa en él de Moriana.

125.

(La constancia.*)

Mis arreos son las armas,
mi descanso es pelear,
mi cama las duras peñas,
mi dormir siempre velar.
Las manidas son escuras,
los caminos por usar,
el cielo con sus mudanzas
ha por bien de me dañar,
andando de sierra en sierra
por orillas de la mar,
por probar si mi[1] ventura
hay lugar donde avadar.
Pero por vos, mi señora,
todo se ha de comportar.

Canc. de Rom. s. a. fol. 252. — Canc. de Rom. 1550. fol. 267.
Silva de 1550 t. I. f. 177.

126.

Romance de Bovalías el pagano.

Por las sierras de Moncayo
vi venir un renegado:
Bovalías ha por nombre,
Bovalías el pagano.
Siete veces fuera moro,

* Asi ha intitulado el sr. Duran este fragmento de un romance viejo, que en la Silva y el Canc. de rom. lleva el epígrafe: otro romance, y cuyos cuatro primeros versos se hallan tambien entre los del que dice: *Moriana en un castillo.* los cuales cita Cervantes en el Quijote.

1 en mi dicen las ed. post. del Canc. de rom.

y otras tantas mal cristiano;
y al cabo de las ocho
engañólo su pecado,
que dejó la fe de Cristo,
la de Mahoma ha tomado.
Este fuera el mejor moro
que allende habia pasado:
cartas le fuéron venidas
que Sevilla está en un llano.
Arma naos y galeras
gente de á pié y de caballo:
por Guadalquebir arriba
su pendon llevan alzado.
En el campo de Tablada
su real habia asentado,
con trescientas de las tiendas
de seda, oro y brocado.
'Nel[1] medio de todas ellas
está la del renegado;
encima en el chapitel
estaba un rubí preciado:
tanto relumbra de noche
como el sol en[2] dia claro.

Canc. de Rom. s. a. fol. 186. — Canc. de Rom. 1550. fol. 196
Silva de 1550 t. I. fol. 109.

127.

Romance del rey Búcar.

Entre muchos reyes sabios,
que hubo en la Andalucía,
reinara un moro viejo

1 en Silva. 2 de Silva.

que rey Búcar se decia.
Siendo ya de muchos años
que amancebado vivia,
por ruegos de su manceba,
que amaba mucho y queria,
llamó á Cortes á sus gentes
para un señalado dia,
porque en ellas se tratase
lo que á sus reinos cumplia.
De muchas leyes que pone
esta de nuevo añadia:
„que todo hombre enamorado
se casase con su amiga,
y quien no la obedeciese
la vida le costaria.“
A todos parece bien,
á muchos les convenia;
sino á un sobrino del rey,
el cual ante dél venia;
con palabras muy quejosas
de esta manera decia:
— La ley que tu Alteza puso,
cierto que me desplacia;
todos se alegran con ella,
yo solo me entristecia,
que mal puedo yo casarme,
siendo casada la mia:
casada, y tan mal casada,
que gran lástima ponia.
Una cosa os digo, rey,
que á nadie no lo diria,
que si yo mucho la quiero,
ella muy mas me queria. —
Alli hablara el rey Búcar,
esta respuesta le hacia:

— Siendo casada, cual dices,
la ley no te comprehendia.

Timoneda, *Rosa de amores.*

128.

Romance de Sevilla.

Sevilla está en una torre
la mas alta de Toledo;
hermosa es á maravilla,
que el amor por ella es ciego.
Púsose entre las almenas
por ver riberas del Tejo,
y el campo todo enramado,
como está de flores lleno.
Por un camino espacioso
vió venir un caballero
armado de todas armas,
encima un caballo overo.
Siete moros traia presos [1]
aherrojados con fierro:
en alcance de este viene
un perro moro moreno,
armado de piezas dobles
en un caballo lijero.
El continente que trae,
á guisa es de buen guerrero;
blasfemando de Mahoma,
de sobrada furia lleno.
Grandes voces viene dando:

1 Presos siete moros traia. *Enmienda del señor Duran en su Romancero general,* I. p. 2.

— Espera, cristiano perro,
que de esos presos que llevas
mi padre es el delantero,
los otros son mis hermanos,
y amigos que yo bien quiero;
si me los das á rescate,
pagártelos he en dinero,
y si hacerlo no quisieres
quedarás hoy muerto, ó preso. —
En oirlo Peranzules
el caballo volvió luego:
la lanza puso en el ristre;
para el moro se va recio,
con tal furia y lijereza
cual suele llevar un trueno.
Á los primeros encuentros
derribádolo ha en el suelo;
apeara del caballo,[1]
el pié le puso en el cuello;
cortárale la cabeza:
ya despues que hizo esto
recogió su cabalgada,
metióse dentro[2] en Toledo.

Timoneda, *Rosa gentil.*

129.

Romance del rey moro.

— ¡Oh Valencia, oh Valencia!
¡Oh Valencia valenciana!

1 En el suelo le derriba,
y á los primeros encuentros
apeárase del caballo;
Enmienda del señor Duran.

2 metióse luego Duran.

un tiempo fuiste de moros,
y ahora eres cristiana:
no pasará mucho tiempo
de moros serás tornada,
que al rey de los cristianos
yo le cortaré la barba,
á la su esposa la reina
la tomaré por criada,
y á la su hija bonita
ta tomaré por mi dama. —
Ya quiso el Dios de los cielos
que el buen rey se lo escuchaba;
va al palacio de la infanta
que en el lecho descansaba.
— ¡Hija de mi corazon!
¡Oh hija de mis entrañas!
levántate al mismo punto,
ponte la ropa de Pascua,
y vete hácia el rey moro,
y entreténlo con palabras.
— ¿Me dirias, buena niña,
cómo estás tan descuidada?
— Mi padre está en la pelea,
mi madre al lecho descansa,
y mi hermano mayor
lo han muerto en la campaña.
— ¿Me dirias, buena niña,
qué ruido es que sonaba?
— Son los pajes de mi padre
que al caballo dan cebada.
— ¿Me dirias, buena niña,
adónde van tantas armas?
— Son los pajes de mi padre
que vienen de la campaña. —
No pasó espacio de una hora

que al rey moro lo ligaban.
— ¿Me dirias, buena niña,
qué pena me será dada?
— La pena que merecias,
mereces que te quemaran,
y la ceniza que harás
merece ser aventada. —

Tradicional; conservado en Cataluña y publicado por el señor Milá y Fontanals en sus *Observaciones sobre la poesía popular*, pag. 123 y 124.

130.

Las dos Hermanas.

— Moro, si vas á la España,
traerás una cautiva,
no sea blanca ni fea,
ni gente de villanía. —
Ve venir el conde Flores
que viene de la capilla,
viene de pedir á Dios
que le dé un hijo ó una hija.
— Conde Flores, conde Flores,
tu mujer será cautiva.
— No será cautiva, no,
antes perderé la vida. —
Cuando partió el conde Flores
su mujer quedó cautiva.
— Aqui traigo, reina mora,
una cristiana muy linda,
que no es blanca ni fea,
ni gente de villanía,
no es mujer de ningun rey,
lo es del conde de Castilla.

— De las esclavas que tengo
tú serás la mas querida,
aqui te entrego mis llaves
para hacer la mi cocina.
— Yo las tomaré, señora,
pues tan gran dicha es la mia. —
La reina estaba preñada,
la cautiva estaba en cinta;
quiso Dios y la fortuna,
las dos parieron un dia.
La reina parió en el trono,
la esclava en tierra paria,
una hija parió la reina,
la esclava un hijo paria;
las comadronas son falsas,
truecan el niño y la niña,
á la reina dan el hijo,
la esclava toma la hija.
Cuando un dia la apañaba
estas palabras decia:
— No llores, hija, no llores,
hija mia y no parida,
que si fuese á las mis tierras
muy bien te bautizaria,
y te pondria por nombre
Maria Flor de la vida,
que yo tenia una hermana
que este nombre se decia,
que yo tenia una hermana,
de moros era cautiva,
que fuéron á cautivarla
una mañanita fria
cogiendo rosas y flores
en un jardin que tenia. —
La reina ya lo escuchó
del cuarto donde dormia.

Ya la enviaba á buscar
por un negro que tenia:
— ¿Qué dices, la linda esclava?
¿qué dices, linda cautiva?
— Palabras que hablo, señora,
yo tambien te las diria:
No llores, hija, no llores,
hija mia y no parida etc. . . . .
— Si aquesto fuese verdad
hermana mia serias.
— Aquesto es verdad, señora,
como el dia en que nacia. —
Ya se abrazaban las dos
con grande llanto que habia.
El rey moro lo escuchó
del cuarto donde escribia,
ya las envía á buscar
por un negro que tenia:
— ¿Qué lloras, regalo mio?
¿qué lloras, la prenda mia?
Tratábamos de casaros
con lo mejor de Turquía. —
Ya le respondió la reina,
estas palabras decia:
— No quiero mezclar mi sangre
con la de perros maldita. —
Un dia miéntras paseaban
con su hijo y con su hija,
hecho convenio las dos,
á su tierra se volvian.

Tradicional; conservado en Cataluña y publicado por el señor Milá y Fontanals en la obra citada, pag. 124 y 125, donde, pag. 117 y 118, se halla tambien una version catalana de este asunto, asi como una portuguesa en el *Romanceiro* del señor Almeida-Garrett, tomo II. pag. 183, *Rainha e captiva*, y hasta los Suecos han tratado al mismo asunto en un canto popular, el célebre de la *linda Ana*.

131.

(Del cautivo cristiano.)

Romance que dice: Mi padre era de Ronda.*

Mi padre era de[1] Ronda,
y mi madre de Antequera;
cativáronme los moros
entre la paz y la guerra,
y lleváronme á vender
á Jerez de la Frontera[2].
Siete dias con sus noches
anduve en almoneda[3]:
no hubo moro ni mora
que por mí diese moneda[4],
si no fuera un moro perro
que por mí cien doblas diera[5],
y llevárame á su casa,
y echárame una cadena;
dábame la vida mala,
dábame la vida negra:
de dia majar[6] esparto,
de noche moler[7] cibera,
y echóme un[8] freno á la boca,
porque no comiese de ella,
mi cabello retorcido,

* En la Rosa de amores de Timoneda lleva este romance la siguiente introduccion:

Preguntando está Florida
á su esposo placentera
en un vergel asentada
junto á una verde ribera:
— Dígasme tú, esposo amado,
¿de dónde eres? ¿de qué tierra?
¿y adónde te captivaron?
¿libertad quién te la diera?
— Yo os lo diré, dulce esposa,
estad atenta siquiera.

1 Mi padre es cierto Tim.
2 á Velez de la Gomera Canc. de rom. 1550. — Tim.
3 en la moneda Canc. de rom. s. a. y 1550.
en el almoneda Tim.
4 que por mí una blanca diera Tim.
5 que cien doblas ofreciera Tim.
6 majaba Tim.
7 molia Tim.
8 y echóme freno Silva.
echóme un freno Tim.

y tornóme á la cadena[1].
Pero plugo á Dios del cielo
que tenia el ama buena:
cuando el moro se iba á caza
quitábame la cadena,
y echárame[2] en su regazo,
y espulgóme la cabeza[3];
por un placer que le hice
otro muy mayor me hiciera[4]:
diérame los cien doblones[5],
y enviárame á mi tierra;
y asi plugo á Dios del cielo
que en salvo me pusiera.

Canc. de Rom. s. a. fol. 229. — **Canc. de Rom.** 1550. fol. 243. — **Silva de 1550.** t. I. fol. 152. — **Timoneda**, *Rosa de amores.**

132.

Romance que dice: yo me era mora moraima.

Yo me era mora Moraima[6],
morilla[7] de un bel catar:
cristiano vino á mi puerta,

1 Este y el verso que le antecede faltan en la Rosa de Tim.
2 echábame Silva. Tim.
3 mil regalos me hiciera,
espulgábame, y limpiaba
mejor que yo mereciera Tim.
4 otro mayor me ofreciera Tim.
5 Desde este verso es todo otro en la Rosa de Timoneda, donde dice:
diérame casi cieu doblas,
en libertad me pusiera,
por temor que el moro perro
quizá la muerte nos diera.
Asi plugo al rey del cielo
de quien mercedes se espera
que me ha vuelto en vuestros brazos
como de primero era.

* Sobre el mismo asunto hay un romance portuguez, mas cabal pero mucho mas moderno, que con el titulo de: O captivo, ha inserto el señor Almeida-Garrett en su Romanceiro, Tomo III. pag. 77.

6 moraina Silva.
7 morica Silva.

cuitada, por me engañar.
Hablóme en algarabía
como aquel que la bien sabe:
— Ábrasme las puertas, mora,
si Alá te guarde de mal.
— ¿Cómo te abriré, mezquina,
que no sé quién te serás?
— Yo soy el moro[1] Mazote,
hermano de la tu madre,
que un cristiano dejo muerto;
tras mí venía[2] el alcalde[3].
Si no me abres tú, mi vida,
aquí me verás matar. —
Cuando esto oí, cuitada,
comencéme á levantar,
vistiérame una almejía
no hallando mi brial,
fuérame para la puerta
y abríla de par en par.

Canc. gen. ed. de Valencia, 1511. fol. 135. — Canc. de Rom. s. a. fol. 237. — Canc. de Rom. 1550. fol. 251. — Silva de 1550. t. I. fol. 160.

133.

Romance de don García.

Atal anda don García
por una sala[4] adelante,
saetas de oro en la mano,
en la otra un arco trae,
maldiciendo á la fortuna

1 moro Mazote Canc. gen.
2 viene Canc. gen.
3 alcaide Canc. gen.
4 adarve Canc. de rom. 1550.

grandes querellas le da:
— Crióme el rey de pequeño,
hízome Dios barragan;
dióme armas y caballo,
por do todo hombre mas vale,
diérame á doña María
por mujer y por igual,
diérame á cien doncellas
para ella acompañar,
dióme el castillo de Urueña[1]
para con ella casar;
diérame cien caballeros
para el castillo guardar,
basteciómele de vino,
bastociómele de pan,
bastecióle de agua dulce
que en el castillo no la hay.
Cercáronmelo los moros
la mañana de sant Juan:
siete años son pasados
el cerco no quieren quitar,
veo morir á los mios,
no teniendo que les dar,
póngolos por las almenas
armados como se están,
porque pensasen los moros
que podrian pelear.
En el castillo de Urueña
no hay sino solo un pan,
si le doy á los mis hijos,
la mi mujer ¿que hará?
si lo como yo, mezquino,
los mios se quejarán. —
Hizo el pan cuatro pedazos

1 Ureña Las ed. posteriores del Canc. de rom.

y arrojólos al real:
el uno pedazo de aquellos
á los piés del rey fué á dar.
— Alá, pese á mis moros,
Alá le quiera pesar,
de las sobras del castillo
nos bastecen el real. —
Manda tocar los clarines
y su cerco luego alzar.

Canc. de Rom. s. a. fol. 251. — Canc. de Rom. 1550. fol. 266.
Silva de 1550. t. I. fol. 176.*

134.

Romance de don Manuel de Leon.**

Ese conde don Manuel,
que de Leon es nombrado,
hizo un hecho en la corte
que jamas será olvidado,

* El asunto de este romance es del todo tradicional, y está quizá fundado en el cantar de gesta frances de Ogier le Danois, quien supo con semejante estratagema engañar al Emperador Carlomagno al cerco de Castelfort, sitiado tambien por siete años. — Véase *La chevalerie Ogier de Danemarche* par Raimbert de Paris (Paris, 1842. tomo II. pag. 339 sg.).

** Sobre este caballero véase la nota al romance fronterizo que dice: *Cuál será aquel caballero;* — y sobre las varias versiones de la tradicion á que se refiere este romance, véase al: *Taschenbuch deutscher Romanzen,* por Fr. G. V. Schmidt (Berlin, 1827. en-8. pag. 376 á 382); — y: *Blätter für Lit. u. Kunst. Beilage zur Wienerzeitung.* No. 39. pag. 225 y 226, „Der Löwenhof auf dem Prager Schlosse", por F. B. Mikowec. —

Garcí Sanchez de Badajoz dice de nuestro héroe con referencia á su hazaña de los leones, en su obra llamada *Infierno de amor* (en el Canc. gen. ed. de 1557. fol. 167 y 168):

Y ví mas á don Manuel
de Leon, armado en blanco,
y el Amor la historia dél,
de muy esforzado, franco,
pintado con un pincel.

Entre las cuales pinturas
vide las siete figuras
de los moros que mató,
los leones que domó,
y otras dos mil aventuras
que de vencido venció.

con doña Ana de Mendoza,
dama de valor y estado:
y es, que despues de comer,
andándose paseando
por el palacio del rey,
y otras damas á su lado,
y caballeros con ellas
que las iban requebrando,
á unos altos miradores
por descanso se han parado,
y encima la leonera
la doña Ana ha asomado,
y con ella casi todos,
cuatro leones mirando,
cuyos rostros y figuras
ponian temor y espanto.
Y la dama por probar
cuál era mas esforzado,
dejóse caer el guante,
al parecer, descuidado:
dice que se le ha caido,
muy á pesar de su grado.
Con una voz melindrosa
de esta suerte ha proposado:
— ¿Cuál será aquel caballero
de esfuerzo tan señalado,
que saque de entre leones
el mi guante tan preciado?
Que yo le doy mi palabra
que será mi requebrado;
será entre todos querido,
entre todos mas amado. —
Oido lo ha[1] don Manuel,
caballero muy honrado,

1 Oyólo Timoneda, Rosa gentil.

que de la afrenta de todos
tambien su parte ha alcanzado.
Sacó la espada de cinta,
revolvió su manto al brazo;
entró dentro la leonera
al parecer demudado.
Los leones se lo miran,
ninguno se ha meneado:
salióse libre y exento
por la puerta do habia entrado.
Volvió la escalera arriba,
el guante en la izquierda mano,
y ántes que el guante á la dama[1]
un bofeton le hubo dado,
diciendo y[2] mostrando bien
su esfuerzo y valor sobrado:
— Tomad, tomad, y otro dia,
por un guante desastrado
no porneis en riesgo de honra
á tanto buen fijo-dalgo;
y á quien no le pareciere
bien hecho lo ejecutado,
á ley de buen caballero
salga en campo á demandallo. —
La dama le respondiera
sin mostrar rostro turbado:
— No quiero que nadie salga,
basta que tengo probado
que sedes vos[3], don Manuel,
entre todos mas osado;
y si de ello sois servido[4]
á vos quiero por velado:
marido quiero valiente,

1 el guante le diera Tim.
2 do dijo Tim.
3 vos sois Tim.
4 y si servido seréis Tim.

que ose castigar lo malo.
En mí el refran que se canta
se ha cumplído, ejecutaldo[1],
que dice: „El que bien te quiere,
ese[2] te habrá castigado.“ —
De ver que á virtud y honra
el bofeton ha aplicado,
y con cuánta mansedumbre
respondió, y cuán delicado,
muy contento y satisfecho
don Manuel se lo ha otorgado;
y alli en presencia de todos,
los dos las manos se han dado.

Códice del siglo XVI. en el Roman. gen. del señor Duran. — **Timoneda**, *Rosa gentil.*

135.

El conde Sol.

Grandes guerras se publican
entre España y Portugal:
pena de la vida tiene
quien no se quiera embarcar.
Al conde Sol le nombran
por capitan general;
del rey se fué á despedir,
de su esposa otro que tal.
La condesa que era niña,
todo se le va en llorar.
— Dime, conde, ¿cuántos años
tienes de echar por allá?
— Si á los seis años no vuelvo,

1 efectuado Tim. 2 aquel Tim.

condesa, os podeis casar. —
Pasan los seis, y los ocho,
pasan diez, y pasan mas,
y el conde Sol no tornaba
ni nuevas suyas fué á dar.
Estando en su estancia sola,
fuéla el padre á visitar:
— ¿Qué tienes, hija querida,
que no cesas de llorar?
— Padre de toda mi alma,
por la santa Trinidad,
que me querais dar licencia
para al conde ir á encontrar.
— Mi licencia teneis, hija,
haced vuestra voluntad. —
La condesa al otro dia
al conde se fué á buscar,
triste por Italia y Francia,
por la tierra y por la mar.
Ya estaba desesperada,
ya se torna para acá,
cuando gran vacada un dia
devisó allá en un pinar.
— Vaquerito, vaquerito,
por la santa Trinidad,
que me niegues la mentira
y me digas la verdad:
¿de quién son estas vaquitas
que en estos montes están?
— Del conde Sol son, señora,
que manda en este lugar.
— ¿Y de quién son esos trigos
que cerca están de segar?
— Señora, del mismo conde,
porque los hizo sembrar.

— ¿Y de quién tantas ovejas
que á corderos dan mamar?
— Señora, del conde Sol,
porque los hizo criar.
— ¿De quién, dime, esos jardines
y ese palacio real?
— Son del mismo caballero;
porque alli suele habitar.
— ¿De quién, de quién los caballos
que se oyen relinchar?
— Del conde Sol, que suele
sobre ellos ir á cazar.
— ¿Y quién es aquella dama
que un hombre abrazando está?
— La desposada señora
con que el conde va á casar.
— Vaquerito, vaquerito,
por la santa Soledad,
toma mi ropa de seda,
y vísteme tu sayal,
que ya hallé lo que buscaba,
no lo quiero, no, dejar;
agárrame de la mano
y á su puerta me pondrás,
que á pedirle voy limosna,
por Dios, si la quiere dar. —
Desque estuvo la condesa
del palacio en el umbral,
una limosnica pide
que se la dén por piedad,
y fué tanta su ventura,
aun mas que era de esperar,
que la limosna demanda
y el conde se la fué á dar.
— ¿De dónde eres, peregrina?

— Soy de España natural.
— ¿Cómo llegastes aqui?
— Vine mi esposo á buscar,
por tierra pisando abrojos,
pasando riesgos en mar,
y cuando le hallé, señor,
supe que se iba á casar,
supe que olvidó á su esposa,
su esposa que fué leal,
su esposa que por buscalle
cuerpo y alma fué á arriesgar.
— ¡Romerica, romerica,
calledes, no digas tal,
que eres el diablo sin duda
que me vienes á tentar!
— No soy el diablo, buen conde,
ni yo te quiero enojar;
soy tu mujer verdadera,
y así te vine á buscar. —
El conde cuando esto oyera,
sin un punto mas tardar,
un caballo muy lijero
ha mandado aparejar
con cascabeles de plata
guarnido todo el pretal;
con los estribos de oro,
las espuelas otro tal,
y cabalgando de un salto,
á su esposa fué á tomar,
que de alegría y contento
no cesaba de llorar.
Corriendo iba, corriendo,
corriendo va sin parar,
hasta que llegó al castillo
donde es señor natural.

Quedádose ha la novia
vestidica y sin casar,
que quien de lo ajeno viste,
desnudo suele quedar.

Tradicional, impreso por el señor Duran, en su Rom. gen.*

136.

(De Blanca-Niña.)

Blanca sois, señora mia,
mas que el rayo del sol:
¿si la dormiré esta noche
desarmado y sin pavor?
que siete años habia, siete,
que no me desarmo, no.
Mas negras tengo mis carnes
que un tiznado carbon.
— Dormilda, señor, dormilda,
desarmado sin temor,
que el conde es ido á la caza
á los montes de Leon.
— Rabia le mate los perros,
y águilas el su halcon,
y del monte hasta casa
á él arrastre el moron. —
Ellos en aquesto estando
su marido que llegó:
— ¿Qué haceis, la Blanca-niña,

* En la nota dice: „Este romance aun se conserva y pasa de boca en boca en Andalucía y tierra de Ronda.“ — Claro está que este romance tradicional tiene rasgos del cuento de Perrault: *Le chat botté.*

hija de padre traidor?
— Señor, peino mis cabellos,
peínolos con gran dolor,
que me dejeis á mí sola
y á los montes os vais vos.
— Esa palabra, la niña,
no era sino traicion:
¿cuyo es aquel caballo
que allá bajo relinchó?
— Señor, era de mi padre,
y envióoslo para vos.
— ¿Cuyas son aquellas armas
que están en el corredor?
— Señor, eran de mi hermano,
y hoy os las envió.
— ¿Cuya es aquella lanza,
desde aquí la veo yo?
— Tomalda, conde, tomalda,
matadme con ella vos,
que aquesta muerte, buen conde,
bien os la merezco yo.

Canc. de Rom. de 1550, fol. 288.

---

136 a.

Romance del conde Lombardo.* — I.

¡Ay cuán linda que eres, Alba,
mas linda que no la flor!
¡Quién contigo la durmiese
una noche sin temor!

* En la Rosa de amores de Timoneda se intitula este romance: De Albertos.

Que no lo supiese Albertos,
ese tu primero amor.
— Á caza es ido,[1] á caza
á los montes de Leon.
— Si á caza es ido, señora,
caígale[2] mi maldicion,
rabia le mate los perros,
aguilillas el falcon,
lanzada de moro izquierdo
le traspase[3] el corazon.
— Apead, conde don Grifos,
porque hace gran calor.
¡Lindas manos teneis conde!
¡Ay cuán flaco estáis, señor!
— No os maravilleis, mi vida,
que muero por vuestro amor,
y por bien que pene y muera
no alcanzo ningun favor. —
En aquesto estando, Albertos
toca á la puerta mayor.
— ¿Dónde os pondré yo, don Grifos,
por hacer salvo mi honor? —
Tomáralo de la mano
y subióle á un mirador,
y bajóse á abrir[4] á Albertos
muy de presto y sin sabor.[5]
— ¿Qué es lo que teneis, señora?
¡Mudada estais de color!
¡O habeis bebido del vino,[6]
ó teneis celado amor!

1 es señora Tim. (sic; lo que es equivocacion, debió decir: *señor)*
2 cáyale Tim.
3 que le pase Tim.
4 abajara abrir Tim.
5 Despues de este verso lleva Timoneda intercalados los dos versos siguientes:
Albertos, como la vido,
díjole con gran rigor:
6 Perdistes alguna joya Tim.

— En verdad, amigo Albertos,
no tengo de eso pavor,
sino que perdí las llaves,
las llaves del mirador.
— No tomeis enojo, Alba,
de eso no tomeis rancor,
que si de plata eran ellas,
de oro las haré mejor.[1]
¿Cuyas son aquellas armas
que tienen tal resplandor? —
— Vuestras, que hoy, señor Albertos,
las limpié de ese tenor.
— ¿De quién es aquel caballo
que siento relinchador? —
Cuando Alba aquesto oyera
cayó muerta de temor.

Cancionero, *Flor de enam.* — **Timoneda**, *Rosa de amores.*

137.

Romance del conde Lombardo. — II.

En aquellas peñas pardas,
en las sierras de Moncayo
fué do el rey mandó prender
al conde Grifos Lombardo,
porque forzó una doncella
camino de Santiago,
la cual era hija de un duque,
sobrina del Padre Santo.
Quejábase ella del fuerzo;
quéjase el conde del grado:

1 y mejor Tim.

allá van á tener pleito
delante de Carlo Magno,
y miéntras que el pleito dura
al conde han encarcelado
con grillones á los piés,
sus esposas en las manos,
una gran cadena al cuello
con eslabones doblados:
la cadena era muy larga,
rodea todo el palacio;
allá se abre y se cierra
en la sala del rey Cárlos.
Siete condes le guardaban,
todos han juramentado
que si el conde se revuelve
todos serán á matallo.
Ellos estando en aquesto,
cartas habian llegado
para que casen la infanta
con el conde encarcelado.

Cancionero, *Flor de enamorados.*

138.

Romance de Galiarda. — I.

— ¡Galiarda, Galiarda!
¡Oh quién contigo holgase,
y otro dia de mañana*
con los cien moros pelease!
Si á todos no los venciese

* Este verso y los tres que le siguen se hallan tambien en el romance del Conde Claros que dice: *Media noche era por hilo.*

luego matarme mandases,
porque con tan gran favor
grande esfuerzo tomaria*.
— De dormir, dices** Florencios,
de dormir; sí dormiréis;
mas sois niño y mochacho,
luego vos alabaréis. —
Miró hácia al cielo Florencios,
y la su espada sacó:
— Á esta muera yo, señora,
si de tal me alabe yo. —
Aquella noche Florencios
con Galiarda dormió.
Otro dia de mañana
en las cortes se alabó.

Aqui se contienen cinco rom., y unas canciones muy graciosas. El primero es: Angustiada está la reina etc. — Pliego suelto del siglo XVI.***

139.

Galiarda. — II.

— Esta noche, caballeros,
dormí con una doncella,

* sic, falta la asonancia.
** El texto lleva por equivocacion: dice.
*** En otro pliego suelto que lleva por titulo: Aqui comiençan cinco romanc.: con una glosa ....de Aliarda, el texto de nuestro romance entresacado de aquella glosa dice asi:

Ya se salia Aliarda
de los baños de bañar:
le vi sacar su rostro
como la leche y la sangre.
Topara al conde Florencios,
y comenzó de hablar:
— ¡Aliarda, Aliarda!
¡Oh quién contigo holgase,
y otro dia en la mañana
con dos mil moros lidiar!
Si á todos no los venciese
me mandeis luego matar.
— De holgar, conde, conmigo,
bien podrias tú holgar;
mas eres muchacho y niño,
irte has luego alabar. —
. . . . . .
Y otro dia en la mañana
á las cortes se fué á alabar.

que en los dias de mi vida
yo no ví cosa mas bella. —
Todos dicen á una voz:
— ¡Cierto, Galiarda[1] es esa! —
Oídolo habia un su hermano,
un su hermano que era de ella:
— ¡Por Dios! te ruego, Florencios,
que te cases con ella[2].
— No quiero hacer, caballeros,
para mí cosa tan fea,
en tomar yo por mujer
la que tuve por manceba. —
Aun bien no acabó Florencios
de decir aquella nueva,
cuando todos á una voz[3]
dicen luego: — ¡Muera, muera!
¡muera el[4] que ha deshonrado
á Galiarda[5] la mas bella! —
Desque Galiarda lo supo[6]
gran enojo recibiera[7]:
— Pésame, mis caballeros,
hagais[8] cosa tan mal hecha;
lo que aquel[9] loco decia
no era cosa creedera.
Hasta saberlo de cierto
no le habiades[10] de dar pena.

El mismo pliego suelto. — **Timoneda**, *Rosa de amores.**

1 Aliarda Timoneda, *Rosa de amores.*
2 Oídolo habia su hermano,
un hermano carnal de ella.
Dijéronle alli: — Florencios,
bien es casarte con ella.
Timoneda, *Rosa de am.*
3 prontamente Tim.
4 aquel Tim.
5 Aliarda Tim.
6 En saber esto Aliarda Tim.
7 Despues de este verso Timoneda ha intercalado los dos siguientes:
envióles á decir
en breve de esta manera:
8 de hacer Tim.
9 que lo que el Tim.
10 habian Tim.
* Hay rasgos parecidos á estos dos romances en el lindo portugues que ha publicado el señor Almeida-Garrett en su Romanceiro, tomo III. pag. 15, con el titulo de: Albaninha.

140.

Romance donde se queja á su amigo de que se casó su amiga.

— Compañero, compañero,
casóse mi linda amiga,
casóse con un villano
que es lo que mas me dolia.
Irme quiero á tornar moro
allende la morería:
cristiano que allá pasare
yo le quitaré la vida.
— No lo hagas, compañero,
no lo hagas por tu vida,
de tres hermanas que tengo
darte he yo la mas garrida,
si la quieres por mujer,
si la quieres por amiga.
— Ni la quiero por mujer,
ni la quiero por amiga,
pues que no pude gozar
de aquella que mas queria.

Canc. de Rom. 1550, fol. 170.

141.

(Romance de Catalina.)

Yo me adamé una amiga
dentro en mi corazon;
Catalina habia por nombre,
no la puedo olvidar, no.
Rogóme que la llevase
á las tierras de Aragon.

— Catalina, sois mochacha[1],
no podréis caminar, no.
— Tanto andaré, el[2] caballero,
tanto andaré como vos:
si lo dejais por dineros,
llevaré para los dos,
ducados para Castilla,
florines para Aragon. —
Ellos en aquesto estando,
la justicia que llegó.

Canc. de Rom. s. a. fol. 252. — Canc. de Rom. 1550. f. 267. — Silva de 1550 t. I. f. 178.

142.

Romance de la bella mal maridada.

— La bella mal maridada,
de las lindas que yo ví,
véote tan triste enojada;
la verdad díla tú á mí.
Si has de tomar amores
por otro, no dejes á mí,
que á tu marido, señora,
con otras dueñas lo ví,
besando y retozando:
mucho mal dice de ti;
juraba y perjuraba
que te habia de ferir. —
Alli habló la señora,
alli habló, y dijo así:
—Sácame tú, el caballero,
tú sacásesme de aquí;

1 pequeña Silva. 2 el falta en la Silva.

por las tierras donde fueres
bien te sabria yo servir:
yo te haria bien la cama
en que hayamos de dormir,
yo te guisaré la cena
como á caballero gentil,
de gallinas y de capones
y otras cosas mas de mil;
que á este mi marido
ya no le puedo sufrir,
que me da muy mala vida
cual vos bien podeis oir. —
Ellos en aquesto estando
su marido hélo aqui:
— ¿Qué haceis, mala traidora?
¡Hoy habedes de morir!
— ¿Y por qué, señor? ¿por qué?
que nunca os lo merecí.
Nunca besé á hombre,
mas hombre besó á mí;
las penas que él merecia,
señor, daldas vos á mí:
con riendas de tu caballo,
señor, azotes á mí;
con cordones de oro y sirgo
viva ahorques á mí.
En la huerta de los naranjos
viva entierres tú á mí,
en sepoltura de oro
y labrada de marfil;
y pongas encima un mote,
señor, que diga así:
„Aquí está la flor de las flores,
„por amores murió aquí;
„cualquier que muere de amores

„mándese enterrar aquí,
„que así hice yo, mezquina,
„que por amar me perdí.“

Sepúlveda, Rom. nuev. sacados etc. — Aqui comienzan tres romances glosados, y este primero etc. — Pliego suelto del siglo XVI.*

143.

(La ermita de San Simon.)

En Sevilla está una hermita
cual dicen de San Simon,
adonde todas las damas
iban á hacer oracion.
Allá va la mi señora,
sobre todas la mejor,
saya lleva sobre saya,
mantillo de un tornasol,
en la su boca muy linda
lleva un poco de dulzor,
en la su cara muy blanca
lleva un poco de color,
y en los sus ojuelos garzos
lleva un poco de alcohol,
á la entrada de la hermita
relumbrando como el sol.
El abad que dice la misa
no la puede decir, non,
monacillos que le ayudan

* El señor Duran, cuyo texto hemos copiado, anota á este romance:
„Este romance se ha corregido por la glosa que de él hizo Quesada y se publicó en un pliego suelto. Es el verdadero romance viejo, y tan célebre, que dió motivo á mil glosas é imitaciones.“

no aciertan responder, non,
por decir: amen, amen,
decian: amor, amor.

Romance nuevamente compuesto por Antonio Ruyz de Santillana: con su glosa. E otra glosa al romance que dice: En Sevilla esta una hermita etc. Pliego suelto del siglo XVI.*

144.

(Romance de la guirnalda de rosas.)

— Esa guirnalda de rosas,
hija, ¿quién te la endonara?
— Donómela un caballero
que por mi puerta pasara,
tomárame por la mano,
á su casa me llevara,
en un portalico escuro
conmigo se deleitara,
echóme en cama de rosas
en la cual nunca fuí echada,
hízome — no sé que hizo —
que dél vengo enamorada:
traigo, madre, la camisa
de sangre toda manchada.
— ¡Oh sobresalto rabioso!
¡Qué mi ánima es turbada!
Si dices verdad, mi hija,
tu honra no vale nada:
que la gente es maldiciente,

* El romance catalan que lleva por titulo: La dama de Aragon (en la obra citada del señor Milá y Fontanals, pag. 140), es cuasi una version de este romance, que se ha entresacado de la glosa citada.

luego serás deshonrada.
— Calledes, madre, calledes,
calleis, madre muy amada,
que mas vale un buen amigo
que no ser mal maridada.
Dame el buen amigo, madre,
buen mantillo y buena saya:
la que cobra mal marido
vive malaventurada.
— Hija, pues quereis así,
tú contenta, yo pagada.

Siguese un romance que dize. Tiempo es el cavallero: glosado nuevamente. E otro que comiença essa guirnalda de rosas etc. — Pliego suelto del siglo XVI.

145.

Romance de una gentil dama, y un rústico pastor.

— Estáse la gentil dama
paseando en su vergel,
los piés tenia descalzos
que era maravilla ver;
desde lejos me llamara [1],
no le quise responder.
Respondíle con gran saña:
„¿Qué mandais, gentil mujer?“
Con una voz amorosa
comenzó de responder:
„Ven acá [2] el pastorcico,
„si quieres tomar placer;

1 Hablábame desde lejos, Cancionero de obras de burlas.
2 Ven acá tú Canc. de obr. de burlas.

„siesta es de mediodia[3],
„que ya es hora de comer;
„si querrás tomar posada
„todo es á tu placer.“
Que no era tiempo, señora,
que me haya de detener;
que tengo mujer y hijos,
y casa de mantener,
y mi ganado en la sierra
que se me iba á perder,
y aquellos que me lo guardan
no tenian qué comer.
— „Vete con Dios, pastorcillo,
„no te sabes entender,
„hermosuras de mi cuerpo
„yo te las hiciera ver:
„delgadica en la cintura,
„blanca soy como el papel,
„la color tengo mezclada
„como rosa en el rosel,
„el cuello tengo de garza,
„los ojos de un esparver,
„las teticas agudicas
„que el brial quieren romper[4],
„pues lo que tengo encubierto
„maravilla es de lo ver.“
— Ni aunque mas tengais, señora,
no me puedo detener.

Aqui comiençan tres romances glosados y este primero dize. Estasse la gentil dama etc. — Pliego suelto del siglo XVI. — Cancionero de obras de burlas provocantes á risa. ed. de Londres, 1841. en-8o. pag. 239.

3 Este y los tres versos que le siguen faltan en el Canc. de obras de burlas.

4 hender Canc. de obr. de burlas, y aqui los dos ultimos versos van antepuestos al que dice: el cuello etc.

146.

Romance de don Tristan. — I.

Ferido está don Tristan
de una mala lanzada,
diérasela el rey su tio
por zelos que dél cataba.
El fierro tiene en el cuerpo,
de fuera le tembla el asta:
vàlo á ver la reina Iseo
por la su desdicha mala.
Júntanse boca con boca
cuanto una misa rezada,
llora el uno, llora el otro,
la cama bañan en agua:
allí nace un arboledo
que azucena se llamaba,
cualquier mujer que la come
luego se siente preñada:
comiérala reina Iseo
por la su desdicha mala.

Canc. de Rom. s. a. fol. 192. — Canc. de Rom. 1550. fol. 202.

---

146 a.

Romance de don Tristan. — II.

Herido está don Tristan
de una muy mala lanzada,
diérasela el rey su tio
con una lanza erbolada,[1]
diósela desde una torre;

1 con la lanza enerbolada Pl. s. no. 2.

que de cerca no osaba:
que el hierro tiene en el cuerpo,
de fuera le tiembla el asta.
Tan malo está don Tristan,
que á Dios quiere dar el alma.
Valo á ver la reina Iseo [1],
la su linda enamorada,
cubierta de un paño [2] negro
que de luto se llamaba.
Viéndole tan mal parado,
dice así la triste dama [3]:
— Quien vos hirió, don Tristan,
heridas tenga de rabia,
que no hallase maestro
que sopiese [4] de sanallas. —
Tanto están de boca en boca [5]
como una misa rezada:
llora el uno, llora el otro,
toda la cama se baña;
el [6] agua que de ellos sale
una azucena regaba;
toda mujer que la bebe
luego se siente [7] preñada.
Así hice yo, mezquina,
por la mi ventura mala [8].

Codice de mediado el siglo XVI. en el Rom. gen. del señor Duran. — No. 1. Glosa del romance de don Tristan. Pliego suelto del siglo XVI. — No. 2. Romance de don Tristan nuevamente glosado por Alonso de Salaya. Pliego suelto del siglo XVI. (Véase Geibel Volkslieder u. Rom. der Spanier. Berlin, 1843. pag. 193.)

1 Váselo á ver doña Iseo Pl. s. no. 2.
2 manto Pl. s. no. 2.
3 Este y el verso que le antecede faltan en los pliegos sueltos no. 1 y 2.
4 oviese Pl. s. no. 1 y 2.
5 boca con boca Pl. s. no. 1 y 2.
6 del Pl. s. no. 1 y 2.
7 hace Pl. s. no. 1 y 2.
8 Los dos últimos versos faltan en el pliego suelto no. 2.

147.

Romance de Lanzarote. — I.

Tres hijuelos habia el rey,
tres hijuelos, que no mas;
por enojo que hubo de ellos
todos maldito los ha.
El uno se tornó ciervo,
el otro se tornó can,
el otro se tornó moro,
pasó las aguas del mar.
Andábase Lanzarote
entre las damas holgando,
grandes voces dió la una:
— Caballero, estad parado:
si fuese la mi ventura,
cumplido fuese mi hado
que yo casase con vos,
y vos comigo de grado,
y me diésedes en arras
aquel ciervo del pié blanco.
— Dároslo he yo, mi señora,
de corazon y de grado,
y supiese yo las tierras
donde el ciervo era criado. —
Ya cabalga Lanzarote,
ya cabalga y va su via,
delante de sí llevaba
los sabuesos por la trailla.
Llegado habia á una ermita,
donde un ermitaño habia:
— Dios te salve, el hombre bueno.
— Buena sea tu venida:
cazador me pareceis

en los sabuesos que traia.
— Dígasme tú, el ermitaño,
tú que haces santa vida,
ese ciervo del pié blanco
¿dónde hace su manida?
— Quedais os aquí, mi hijo,
hasta que sea de dia,
contaros he lo que vi,
y todo lo que sabia.
Por aquí pasó esta noche
dos horas ántes del dia,
siete leones con él
y una leona parida.
Siete condes deja muertos,
y mucha caballería.
Siempre Dios te guarde, hijo,
por do quier que fuer tu ida,
que quien acá te envió
no te queria dar la vida.
¡Ay dueña de Quintañones,
de mal fuego seas ardida,
que tanto buen caballero
por tí ha perdido la vida! —

Canc. de Rom. 1550. fol. 242.

148.

Romance de Lanzarote. — II.

Nunca fuera caballero
de damas tan bien servido,
como fuera Lanzarote
cuando de Bretaña vino,
que dueñas curaban dél,

doncellas del su rocino.
Esa dueña Quintañona,
esa le escanciaba el vino,
la linda reina Ginebra
se lo acostaba consigo;
y estando al mejor sabor,
que sueño no habia dormido,
la reina toda turbada
un pleito ha conmovido.
— Lanzarote, Lanzarote,
si ántes hubieras venido
no hablara el orgulloso
las palabras que habia dicho,
que á pesar de vos, señor,
se acostaria comigo. —
Ya se arma Lanzarote
de gran pesar conmovido,
despídese de su amiga,
pregunta por el camino,
topó con el orgulloso
debajo de un verde pino,
combátense de las lanzas,
á las hachas han venido.
Ya desmaya el orgulloso,
ya cae en tierra tendido,
cortárale la cabeza,
sin hacer ningun partido;
vuélvese para su amiga
donde fué bien recibido.

Canc. de Rom. s. a. f. 228. — Canc. de Rom. 1550. fol. 242.

149.

Romance de don Bernaldino.[1]

Ya piensa don Bernaldino
su amiga visitar,
da voces á los sus pajes,
de vestir le quieran dar.
Dábanle calzas de grana,
borceguís de cordoban,
un jubon rico broslado,
que en la corte no hay su par,
dábanle una rica gorra,
que no se podria apreciar,
con una letra que dice:
„Mi gloria por bien amar.“
La riqueza de su manto
no vos la sabria contar;
sayo de oro de martillo
que nunca se vió su igual.
Una blanca hacanea
mandó luego ataviar,
con quince mozos de espuelas
que le van acompañar.
Ocho pajes van con él,
los otros mandó tornar;
de morado y amarillo
es su vestir y calzar.
Allegado han[2] á las puertas
do su amiga solia estar;
fallan[3] las puertas cerradas,
empiezan de preguntar:
— ¿Dónde está doña Leonor
la que aquí solia morar? —

1 Berlandino Silva.
2 han falta en la Silva.
3 falló Silva.

Respondió un maldito viejo,
que él luego mandó matar:
— Su padre se la llevó
lejas[1] tierras habitar. —
Él rasga sus vestiduras
con enojo y gran pesar,
y volvióse á los palacios
donde solia reposar.
Puso una espada á sus pechos
por sus dias acabar.
Un su amigo que lo supo
veníalo á consolar,
y en entrando por la puerta
vídolo tendido estar.
Empieza á dar tales voces,
que al cielo quieren llegar;
vienen todos sus vasallos,
procuran de lo enterrar
en un rico monumento
todo hecho de cristal,
en torno del cual se puso
un letrero singular:
„Aquí está don Bernaldino
que murió por bien amar.“

Canc. de Rom. s. a. fol. 258. — Canc. de Rom. 1550 f. 273. — Silva de 1550. t. I. fol. 183.

150.

Romance del infante vengador.

¡Hélo, hélo por do viene
el infante vengador,

1 La Silva y todas las ed. del Canc. de rom. dicen: lejos.

caballero á la gineta
en un caballo corredor,
su manto revuelto al brazo,
demudada la color,
y en la su mano derecha
un venablo cortador.
Con la punta del venablo
sacarian un arador.
Siete veces fué templado
en la sangre de un dragon,
y otras tantas fué afilado
porque cortase mejor:
el hierro fué hecho en Francia,
y el hasta en Aragon:
perfilándoselo iba
en las alas de su halcon.
Iba buscar á don Cuadros,
á don Cuadros el traidor,
allá le fuera á hallar
junto el[1] emperador.
La vara tiene en la mano,
que era justicia mayor.
Siete veces lo pensaba,
si lo tiraria ó no,
y al cabo de las ocho
el venablo le arrojó.
Por dar al dicho don Cuadros
dado ha al emperador:
pasado le ha manto y sayo
que era de un tornasol:
por el suelo ladrillado
más de un palmo le metió.
Allí le habló el rey
bien oiréis lo que habló:

1 al Silva.

— ¿Por qué me tiraste, infante?
¿por qué me tiras, traidor?
— Perdóneme tu Alteza,
que no tiraba á ti, no:
tiraba al traidor de Cuadros;
ese falso engañador,
que siete hermanos tenia,
no ha dejado, si á mí no:
por eso delante de[1] ti,
buen rey, lo desafio yo. —
Todos fian á don Cuadros,
y al infante no fian, no,
si no fuera una doncella,
hija es del emperador,
que los tomó por la mano,
y en el campo los metió.
A los primeros encuentros
Cuadros en tierra cayó.
Apeárase el infante,
la cabeza le cortó,
y tomárala en su lanza,
y al buen rey la presentó.
De que aquesto vido el rey
con su hija le casó.

Canc. de Rom. s. a. f. 187. — Canc. de Rom. 1550. f. 197. — Silva de 1550. t. I. f. 110.

151.

Romance de la infantina.

A cazar va el caballero,
á cazar como solia;

2 de falta en la Silva.

los perros lleva cansados,
el falcon perdido habia,
arrimárase á un roble,
alto es á maravilla.
En una rama mas alta,
viera estar una infantina;
cabellos de su cabeza
todo el roble cobrian.
— No te espantes, caballero,
ni tengas tamaña grima.
Fija soy yo del buen rey
y de la reina de Castilla:
siete fadas me fadaron
en brazos de una ama mia,
que andase los siete años
sola en esta montiña.
Hoy se cumplian los siete años,
ó mañana en aquel dia:
por Dios te ruego, caballero,
llévesme en tu compañia,
si quisieres por mujer,
si no, sea por amiga.
— Esperéisme vos, señora,
fasta mañana, aquel dia,
iré yo tomar consejo
de una madre que tenia. —
La niña le respondiera
y estas palabras decia:
— ¡Oh mal haya el caballero
que sola deja la niña! —
El se va á tomar consejo,
y ella queda en la montiña.[1]
Aconsejóle su madre
que la tomase por amiga.

1 Con este verso concluye el romance en el Canc. de rom. s. a.

Cuando volvió el caballero
no la hallara en la montiña[1]:
vídola que la llevaban
con muy gran caballería.
El caballero desque la vido
en el suelo se caía:
desque en sí hubo tornado
estas palabras decia:
— Caballero que tal pierde,
muy gran pena merecia:
yo mesmo seré el alcalde,
yo me seré la justicia:
que le[2] corten piés y manos
y lo[2] arrastren por la villa.

Canc. de Rom. s. a. fol. 192. — Canc. de Rom. 1550. fol. 203.*

1 En todas las ediciones del Canc. de rom. este verso está impreso asi:
no hallara la montina
Hemos pues suplido lo necesario para reintegrar la frase.
2 me en las ed. posteriores del Canc. de rom.
* La mas antigua version de este romance muy viejo y muy popular, aunque probablemente de orígen frances, es la que se ha conservado en la boca del pueblo en Portugal, y la cual lleva publicada el señor Almeida-Garrett en su excelente Romanceiro (Lisboa, 1851. Tomo II. p. 21—24); por eso y por ser muy linda esta version, la reimprimimos aquí:

O caçador.

O caçador foi á caça,
á caça, como sohia;
os cães ja leva cançados,
o falcão perdido havia.
Andando se lhe fez noite
por ũa mata sombria,
arrimou-se a uma azinheira,
a mais alta que alli via.
Foi a levantar os olhos,
viu coisa de maravilha:
no mais alto da ramada
uma donzella tam linda!
Dos cabellos da cabeça
a mesma árvore vestia,
da luz dos olhos tam viva
todo o bosque se allumia.
Alli fallou a donzella,
ja vereis o que dizia:
— Não te assustes, cavalleiro,
não tenhas tammanha frima.
Sou filha de um rei c'roado,
de uma bemditta rainha.
Sette fadas me fadaram,
nos braços de mi' madrinha,
que estivesse aqui sette annos,
sette annos e mais um dia:
hoje se acabam n'os annos,
ámanhan se conta o dia.
Leva-me, por Deus t'o peço,
leva em tua companhia.
— Espera-me aqui, donzella,
té ámanhan, que é o dia;
que eu vou a tomar conselho,
conselho com minha tia. —

152.

Romance de Espinelo.

Muy malo estaba[1] Espinelo,
en una cama yacia,
los bancos eran de oro,
las tablas de plata fina:
los colchones en que duerme
eran de holanda muy rica[2],
las sábanas que le cubren
en el agua no se vian,
la colcha que encima tiene[3]
sembrada de perlería;
á su cabecera asiste[4]
Mataleona su amiga[5]:
con las plumas de un pavon
la su cara le resfria.
Estando en este solaz
tal demanda le hacia:
— Espinelo, Espinelo,
¡cómo naciste en buen dia!
El dia que tú naciste

Responde agora a donzella,
que bem que lhe respondia!
— Oh, mal haja o cavalleiro
que não teve cortezia:
deixa a menina no souto
sem lhe fazer companhia! —
Ella ficou no seu ramo,
elle foi-se a ter co'a tia....
Ja voltava o cavalleiro
apenas que rompe o dia;
corre por toda essa mata,
a enzinha não descubria.
Vai correndo e vai chamando,
donzella não respondia;
deitou os olhos ao longe,
viu tanta cavallaria,
de senhores e fidalgos
muito grande tropelia.
Levavam n'a linda infanta,
que era ja contado o dia.
O triste do cavalleiro
por morto no chão cahia;
mas ja tornava aos sentidos
e a mão á espada mettia:
— Oh, quem perdeu o que eu perco
grande penar merecia!
Justiça faço em mim mesmo
e aqui me acabo co'a vida.

1 está Canc. Flor de enam.
2 son de una holanda muy fina
Flor de enam.
3 pone Flor de enam.
4 tiene Flor de enam.
5 querida Flor de enam.

la luna estaba crecida,
que ni punto le faltaba,
ni punto le fallecia.
Contásesme tú, Espinelo,
contásesme la tu vida[1].
— Yo te la diré, señora,
con amor y cortesía:
mi padre era de Francia,
mi madre de Lombardía;
mi padre con su poder
á toda Francia regia.
Mi madre como señora
una ley introducia[2]:
que[3] muger que dos pariese
de un parto, y en un dia,
que la den por alevosa,
y la quemen por justicia,
ó la echen en la mar
porque adulterado habia.
Quiso Dios y mi[4] ventura,
que ella dos hijos paria
de un parto, y en una hora,
que por deshonra tenia.
Fuérase á tomar consejo
con tan loca fantasía
á una captiva mora,
sabia en[5] nigromancia.
— ¿Qué me aconsejas tú, mora,
por salvar la honra mia? —
Respondiérale: — Señora,
yo de parecer seria,

1 Contádesme, Espinelo,
contádesme vuestra vida.
Flor de enam.
2 hecho tenia Flor de enam.
3 la Flor de enam.
4 su Flor de enam.
5 que sabia de Flor de enam.

que tomases á tu hijo,
el que se te antojaria,
y lo eches en la mar
en una arca de valía
bien embetunada toda,
con mucho oro y joyería[1],
porque quien al niño hallase
de criarlo holgaria. —
Cayera la suerte en mí,
y en la gran mar me ponia,
la cual estando muy brava
arrebatado me habia,
y púsome en tierra firme
con el furor que traia[2],
á la sombra de una mata
que por nombre Espino habia,
que por eso me pusieron
de Espinelo nombradía.
Marineros navegando
halláronme en aquel dia:
lleváronme á presentar
al gran soldan de Suría.
El soldan no tenia hijos[3]
por su hijo me tenia;
el soldan agora es muerto.
Yo por el soldan regia.

Timoneda, *Rosa de amores.* — Cancionero llamado Flor de enamorados.

1 que mas segura seria,
y pongas tambien en ella
mucho oro y joyería
Flor de enam.

2 con la sabor que habia
Flor de enam.

3 no tiene hijo Flor de enam.

153.

Romance del conde Arnaldos.[1]

¡Quién hubiese tal ventura
sobre las aguas de mar,
como hubo el conde[2] Arnaldos
la mañana de San Juan!
Con un falcon en la mano
la caza iba cazar[3],
vió venir una galera
que á tierra quiere llegar[4].
Las velas traia de seda,
la ejercia de un cendal[5],
marinero que la manda[6]
diciendo viene un cantar[7]
que la mar facia en calma[8],
los vientos hace amainar,
los peces que andan 'nel[9] hondo
arriba los hace andar,
las aves que andan volando
en el mástel las face posar[10].

1 Romance del infante Arnaldos. Pl. s.
2 infante Pl. s.
3 Andando á buscar la caza
para su halcon cebar Pl. s.
4 que venia en alta mar Pl. s.
5 Las áncoras tiene de oro,
y las velas de un cendal Pl. s.
6 guia Pl. s.
7 va diciendo este cantar Pl. s.
8 Este y los cinco versos que le siguen faltan en el Pliego suelto.
9 Hemos conservado esta forma notable del Canc. de rom. s. a. (nel), anteponiendo solamente la apóstrofe; — en la ed. de 1550 hay: en el, y en las posteriores: al.
10 Despues de este verso, la ed. de 1550 y las posteriores del Canc. de rom. llevan intercalados los siguientes:
— Galera, la mi galera,
Dios te me guarde de mal,
de los peligros del mundo
sobre aguas de la mar,
de los llanos de Almería,
del estrecho de Gibraltar,
y del golfo de Venecia,
y de los bancos de Flandes,
y del golfo de Leon,
donde suelen peligrar. —
Tambien el Pliego suelto ha interpuesto este pasaje, pero de modo algun tanto diferente, y acaba al romance con él, diciendo asi:
— Galera, la mi galera,
Dios te me guarde de mal,

Alli fabló el conde Arnaldos,
bien oiréis lo que dirá:
— Por Dios te ruego, marinero,
dígasme ora ese cantar. —
Respondióle el marinero,
tal respuesta le fué á dar:
— Yo no digo esta cancion
sino á quien conmigo va.

Canc. de Rom. s. a. fol. 192, y ed. de **1550.** fol. 203. — Glosa agora nuevamente compuesta a un romance muy antiguo que comiença: quan traydor eres Marquillos etc. — Pliego suelto del siglo XVI.*

de los peligros del mundo,
de fortunas de la mar,
de los golfos de Leon,
y estrecho de Gibraltar,
de las fustas de los moros
que andaban á saltear.

* El señor Delius ha publicado en el: *„Archiv für das Studium der neueren Sprachen, herausgegeben von Herrig“*, Tomo XII. pag. 235, una otra version de este romance, sacada de un manuscrito, segun dice, del British Museum (Ms. Add. 10341). El texto de este manuscrito parece ser muy corrupto; pero, por no haberse podido hallar, á nuestra demanda, el citado manuscrito en el British Museum, lo reimprimos aqui segun la leccion del señor Delius, corrigiendo tan solo los yerros palpables, y trascribiéndolo conforme á nuestro sistema de ortografía y prosodía.

¡Quién tuviese tal ventura
con sus amores folgar,
como el infante Arnaldos
la mañana de San Juan!
Andando á matar lagartos
por riberas de la mar,
vido venir un navío
navigando por la mar,
marinero que dentro viene,
diciendo viene este cantar:
— Galera, la mi galera,
Dios te me guarde de mal,
de los peligros del mundo,
de las ondas de la mar,
y del golfo de Leon,
del puerto de Gibraltar,
de los castillos de moros
que combaten con la mar. —
Oídolo ha la princesa
en los palacios do está:
— Si saliredes, mi madre,
si saliredes de mirar:
y veredes como canta
la sirena de la mar.
— Que non era la sirena,
la sirena de la mar,
que non era sino Arnaldos,
Arnaldos era el infante,
que por mí muere de amores,
que le queria frustrar.*
¡Quién le pudiese valer,
que tal pena no pagase!

* El texto dice: frūare; el señor Delius lee: firmare.

154.

(De la hija del rey de Francia.)

Romance que dicen: De Francia partió la niña.

De Francia partió la niña,
de Francia la bien guarnida:
íbase para París,
do padre y madre tenia.
Errado lleva el camino,
errada lleva la guia:
arrimárase á un roble
por esperar compañía.
Vió venir un caballero,
que á París lleva la guia.
La niña desque lo vido
de esta suerte le decia:
— Si te place, caballero,
llévesme en tu compañía.
— Pláceme, dijo, señora,
pláceme, dijo, mi vida. —
Apeóse del caballo
por hacelle cortesía;
puso la niña en las ancas
y él subiérase en la silla.
En el medio del camino
de amores la requeria.
La niña desque lo oyera
díjole con osadía:
— Tate, tate, caballero,
no hagais tal villanía:
hija soy de un malato
y de una malatía;
el hombre que á mí llegase
malato se tornaria. —

El caballero con temor
palabra no respondia.
A la entrada de París
la niña se sonreia.
— ¿De qué vos reis, señora?
¿de qué vos reis, mi vida?
— Ríome del caballero,
y de su gran cobardía,
¡tener la niña en el campo,
y catarle cortesía! —
Caballero con vergüenza
estas palabras decia:
— Vuelta, vuelta, mi señora,
que una cosa se me olvida. —
La niña como discreta
dijo: — Yo no volveria,
ni persona, aunque volviese,
en mi cuerpo tocaria:
hija soy del rey de Francia
y de la reina Constantina,
el hombre que á mí llegase
muy caro le costaria. —

Canc. de Rom. s. a. fol. 259. — Canc. de Rom. 1550. fol. 274. — Silva de 1550. t. I. fol. 181.

---

154 a.

(Al mismo asunto.)

De Francia salió la niña,
de Francia la bien guarnida:
perdido lleva el camino,
perdida lleva la guia:

arrimádose ha á un roble
por atender compañía.
Vido venir un caballero,
dispuesto es á maravilla:
comiénzale de fablar,
tales palabras decia:
— ¿Qué haceis aqui, mi alma?
¿Qué haceis aqui, mi vida? —
Alli fabló la doncella,
bien veréis lo que diria:
— Espero compañía, señor,
para Francia la bien guarnida. —
Respóndele el caballero,
tales palabras decia:
— Si te pluguiere, señora,
conmigo te llevaria:
si quieres por mujer,
si quieres por amiga. —
La niña, que sola estaba,
estas palabras decia:
— Pláceme, dijo, señor,
pláceme, dijo, mi vida:
diésesme luego la mano
y luego cabalgaria. —
El caballero le da la mano,
la niña cabalgado habia.
Andando por su camino
de amores la requeria.
Alli habló la doncella,
bien oiréis lo que decia:
— Está quedo, caballero,
non fagais tal villanía,
fija soy de un malato
que tiene la malatia,
y quien á mí llegare

luego se le pegaria,
que si vos á mí llegades
la vida vos costaria.
Mucho os ruego, señor.
que me cateis cortesía. —
Y á la salida de un monte
y asomada de una montiña
el caballero iba seguro,
la niña se sonreia.
Alli fabló el caballero,
bien oiréis lo que decia:
— ¿De qué vos reis, mi alma?
¿De qué vos reis, mi vida? —
La niña, que estaba en salvo,
aquesto le respondia:
— Ríome del caballero
y de su gran cobardía,
que tenia niña en el monte,
y usaba de cortesía. —
El caballero que esto oyó
ahorcarse queria:
con gran enojo que tiene
estas palabras decia:
— Caballero que tal pierde
¿qué pena merescia?
El se era el alcalde,
él se era la justicia,
que le corten pies y manos
y lo cuelguen de una encina. —
Y él estándose en aquesto
y que hacerlo queria,
si no fuera por una fada
que á fablarle venia:
las palabras que le dice
quien quiera se las sabia:

— No desesperes, caballero,
no desesperes de tu vida:
darte ha Dios grande vitoria
en arte de caballería,
que con los vivos se sirve á Dios
y su madre Santa María. —

Deshecha del caballero, que dice con enojo:

— Plega á Dios que á alguno ameis
como yo, señora, á vos,
porque rabieis y peneis,
sin ser conformes los dos:
él se goce, y vos rabieis,
él que diga: — ¿vos qué habeis? —
vos á él: — ¿no me quereis? —
responda: — no puedo veros.

Comienza un razonamiento por coplas etc. Pliego suelto del siglo XVI. — En el Romancero del sr. Duran, donde dice que este romance se halla inserto en el pliego suelto á nombre de Rodrigo de Reinosa.*

* Claro está que Reinosa, caso que sea el autor de esta trova, ha tomado por base el asunto del romance antecedente, amalgamándolo con él del romance que dice:

A cazar va el caballero,

y aponiéndole un final de su cosecha. —

De esta tradicion, sin género de duda de orígen franceses, hay una version portuguesa conservada en el lindo romance que con el título de: A infeitiçada ha inserto el sr. Almeida-Garrett en su Romanceiro (Tomo II. p. 32). La version portuguesa contiene algunos rasgos notables que ya faltan en la castellana, p. e. cuando la niña dice:

Que, antes que me baptisassem
me deram feitiçaria:
sette bruxas me imbruxaram
antes que eu fosse á pia:
o homem que a mim se chegasse,
malato se tornaria.

Y en el desenlace, reconociendo el caballero á la niña por su hermana:

Cuidei de levar amante,
levo uma irman minha.

Con que se asemeja esta tradicion á la del romance asturiano de Don Bueso publicado segun la tradicion oral por el sr. Duran (l. c. T. I. pag. LXV.).

155.

(De las señas del esposo.)

Caballero, si á Francia ides
por mi señor preguntad,
y porque le conozcais
con poca dificultad,
daros he las señas dél
sin ninguna falsedad:
él es dispuesto de cuerpo,
y de mucha gravedad,
blanco, rubio y colorado,
mancebo y de poca edad,
el cual por ser tan hermoso
temo de su lealtad.
Hablaréisle con crianza,
porque en él suele morar;
decidle que su señora
se le envía á encomendar,
que ya me parece tiempo
de venirme á libertar
de esta prision en que vivo,
muriendo de[1] soledad;
y se acuerde que me deja
sin ninguna libertad,
que me la llevó consigo
de mi propia voluntad;
y las justas y torneos
yo las supe de verdad;
la divisa que sacó
en señal de desamar.
Y si acaso amores tiene
y no los quiere dejar,

1 Do muero con Timoneda.

decidle de parte mia,
sin ningun temor mostrar:
que ausentes, por los presentes
lijeros son de olvidar.

Codice del siglo XVI. en el Rom. gen. del señor Duran. — **Timoneda**, *Rosa de amores.**

156.

(Al mismo asunto.)

— Caballero de lejas tierras,
llegáos acá, y pareis,
hinquedes la lanza en tierra**,
vuestro caballo arrendeis,
preguntaros he por nuevas
si mi esposo conoceis.
— Vuestro marido, señora,
decid ¿de qué señas es?
— Mi marido es mozo y blanco,
gentil hombre y bien cortes,
muy gran jugador de tablas,
y tambien del ajedrez.
En el pomo de su espada
armas trae de un marques,
y un ropon de brocado
y de carmesí al enves:

* Es mas bien este romance un fragmento, con algunas adiciones, conservando todavia versos enteros de aquel romance viejo que empieza: Asentado está Gaiferos, desde el verso que en él dice:

Caballero, si á Francia ides,
por Gaiferos preguntad.

** Este y los dos versos que le siguen, están tomados del romance de Valdovinos que dice: *Nuño vero, Nuño vero,* como en general este romance parece ser mas bien una trova moderna de aquel viejo romance.

cabe el fierro de la lanza
trae un pendon portugues,
que ganó en unas justas
á un valiente frances.
— Por esas señas, señora,
tu marido muerto es:
en Valencia le mataron
en casa de un ginoves;
sobre el juego de las tablas
lo matara un milanes.
Muchas damas lo lloraban,
caballeros con arnes,
sobre todo lo lloraba
la hija del ginoves;
todos dicen á una voz
que su enamorada es;
si habeis de tomar amores,
por otro á mí no dejeis.
— No me lo mandeis, señor,
señor, no me lo mandeis,
que antes que eso hiciese,
señor, monja me veréis.
— No os metais monja, señora,
pues que hacello no podeis,
que vuestro marido amado
delante de vos lo teneis *.

Juan de Ribera, Nueve romances. s. l. 1605. en-4to.

* El señor Duran ha puesto á este romance la siguiente nota (en su Rom. gen. I, pag. 175):

„Aun se conserva entre nosotros tradicionalmente una trova de este romance, aplicada á las circunstancias de la guerra de sucesion en tiempo de Felipe V, el cual dice así“:

Oiga, oiga, buen soldado,
si sois lo que pareceis,
¿á mi marido habeis visto
por la guerra alguna vez?
— No lo sé, señora mia,
dadme algunas señas dél.
— Mi marido es gentil hombre,
gentil hombre y muy cortés;
monta un potro pelicano
mas lijero que uno inglés,
y en el arzon de la silla
lleva las armas del rey,

157.

Romance de las reales bodas que se hacian en Francia.[1]

Bodas hacian[2] en Francia
allá dentro en París;
¡cuán bien que guia la danza
esta[3] doña Beatriz!
¡cuán bien que[4] se la miraba
el buen[5] conde don Martin!
— ¿Qué mirais aquí, buen conde?
conde, ¿qué mirais aquí?
¿decid, si mirais la danza,
con la su espada ceñida
con cinturon de morles.
— Ese hombre que decis
habrá ya que murió un mes,
y manda en el testamento
que conmigo vos caseis.
— No permita Dios del cielo,
ni mi madre santa Ines,
que fembra de mi linaje
se case mas de una vez:
de tres hijas que me deja
la primera casaré,
la mediana será monja,
la tercera guardaré,
que me cuide y me acompañe,
que me guise de comer,
y me lleve de la mano
en casa del coronel.
— No vos acuiteis, señora,
señora, no os acuiteis,
miradme, miradme el rostro
por ver si me conoceis.
— Vos sois Mambrú, dulce esposo,
vos sois mi dueño y querer,
vos sois... — Cayó desmayada
en los brazos de su bien
la dama desfallecida
con tanto gusto y placer.
Despues que hubo vuelto en sí,
fuéronse juntos al rey,
que los recibió en sus brazos
al ir á echarse á sus pies.
Este es el Mambrú, señores,
que se canta del reves,
y una gitana lo canta
en la plaza de Aranjuez.

La version la mas antigua parece estar conservada en el romance portugues que ha publicado el señor Almeida-Garrett en su Romanceiro. II. Romances cavalharescos antigos (Lisboa, 1851. p. 7 sig.) bajo el titulo de la Bella infanta, que dice: Estava a bella infanta
no seu jardim assentada etc.

Hay tambien dos romances catalanes muy semejantes á este, es á saber los intitulados de: Blancaflor, y de: La vuelta del peregrino, en la coleccion del señor Manuel Milá y Fontanals (Observaciones sobre la poesía popular etc. Barcelona, 1853. pag. 110 y 111).

1 En la Rosa de amores de Timoneda lleva el título de:
Romance de doña Beatriz.

2 se hacen Tim.
3 tal Tim.
4 mas tambien Tim.
5 ese Tim.

ó si me mirais[1] vos á mí?
— Que no miro yo á la danza,
porque muchas danzas ví,
miro yo vuestra lindeza
que me hace penar á mí[2].
— Si bien os parezco, conde,
conde, saquéisme de aquí,
que el marido tengo viejo
y no puede ir atras mí[3].

Canc. de Rom. 1550. fol. 294. — Timoneda, *Rosa de amores.*

158.

(De la infanta y el hijo del rey de Francia.)

Tiempo es, el caballero,
tiempo es de andar de aquí,
que ni puedo andar en pié,
ni al emperador servir,
que me crece la barriga
y se me acorta el vestir:
vergüenza he de mis doncellas,
las que me dan el vestir;
míranse unas á otras,
no hacen sino reir:
vergüenza he de mis caballeros,
los que sirven ante mí.
— Parildo, dijo, señora,
que así hizo mi madre á mí;
hijo soy de un labrador
y mi madre pan vendí[4]. —

1 mirades Tim.
2 que ver no la merecí,
la cual me mata de amores,
y á ser vuestro me rendí. Tim.
3 y no nos podrá seguir Tim.
4 sic. Las ediciones posteriores del Canc. de rom. enmiendan este verso así: mi madre y yo pan vendí.

La infanta desque esto oyera
comenzóse á maldecir:
— ¡Maldita sea la doncella
que de tal hombre fué á parir!
— No vos maldigais, señora,
no vos querais maldecir,
que hijo soy del rey de Francia,
mi madre es doña Beatriz:
cien castillos tengo en Francia,
señora, para os guarir,
cien doncellas me los guardan,
señora, para os servir.

Canc. de Rom. 1550. fol. 289.*

159.

(De la infanta y don Galvan.)

Romance que dicen: Bien se pensaba la reina.

Bien se pensaba la reina
que buena hija tenia,

* De este romance llevan los pliegos sueltos diferentes versiones ó mas bien fragmentos de tales con ó en glosas; como aquel publicado por los señores Böhl de Faber, I. no. 144, y Duran no. 306, y otro casi identico con aquel, que publicamos aqui tomado tambien de un pliego suelto del siglo XVI. que lleva por titulo: Siguese un romance que dize. Tiempo es el cavallero: glosado nuevamente etc. y dice asi:

— Tiempo es, el caballero,
tiempo es de andar de aqui,
que me crece la barriga,
y se me acorta el vestir,
Vergüenza he de mis doncellas,
las que me dan el vestir,
míranse unas á otras,
y no hacen sino reir.
Si teneis algun castillo
donde nos podamos ir.
— Paridlo vos, mi señora,
que asi hizo mi madre á mí,
hijo soy de un labrador
que de cavar es su vivir.
— ¡Maldita sea yo princesa
á la hora en que nací!
¡Antes reventases, vientre,
que de tal hombre parir!
— Calleis, infanta, calleis,
no vos querais maldecir,
que hijo soy del rey de Francia
y de la reina emperatriz,
villas y castillos tengo
donde vos pueda encobrir.

que del conde don Galvan
tres veces parido habia,
que no lo sabia ninguno
de los que en la corte habia,
sino fuese una doncella
que en su cámara dormia;
y por un[1] enojo que hubiera
á la reina lo decia.
La reina se la llamaba
y á su cámara la metia,
y estando en este cuidado
de palabras la castiga:
— Ay, hija, si virgo estáis,
reina seréis de Castilla:
hija, si virgo no estáis
de mal fuego seas[2] ardida.
— Tan virgo estoy, la mi madre,
como el dia que fuí nascida;
por Dios os ruego, mi madre,
que no me dedes marido;
doliente soy del mi cuerpo,
que no soy para servillo.[3] —

Canc. de Rom. s. a. fol. 227. — Canc. de Rom. 1550. fol. 240.
Silva de 1550 t. I. fol. 151.

1 un falta en la Silva.
2 seais Silva.
3 En la ed. de 1550 y las posteriores del Canc. de rom. se añaden los versos siguientes:

Subiérase la infanta
á lo alto de una torre;
si bien labraba la seda,
mejor labraba el retros*;
vido venir á Galvan
telas de su corazon.
Ellas en aquesto estando
el parto le** tomó.
— ¡Ay por Dios! ¡ay mi señor!
alleguéisos á esa torre,
recogedme este mochacho
en cabo de vuestro manto:
dédesmelo á criar
á la madre que os parió.

* Las ed. post. dicen: el oro.
** que le ed. post.

160.

(De cómo la infanta, casada á hurto del rey con el conde, parió, y este fué sorprendido al sacar de palacio la criatura; y de cómo el rey aplacado los perdonó.)

Parida estaba la infanta,
la infanta parida estaba;
para cumplir con el rey
decia que estaba mala.
Envió á llamar al conde
que viniese á la su sala:
el conde siendo llamado
no tardó la su llegada.
— ¿Qué me queredes, mi vida?
qué me queredes, mi alma?
— Que tomeis esta criatura,
é la déis á criar á un ama. —
Ya la tomaba el buen conde
en los cantos de su capa;
mas de la sala saliendo
con el buen rey encontrara.
— ¿Qué llevais, el buen conde,
en cantos de vuestra capa?
— Unas almendras, señor,
que son para una preñada.
— Dédesme de ellas, el conde,
para mi hija la infanta.
— Perdonedes vos, el rey,
porque las traigo contadas. —
Ellos en aquesto estando,
la criatura lloraba.
— Traidor me sois vos, el conde,
traidor me sois en mi casa.
— Yo no soy traidor, el rey,

ni en mi linaje se halla:
hermanos y primos tengo
los mejores de Granada. —
Revolvió el manto al brazo
y arrancó de la su espada;
el conde, por la criatura,
retiróse por la sala.
El rey decia: — Prendeldo; —
mas nadie prenderlo osaba.
La infanta, que luego oyera
rencilla tan grande é brava,
á una de las damas suyas
lo que era preguntaba.
— Es que el rey, señora, al conde
de traidor lo disfamaba
porque en la su falda un niño
del palacio lo sacaba,
creyendo que á vos, señora,
el conde vos deshonrara. —
Sale la infanta de prisa
adonde su padre estaba,
y la espada de la mano
de presto se la quitara,
diciendo: — Oidme, señor,
una cosa que os contara. —
El rey, que la queria bien,
que dijese le mandaba.
— Mia es la criatura
que el conde, señor, llevaba,
y el conde es mi marido,
yo por tal lo publicaba. —
El rey, que aquello oyera,
triste y espantado estaba:
por un cabo queria vengarse,
é por otro non osaba;

al fin al mejor consejo
como cuerdo se allegaba:
con voz alta é amorosa
dijo que les perdonaba.
Mándales tomar las manos
á un cardenal que alli estaba,
é hacer bodas sumptuosas
de que todo el mundo holgaba,
y así el pesar pasado
en gran gozo se tornaba.

Siguense ocho romances viejos. El primero de la presa de Tunez etc. Pliego suelto del siglo XVI. (Valladolid, 1572) en el Rom. gen. del señor Duran.

161.

Romance de Gerineldo. — I.

Levantóse Gerineldo
que al rey dejara dormido:
fuése para la infanta
donde estaba en el castillo.
— Abráisme, dijo, señora,
abráisme, cuerpo garrido.
— ¿Quién sois vos, el caballero,
que llamais á mi postigo?
— Gerineldo soy, señora,
vuestro tan querido amigo. —
Tomárala por la mano,
en un lecho la ha metido,
y besando y abrazando
Gerineldo se ha dormido.
Recordado habia el rey
de un sueño despavorido;

tres veces lo habia llamado,
ninguna le ha respondido.
— Gerineldo, Gerineldo,
mi camarero polido,
si me andas en traicion,
trátasme como á enemigo.
O dormias con la infanta,
ó me has vendido el castillo. —
Tomó la espada en la mano,
en gran saña va encendido:
fuérase para la cama
donde á Gerineldo vido.
El quisiéralo matar;
mas crióle de chiquito.
Sacara luego la espada,
entre entrambos la ha metido,
porque desque recordase
viese cómo era sentido.
Recordado habia la infanta,
é la espada ha conocido.
— Recordados, Gerineldo,
que ya érades sentido,
que la espada de mi padre
yo me la he bien conocido.

Desesperaciones de amor, Pliego suelto s. l. 1537.
en el Rom. gen. del señor Duran.

---

161 a.

Romance de Gerineldo. — II.

— Gerineldo, Gerineldo,
el mi paje mas querido,
quisiera hablarte esta noche

en este jardin sombrío.
— Como soy vuestro criado,
señora, os burlais conmigo.
— No me burlo, Gerineldo,
que de verdad te lo digo.
— ¿A qué hora, mi señora,
comprir heis lo prometido?
— Entre las doce y la una,
que el rey estará dormido. —
Tres vueltas da á su palacio
y otras tantas al castillo;
el calzado se quitó
y del buen rey no es sentido:
y viendo que todos duermen
do posa la infanta ha ido.
La infanta que oyera pasos
de esta manera le dijo:
— ¿Quién á mi estancia se atreve?
¿Quién á tanto se ha atrevido?
— No vos turbeis, mi señora,
yo soy vuestro dulce amigo,
que acudo á vuestro mandado
humilde y favorecido. —
Enilda le ase la mano
sin mas celar su cariño;
cuidando que era su esposo
en el lecho se han metido,
y se hacen dulces halagos
como mujer y marido.
Tantas caricias se hacen
y con tanto fuego vivo,
que al cansancio se rindieron
y al fin quedaron dormidos.
El alba salia apénas
á dar luz al campo amigo,

cuando el rey quiere vestirse,
mas no encuentra sus vestidos:
— Que llamen á Gerineldo
el mi buen paje querido. —
Unos dicen: — No está en casa. —
Otros dicen: — No lo he visto. —
Salta el buen rey de su lecho
y vistióse de proviso,
receloso de algun mal
que puede haberle venido.
Al cuarto de Enilda entrara,
y en su lecho halla dormidos
á su hija y á su paje
en estrecho abrazo unidos.
Pasmado quedó y parado
el buen rey muy pensativo:
pensándose qué hará
contra los dos atrevidos.
— ¿Mataré yo á Gerineldo,
al que cual hijo he querido?
¡Si yo matare la infanta
mi reino tengo perdido! —
En tal estrecho el buen rey,
para que fuese testigo,
puso la espada por medio
entre los dos atrevidos.
Hecho esto se retira
del jardin á un bosquecillo.
Enilda al despertarse,
notando que estaba el filo
de la espada entre los dos,
dijo asustada á su amigo:
— Levántate, Gerineldo,
levántate, dueño mio,
que del rey la fiera espada

entre los dos ha dormido.
— ¿Adónde iré, mi senora?
¿Adónde me iré, Dios mio?
¿Quién me librará de muerte,
de muerte que he merecido?
— No te asustes, Gerineldo,
que siempre estaré contigo:
márchate por los jardines
que luego al punto te sigo. —
Luego obedece á la infanta,
haciendo cuanto le ha dicho:
pero el rey, que está en acecho,
se le hace encontradizo.
— Dónde vas, buen Gerineldo?
¿Cómo estás tan sin sentido?
— Paseaba estos jardines
para ver si han florecido,
y vi que una fresca rosa
el calor ha deslucido.
— Miéntes, miéntes, Gerineldo,
que con Enilda has dormido. —
Estando en esto el sultan,
un gran pliego ha recibido:
ábrelo luego, y al punto
todo el color ha perdido.
— Que prendan á Gerineldo,
que no salga del castillo. —
En esto la hermosa Enilda
cuidosa llega á aquel sitio.
De lo que pasa informada,
y conociendo el peligro,
sin esperar á que torne
el buen rey enfurecido,
salta las tapias lijera
en pos de su amor querido.

Huyendo se va á Tartaria
con su amante y fiel amigo,
que en un brioso caballo
la atendia en el egido.
Allí antes de casarse
recibe Enilda el bautismo,
y las joyas que lleva
en dos cajas de oro fino
una vida regalada
á su amante ha prometido.

Este es un romance de Gerineldo el paje del rey nuevamente compuesto. Pliego suelto del siglo XVI. en el Rom. gen. del señor Duran.*

El señor Duran pone á este romance la nota que sigue (l. c. I. p. 177):

„Con algunas variantes se conserva é imprime este romance, y es uno de los vulgares que venden los ciegos. Todavia en Andalucía, con el nombre de Corrio ó Corrido ó Carrerilla, que asi llama la gente del campo á los romances que conserva por tradicion, se recita ó cuenta el siguiente que trata tambien de Gerineldo.“

Carrerilla de Gerineldo.

¿Dónde vienes, Gerineldo,
tan triste y tan afligido?
— Vengo del jardin, señora,
de coger flores y lirios.
— Gerineldo, Gerineldo,
mi camerero es Pulío
el que te pondrá esta noche
tres horas á mi servicio.
— Como soy vuestro criado,
señora, os burlais conmigo.
— No me burlo, Gerineldo,
que de veras te lo digo:
á la una de la noche
has de venir al castillo,
con zapatitos de seda
para que no seas sentido. —
Esto le dijo la infanta,
y al punto se ha despedido,
diciéndole Gerineldo:
— Señora, será cumplido.

Hállase tambien una version portuguesa de este romance, publicada por primera vez por el señor de Almeida-Garrett, en su Romanceiro, Tomo II. pag. 158. En ella el héroe lleva el nombre de Reginaldo, pero en algunas versiones tambien él de Eginaldo, Generaldo, ó Girinaldo o atrevido.— La version portuguesa coincide en lo esencial con la primera castellana que es la mas antigua; las adiciones de la portuguesa (como el llanto de la madre de Gerineldo, y el cantar de este en su prision) son mas bien interpolaciones, de las cuales carece todavia la leccion de Alemtejo, y por eso es la mas castiza.

162.

Romance de cómo el conde don Ramon de Barcelona libró á la emperatriz de Alemaña* que la tenian para quemar.

En el tiempo que reinaba
y en virtudes florecia
ese conde don Ramon,
flor de la caballería,
en Barcelona la grande,
que por suya la tenia,
nuevas ciertas de dolor
de un extranjero sabia,
que allá en Alemaña
grande llanto se hacia
por la noble emperatriz
que en virtud resplandecia,
que dos malos caballeros
la acusan de alevosía
ante el gran emperador
que mas que á sí la queria,
diciendo: — Sepa tu Alteza,
gran señor, si te placia,
que nosotros hemos visto
á la emperatriz un dia
holgar con su camarero,
no mirando que hacia
traicion á tí, señor,
y á su gran genealogía.[1] —
L'emperador muy turbado[2]

* Aquí acaba el epígrafe en la *Rosa gentil* de Timoneda. — En la Silva le antecede el siguiente título general: *Síguense los romances que tratan de historias españolas: y este primero es de cómo etc.* Por ser el asunto del todo fabuloso, hemos colocado aquí este romance.

1 no mirando lo que hacia,
y que hacia traicion
á su gran genealogía.
Timoneda, Rosa gentil.

2 El emperador turbado Tim.

de esta suerte respondia:
— Si es verdad, los caballeros,
esa tan gran villanía,
yo haré un tal castigo
cual conviene á la honra mia.[1] —
Mandóla luego prender
y en prisiones la ponia,[2]
hasta ser cumplido el plazo
que[3] la ley lo disponia:
buscase dos caballeros
que defiendan la su vida
contra los acusadores,
que en el campo se veria
la justicia cúya era,
y á quién Dios favorecia.
Pues sabida por el conde
esta nueva dolorida,
determina de partir
á librarla si podia,
con no mas de un escudero,
de quien él mucho se fia.
Andando por sus jornadas
sin parar noche ni dia,
llegado es á las Cortes
que el emperador tenia
para dar la gran sentencia
de allí á[4] tercero dia
de quemar la emperatriz,
¡cosa de muy gran mancilla!
pues no habia caballero
en tan gran caballería
que por una tal señora
quiera aventurar su vida,

1 cual á mi honra covenia Tim.
2 metia Tim.
3 cual Tim.
4 dentro del Tim.

por ser los acusadores
de gran suerte y gran valía.
Pues el conde ya llegado,
preguntó si ser podria
hablar con la emperatriz
por cosa que le cumplia.
Supo que ninguno entraba
do estaba su Señoría[1],
sino es su confesor,
fraile de muy santa vida.
Vase el Conde para él,
de esta suerte le decia:
— Padre, yo soy extranjero;
de lejas tierras venia
á librar, si Dios quisiese,
ó morir en tal porfía,
á la gran emperatriz
que es sin culpa, yo creia;
mas primero, si es posible,
gran descanso me seria
hablar con su Majestad[2],
si esto[3] hacerse podia.
— Yo daré órden, señor,
el buen fraile respondia:
tomará vuestra merced
á un hábito que yo tenia,
y vestirse ha como fraile
y irá[4] en mi compañía. —
Ya se parte el buen conde
con el fraile que lo guia.
Llegados que fuéron dentro
en la cárcel do yacia,
las rodillas por el suelo

1 adonde ella residia Tim.
2 hablar con ella primero Tim.
3 aquesto Tim.
4 y entrará Tim.

el buen conde así decia:
— Yo soy, muy alta señora,
de España la noblecida[1],
y de Barcelona conde,
ciudad de gran nombradía.
Estando[2] en la mi corte
con solaz[3] y alegría,
por muy cierta nueva supe
la congoja que tenia
vuestra real[4] Majestad,
de la cual yo me dolia,
y por eso yo partí[5]
á poner por vos la vida. —
La emperatriz que esto oyera
de gozosa[6] no cabia;
lágrimas de los sus ojos
por su linda faz vertia;
tomárale por las manos,
de esta suerte le decia:
— Bien seais venido, conde,
buena sea vuestra venida:
vuestra nobleza y valor,
vuestro esfuerzo y valentía
ya me hacen ser muy cierta
de mi honra y vuestra vida;
mi innocencia os librará,
pues que Dios bien la sabia,
de la falsa acusacion
que contra mí se ponia. —
Ya se despide el buen conde,
ya las manos le pedia
para haberlas de besar,

1 en noblecida Tim.
2 Estando allá Tim.
3 con descanso Tim.
4 sacra Tim.
5 por eso me partí presto Tim.
6 de contenta Tim.

mas ella no consentia.
Vase para su posada;
é ya que el plazo se cumplia,
armado de todas armas
bien á punto se ponia,
y él como era muy dispuesto
¡oh cuán bien que parecia!
su escudero iba con él[1]
bien armado, que salia[2]
en un caballo morcillo
muy rijoso en demasía.
Yendo para la grande plazà
con el orgullo[3] que traia,
encontró con un mochacho
que de vello era mancilla,
en ver que luego murió
sin remedio de su vida.
L'escudero que esto vido[4],
con temor que en él habia,
comenzó luego á huir
cuanto el caballo podia,
y quedó el conde solo,
mas no de esfuerzo y valentía,
y como era valeroso
no dejó de hacer su via;
puesto ante los jueces
dijo que él defenderia
ser maldad y traicion,
ser envidia y ser falsía[5]
la acusacion que le ponen
á su alta Señoría;

1 su escudero con él Tim.
2 tambien armado salia Tim.
3 con la furia Tim.
4 dió el compañero á huir
cuanto el caballo podia,
y quedóse el conde solo Tim.
5 y rebeldía Tim.

y que salgan uno á uno
pues está sin compañía.
Estas palabras diciendo,
ya el acusador venia
con trompetas y atabales,
con estruendo y gallardía.
Parten el sol los jueces,
cada cual tomó[1] su via,
arremeten los caballos,
gran encuentro se hacia;
del acusador la lanza
en piezas volado habia
sin herir á don Ramon
ni menearlo de la silla:
don Ramon á su contrario
de tal encuentro lo heria,
que del caballo abajo[2]
derribado lo habia[3].
El conde que así lo vido,
del caballo descendia:
va para él con denuedo
donde le quitó la vida[4].
El otro[5] acusador
que vió tanta valentía
en l'extraño caballero[6],
gran temor en sí tenia[7]
y viendo que falsamente
el acusacion hacia,
demandó misericordia
y al buen conde se rendia.
Don Ramon con gran nobleza

1 toma Tim.
2 que de encima del caballo Tim.
3 tenia Tim.
4 y cortóle la cabeza
privándole de la vida Tim.
5 El segundo Tim.
6 en el caballero extraño Tim.
7 muy gran temor concebia Tim.

de esta suerte respondia:
— No soy parte, caballero,
para yo daros la vida[1],
pedilda[2] á su Majestad
que es quien dárosla podia[3]. —
Y preguntó á los jueces
si mas hacer se debia
por librar la emperatriz
de lo que se le imponia:
respondieron que la honra
él ganada la tenia,
que en su libertad estaba
de hacer lo que queria.
Desque aquesto oyera el conde,
del palenque se salia:
vase para su posada,
no reposa hora ni dia,
mas encima su caballo
desarmado se salia:
el camino de su tierra
en breve pasado habia.
Tornando al emperador,
grande fiesta se hacia;
sacaron la emperatriz
con muy grande[4] alegría,
con los juegos y las fiestas
toda la ciudad se hundia.
Todos iban muy galanos,
cada cual quien mas podia.
L'emperador muy contento
por el vencedor pedia,
para hacerle aquella honra
que su bondad merecia.

1 para yo darte la vida Tim.
2 pídela Tim.
3 que es el que darla podia Tim.
2 con muy sobrada Tim.

Desque supo que era ido
gran dolor en sí sentia;
á la emperatriz pregunta
le responda por su vida[1]
quién era su[2] caballero
que tan bien la defendia[3].
Respondiérale: — Señor,
yo jurado le tenia
no decir quién era él[4]
hasta el tercero dia[5]. —
Mas despues de ser pasado
ante muchos lo decia,
como era el gran conde
flor de la caballería,
señor de Cataluña
y de toda su valía[6].
L'emperador que lo supo
de contento no cabia
viendo que tan gran señor
de su honra se dolia.
La emperatriz determina,
y l'emperador lo queria[7],
de partirse para España,
y así luego se partia
para ver su caballero
á quien tanto ella debia.
Con trescientos de caballo
comenzó hacer su via[8];
dos cardenales con ella,
por tenerle compañía;
muchos duques, muchos condes,

1 le responda si sabia Tim.
2 aquel Tim.
3 que defendido la habia Tim.
4 de no decir quién es él Tim.
5 sino es al tercero dia Tim.
6 como aquel era el buen conde de Barcelona la rica Tim.
7 La emperatriz muy contenta, el emperador lo queria Tim.
8 luego empezaron su via Tim.

con muy gran caballería.
El buen conde que lo supo
gran aparato[1] hacia,
y cerca de Barcelona
á recibirla salia
acompañado de los grandes
de su grande[2] Señoría;
y una legua de camino,
y otros mas dicen que habia,
mandó poner grandes mesas
de comer muy bastecidas[3].
Pues, recebida que fué
con muy grande cortesía[4],
entraron en Barcelona,
la cual estaba guarnida
de muy ricos paramentos
y de gran tapicería.
Hacen justas y torneos
y otras fiestas de alegría.
De esta manera el buen conde
á la emperatriz servia,
hasta que para su tierra
de tornarse fué servida.

Silva de 1550, t. II. fol. 40. — Timoneda, *Rosa gentil.**

1 aparato grande Tim.
2 noble Tim.
3 para quien comer querria,
bastecidas de viandas
que nada no fallecia Tim.
4 la reina y su compañía Tim.

* Véase sobre el orígen y la propagacion de esta tradicion caballeresca: Fern. Wolf, Ueber die Lais. pag. 217, nota 60. Hay otra version castellana en el romance que dice: En la ciudad de Toledo, con el epígrafe: Romance de la duquesa de Lorayna, sacado de la historia del rey don Rodrigo que perdió á España (en la Silva, ed. de 1550. Tomo I. fol. XL, en el Canc. de rom. s. a. fol. 122, y tambien en el Romancero de Sepúlveda), el cual, aunque fundado en una version mas antigua de aquella tradicion, está, en verdad, ya sacado de la fabulosa Crónica del Rey don Rodrigo (Parte I c. 37), y no es mas que prosa rimada, obra probablemente del mismo Sepúlveda: por eso lo hemos excluido de nuestra coleccion. La tradicion de que tratamos, tiene rasgos comunes con aquella del conde Claros en el romance que dice: A caza va el Emperador.

163.

Romance del conde Alarcos y de la infanta Solisa.*

Retraida está la infanta,
bien así como solia,
viviendo muy descontenta
de la vida que tenia,
viendo que ya se pasaba
toda la flor de su vida,
y que el rey no la casaba,
ni tal cuidado tenia.
Entre sí estaba pensando
á quien se descubriría,
acordó llamar al rey
como otras veces solia,
por decirle su secreto
y la intencion que tenia.
Vino el rey siendo llamado,
que no tardó su venida:
vídola estar apartada,
sola está sin compañía;
su lindo gesto mostraba
ser mas triste que solia.
Conociera luego el rey
el enojo que tenia.
— ¿Qué es aquesto, la infanta?
¿qué es aquesto, hija mia?
Contadme vuestros enojos,
no tomeis malenconía,
que sabiendo la verdad
todo se remediaria.
— Menester será, buen rey,
remediar la vida mia,

* Los pliegos sueltos que llevan este romance, lo dicen: hecho por Pedro de Riano.

que á vos quedé encomendada
de la madre que tenia.
Dédesme, buen rey, marido,
que mi edad ya lo pedia:
con vergüenza os lo demando,
no con gana que tenia,
que aquestos cuidados tales
á vos, rey, pertenecian. —
Escuchada su demanda,
el buen rey le respondia:
— Esa culpa, la infanta,
vuestra era, que no mia,
que ya fuérades casada
con el príncipe de Hungría.
No quesistes escuchar
la embajada que os venia,
pues acá en las nuestras cortes,
hija, mal recaudo habia,
porque en todos los mis reinos
vuestro par igual no habia,
sino era el conde Alarcos,
hijos y mujer tenia.
— Convidaldo vos, el rey,
al conde Alarcos un dia,
y despues que hayais comido
decilde de parte mia,
decilde que se acuerde
de la fe que dél tenia,
la cual él me prometió,
que yo no se la pedia,
de ser siempre mi marido,
yo[1] que su mujer sería.
Yo fuí de ello muy contenta
y que no me arrepentia.

1 y yo Canc. de rom. s. a. y 1550. Flor.

Si casó con la condesa[1],
que mirase lo que hacia,
que por él no me casé
con el príncipe de Hungría:
si casó con la condesa,
dél es culpa, que no mia[2]. —
Perdiera el rey en oirlo
el sentido que tenia,
mas despues en sí tornado[3]
con enojo respondia:
— ¡No son estos los consejos,
que vuestra madre os decia!
¡Muy mal mirastes, infanta,
do estaba la honra mia!
Si verdad es todo eso
vuestra honra ya es perdida:
no podeis vos ser casada
siendo la condesa viva.
Si se hace el casamiento
por razon ó por justicia,
en el decir de las gentes
por mala seréis tenida.
Dadme vos, hija, consejo,
que el mio no bastaria,
que ya es muerta vuestra madre
á quien consejo pedía.
— Yo os lo daré, buen rey,
de este poco que tenia:
mate el conde á la condesa,
que nadie no lo sabria[4],
y eche fama que ella es muerta

1 Si la condesa es burlada Pl. s.
2 si la condesa es burlada,
dél es la culpa, y no mia Flor.
3 tornando Silva.
4 sabia Canc. de rom. s. a. Silva. Esta leccion, como la mas antigua, seria de conservar y de interpretar: que nadie sabia, que el conde le prometió la fe?

de un cierto mal que tenia,
y tratarse ha el casamiento
como cosa no sabida.
De esta manera, buen rey,
mi honra se guardaria. —
De allí se salia el rey,
no con placer que tenia;
lleno va de pensamientos
con la nueva que sabia;
vido estar al conde Alarcos
entre muchos, que decia:
— ¿Qué aprovecha, caballeros,
amar y servir amiga,
que son servicios perdidos
donde firmeza no habia?
No pueden por mí decir
aquesto que yo decia,
que en el tiempo que yo serví
una que tanto queria,
si muy bien la quise entónces,
agora mas la queria;
mas por mí pueden decir
quien bien ama tarde olvida. —
Estas palabras diciendo
vido al buen rey que venia,
y hablando con el rey
de entre todos se salia.
Dijo el buen rey al conde
hablando con cortesía:
— Convidaros quiero, conde,
por mañana en aquel dia,
que querais comer comigo
por tenerme compañía.
— Que se haga de buen grado
lo que su Alteza decia;

beso sus reales manos
por la buena cortesía[1]:
detenerme he aquí mañana,
aunque estaba de partida,
que la condesa me espera
segun la carta me envía. —
Otro dia de mañana
el rey de misa salia;
asentóse luego á comer[2],
no por gana que tenia,
sino por hablar al conde
lo que hablarle queria.
Allí fuéron bien servidos
como á rey pertenecia.
Despues que hubieron comido,
toda la gente salida,
quedóse el rey con el conde
en la tabla do comia.
Empezó[3] de hablar el rey
la embajada que traia:
— Unas nuevas traigo, conde,
que de ellas no me placia,
por las cuales yo me quejo[4]
de vuestra descortesía.
Prometistes á la infanta
lo que ella no vos pedia,
de siempre ser su marido,
y á ella que le placia.
Si otras cosas pasastes
no entro en esa porfía[5].

1 por la merced que me hacia Silva.
2 sentóse Silva.
luego se asentó á comer Las ed. post. del Canc. de rom.
asentóse á comer Flor.
3 comenzó Silva. Flor.
4 una nueva os traigo, conde,
que de ella no me placia,
por la cual estoy quejoso Silva.
sabed que estoy muy quejoso Flor.
5 Despues de este verso intercala la Floresta los dos siguientes:
que no lo he demandado,
ni se lo demandaria.

Otra cosa os digo, conde,
de que mas os pesaria:
que mateis á la condesa
que cumple á la honra mia:
echeis fama que ella es muerta
de cierto mal que tenia,
y tratarse ha el casamiento
como cosa no sabida,
porque no sea deshonrada
hija que tanto queria. —
Oidas estas razones
el buen conde respondia:
— No puedo negar, el rey,
lo que la infanta decia,
sino que otorgo ser verdad
todo cuanto me pedia.
Por miedo de vos, el rey,
no casé con quien debia,
no pensé que vuestra Alteza
en ello consentiria:
de casar con la infanta
yo, señor, bien casaria;
mas matar á la condesa,
señor rey, no lo haria,
porque no debe morir
la que mal no merecia.
— De morir tiene, el buen conde,
por salvar la honra mia,
pues no mirastes primero
lo que mirar se debia.
Si no muere la condesa
á vos costará la vida.
Por la honra de los reyes
muchos sin culpa morian,

por que muera[1] la condesa
no es mucha maravilla.
— Yo la mataré, buen rey,
mas no será la culpa mia:
vos os avendréis con Dios
en fin de vuestra vida,
y prometo á vuestra Alteza,
á fe de caballería,
que me tengan[2] por traidor
si lo dicho no cumplia
de matar á la condesa,
aunque mal no[3] merecia.
Buen rey, si me dais licencia
yo luego me partiria.
— Vayais con Dios, el buen conde,
ordenad vuestra partida. —
Llorando se parte el conde,
llorando sin alegría;
llorando por la condesa,
que mas que á sí la queria.
Lloraba tambien el conde
por tres hijos que tenia,
el uno era de teta,
que la condesa lo cria,
que no queria mamar
de tres amas que tenia
sino era de su madre
porque bien la conocia;
los otros eran pequeños,
poco sentido tenian.
Antes que llegase el conde
estas razones decia:
— ¡Quién podrá mirar, condesa,

1 pues que muera Flor.
que muera pues Pl. s.

2 que me escriba Flor. — Pl. s.
3 no lo Silva.

vuestra cara de alegría,
que saldréis á recebirme
á la fin de vuestra vida!
Yo soy el triste culpado,
esta culpa toda es mia. —
En diciendo estas palabras
la condesa ya salia,
que un paje le habia dicho
como el conde ya venia.
Vido la condesa al conde
la tristeza que tenia,
vióle los ojos llorosos
que hinchados los tenia
de llorar por el camino
mirando el bien que perdia.
Dijo la condesa al conde:
— ¡Bien vengais, bien de mi vida!
¿Qué habeis, el conde Alarcos?
¿por qué llorais, vida mia,
que venís tan demudado
que cierto no os conocia?
No parece vuestra cara
ni el gesto que ser solia;
dadme parte del enojo
como dais de la alegría.
¡Decídmelo luego, conde,
no mateis la vida mia!
— Yo vos lo diré, condesa,
cuando la hora sería.
— Si no me lo decís, conde,
cierto yo reventaria.
— No me fatigueis, señora[1],
que no es la hora venida.

1 condesa Silva.

Cenemos luego[1], condesa,
de aqueso que en casa habia.
— Aparejado está, conde,
como otras veces solia. —
Sentóse el conde á la mesa,
no cenaba ni podia,
con sus hijos al costado,
que muy mucho los queria.
Echóse sobre los hombros;
hizo como que dormia;
de lágrimas de sus ojos
toda la mesa cubria[2].
Mirándolo[3] la condesa;
que la causa no sabia;
no le preguntaba nada,
que no osaba ni podia.
Levantóse luego el conde,
dijo que dormir queria;
dijo tambien la condesa
que ella tambien dormiria;
mas entre ellos no habia sueño,
si la verdad se decia.
Vanse el conde y la condesa
á dormir donde solian:
dejan los niños de fuera
que el conde no los queria:
lleváronse el mas chiquito,
el que la condesa cria:
cierra el conde la puerta,
lo que hacer no solia.
Empezó de hablar el conde
con dolor y con mancilla:
— ¡Oh desdichada condesa,

1 presto Silva.
2 corria Flor. Pl. s.
3 Mirábalo Flor. Pl. s.

grande fué la tu desdicha!
— No so desdichada, el conde,
por dichosa me tenia
solo en ser vuestra mujer:
esta fué gran dicha mia.
— ¡Si bien lo sabeis[1], condesa,
esa fué vuestra desdicha!
Sabed que en tiempo pasado
yo amé á quien servia[2],
la cual era la infanta.
Por desdicha vuestra y mia
prometí casar con ella;
y á ella que le placia,
demándame por marido
por la fe que me tenia.
Puédelo muy bien hacer
de razon y de justicia:
díjomelo el rey su padre
porque de ella lo sabia.
Otra cosa manda el rey
que toca en el alma mia:
manda que murais, condesa,
á la fin de vuestra vida[3],
que no puede tener honra
siendo vos, condesa, viva. —
Desque esto oyó la condesa
cayó en tierra amortecida:
mas despues en sí tornada
estas palabras decia:
— ¡Pagos son de mis servicios,
conde, con que yo os servia!
si no me matais, el conde,

1 mirais Pl. s.
Cuando lo entendais Flor.

2 á quien no debia Flor.
á quien bien servia Pl. s.

3 y que se os quite la vida Flor.

yo bien os consejaria:
enviédesme á mis tierras
que mi padre me ternia;
yo criaré vuestros hijos
mejor que la que vernia,
yo os mantendré castidad
como siempre os mantenia.
— De morir habeis, condesa,
en antes que venga el dia.
— ¡Bien parece, el conde Alarcos,
yo ser sola en esta vida;
porque tengo el padre viejo,
mi madre ya es fallecida,
y mataron á mi hermano
el buen conde don García,
que el rey lo mandó matar
por miedo que dél tenia!
No me pesa de mi muerte,
porque yo morir tenia,
mas pésame de mis hijos,
que pierden mi compañia:
hacémelos venir, conde.
y verán mi despedida.
— No los veréis mas, condesa,
en dias de vuestra vida:
abrazad este chiquito,
que aqueste es él que os perdia.
Pésame de vos, condesa,
cuanto pesar me podia.
No os puedo valer, señora,
que mas me va que la vida;
encomendáos á Dios
que esto hacerse tenia.
— Dejéisme decir, buen conde,
una oracion que sabia.

— Decilda presto, condesa,
enantes que venga el dia.
— Presto la habré dicho, conde,
no estaré un Ave María. —
Hincó las rodillas en tierra
esta oracion decia:
„En las tus manos, Señor,
„encomiendo el alma mia:
„no me juzgues mis pecados
„segun que yo merecia,
„mas segun tu gran piedad
„ y la tu gracia infinita.“
— Acabada es ya, buen conde,
la oracion que sabia;
encomiéndoos esos hijos
que entre vos y mí habia,
y rogad á Dios por mí
miéntra tuvierdes vida,
que á ello sois obligado
pues que sin culpa moria.
Dédesme acá ese hijo [1],
mamará por despedida.
— No lo desperteis, condesa,
dejaldo estar, que dormia,
sino que os demando [2] perdon
porque ya viene [3] el dia.
— A vos yo perdono, conde,
por el amor que os tenia;
mas yo no perdono al rey,
ni á la infanta su hija,
sino que queden citados

1 niño Flor.
chiquito Pl. s.
2 pido Silva. — Las ed. post. del Canc. de rom.
sino que me perdoneis Flor.
3 se viene Flor. Pl. s.
llegaba Las ed. post. del Canc.

delante la alta justicia,
que allá vayan á juicio
dentro de los treinta dias. —
Estas palabras diciendo
el conde se apercebia:
echóle por la garganta
una toca que tenia,
apretó con las dos manos
con la fuerza que podia:
no le aflojó la garganta
miéntra que vida tenia.
Cuando ya la vido el conde
traspasada y fallecida,
desnudóle los vestidos
y las ropas que tenia:
echóla encima la cama,
cubrióla como solia;
desnudóse á su costado,
obra de un Ave María:
llevantóse dando voces
á la gente que tenia:
— ¡Socorré, mis escuderos[4],
que la condesa se fina! —
Hallan la condesa muerta
los que á socorrer venian.
Así murió la condesa,
sin razon y sin justicia;
mas tambien todos murieron
dentro de los treinta dias.
Los doce dias pasados
la infanta ya moria;
el rey á los veinte y cinco,
el conde al treinteno dia,
allá fuéron á dar cuenta

4 Socorred, mis caballeros Flor. Pl. s.

á la justicia divina.
Acá nos dé Dios su gracia,
y allá la gloria cumplida.

Canc. de Rom. s. a. fol. 107. — Canc. de Rom. 1550. fol. 107. — Silva de 1550 t. II. f. 191. — Floresta de var. rom. — Romance del conde Alarcos. — Pliego suelto del siglo XVI.*

* De este romance tan célebre hay versiones en las lenguas catalana y portuguesa, y, lo que es bien de notar, siempre con la misma asonancia (en i-a). La catalana de: *El conde Floris*, se halla en la obra citada del señor Milá y Fontanals (pag. 118 y 119). La portuguesa que dicen tambien del conde Alarcos, pero en „los districtos menos próximos al contacto castellano“: *do conde Yanno,* va impresa con este título en el Romanceiro del señor Almeida-Garrett (Tomo II. pag. 44 y sig.), y es tan linda, tan sencilla y verdaderamente popular, que creemos servir bien á los aficionados, reimprimiendo aqui entero este romance portugues del:

Conde Yanno.

Chorava a infanta Solisa,
chorava e razão havia,
vivendo tam descontente;
seu pae por casar a tinha.
Acordou elrei da cama
com o pranto que fazia:
— Que tens tu, querida infanta,
que tens tu, ó filha minha?
— Senhor pae, o que heide eu ter
se ñao que me pésa a vida?
De tres irmans que nós eramos,
solteira eu só ficaria.
— Que queres tu que te eu faça?
Mas a culpa não é minha.
Ca vieram embaixadas
de Guitaina e Normandia;
nem ouvi-las não quizeste,
nem fazer-lhes cortezia...
Na minha côrte não vejo
marido que te daria...
Só se fosse o conde Yanno,
e esse ja mulher havia.
— Ai! ricco pae da minha alma,
pois esse é que eu queria.
Se elle tem mulher e filhos,
a mim muito mais devia,
que me não soube guardar
a fé que me promettia. —
Manda elrei chamar o conde,
sem saber o que faria:
que lhe viesse fallar...
em saber que lhe diria.
— Inda agora vim do paço,
ja elrei lá me queria!
Ai! será para meu bem?
Ai! para meu mal seria? —
Conde Yanno que chegava,
elrei que a buscar o vinha:
— Beijo a mão a vossa Alteza;
que quer vossa senhoria? —
Responde-lhe agora o rei
com grande merencoria:
— Beijae, que mercè vos faço:
casareis com minha filha. —
Cuidou de cahir por morto
o conde que tal ouvia:
— Senhor rei, que sou casado
ja passa mais de anno e dia!
— Mattareis vossa mulher,
casareis com minha filha.
— Senhor, como hei de mattá-la
se a morte me não mer'cia?
— Callae-vos, conde, callae-vos,
não vos quero demazia;
filhas de reis não se inganam
como uma mulher captiva.
— Senhor, que é muita razão,
mais razão que ser devia,
para me mattar a mim
que tanto vos offendia;
mas mattar uma innocente
com tammanha aleivozia!
N'esta vida nem na outra
Deus m'o não perdoaria.

— A condessa hade morrer
pelo mal que ca facia.
Quero ver sua cabeça
n'esta doirada bacia.
Foi-se embora o conde Yanno,
muito triste que elle ia.
Adeante um pagem d'elrei
levava a negra bacia.
O pagem ia de lutto,
de lutto o conde vestia:
mais dó levava no peito
c'os appertos da agonia.
A condessa, que o esperava,
de muito longe que o via,
com o filhinho nos braços
para abraçá-lo corria.
— Bem vindo sejais, meu conde,
bem vinda minha alegria! —
Elle sem dizer palavra
pelas escadas subia.
Mandou fechar seu palacio,
coisa que nunca fazia;
mandou logo pôr a cea
como quem lhe appetecia.
Sentaram-se ambos á mesa,
nem um nem outro comia;
as lagrymas era um rio
que pela mesa corria.
Foi a beijar o filhinho
que a mãe aos peitos trazia,
largou o seio o innocente,
como um anjo lhe surria.
Quando tal viu a condessa,
o coração lhe partia;
desata em tammanho chôro
que em toda a casa se ouvia:
— Que tens tu, querido conde,
que tens tu, ó vida minha?
Tira-me ja d'estas âncias,
elrei o que te queria? —
Elle affogava em soluços,
responder-lhe não podia;
ella, apertando-o nos braços,
com muito amor lhe dizia:
— Abre-me o teu coração,
desaffoga essa agonia,
da-me da tua tristesa,
dar-te hei da minha alegria. —
Levantou-se o conde Yanno,
a condessa que o seguia.
Deitaram-se ambos no leito;
nem um nem outro dormia.
Ouvireis a desgraçada,
ouvide ora o que dizia:
— Peço-te por Deus do ceo
e pela Virgem Maria,
antes me mattes, meu conde,
que eu ver-te n'essa agonia.
— Morto seja quem tal manda,
mais a sua tyrannia!
— Ai! não te intendo, meu conde,
dize-me, por tua vida,
que negra ventura é ésta
que entre nós está mettida?
— Ventura da sem ventura,
grande foi tua mofina!
Manda-me elrei que te matte,
que case com sua filha. —
Palavras não eram dittas,
inda mal lh'as ouviria,
a desgraçada condessa
por morta no chão cahia.
Não quiz Deus que alli morresse...
Triste que allí não morria!
Maíor dor do que a da morte
a torna a chamar á vida.
— Calla, calla, conde Yanno,
que inda remedio haveria;
ai! não me mattes, meu conde,
e um alvitre te daria:
á meu pae me mandarás,
pae que tanto me queria!
Ter-me-hão por filha donzella,
e eu a fe te guardaria.
Criarei este innocente
que a outra não criaria;
manter-te-hei castidade
como sempre t'a mantia.
— Ai! como póde isso ser,
condessa minha querida,
se elrei quer tua cabeça
n'esta doirada bacia?
— Calla, calla, conde Yanno,
que inda remedio teria,
metter-me-has n'um convento
da ordem da freiraria;
dar-me-hão o pão por onça
e a agua por medida;
eu lá morrerei de pena,
e a infanta o não saberia.
— Ai! como póde isso ser,
condessa minha querida,
se quer ver tua cabeça
n'esta malditta bacia?

— Fecháras-me n'uma tôrre,
nem sol, nem lua veria,
as horas de minha vida
por meus ais as contaria.
— Ai! como póde isso ser,
condessa minha querida,
se elrei quer tua cabeça
n'esta doirada bacia? —
Palavras não eram dittas,
elrei que á porta batia:
— Se a condessa não é morta,
que então elle a mattaria.
— A condessa não é morta
mas está na agonia.
— Deixa-me dizer, meu conde,
uma oração que eu sabia.
— Dizei depressa, condessa,
antes que amanheça o dia.
— Ai! quem podéra rezar,
ó virgem sancta Maria!
que eu não me pêza da morte,
pêza-me da aleivozia:
mais me pêza de ti, conde,
e da tua covardia.
Mattas-me por tuas mãos,
só porque elrei o queria!
Ai! Deus te perdoe, conde,
lá na hora da contia.
Deixar-me dizer adeus
á tudo o que eu mais queria:
ás flores d'este jardim,
ás aguas da fonte fria;
adeus cravos, adeus rosas,
adeus flor da Alexandria!
Guardae-me vós meus amores
que outrem me não guardaria.
Deem-me cá esse menino,
intranhas de minha vida;
d'este sangue de meu peito
mamará por despedida.
Mama, meu filhinho, mama
d'esse leite da agonia;
que atégora tinhas mãe,
mãe que tanto te queria,
ámanhan terás madrasta
de mais alta senhoria... —
Tocam n'os sinos na sé...
Ai Jesus! quem morreria?
Responde o filhinho ao peito,
respondeu — que maravilha!
— Morreu, foi a nossa infanta
pelos males que fazia.

ROMANCES CABALLERESCOS

DEL

CICLO CARLOVINGIO.

164.

Siguense los romances que tratan historias francesas, y este primero es el Romance del conde Dirlos y de las grandes venturas que hubo.*

Estábase el conde Dirlos,
sobrino de don Beltran,
asentado en sus tierras,
deleitándose en cazar,
cuando le vinieron cartas
de Cárlos el emperante.
De las cartas placer hubo,
de las palabras pesar,
que lo que las cartas dicen
á él parece muy mal.
„Rogar vos quiero, sobrino,
„el buen frances natural,
„llegueis vuestros caballeros,
„los que comen vuestro pan;
„darles heis[1] doblado sueldo
„del que les soledes dar,
„dobles armas y caballos,
„que bien menester los[2] han:
„darles heis el campo franco
„de todo lo que ganaren;
„partiros heis á los reinos
„del rey moro Aliarde.

* Este epígrafe es tomado de la Silva: todas las ediciones del Canc. de rom. comienzan con el de: *Romance* etc. — En la Floresta se dice siempre: *conde de Irlos.*

1 hais Canc. de rom. de 1550.
2 lo Canc. de rom. s. a. y ed. de 1550. Floresta.

„Desafiamiento[1] me ha dado
„á mi y á los doce pares:
„grande mengua me seria
„que todos hobiesen de andar.
„No veo caballero en Francia
„que mejor pueda enviar,
„sino á vos, el conde Dirlos,
„esforzado en pelear.“
El conde que esto oyó,
tomó tristeza y pesar,
no por miedo de los moros
ni miedo de pelear,
mas tiene mujer hermosa,
mochacha de poca edad.
Tres años anduvo en armas
para con ella casar,
y el año no era cumplido,
de ella lo mandan apartar.
De que esto él pensaba
tomó de ello gran pesar;
triste estaba y pensativo,
no cesa de sospirar:
despide los falconeros,
los monteros manda pagar,
despide todos aquellos
con quien solia deleitarse;
no burla con la condesa
como solia burlar;
mas muy triste y pensativo
siempre le veian andar.
La condesa que esto vido,
llorando empezó de hablar:
— ¡Triste estades vos, el conde!

1 Desexímiento Canc. de rom. s. a. y ed. de 1550 y 1554; en la de 1555 y en la Floresta hay tambien: desafiamiento.

¡triste, lleno de pesar
de esta tan triste partida
para mí de tanto mal!
Partir vos quereis, el conde,
á los reinos de Aliarde,
dejáisme en tierras ajenas
sola y sin quien me acompañe.
¿Cuantos años, el buen conde,
haceis cuenta de tardar?
Yo volverme he á las tierras,
á las tierras de mi padre;
vestirme he de un paño negro,
ese[1] será mi llevar;
maldiré mi hermosura,
maldiré mi mocedad,
maldiré aquel triste dia
que con vos quise casar.
Mas si vos queredes, conde,
yo con vos querria andar:
mas quiero perder la vida,
que sin vos de ella gozar. —
El conde desque esto oyera
empezóla de mirar;
con una voz amorosa
presto tal respuesta hace:
— No lloredes vos, condesa,
de mi partida no hayais pesar;
no quedaréis[2] en tierra ajena,
sino en vuestra á vuestro mandar,
que ántes que yo me parta
todo vos lo quiero dar.
Podeis vender cualquier villa,
y empeñar cualquier ciudad,

1 esa Canc. de rom. s. a. y ed. de 1550.
2 quedais Canc. de rom. s. a. y ed. de 1550. — Floresta.

como principal heredera
que nada vos puedan quitar.
Quedaréis encomendada
á mi tio don Beltran
y á mi primo Gaiferos,
señor de Paris la grande:
quedaréis encomendada
á Oliveros y á Roldan,
al emperador, y á los doce
que á una mesa comen pan;
porque los reinos son léjos
del rey moro Aliarde;
que son cerca la Casa Santa
allende del nuestro mar.
Siete años, la condesa,
todos siete me esperad;
si á los ocho no viniere,
á los nueve vos casad;
seréis de veinte y siete años
que es la mejor edad:
el que con vos casare, señora,
mis tierras tome en ajuar:
gozará de mujer hermosa,
rica y de gran linaje.
Bien es vertad, la condesa,
que comigo vos querria llevar;
mas yo voy para batallas,
y no cierto para holgar.
Caballero que va en armas
de mujer no debe curar,
porque con el bien que os quiero
la honra habria de olvidar.
Mas aparejad, condesa,
mandad vos aparejar,
iréis comigo á las cortes,

á Paris esa ciudad.
Toquen, toquen mis trompetas,
manden luego cabalgar. —
Ya se parte el buen conde;
la condesa otro que tal:
la vuelta van de París
apriesa, no de vagar.
Cuando son á una jornada
de Paris esa ciudad,
el emperador que lo supo
á recebir se lo sale.
Con él sale Oliveros,
con él sale don Roldan,
con él Arderin de Ardeña*,
y Urgel de la fuerza grande;
con él infante Guarinos,
almirante de la mar;
con él sale el esforzado
Renaldos de Montalvan,
con él van todos los doce
que á una mesa comen pan,
sino el infante Gaiferos
y el buen conde don Beltran,
que salieron tres jornadas
mas que todos adelante.
No quiso el emperador
que hubiesen de aposentar,
sino en sus reales palacios
posada les mandó dar.
Empiezan luego su partida
apriesa y no de vagar;
dale diez mil caballeros
de Francia mas principales,
y con mucha otra gente

* Dardin Dardeña Floresta.

y gran ejército real.
El sueldo les paga junto
por siete años y mas.
Ya, tomadas buenas armas,
caballos otro que tal,
enderezan su partida,
empiezan de cabalgar;
cuando el buen conde Dirlos
ruega mucho al emperante
que él y todos los doce
se quisiesen ayuntar.
Cuando todos fuéron juntos
en la gran sala real,
entra el conde y la condesa,
mano por mano se van:
cuando son en medio de ellos,
el conde empezó de hablar:
— A vos lo digo, mi tio,
el buen viejo don Beltran,
y á vos, infante Gaiferos,
y á mi buen primo carnal,
y esto delante de todos
lo quiero mucho rogar,
y al muy alto emperador,
que sepa mi voluntad,
como villas y castillos,
y ciudades y lugares
los dejo á la condesa,
que nadie las pueda quitar;
mas como principal heredera
en ellas pueda mandar,
en vender cualquiera villa,
y empeñar cualquier ciudad:
de aquello que ella hiciere
todos se hayan de agradar.

Si por tiempo yo no viniere
vosotros la querais casar:
el marido que ella tome
mis tierras haya en ajuar;
y á vos la encomiendo, tio,
en lugar de marido y padre;
y á vos, mi primo Gaiferos,
por mí la querais honrar;
y encomiéndola á Oliveros,
y encomiéndola á Roldan,
y encomiéndola á los doce,
y á don Carlos el emperante. —
A todos les place mucho
de aquello que el conde hace.
Ya se parte el buen conde
de París esa ciudad:
la condesa que ir lo vido
jamas lo quiso dejar
fasta orillas de la mar
do se habia de embarcar.
Con ella va don Gaiferos,
con ella va don Beltran,
con ella va el esforzado
Renaldos de Montalvan,
sin otros muchos caballeros
de Francia mas principales.
A tan triste despedida
el uno del otro hacen,
que si el conde iba triste,
la condesa mucho mas.
Palabras[1] están diciendo
que era dolor de escuchar:
el conorte que se daban
era contino llorar.

1 Palabras se Canc. de rom. s. a. y ed. de 1550. — Floresta.

Con gran dolor manda el conde
hacer vela y navegar.
Como sin la condesa se vido
navegando por la mar,
movido de muy gran saña,
movido de gran pesar,
diciendo que por ningun tiempo
de ella lo harán apartar.
Sacramento[1] tiene hecho
sobre un libro misal
de jamas volver en Francia,
ni en ella comer pan,
ni que nunca enviará carta,
porque de él no sepan parte.
Siempre triste y pensativo,
puesto en pensamiento grande,
navegando en sus jornadas
por la tempestuosa mar,
llegado es á los reinos
del rey moro Aliarde.
Ese gran soldan de Persia,
con poderío muy grande
ya les estaba aguardando
á las orillas del mar.
Cuando vino cerca tierra
las naves mandó llegar;
con un esfuerzo esforzado
los empieza de esforzar.
— ¡Oh esforzados caballeros!
¡oh mi compaña leal,
acuérdeseos que dejamos
nuestra tierra natural!
de ellos dejamos mujeres,
de ellos hijos, de ellos padres

1 Juramento Silva. — Floresta.

solo para ganar honra,
y no para ser cobardes.
Pues esforzádos, caballeros,
esforzad en pelear:
yo llevaré la delantera,
y no me querais dejar. —
La morisma era tanta,
tierra no les dejan tomar.
El conde era esforzado
y discreto en pelear,
manda toda la[1] artillería
en las sus barcas posar.
Con el ingenio que traia
empiézales de tirar;
los tiros eran tan fuertes,
que[2] por fuerza hacen lugar.
Veréis sacar los caballos,
y muy apriesa cabalgar:
tan fuerte dan en los moros,
que tierra les hacen dejar.
En tres años que el buen conde
entendió en pelear,
ganados tiene los reinos
del rey moro Aliarde.
Con todos sus caballeros
parte por iguales partes;
tan grande parte da al chico,
tanto le da como al grande:
solo él se retraia
sin querer algo tomar.[3]

1 la, falta en el Canc. de rom. s. a. y ed. de 1550.
2 falta en el Canc. de rom. s. a. y ed. de 1550. y en la Flor.
3 Este verso falta en la Silva, en el Canc. de rom. s. a. y ed. de 1550, y está tomado de las ediciones posteriores del Canc. de rom. — En la Floresta faltan los versos desde el que dice:
tan grande parte da al chico
hasta al que dice:
tan triste vida hacia.

Armado de armas blancas,
y cuentas para rezar,
¡tan triste vida hacia,
que no se puede contar!
El soldan le hace tributo,
y los reyes de allende el mar:
de los tributos que le daban
á todos hacia parte.
A todos hace mandamiento,
y á los mejores jurar,
ninguno sea osado
hombre á Francia enviar,
y al que cartas enviase
luego le hará matar.
Quince años el conde estuvo
siempre allende del mar,
que no escribió á la condesa,
ni á su tio don Beltran,
ni escribió á los doce,
ni menos al emperante.
Unos creian que era muerto,
otros anegado en mar.
Las barbas y los cabellos
nunca los quiso afeitar;
tiénelos fasta la cinta,
fasta la cinta, y aun mas:
la cara mucho quemada
del mucho sol y del aire,
con el gesto demudado
muy fiero y espantable.
Los quince años cumplidos,
deciseis querian entrar,
acostóse en su cama
con deseo de holgar.
Pensando estaba, pensando

la triste vida que hace,
pensando en aquel tiempo
que solia festejar,
cuando justas y torneos
por la condesa solia armar.
Dormióse con pensamiento,
y empezara de holgar,
cuando hace un triste sueño
para él de gran pesar:
que veia estar la condesa
en brazos de un infante.
Salto diera de la cama
con un pensamiento grande,
gritando con altas voces,
no cesando de hablar:
— ¡Toquen, toquen mis trompetas,
mi gente manden llegar! —
Pensando que habia moros
todos llegado[1] se han.
Desque todos son llegados,
llorando empezó á hablar:
— ¡Oh esforzados caballeros!
¡oh mi compaña leal!
yo conozco aquel ejemplo
que dicen, y es[2] verdad,
que cualquier[3] hombre nacido
que es de hueso y de carne,
el mayor deseo que tiene[4]
era en sus tierras holgar.
Ya cumplidos son quince años,
y en deciseis quiere entrar,

1 llegados Canc. de rom. s. a. y ed. de 1550. Flor.
2 es gran Canc. de rom. s. a. y ed. de 1550.
3 todo Canc. de rom. s. a. y ed. de 1550. Flor.
4 tenia Canc. de rom. s. a. y ed. de 1550.

que somos en estos reinos
y estamos en soledad.
Quien dejó[1] mujer hermosa
vieja la ha de hallar;
el que dejó hijos pequeños
hallarlos ha hombres grandes;
ni el padre conocerá al hijo,
ni el hijo ménos al padre.
Hora es, mis caballeros,
de ir á Francia á holgar,
pues llevamos harta honra
y dineros mucho mas.
Lleguen, lleguen luego naves,
mándolas aparejar,
ordenemos capitanes
para las tierras guardar. —
Ya todo es aparejado,
ya empiezan á navegar.
Cuando todos son llegados
á las orillas del mar,
llorando de los sus ojos
el conde empieza de hablar[2]:
— ¡Oh esforzados caballeros!
¡oh mi compaña leal!
una cosa rogar vos quiero,
no me la querais negar;
quien secreto me tuviere
yo le he de galardonar,
que todos hagais juramento
sobre un libro misal,
que en parte ninguna que sea
no me hayais de nombrar,

1 tenia Canc. de rom. s. a. y ed. de 1550.

2 llorando el conde de sus ojos les empieza de hablar Canc. de rom. s. a. y ed. de 1550.

porque con el gesto que traigo
ninguno me conocerá;[1]
mas viéndome con tanta gente
y un ejército real,
si vos demandan quién soy
no les digais la verdad:
mas decid que soy mensajero
que vengo de allende el mar,
que voy con una embajada
á don Cárlos el emperante,
porque es hecho un mal suyo[2],
y quiero ver si es verdad. —
Con el alegría[3] que llevan
de á Francia se tornar,
todos hacen sacramento
de tenerle poridad.
Embárcanse muy alegres,
empiezan de navegar;
el viento tienen muy fresco
que placer es de mirar.
Allegados son en Francia,
en sus tierras naturales.
Cuando el conde se vió en tierra,
empieza de caminar:
no va la vuelta de las cortes
de Cárlos el emperante,
mas va la vuelta de sus tierras
las que solia mandar.
Ya llegado que es á ellas,
por ellas empieza de andar.
Andando por su camino

1 ningunos me conocerán Canc. de rom. s. a. y ed. de 1550.
nadie me conocerá Flor.

2 porque he hecho un mal sueño Flor.

3 Con el alegrir Canc. de rom. ediciones posteriores.
En el alegría Flor.

una villa fué á hallar;
llegado se habia cerca
por con alguno hablar.
Alzó los ojos en alto
á la puerta del lugar,
llorando de los sus ojos
comenzara de hablar:
— ¡Oh esforzados caballeros,
de mi dolor habed pesar,
armas que mi padre puso
mudadas las veo estar!
O es casada la condesa,
ó mis tierras van á mal. —
Allegóse á las puertas
con gran enojo y pesar,
y mirando por entre ellas
gentes de armas vido estar.
Llamando está uno de ellos
mas viejo en antigüedad;
de la mano él lo toma
y empiézale de hablar:
— Por Dios te ruego, el portero,
me digas una verdad.
¿De quién son aquellas [1] tierras?
¿Quién las solia mandar?
— Pláceme, dijo el portero,
de decir vos la verdad;
ellas eran del conde Dirlos,
señor de aqueste lugar,
agora son de Celinos,
de Celinos el infante. —
El conde desque esto oyera
vuelto se le ha la sangre;
con una voz demudada

1 aquestas Canc. de rom. s. a. y ed. de 1550. Flor.

otra vez le fué á hablar:
— Por Dios te ruego, hermano,
no te quieras enojar,
que esto que agora me dices
tiempo habrá que te lo pague.
¿Díme si las heredó Celinos,
ó si las fué á mercar?
¿ó si en juego de dados
si las fuera á ganar?
¿ó si las tenia por fuerza
que no las quiere tornar? —
El portero que esto oyera
presto le fué á hablar:
— No las heredó, señor,
que no le vienen de linaje,
que hermanos tiene el conde
aunque se querian mal,
y sobrinos tiene muchos
que las podrian[1] heredar,
ni ménos las ha mercado,
que no las basta á pagar,
que Irlos es muy grande ciudad,
y ha muchas villas y lugares.
Cartas hizo contrahechas,
que al conde muerto lo han,
por casar con la condesa
que era rica y de linaje;
y aun ella no casara,
cierto á su voluntad,
sino por fuerza de Oliveros,
y á porfía de Roldan,
y á ruego de Carlo[2] Magno,
de Francia rey emperante,

1 podian Canc. de rom. s. a. y ed. de 1550. Flor.

2 Carlos Canc. de rom. s. a. y ed. de 1550.

por casar bien á Celinos,
y ponerle en buen lugar;
mas el casamiento han hecho
con una condicion tal,
que no allegase á la condesa,
ni á ella haya de llegar;
mas por él se desposara
ese paladin Roldan.
Ricas fiestas se hicieron
en Irlos esa ciudad;
gastos, galas y torneos
muchos, de los doce pares. —
El conde de que esto oyera
vuelto se le ha la sangre,
por mucho que disimula
no cesa de sospirar,
diciéndole está: — Hermano,
no te enojes de contar,
¿quién fué en aquestas bodas?
¿y quién no quiso estar?
— Señor, en ellas fué Oliveros
y el emperador y Roldan:
fué Belardos y Montesinos,
y el gran conde don Grimaldo [1],
y otros muchos caballeros
de aquellos de los doce pares.
Pesó mucho á Gaiferos,
pesó mucho á don Beltran,
más pesó á don Galvan
y al fuerte Merian.
Ya que eran desposados,
misa les quieran [2] dar;

1 Grimalde Canc. de rom. s. a. y ed. de 1550.
Grimaldos Flor.

2 querian Canc. de rom. s. a. y ed. de 1550. Flor.

allegó un falconero
á don Cárlos[1] emperante,
que venia de aquellas tierras
de allá de allende[2] el mar,
dijo, que el conde era vivo,
y que traia señal.
Plugo mucho á la condesa,
pesó mucho al infante,
porque en las grandes fiestas
hubo grande desbarate.[3]
Allá traen grandes pleitos
en las cortes del emperante,
por lo cual es vuelta Francia
y todos los doce pares.
Ella dice, que un año de tiempo
pidió antes de desposar,
por enviar mensajeros
muchos allende la mar;
si el conde era ya muerto,
el casamiento fuese adelante;
si era vivo, bien sabia
que ella no podia casar.
Por ella responde Gaiferos,
Gaiferos y don Beltran;
Por Celinos era Oliveros,
Oliveros y Roldan.
Creemos que es dada sentencia,
ó se queria ahora dar,
porque ayer hubimos cartas
de Cárlos el emperante,
que quitemos aquellas armas,
pongamos las naturales,

1 Cárlos el Canc. de rom. s. a. y ed. de 1550. Flor.
2 de allende Silva 1550.
3 grandes disparates Flor.

y que guardemos las tierras
por el Conde don Beltran;
que ninguno de Celinos
en ellas no pueda entrar. —
El conde desque esto oyera,
movido de gran pesar,
vuelve riendas al caballo,
en el lugar no quiso entrar;
mas allá en un verde prado
su gente mandó llegar.
Con una voz muy humilde
les empieza de hablar:
— ¡Oh esforzados caballeros!
¡oh mi compañía leal!
el consejo que os pidiere
bueno me lo querais dar.
¿Si me consejais que vaya
á las cortes del emperante?
¿ó que mate á Celinos,
á Celinos el infante?
¿Volverémos en allende
do seguros podemos estar? —
Caballeros que esto oyeron
presto tal respuesta hacen:
— ¡Calledes, conde, calledes!
¡Conde, no digais atal!
No mireis á vuestra gana,
mas mirad á don Beltran,
y esos buenos caballeros
que tanta honra vos hacen.
Si vos matais á Celinos
dirán que fuístes cobarde:
sino que vais á las cortes
de Cárlos el emperante,
conoceréis quien bien os quiere

y quien vos queria mal.
Por bueno que es Celinos,
vos sois de tan buen linaje,
y teneis dos tantas tierras
y dineros que gastar.
Nosotros vos prometemos
con sacramento leal,
que somos diez mil caballeros
y franceses naturales,
de por vos perder la vida
y cuanto tenemos gastar,
quitando al emperador,
contra cualquier otro grande. —
El conde desque esto oyera
respuesta ninguna hace:
da de espuelas al caballo,
va por el camino adelante:
la vuelta va de París
como aquel que bien la sabe.
Cuando fué á una jornada
de las cortes del emperante,
otra vez llega á los suyos
y les empieza de hablar:
— Esforzados caballeros,
una cosa os quiero rogar:
siempre tomé vuestro consejo,
el mio querais tomar,
porque si entro en París
con ejército real
saldrá por mí el emperador
con todos los principales;
Si no me conoce de vista,
conocerme ha en el hablar
y así no sabré de cierto
todo mi bien y mi mal.

Al que no tiene dineros
yo le daré que gastar:
los unos vuelvan á zaga[1],
los otros pasen adelante,
los otros en derredor.
Posad[2] en villas y lugares:
yo solo con cient caballeros
entraré en la ciudad
de noche y escurecido
que nadie de mí sepa parte.
Vosotros en ocho dias
podreis[3] poco á poco entrar:
hallaréisme en los palacios
de mi tio don Beltran,
aparejarvos he posada
y dineros que gastar. —
Todos fuéron muy contentos,
pues al conde así le place.
Noche era escurecida
cerca diez horas ó mas,
cuando entró el conde Dirlos
en París esa ciudad.
Derecho va á los palacios
de su tio don Beltran,
á lo cual atravesaban
por medio de la ciudad:
vido asomar tantas hachas,
gente de armas mucho mas:
por do él pasar habia,

1 á caza Canc. de rom. s. a. y ed. de 1550.
2 Pasad Canc. de rom. s. a. y ed. de 1550; — por las villas ed. posteriores del Canc. de rom. En la Floresta este verso y el que le antecede son enteramente desfigurados, pues dicen:

otros al rededor poseen (sic, l. posen)
en las villas y lugares.

3 podeis Canc. de rom. s. a. y ed. de 1550. Flor.

por allí van á pasar.
El conde de que los vido
los suyos manda apartar;
desque todos son pasados
el postrero fué á llamar:
— Por Dios te ruego, escudero,
me digas una verdad:
¿quién son esta gente de armas
que agora van por ciudad? —
El escudero que esto oyera
tal respuesta le fué á dar:
— Señor, la condesa Dirlos
viene del palacio real,
sobre un pleito que traia
con Oliveros y Roldan.
Los que la llevan en medio
son Reinaldos [1] y don Beltran:
aquellos que van zagueros,
donde tantas lumbres van,
son el infante Gaiferos
y el fuerte Merian. —
El conde de que esto oyera
de la ciudad él se sale.
Debajo de una espesura
para cabe los adarves,
diciendo está á los suyos:
— No es hora de entrar,
que desque sean apeados
tornarán á cabalgar.
Yo quiero entrar en hora
que de mí no sepan parte. —
Allí están razonando
de armas y de hechos grandes

1 Roldan Canc. de rom. s. a. y ed. de 1550. Claro está que la buena leccion es la de la Silva y de la Floresta.

hasta que era media noche,
los gallos querian cantar.
Vuelven riendas á los caballos,
y entran en la ciudad.
La vuelta van de los palacios
del buen conde don Beltran:
antes de llegar á ellos
de dos calles y aun mas,
tantas cadenas hay puestas
que ellos no pueden pasar.
Lanzas les ponen á los pechos,
no cesando de hablar:
— ¡Vuelta, vuelta, caballeros,
que por aquí no hay pasaje!
que aquí están los palacios
del buen conde don Beltran,
enemigo de Oliveros,
enemigo de Roldan,
enemigo de Belardos,
y de Celinos el infante. —
El conde desque esto oyera
presto tal respuesta hace:
— Ruégote yo, caballero,
que me quieras escuchar:
anda, ve, y dile luego
á tu señor don Beltran,
que aquí está un mensajero
que viene de allende el mar:
cartas traigo del conde Dirlos,
su buen sobrino carnal. —
El caballero con placer
empieza de aguijar:
presto las nuevas le daba
al buen conde don Beltran,
el cual ya se acostaba

en su cámara real.
Desque tal nueva oyera
tornóse á vestir y calzar:
caballeros al derredor
trescientos trae par guardarle;
hachas muchas encendidas
al patin hizo bajar;
mandó que al mensajero
solo lo dejen entrar.
Cuando fué en el patin
con la mucha claridad
mirándole está, mirando,
viéndole como salvaje.
Como el que está espantado
á él no se osa llegar:
bajito el conde le habla
dándole muchas señales.
Conocióle don Beltran
entónces en el hablar,
y con los brazos abiertos
corre para le abrazar;
diciéndole está: — ¡Sobrino! —
No cesando de sospirar;
el conde le está rogando
que nadie de él sepa parte.
Envían presto á las plazas,
carnecerías otro que tal,
para mercalles[1] de cena
y mándales aparejar.
Mandan que á sus caballeros
todos los dejen entrar;
que les tomen los caballos
y los hagan bien pensar.

1 mercarles Canc. de rom. s. a. y ed. de 1550.
por mercarles Flor.

Abren muy grandes estudios,
mándanlos aposentar.
Allí entra el conde y los suyos,
ningun otro dejan entrar,
porque no conozcan el conde
ni de él supiesen parte.
Veréis todos los del palacio
unos con otros hablar,
si es este el conde Dirlos,
ó quien otro puede estar,
segun el recibimiento
le ha hecho don Beltran.
Oídolo ha la condesa
á las voces que dan grandes:
mandó llamar sus doncellas
y encomienza de hablar:
— ¿Qué es aquesto, mis doncellas,
no me lo querais negar,
que esta noche tanta gente
por el palacio siento andar?
Decidme, ¿dó es el señor
el mi tio don Beltran?
¿Si quizá dentro en mis tierras
Roldan ha hecho algun mal? —
Las doncellas que lo oyeran
atal respuesta le hacen:
— Lo que vos sentís, señora,
no son nuevas de pesar,
es venido un caballero
así propio como salvaje,
muchos caballeros con él,
¡gran acatamiento le hacen!
¡muy rica cena le guisa
el buen conde don Beltran!
Unos dicen que es mensajero

que viene de allende el mar;
otros que es el conde Dirlos,
nuestro señor natural.
Allá se han [1] encerrado,
que nadie no puede entrar;
segun veen el aparejo
creen todos que es verdad. —
La condesa que esto oyera
de la cama fué á saltar:
apriesa demanda el vestido,
apriesa demanda el calzar,
muchas damas y doncellas
y empiezan de aguijar.
A las puertas de los estudios
grandes golpes manda dar,
llamando á don Beltran,
que dentro la mande entrar.
No queria el conde Dirlos
que la dejasen entrar:
don Beltran salió á la puerta
no cesando de hablar:
— ¿Qué es esto, señora prima?
no tengais priesa tan grande,
que aun no sé bien las nuevas
que el mensajero me trae,
porque es de tierras ajenas
y no entiendo el lenguaje. —
Mas la condesa por esto
no quiere sino entrar;
que mensajero de su marido
ella le quiere honrar.
De la mano la entraba
ese conde don Beltran:
de que ella es de dentro

1 ha Canc. de rom. s. a. y ed. de 1550.

al mensajero empieza á mirar;
él mirar no la osaba,
y no cesa de sospirar,
meneando la cabeza
los cabellos ponia á la faz.
Desque la condesa oyera
á todos callar y no hablar,
con una voz muy humilde
empieza de razonar:
— ¡Por Dios vos ruego, mi tio,
por Dios vos quiero rogar,
pues que este mensajero
viene de tan luengas partes,
que si no terná dineros,
ni tuviere que gastar,
decid, si algo[1] le falta
no cese de demandar!
Pagarle hemos su gente,
darle hemos que gastar:
pues viene por mi señor,
yo no le puedo faltar
á él y á todos los suyos,
aunque fuesen muchos mas. —
Estas palabras hablando
no cesaba de llorar.
Mancilla hubo su marido
con el amor que le tiene grande:
pensando de consolarla
acordó de la abrazar,
y con los brazos abiertos
iba para la tomar.
La condesa espantada
púsose tras don Beltran:
el condecon grandes sospiros

1 nada Canc. de rom. s. a. y ed. de 1550.

comenzóle de hablar:
— ¡No fuyades, la condesa,
ni os querais espantar,
que yo soy el conde Dirlos
vuestro marido carnal!
Estos son aquellos brazos
en que solíades holgar. —
Con las manos se aparta
los cabellos de la haz:
conociólo la condesa
entónces en el hablar;
en sus brazos ella se echa
no cesando de llorar.
— ¿Qué es aquesto, mi señor?
¿quién vos hizo ser salváje?
¡No es este aquel gesto
que vos teníades ante!
Quiten vos aquestas armas,
otras luego os quieran dar;
traigan de aquellos vestidos
que solíades llevar. —
Ya les paraban las mesas,
ya les daban á cenar,
cuando empezó la condesa
á decir y á hablar:
— ¡Cierto parece, señor,
que lo hacemos muy mal,
que el conde está ya en sus tierras
y en la su heredad,
que no avisemos aquellos
que su honra quieren mirar!
No lo digo aun por Gaiferos,
ni por su hermano Merian,
sino por el esforzado
Renaldos de Montalvan.

¡Bien sabedes, señor tio,
cuánto se quiso mostrar,
siendo siempre con nosotros
contra el paladin Roldan! —
Llaman luego dos caballeros
de aquesos mas principales,
el uno envían á Gaiferos,
otro á Renaldos de Montalvan.
Apriesa viene Gaiferos,
apriesa y no de vagar:
desque vido la condesa
en brazos de aquel salvaje,
á ellos él se allega,
y empezóles de hablar.
Desque el cónde lo vido,
levantóse á abrazarle;
desque se han conocido
grande acatamiento se hacen.
Ya puestas eran las mesas,
ya les daban á cenar:
la condesa lo servia
y estaba siempre delante,
cuando llegó don Renaldos,
Renaldos de Montalvan,
y desque el conde lo vido
hubo un placer muy grande.
Con una voz amorosa
le empezara de hablar:
— ¡Oh esforzado conde Dirlos,
de vuestra venida me place,
aunque agora vuestros pleitos
mejor se podrán librar!
Mas si yo fuera creido,
fueran fechos ántes de vos llegar;
ó no me hallárdes vivo,

ó al paladin Roldan. —
El conde desque esto oyera
grandes mercedes le hace
diciendo: — Juramento ha hecho
sobre un libro misal
de jamas se quitar las armas,
ni con la condesa holgar,
hasta que haya complido
toda la su voluntad. —
El concierto que ellos tienen
por mejor y natural,
es que en el otro dia,
cuando yante el emperante,
vaya el conde á palacio
por la mano le besar.
Toda la noche pasaron
descansando, en hablar,
cuando vino el otro dia,
á la hora del yantar.
Cabalgara el conde Dirlos:
¡muy lucidas armas trae!
y encima un collar de oro
y una ropa rozagante,
solo con cient caballeros,
que no quiere llevar mas:
á la parte izquierda Gaiferos,
á la derecha don Beltran;
viénense á los palacios
de Cárlos el emperante.
Cuantos grandes allí hallan
acatamiento le hacen
por honra de don Gaiferos,
que era suya la ciudad.
Cuando son á la gran sala,
llahan allí al emperante

asentado á la mesa,
que le daban á yantar.
Con él está Oliveros,
con él está don Roldan,
con él está Valdovinos
y Celinos el infante,
con él estaban muchos grandes
de Francia la natural.
Y entrando por la sala
grande reverencia hacen,
saludan al emperador
los tres juntos á la par.
Desque don Roldan los vido
presto se fué á levantar:
apriesa demanda á Celinos
no cesando de hablar:
— Cabalgad presto, Celinos,
no esteis mas en la ciudad,
que quiero perder la vida,
si bien mirais las señales,
si aquel no es el conde Dirlos
que viene como salvaje:
yo quedaré por vos, primo,
á lo que querrán demandar. —
Ya cahalgaba Celinos,
y sale de la ciudad:
con él va gran gente de armas
por haberlo de guardar.
El conde y don Gaiferos
lléganse al emperante,
la mano besar le quieren
y él no se la quiere dar;
mas está muy maravillado,
diciendo: — ¿Quién puede estar? —
El conde que así lo vido

empezóle de hablar:
— No se maraville vuestra Alteza,
que no es de maravillar,
que quien dijo que era muerto,
mentira dijo y no verdad.
Señor, yo soy el conde Dirlos,
vuestro servidor leal;
mas los malos caballeros
siempre presumen el mal. —
Conocídolo han todos
entónces en el hablar.
Levantóse el emperador
y empezó de abrazarle,
y mandó salir á todos
y las puertas bien cerrar.
Solo queda Oliveros
y el paladin Roldan,
el conde Dirlos y Gaiferos,
y el buen viejo don Beltran.
Asentóse el emperador,
y á todos manda posar:
entónces con voz humilde
le empezó de hablar:
— Esforzado conde Dirlos,
de vuestra venida me place,
aunque de vuestro enojo
no es de tener pesar,
porque no hay cargo ninguno,
ni vergüenza otro que tal,
que si casó la condesa
no cierto á su voluntad,
sino á porfía mia
y á ruego de don Roldan,
y con tantas condiciones
que sería largo de contar;

por do siempre ha mostrado
teneros amor muy grande.
Si ha errado Celinos,
hízolo con mocedad,
en escribir que érades muerto,
pues que no era verdad;
mas por eso nunca quise
á ella dejar tocar,
ni menos á los desposorios
á él no dejé estar;
mas por él fué presentado
ese paladin Roldan.
Mas la culpa, conde, es vuestra
y á vos os la debeis dar;
para ser vos tan discreto,
esforzado y de linaje,
dejastes mujer hermosa,
moza y de poca edad:
si de vista no la visitastes,
de cartas la debíades visitar.
Si supiera que á la partida
llevábades tan gran pesar,
no os enviara yo, el conde,
que otros pudiera enviar:
mas por ser buen[1] caballero
solo á vos quise enviar. —
El conde de que esto oyera
atal respuesta le hace:
— ¡Calle, calle vuestra Alteza!
¡buen señor, no diga tal!
que no cale quejar de Celinos
por ser de tan poca edad,
que con tales caballeros

1 ser vos Canc. de rom. s. a. y ed. de 1550.

yo no me acostumbro[1] honrar;
mas por él está aquí Oliveros,
y por él está don Roldan,
que son buenos caballeros
y los tengo yo por tales.
¡Consentir ellos tal carta!
y ¡consentir tan gran maldad!
¡ó me tenian en poco,
ó me tienen por cobarde,
que sabiendo que era vivo
no se lo osaria demandar!
Por eso suplico á tu[2] Alteza
campo nos[3] quiera otorgar;
pues por él el pleito toman,
el campo pueden aceptar,
si quieren uno por uno,
ó los dos juntos á la par;
no perjudicando á los mios,
aunque haya hartos de linaje,
que á esto y mucha mas que esto
recaudo bastan á dar.
Porque conozcan que sin parientes,
amigos no me han de faltar
tomaré al esforzado
Renaldos de Montalvan. —
Don Roldan que esto oyera
con gran enojo y pesar,
no por lo que el conde dijo,
que con razon lo veia estar,
mas en nombrarle Renaldos,
vuelto se le ha la sangre,
porque los que mal le[4] quieren,

1 no me costumbro Canc. de rom. s. a. y ed. de 1550.
2 vuestra Canc. de rom. s. a. y ed. de 1550.
3 me Canc. de rom. s. a. y ed. de 1550. Flor.
4 se Canc. de rom. s. a. y ed. de 1550.

cuando le quieren hacer pesar
luego le dan por los ojos
Renaldos de Montalvan.
Movido de muy gran saña
luego habló don Roldan:
— Soy contento, el conde Dirlos,
y tomad este mi guante,
y agradeced que sois venido
tan presto sin mas tardar,
que á pesar de quien pesare
yo los hiciera casar,
sacando á don Gaiferos,
sobrino del emperante.
— Calledes, dijo Gaiferos,
Roldan, no digais atal;
por ser soberbio y descortes
mal vos quieren los doce pares,
que otros tan buenos como vos
defienden la otra parte,
que yo faltar no les puedo,
ni dejar pasar lo tal.
Aunque mi primo es Celinos,
hijo de hermana de madre,
bien sabeis que el conde Dirlos
es hijo de hermano de padre,
por ser hermano de padre,
no le tengo de faltar,
ni porque no pase la vuestra,
que á todos ventaja quereis llevar. —
El conde Dirlos el guante toma,
y de la sala se sale,
tras él iba[1] Gaiferos,
y tras él va don Beltran.

1 guia Canc. de rom. s. a. y ed. de 1550.
aguijar Flor.

Triste está el emperador,
haciendo llantos muy grandes,
viendo á Francia revuelta
y á todos los dose pares.
Desque Renaldos lo supo
hubo de ello placer grande:
al conde palabras decia,
mostrando tener voluntad:
— Esforzado conde Dirlos,
de lo que habeis hecho me place,
y muy mucho mas del campo
contra Oliveros y Roldan.
Una cosa rogar vos quiero,
no me la querais negar;
pues no es principal Oliveros,
ni ménos es don Roldan,
sin perjudicar vuestra honra
con cualquier podeis pelear:
tomad vos á Oliveros,
y dejadme á don Roldan.
— Pláceme, dijo el conde,
Renaldos, pues á vos place. —
Desque supieron las nuevas
los grandes y principales
que es venido el conde Dirlos,
y que está ya en la ciudad,
veréis parientes y amigos
que grandes fiestas le hacen.
Los que á Roldan mal quieren
al conde Dirlos hacen parte,
por lo cual toda la Francia
en armas veréis estar:
mas si los doce quisieran
bien los podian paciguar;
mas ninguno por paz se pone,

todos hacen parcialidad,
sino el arzobispo Turpin,
que es de Francia cardenal,
sobrino del emperador,
en esfuerzo principal,
que solo aquel se ponia
si los podia apaciguar;
mas ellos escuchar no quieren,
tanto se han mala voluntad.
Veréis ir dueñas y doncellas
á unos y á otros rogar:
ni por ruegos ni por cosas
no los pueden apaciguar.
Sobre todos mostraba saña
el esforzado Merian,
hermano del conde Dirlos
y hermano de Durandarte,
aunque por diferencias
no se solian hablar,
de que sabe lo que ha dicho
en el palacio real,
que si el conde mas tardara
el casamiento ficiera pasar
á pesar de todos ellos
y á pesar de don Beltran.
Por esto cartas envía
con palabras de pesar,
que aquello que él ha dicho
no lo basta hacer verdad,
que aunque el conde no viniera.
habia quien lo demandar.
El emperador que lo supo
muy grandes llantos que hace:
por perdida dan á Francia
y á toda la cristiandad:

dicen que alguna de las partes
con moros se irá á juntar.
Triste iba y pensativo,
no cesando el sospirar;
mas los buenos consejeros
aprovechan á la necesidad.
Consejan al emperador
el remedio que ha de tomar,
que mande tocar las trompetas
y á todos mande juntar,
y al que luego no viniere
por traidor lo mande dar;
que le quitará las tierras
y le mandará desterrar;
mas todos son muy leales,
que todos juntado[1] se han.
El emperador en medio de ellos
llorando empezó de hablar:
— ¡Esforzados caballeros!
¡y los mis primos carnales!
entre vosotros no hay diferencia,
vosotros la quereis buscar:
todos sois muy esforzados,
todos primos y de linaje,
acuérdeseos de morir
y que á Dios haceis pesar,
no solo en perder á vosotros,
mas á toda la cristiandad.
Una cosa rogar os quiero,
no vos querais enojar;
que sin mi licencia en Francia[2]
campo no se puede dar.
De tal campo no soy contento,

1 juntos Canc. de rom. s. a. y ed. de 1550.

2 sin mis leyes de Francia Canc. de rom. s. a. y ed. de 1550.

ni á mí cierto me place,
porque yo no veo causa
porque lo haya de dar,
ni hay vergüenza ninguna[1]
que á nadie[2] se pueda dar,
ni al conde han enojado
Oliveros ni Roldan,
ni el conde á ellos ménos
porque se hayan de matar,
de ayudar á sus amigos
ya usanza es atal.
Si Celinos ha errado
con amor y mocedad,
pues no ha tocado á la condesa,
no ha hecho tanto mal
que de ello merezca muerte,
ni se la deben de dar.
Ya sabemos que el conde Dirlos
es esforzado y de linaje,
y de los grandes señores
que en Francia comen pan,
que quien á él enojare
él le basta á enojar,
aunque fuese el mejor caballero
que en el mundo se hallase.
Mas porque sea escarmiento
á otros hombres de linaje,
que ninguno sea osado,
ni pueda hacer lo tal
si estimare[3] su honra
en esto no osara entrar,
que mengüemos á Celinos

1 ni injuria Canc. de rom. s. a. y ed. de 1550.
no hay agravio, ni injuria Flor.

2 ninguno Canc. de rom. s. a. y ed. de 1550.

3 estimara Canc. de rom. s. a. y ed. de 1550.

por villano, y no de linaje;
que en el número de los doce
no se haya de contar,
ni cuando el conde fuere en cortes
Celinos no haya de[1] estar,
ni do fuere la condesa
él no pueda habitar.
Y esta honra, el conde Dirlos,
para siempre os la darán. —
Don Roldan desque esto oyera
presto tal respuesta hace:
— Más quiero perder la vida
que tal haya de pasar. —
El conde Dirlos que lo oyera
presto se fué á levantar,
y con una voz muy alta
empezara de hablar:
— Pues requiéroos, don Roldan,
por mí y el de Montalvan:
que de hoy en los tres dias
en campo hayais de estar;
si no, á vos y á Oliveros
daros hemos por cobardes.
— Pláceme, dijo Roldan,
y aun si queredes ántes. —
Veréis llantos en el palacio,
que al cielo quieren llegar,
dueñas y grandes señoras
casadas y por casar,
á piés de maridos é hijos
las veréis arrodillar.
Gaiferos fué el primero
que ha mancilla de su madre,
asimesmo don Beltran

1 pueda Canc. de rom. s. a. y ed. de 1550. Flor.

de su hermana carnal,
don Roldan de su esposa
que tan tristes llantos hace.
Retíranse entónces todos,
para irse aposentar,
los valedores hablando
á voz alta y sin parar:
— Mejor es, buenos caballeros,
vos hayamos apaciguar;
pues no hay cargo ninguno,
que todo se haya de dejar. —
Entónces dijo Roldan
que es contento y que le place,
con aquesta condicion,
y esto se quiere aturar:
porque Celinos es mochacho
de quince años y no mas,
y no es para las armas,
ni aun para pelear:
que fasta veinte y cinco años,
y fasta en aquella edad,
que en el número de los doce
no se haya de contar,
ni en la mesa redonda
ménos pueda comer pan:
ni donde fuere el conde y condesa
Celinos no pueda estar:
desque fuere de veinte años
ó puesto en mejor edad,
si estimare su honra
que lo pueda demandar,
y que entónces por las armas
cada cual defienda su parte,
porque no diga Celinos
que era de menor edad. —

Todos fuéron muy contentos,
y á ambas partes les place.
Entónces el emperador
á todos los hace abrazar,
todos quedan muy contentos,
todos quedan muy iguales.
Otro dia el emperador
muy real sala les hace:
á damas y caballeros
convídalos á yantar.
El conde se afeita las barbas,
los cabellos otro que tal,
la condesa en las fiestas
sale muy rica y triunfante.
Los mestrasalas que servian
de parte del emperante,
el uno es don Roldan,
y Renaldos de Montalvan,
por dar mas avinenteza[1]
que hubiesen de hablar.
Cuando hubieron yantado.
antes de bailar ni danzar,
se levantó el conde Dirlos
delante todos los grandes,
y al emperador entregó
de las villas y lugares
las llaves de lo ganado
del rey moro Aliarde;
por lo cual el emperador
de ello le da muy gran parte,
y él á sus caballeros
grandes mercedes les hace.

1 aviventeza Canc. de rom. s. a. y ed. de 1550. En la Floresta faltan los versos desde el que dice:
Los mestrasalas que servian
hasta al que dice:
que hubiesen de hablar.

Los doce tenian en mucho
la gran victoria que trae.
De allí quedó con gran honra
y mayor prosperidad.

Silva, ed. de 1550. t. II. f. 66. — Canc. de Rom. s. a. f. 6. — Canc. de Rom. ed. de 1550. f. 6. — Floresta de varios romances.*

* El asunto de este romance tiene afinidad con aquellas leyendas de una peregrinacion al oriente, de las cuales bajo este epígrafe (Die Fahrt in den Osten) ha tratado el erudito profesor D. Guillermo Müller en su obra intitulada: *Niedersächsische Sagen und Märchen* (Gotinga, 1855. pag. 389 sig.).

165.

ROMANCES SOBRE EL MARQUES DE MANTUA, VALDOVINOS Y CARLOTO.

Romance del Marqués de Mantua. I.

De Mantua salió el marques
Danes Urgel el leal:
allá va á buscar la caza
á las orillas del mar.
Con él van sus cazadores
con aves para volar;
con él van los sus monteros
con perros para cazar;
con él van sus caballeros
para haberlo de guardar.
Por la ribera del Pou
la caza buscando van.
El tiempo era caluroso,
víspera era de Sant Juan.
Métense en una arboleda
para refresco [1] tomar;
al derredor de una fuente
á todos mandó asentar.
Viandas aparejadas
traen, procuran yantar.
Desque hubieron yantado
comenzaron de hablar

1 refrescor Canc. de rom. s. a. y 1550.

solamente de la caza
cómo se ha de ordenar.
Al pié estan de una breña
que junto á la fuente está.
Oyeron un gran ruido
entre las ramas sonar:
todos estuvieron quedos
por ver qué cosa será;
por las mas espesas matas
veen un ciervo asomar;
de sed venia fatigado,
al agua se iba á lanzar;
los monteros á gran priesa
los perros van á soltar:
sueltan lebreles, sabuesos
para le haber de tomar.
El ciervo que los sintió
al monte se vuelve á entrar:
caballeros y monteros
comienzan de cabalgar;
siguiéndole iban el rastro
con gana de le alcanzar:
cada uno va corriendo
sin uno á otro esperar.
El que traia buen caballo
corria mas por le atajar:
apártanse unos de otros
sin al marques aguardar.
El ciervo era muy lijero,
mucho se fué adelantar;
al ladrido de los perros
los mas siguiendo le van.
El monte era muy espeso,
todos perdido se han.
El sol se queria poner,

la noche queria cerrar,
cuando el buen marques de Mántua
solo se fuera á fallar
en un bosque tan espeso
que no podia caminar.
Andando á un cabo y á otro,
mucho alejado se ha;
tantas vueltas iba dando
que no sabe donde está.
La noche era muy escura,
comenzó recio á tronar;
el cielo estaba nublado,
no cesa de relampaguear.
El marques que así se vido
su bocina fué á tomar,
á sus monteros llamando:
tres veces la fué á tocar.
Los monteros eran léjos,
por demas era el sonar,
el caballo iba cansado
de por las breñas saltar;
á cada paso caia,
no se podia menear.
El marques muy enojado
la rienda le fué á soltar;
por do el caballo queria
lo dejaba caminar.
El caballo era de casta,
esfuerzo fuera á tomar.
Diez millas ha caminado
sin un momento parar;
no va camino derecho
mas por do podia andar.
Caminando todavía
un camino va á topar;

siguiendo por el camino
va á dar en un pinar:
por él anduvo una pieza
sin poder dél se apartar.
Pensó reposar allí
ó adelante pasar;
mas por buscar á los suyos
adelante quiere andar.
Del pinar salió muy presto,
por un valle fuera á entrar,
cuando oyó dar un gran grito
temeroso y de pesar,
sin saber que de hombre fuese,
ó qué pudiese estar:
solo gran dolor mostraba,
otro no pudo notar,
de que se turbó el marques,
todo espeluzado se ha;
mas aunque viejo de dias
empiézase de esforzar.
Por su camino adelante
empieza de caminar:
á pié va que no á caballo;
el caballo va á dejar,
porque estaba muy cansado,
y no podia bien andar;
en un prado que alli estaba
allí lo fuera á dejar.
Cuando llegó á un rio,
en medio de un arenal
un caballo vido[1] muerto,
comenzóle de mirar.
Armado estaba de guerra
á guisa de pelear;

1 caballero Canc. de rom. s. a. y 1550.

los brazos tenia cortados,
las piernas otro que tal;
un poco mas adelante
una voz sintió hablar:
— ¡Oh Santa Maria Señora,
no me quieras olvidar!
¡A ti encomiendo mi alma,
plégate de la guardar!
En este trago de muerte
esfuerzo me quieras dar;
pues á los tristes consuelas
quieras á mí consolar,
y tu muy[1] precioso Hijo
por mí te plega rogar
que perdone mis pecados,
mi alma quiera salvar. —
Cuando aquesto oyó el marques
luego se fuera apartar;
revolvióse el manto al brazo
la espada fuera á sacar:
apartado del camino
por el monte fuera á entrar;
hácia do sintió la voz
empieza de caminar.
Las ramas iba cortando
para la vuelta acertar;
á todas partes miraba
por ver qué cosa será;
el camino por do iba
cubierto de sangre está.
Vínole grande congoja,
todo se fué á demudar,
que el espíritu le daba
sobresalto de pesar.

1 y al tu Canc. de rom. s. a. y 1550.

De donde la voz oyera
muy cerca fuera á llegar:
al pié de unos altos robles
vido un caballero estar,
armado de todas armas
sin estoque ni puñal.
Tendido estaba en el suelo,
no cesa de se quejar;
las lástimas que decia
al marques hacen llorar:
por entender lo que dice
acordó de se acercar.
Atento estaba escuchando
sin bullir ni menearse:[1]
lo que decia el caballero
razon es de lo contar.
— ¿Dónde estás, señora mia,
que no te pena mi mal?
De mis pequeñas heridas
compasion solias tomar,
¡agora de las mortales
no tienes ningun pesar!
No te doy culpa, señora,
que descanso en el hablar:
mi dolor que es muy sobrado
me hace desatinar.
Tú no sabes de mi mal[2]
ni de mi angustia mortal;
yo te pedí la licencia
para mi muerte buscar.
Pues yo la hallé, señora,
á nadie debo culpar,
cuanto mas á ti, mi bien,
que no me la querias dar;

1 meneare Silva. 2 de mi bien Silva.

mas cuando mas no podiste
bien sentí tu gran pesar
en la fe de tu querer,
segun te vi demostrar.
¡Esposa mia y señora!
no cures de me esperar;
fasta el dia del juicio
no nos podemos juntar.
Si viviendo me quisiste,
al morir lo has de mostrar,
no en hacer grandes extremos,
mas por el alma rogar.
¡Oh mi primo Montesinos!
¡Infante don Merian!
¡Deshecha es la compañía
en que solíamos andar!
¡Ya no esperéis mas de verme
no os cumple mas de buscar,
que en balde trabajaréis
pues no me podréis hallar!
¡Oh esforzado don Renaldos!
¡Oh buen paladin Roldan!
¡Oh valiente don Urgel!
¡Oh don Ricardo Normante!
¡Oh marques don Oliveros!
¡Oh Durandarte el galan!
¡Oh archiduque don Estolfo!
¡Oh gran duque de Milan!
¿Dónde sois todos vosotros?
¿No venís á me ayudar?
¡Oh emperador Cárlo Magno,
mi buen señor natural,
si supieses tú mi muerte
cómo la harias vengar!
Aunque me mató tu hijo

justicia querrias[1] guardar,
pues me mató á traicion
viniéndole acompañar.
¡Oh principe don Carloto!
¿que ira tan desigual
te movió sobre tal caso
á quererme así matar
rogándome que viniese
contigo por te guardar[2]?
¡Oh desventurado yo,
cómo venia sin cuidar
que tan alto caballero
pudiese hacer tal maldad!
Pensando venir á caza
mi muerte vine á cazar.
No me pesa del morir
pues es cosa natural,
¡mas por morir como muero
sin merecer ningun mal,
y en tal parte donde nunca
la mi muerte se sabrá!
¡Oh alto Dios poderoso,
justiciero y de verdad,
sobre mi muerte inocente
justicia quieras mostrar!
¡De esta ánima pecadora
quieras haber piedad!
¡Oh triste reina mí madre,
Dios te quiera consolar,
que ya es quebrado el espejo
en que te solias mirar!
Siempre de mí recelaste
recebir algun pesar,
¡agora de aquí adelante

1 querias Canc. de rom. s. a. y 1550. | 2 aguardare Canc. de rom. s. a. y 1550.

no te cumple recelar!
En las justas y torneos
consejo me solias dar,
¡agora triste en la muerte
aun no me puedes hablar!
¡Oh noble marques de Mantua,
mi señor tio carnal!
¿dónde estais que no ois
mi doloroso quejar?
¡Que nueva tan dolorosa
vos será de gran pesar,
cuando de mí no supierdes
ni me pudierdes hallar!
Hecístesme heredero
por vuestro Estado heredar,
¡mas vos lo habréis de ser mio
aunque sois de mas edad!
¡Oh mundo desventurado;
nadie debe en ti fiar:
al que mas subido tienes
mayor caida haces dar! —
Estas palabras diciendo
no cesa de sopirar
sospiros muy dolorosos
para el corazon quebrar.
Turbado estaba el marques,
no pudo mas escuchar:
el corazon se le aprieta,
la sangre vuelta se le ha.
A los piés del caballero
junto se fué á llegar;
con la voz muy alterada
empezóle de hablar:
— ¿Qué mal teneis, caballero?
Querádesmelo contar.

¿Teneis heridas de muerte,
ó teneis otro algun mal? —
Cuando lo oyó el caballero
la cabeza probó alzar:
pensó que era su escudero,
tal respuesta le fué á dar:
— ¿Qué dices, amigo mio?
¿Traes con quien me confesar?
Que ya el alma se me sale;
la vida quiero acabar:
del cuerpo no tengo pena,
que el alma querria salvar. —
Luego le entendió el marques
por otro le fuera á tomar:
respondióle muy turbado
que apénas pudo hablar:
— Yo no soy vuestro criado,
nunca comí vuestro pan,
ántes soy un caballero
que por aquí acerté á pasar:
vuestras voces dolorosas
aquí me han hecho llegar
á saber qué mal teneis,
ó de qué es vuestro penar.
Pues que caballero sois
querades vos esforzar,
que para esto es este mundo
para bien y mal pasar.
Decidme, señor, quién sois
y de qué es vuestro mal,
que si remediarse puede
yo os prometo de ayudar:
no dudeis, buen caballero,
de decirme la verdad. —
Tornara en sí Valdovinos,

respuesta le fuera á dar:
— Muchas mercedes, señor,
por la buena voluntad;
mi mal es crudo y de muerte,
no se puede remediar.
Veinte y dos feridas tengo
que cada una es mortal;
el mayor dolor que siento,
es morir en tal lugar,
do no se sabrá mi muerte
para poderse vengar,
porque me han muerto á traicion
sin merescer ningun mal.
A lo que habeis preguntado
por mi fe os digo verdad,
que á mí dicen Valdovinos,
que el Franco solian llamar:
hijo soy del rey de Dacia,
hijo soy suyo carnal,
uno de los doce pares
que á la mesa comen pan.
La reina doña Ermeline[1]
es mi madre natural,
el noble marques de Mántua
era mi tio carnal,
hermano era de mi padre
sin en nada discrepar;
la linda infanta Sevilla
es mi esposa sin dudar:
hame ferido Carloto
su hijo del emperante,
porque él requirió de amores
á mi esposa con maldad:
porque no le dió su amor

1 Ermelina Silva.

él en mí se fué á vengar
pensando que por mi muerte
con ella habia de casar.
Hame muerto á traicion
viniendo yo á le guardar,
porque él me rogó en Paris
le viniese acompañar
á dar fin á una aventura
en que se queria probar.
Quien quier que seais, caballero,
la nueva os plega llevar
de mi desastrada muerte
á Paris, esa ciudad,
y si hácia Paris no fuerdes
á Mántua la iréis á dar,
que el trabajo que ende habréis
muy bien vos lo pagarán,
y si no quisierdes paga
bien se vos agradecerá. —
Cuando aquesto oyó el marques
la habla perdido ha,
en el suelo dió consigo,
la espada fué arrojar,
las barbas de la su cara
empezólas de arrancar,
los sus cabellos muy canos
comiénzalos de mesar.
A cabo de una gran pieza
en pié se fué á levantar;
allegóse al caballero
por las armas le quitar.
Desque le quitó el almete
comenzóle de mirar:
estaba bañado en sangre,
con la color muy mortal;

estaba desfigurado,
no lo podia figurar,
ni le podia conoscer
en el gesto ni el hablar;
dudando estaba dudando
si era mentira ó verdad.
Con un paño que traia
la cara le fué á limpiar:
desque la hubo limpiado
luego conocido lo ha.
En la boca lo besaba
no cesando de llorar,
las palabras que decia
dolor es de las contar.
— ¡Oh sobrino Valdovinos,
mi buen sobrino carnal!
¿Quién vos trató de tal suerte?
¿Quién vos trajo á tal lugar?
¿Quién es el que á vos mató
que á mí vivo fué á dejar?
¡Mas valiera la mi muerte
que la vuestra en tal edad!
¿No me conoceis, sobrino?
¡Por Dios me querais[1] hablar!
Yo soy el triste marques
que tio solíades[2] llamar,
yo soy el marques de Mántua
que debo de reventar
llorando la vuestra muerte
por con vida no quedar.
¡Oh desventurado viejo!
¿Quién me podrá conortar?
que pérdida tan crecida
mas dolor es consolar.

1 queráisme Canc. de rom. s. a. y 1550. 2 soleis Silva.

Yo la muerte de mis hijos
con vos podria olvidar.
Agora, mi buen señor[1],
de nuevo habré de llorar.
A vos tenia por sobrino[2]
para mi estado heredar,
agora por mi ventura
yo vos habré de enterrar.
Sobrino, de aquí adelante
yo no quiero vivir mas:
ven, muerte, cuando quisieres,
no te quieras detardar;
¡mas al que ménos te teme
le huyes por mas penar!
¿Quién le llevará las nuevas
amargas de gran pesar
á la triste madre vuestra?
¿Quién la podrá consolar?
Siempre lo oí decir,
agora veo ser[3] verdad,
que quien larga vida vive
mucho mal ha de pasar:
por un placer muy pequeño
pesares ha de gustar. —
De estas palabras y otras
no cesaba de hablar
llorando de los sus ojos
sin poderse conortar.
Esforzóse Valdovinos
con el angustia mortal;
desque conoció á su tio
alivio fuera á tomar:
tomóle entrambas las manos,

1 Agora de aquí adelante Silva.
Agora, mi buen sobrino Floresta.
2 hijo Floresta.
3 que es Silva.

muy recio le fué apretar:
disimulando su pena
comenzó al marques hablar:
— No lloredes, señor tio,
por Dios no querais llorar,
que me dais doblada pena
y al alma haceis penar;
mas lo que vos encomiendo
es por mí querais rogar,
y no me desampareis
en este esquivo lugar;
fasta que yo haya espirado,
no me querades dejar.
Encomiéndoos á mi madre,
vos la querais consolar,
que bien creo que mi muerte
su vida habrá de acabar;
encomiéndoos á mi esposa,
por ella querais mirar;
el mayor dolor que siento
es no la poder hablar. —
Ellos estando en aquesto
su escudero fué á llegar:
un ermitaño traia
que en el bosque fué á hallar,
hombre de muy santa vida
de órden sacerdotal.
Cuando llegó el ermitaño
el alba queria quebrar.
Esforzando á Valdovinos
comenzóle amonestar
que olvidase aqueste mundo
y de Dios se quiera acordar.
Aparte se fué el marques
por dalles mejor lugar;

el escudero á otra parte
tambien se fuera apartar:
el marques de quebrantado
gran sueño le fué á tomar.
Confesóse Valdovinos
á toda su voluntad.
Estando en su confesion,
ya que queria acabar,
las angustias de la muerte
comienzan de le aquejar:
con el dolor que sentia
una gran voz fuera á dar:
llama á su tio el marques,
comenzó así de hablar:
— Adios, adios, mi buen tio,
adios vos querais quedar,
que yo me voy de este mundo
para la mi cuenta dar:
lo que vos ruego y encomiendo
no lo querais olvidar:
dadme vuestra bendicion,
la mano para besar. —
Luego perdiera el sentido,
luego perdiera el hablar,
los dientes se le cerraron,
los ojos vuelto se le han.
Recordó luego el marques,
á él se fuera á llegar,
muchas veces lo bendice
no cesando de llorar.
Absolvióle el ermitaño;
por él comienza á rezar.
A cabo de poco rato
Valdovinos fué á espirar.
El marques de verlo así

amortecido se ha,
consuélalo el ermitaño,
muchos ejemplos le da:
el marques como discreto
acuerdo fuera á tomar,
pues remediar no se puede,
á haberse de conortar[1].
Lo que hacia el escudero
lástima era de mirar;
rescuñaba la su cara,
sus ropas rasgado ha,
sus barbas y sus cabellos
por tierra los va á lanzar.
A cabo de una gran pieza,
que ambos cansados están,
el marques al ermitaño
comienza de preguntar:
— Pídoos por Dios, padre honrado,
respuesta me querais dar:
¿dónde estamos, ó en qué reino,
en qué señorío ó lugar?
¿Cómo se llama esta tierra?
¿Cuya es, y á qué mandar? —
El ermitaño responde:
— Pláceme de voluntad:
debeis de saber, señor,
que esta es tierra sin poblar;
otro tiempo fué poblada,
despoblóse por gran mal,
por batallas muy crueles
que hubo en la cristiandad:
á esta llaman la Floresta
sin ventura y de pesar,
porque nunca caballero

1 cordura es se conortar. Floresta.

en ella se acaeció entrar
que saliese sin gran daño
ó desastre desigual.
Esta tierra es del marques
de Mántua, la gran ciudad:
fasta Mántua son cien millas,
sin poblado ni lugar,
sino sola una ermita
que á seis millas de aquí está,
donde yo hago mi vida
por del mundo me apartar.
El mas cercano poblado
á veinte millas está;
es una villa cercada
del ducado de Milan.
Ved lo que quereis, señor,
en que yo os pueda ayudar,
que por servicio de Dios
lo haré de voluntad,
y por vuestro acatamiento,
y por hacer caridad. —
El marques que aquesto oyera
comenzóle de rogar
que no recibiese pena
de con el cuerpo quedar,
miéntra él y el escudero
el caballo van buscar
que allí cerca habia dejado
en un prado á descansar.
Plúgole al ermitaño
allí haberlos de esperar:
el marques y el escudero
el caballo van buscar:
por el camino do iban
comenzóle á preguntar:

— Dígasme, buen escudero,
si Dios te quiera guardar,
¿qué venia tu señor
por esta tierra buscar,
y por qué causa lo han muerto,
y quién le fuera á matar? —
Respondió el escudero,
tal respuesta le fué á dar:
— Por la fe que debo á Dios
yo no lo puedo pensar,
porque no lo sé, señor;
lo que ví os quiero contar.
Estando dentro en Paris
en cortes del emperante,
el príncipe don Carloto
á mi señor envió á llamar.
Estuvieron en secreto
todo el dia en su hablar;
cuando la noche cerró
ambos se fuéron armar.
Cabalgaron á caballo,
salieron de la ciudad
armados de todas armas
á guisa de pelear.
Yo salí con Valdovinos
y con Carloto un paje:
ayer hubo quince dias
salimos de la ciudad.
Luego cuando aquí llegamos
á este bosque de pesar,
mi señor y don Carloto
mandaron nos esperar.
Solos se entraron los dos
por aquel espeso valle;
el paje estaba cansado,

gran sueño le fué á tomar;
yo pensando en Valdovinos
no podia reposar.
Apartéme del camino
en un árbol fuí á pujar[1],
á todas partes miraba
cuando los veria tornar.
A cabo de un gran rato
caballos oí relinchar,
ví venir tres caballeros,
mi señor no ví tornar.
Venian bañados en sangre,
luego ví mala señal;
el uno era don Carloto,
los dos no pude notar.
Con gran miedo que tenia
no les osé preguntar
dó quedaba Valdovinos,
do le fueran á dejar:
mas abajéme del árbol,
entré por aquel pinar:
desque los[2] ví trasponer
yo comencé de buscar
á mi señor Valdovinos,
mas no lo podia hallar:
el rastro de los caballos
no dejaba de mirar.
A la entrada de un llano,
al pasar de un arenal,
ví huella de otro caballo[3],
la cual me pareció mal;
ví mucha sangre por tierra,

1 puyare Silva. Floresta.
2 lo Canc. de rom. s. a. y 1550. Floresta.
3 de tres caballos Silva. de otros caballos Canc. de rom. s. a. de los caballos Floresta.

de que me fuí á espantar;
en la orilla del rio
el caballo fuí á hallar,
mas adelante no mucho
á Valdovinos ví estar.
Boca abajo estaba en tierra,
y casi queria espirar,
todo cubierto de sangre
que apenas podia hablar.
Levantáralo de tierra,
comencéle de limpiar;
por señas me demandó
confesor fuese á buscar.
Esto es, noble señor,
lo que sé de este gran mal. —
En estas cosas hablando
el caballo van topar,
cabalgó en él el marques,
y á las ancas fuéle á tomar:
á do quedó el ermitaño
presto tornado se han.
Desque hablaron un rato
acuerdo van á tomar
que se fuesen á la ermita,
y el cuerpo allá lo llevar.
Pónenlo encima el caballo,
nadie quiso cabalgar.
El ermitaño los guia,
comienzan de caminar;
llevan via de la ermita
apriesa y no de vagar.
Deque allá hubieron llegado
el cuerpo van desarmar.
Quince lanzadas tenia,
cada una era mortal,

que de la menor de todas
ninguno podria escapar.
Cuando así lo vió el marques
traspasóse de pesar,
á cabo de una gran pieza
un gran suspiro fué á dar.
Entró dentro en la capilla,
de rodillas se fué á hincar,
puso la mano en una ara
que estaba sobre el altar,
en los piés de un crucifijo
jurando, empezó de hablar:
— Juro por Dios poderoso
por Santa María su Madre,
y al santo Sacramento
que aquí suelen celebrar,
de nunca peinar mis canas
ni las mis barbas cortar[1];
de no vestir otras ropas,
ni renovar mi calzar;
de no entrar en poblado,
ni las armas me quitar,
sino fuere una hora[2]
para mi cuerpo limpiar[3];
de no comer á manteles,
ni á mesa me asentar,
fasta matar á Carloto
por justicia ó pelear,
ó morir en la demanda
manteniendo la verdad:
y si justicia me niegan
sobre esta tan gran maldad,

1 ni las barbas me cortare Silva.
ni de mis barbas cortar Floresta.

2 por una hora Silva.
solo una hora Floresta.

3 alimpiar Canc. de rom. s. a. y 1550.

de con mi Estado y persona
contra Francia guerrear,
y manteniendo la guerra
morir ó vencer sin paz [1].
Y por este juramento
prometo de no enterrar
el cuerpo de Valdovinos
fasta su muerte vengar. —
De que aquesto hubo jurado
mostró no sentir pesar;
rogando está al ermitaño
que le quisiese ayudar
para llevar aquel cuerpo
al mas cercano lugar.
El ermitaño piadoso
su bestia le fué á dejar;
amortajaron el cuerpo,
en ella lo van á posar:
con las armas de Valdovinos
el marques se fué armar:
cabalgara en su caballo,
comienza de caminar.
Camino llevan de la villa
que arriba oistes nombrar.
Con él iba el ermitaño
por el camino mostrar.
Antes que á la villa lleguen
una abadía van fallar
de la órden de Sant Bernardo [2]
que en una montaña [3] está,
á la bajada de un puerto
y á la entrada de un lugar [4].

1 sin pare Canc. de rom. s. a. y 1550. vencer, ó en ella acabar Floresta.
2 Benito Floresta.
3 aspereza Floresta.
4 que cerca de un valle hay Floresta.

Allá se fué el marques
y allí acordó quedar
por estar mas encubierto,
y el cuerpo en guarda dejar,
por hacelle[1] un ataud
y habello de embalsamar.
Al ermitaño rogaba
dineros quiera tomar;
desque dineros no quiso
sus ricas[2] joyas le da:
no quiso ninguna cosa,
su bestia fué á demandar:
despidióse del marques,
á Dios le fué encomendar.
Despues de ser despedido
para su ermita se va;
por el camino do vuelve
á muchos topado ha
que el marques iban buscando,
llorando por le[3] hallar.
Muchos por él preguntaban,
las señales ciertas dan,
por las señas que le dieron
él conocido lo ha,
á todos les respondia:
— Yo vos digo de verdad,
que un hombre de tales señas,
que no sé quién es ni cuál,
dos dias ha que le acompaño[4]
sin saber adónde va;
dejélo en un abadía
que dicen de Flores Valle,
con un caballero muerto

1 hacelle Floresta.
2 algunas Floresta.
3 por no lo Floresta.
4 acompañé Floresta.

que acaso fuera á fallar:
si allá quereis ir, señores,
fallaréislo de verdad[1].

Silva de 1550 t. II. f. 122. — Canc. s. a. f. 29. — Canc. 1550. f. 29. — Floresta de varios rom.

166.

(Del Marques de Mántua, Valdovinos y Carloto. — II.)

Romance de la embajada que envió Danes Urgel*, marques de Mántua al Emperador.

De Mántua salen apriesa
sin tardanza ni vagar
ese noble conde Dirlos,
visorey de allende el mar,
con el duque de Sanson[2]
de Picardía natural:
camino van de Paris,
aunque ninguno lo sabe,
que el marques Danes Urgero
los envía con mensaje
á ese alto emperador
que estaba en Paris la grande.
Llegados son á Paris
sin mucho tiempo tardar:
caballeros son de estima,

1 hallaréisle sin dudar. —
Todos se van muy alegres,
para su señor hablar.
Floresta.

* En este romance se llama en el texto del Canc. de rom. s. a. y 1550 al marques constantemente: Urgeo, en la Silva: Urgero, lo que es el mas conforme á su original frances Ogier le Danois, miéntras que las ed. posteriores del Canc. de rom. y la Floresta han introducido la leccion vulgar de: Urgel.

2 Así dicen todas las antiguas ediciones del Canc. de rom., de la Silva y de la Floresta; solamente la ed. de la Silva de Barcelona de 1582 tiene una variante notable, poniendo:
con el duque de Soxonia
El señor Duran enmienda con mucha probabilidad:
con el duque don Sanson.

de grande estado y linaje,
de los doce que á la mesa
redonda comian pan.
Los grandes que lo supieron
salen por los acompañar.
Desque entraron en Paris
vanse al palacio real;
preguntan por el emperador
para habelle de hablar:
desque lo supo don Cárlos[1]
luego los mandó entrar;
desque son delante dél
las rodillas van hincar;
demandáronle las manos,
mas no se las quiso dar;
mandóles alzar de tierra,
comenzóles preguntar:
— ¿De dónde venides, duque? —
¿de qué parte ó qué lugar?
¿Dónde habeis estado, conde?
¿venis de allende la mar? —
Respondieron ambos juntos
presto tal respuesta dan:
— En Francia habemos estado,
en Mántua, esa ciudad,
con el marques Danes Urgero
por le haber de acompañar;
embajada vos traemos,
señor, queraisla escuchar:
mandad salir todos fuera,
no quede sino Roldan,
que despues siendo contento,
bien se podrá publicar. —
Todos se salieron luego

2 don Carloto Floresta.

de la cámara real,
todos cuatro quedan solos,
las puertas mandan cerrar.
De rodillas por el suelo
el conde comenzó á hablar:
— ¡Oh muy alto emperador,
sacra real majestad!
tu vasallo soy, señor,
y de Francia natural;
pues vengo por mensajero
licencia me manda dar
para decir mi embajada,
si no recibes pesar. —
Respondió el emperador
sin el semblante mudar:
— Decid, conde, qué quereis,
no vos querais recelar[1];
bien sabeis que el mensajero
licencia tiene de hablar:
al amigo y enemigo
siempre se debe escuchar,
por amistad al amigo,
y al otro por se avisar. —
Levantóse luego el conde,
una carta fué á mostrar,
la cual era de creencia,
dióla en manos de Roldan:
comenzó de hacer su habla
con discreto razonar:
— Creyendo hacer mas servicio
á tu sacra majestad,
acepté, señor, el cargo

1 pues no os cumple recelare Las ed. posteriores del Canc. de rom.

Decid, conde, á vuestra guisa,
no habeis de que recelar
Floresta.

de este mensaje explicar,
porque sin pasion ninguna
la verdad podré contar,
segun que vengo informado,
sin añadir ni quitar.
La embajada que yo traigo
es justicia demandar
del infante[1] don Carloto,
tu propio hijo carnal.
Dicen que él mató sin culpa[2]
á Valdovinos el infante,
hijo del buen rey de Dacia,
tu vasallo natural;
dicen que le mató con aleve,
con engaño y falsedad,
rogándole que se fuese
con él á le acompañar.
Por casarse con su esposa
dicen que le fué á matar:
de este delito se quejan
muchos hombres de linaje,
que son parientes del muerto,
y se sienten del tal mal[3].
El marques Danes Urgero
se muestra mas principal,
por ser tio de Valdovinos,
hermano del rey su padre.
Demas de ser su pariente,
tiene muy mayor pesar
porque lo falló herido,
casi á punto de espirar,
en un bosque muy esquivo,
apartado de lugar.

1 príncipe Floresta.
2 á traicion Floresta.
3 y sienten este desman Floresta.

El mismo le contó el caso,
á él se fué encomendar,
en sus brazos espiró,
razon es no le olvidar:
y ese maestre de Rodas[1]
Urgel de la fuerza grande,
que es primo del marques,
tio tambien del infante:
y ese duque de Baviera
don Naimo el singular[2],
abuelo de Valdovinos,
padre carnal de su madre[3]:
y ese rey de Sansueña,
tu vasallo natural,
padre de la infanta Sevilla
que cristiana fué á tornar
por amor de Valdovinos
para con él se casar;
y otros muchos caballeros
tambien se van á quejar,
los unos por parentesco,
los otros por amistad;
sobre todos esa reina
doña Ermeline[4], su madre.
Tus naturales y extraños
tambien te envían á suplicar
que si tu hijo los mata
¿quién los ha de defensar?
Si no mantienes justicia
dejarán su natural,
y se partirán de Francia

1 maestro de todos Floresta.
Esta parece ser la mejor leccion; pues no puede haberse nombrado á Urgel, maestre de Rodas, hasta pasado el año de 1310. — Véase la nota de Clemencin al Don Quijote, Tomo V. pag. 390.
2 con Reyner el singular Floresta.
3 padre Floresta.
4 Ermelina Silva. Ermelian Flor.

á otros reinos á morar.
El caso es abominable,
y terrible de contar;
si tal cosa es, señor,
bien lo debes castigar.
Acuérdate de Trajano
en la justicia guardar,
que no dejó sin castigo
su único hijo carnal;
aunque perdonó la parte,
él no quiso perdonar.
Si niegas, señor, justicia,
mucho te podrán culpar,
que tal caso como este
no es para dejar pasar.
¡Mira bien, señor, en ello!
Respuesta nos manda dar. —
Turbóse el emperador,
que ápenas pudo hablar:
la mano tenia en la barba,
muy pensativo ademas.
A cabo de una gran pieza
tal respuesta le fué á dar:
— ¡Si lo que habeis dicho, conde,
se puede hacer verdad,
mas quisiera que mi hijo
fuera el muerto sin dudar!
El morir es una cosa
que á todos es natural,
la memoria queda viva
del que muere sin fealdad;
del que vive deshonrado
se debe tener pesar,
porque así viviendo muere
olvidado de bondad.

Decilde, conde, al marques
y á cuantos con él están;
que el pesar que de esto tengo
no lo puedo demostrar:
mas yo daré tal ejemplo
en esta muerte vengar,
que la pena del delito
sobrepuje á la maldad,
porque todos escarmienten
cuantos lo oyeren nombrar.
Vengan pedir su justicia
que yo la haré guardar
como es costumbre de Francia
usada de antigua edad[1];
si buena verdad trujeren
en mi corte se verá;
do mi persona estuviere
la justicia será igual,
así al pobre como al rico,
así al chico como al grande,
y tambien al extranjero,
como al propio natural.
Mas quiero dejar memoria
de grande riguridad,
que dejar sin dar cástigo,
al que comete maldad,
aunque sea mi propio hijo
que me tenia de heredar. —
Cuando esto oyó el conde[2]
las manos le fué á besar;
alabando su respuesta,
el duque comenzó hablar:
— Siempre, señor, confiamos
de tu ínclita bondad

1 antigüedade Silva. Floresta. 2 el conde Irlos Floresta.

que por mantener justicia
tal respuesta habias de dar;
mas porque el caso requiere
en sí mesmo gravedad,
y por ser cosa de hijo
tú no lo debes juzgar,
el marques Danes Urgero
te envía á suplicar,
que porque él tiene jurado
de en poblado nunca entrar
fasta que alcance derecho
de Carloto el infante,
y él mismo tiene de ser,
el que lo ha de acusar,
que no quieras ser presente
para haber de sentenciar;
mas que nombres caballeros
que puedan determinar,
segun costumbre de Francia,
entre hombres de linaje,
y que los que señalardes
para este caso mirar,
sean caballeros de estado
de tu consejo imperial,
y que hagan juramento
de administrar la verdad,
y tu majestad provea
de señalar un lugar
en el campo, sin poblado,
á do se haya de juzgar
para oir ambas las partes
fasta ejecucion final:
y porque el marques trae gentes
para se haber de guardar
de quien algo le quisiere

y le hubiere de enojar,
y sus parientes y amigos
vienen por le acompañar,
y entre ellos viene Renaldos,
el señor de Montalvan,
el cual está puesto en bandos
con tu sobrino Roldan;
porque no sabe el marques
si recibirás pesar,
no quiere venir con gentes
sin saber tu voluntad,
pues viene á pedir justicia
y no para guerrear:
que tú, señor, le asegures
y á cuantos con él vernán,
miéntra que el pleito durare
seguro les mandes dar
para venida y estada,
y despues para tornar,
no porque él tema á ninguno,
ni haya de quién se recelar;
mas por cumplir lo que debe
á tu sacra majestad.
De esta manera, señor,
el vendrá sin detardar,
que ya es partido de Mántua,
no cesa de caminar.
Don Renaldos le aposenta
sin hacer daño ni mal,
en tierras de señoríos
todos recaudo le dan,
pagando de sus dineros
lo acostumbrado pagar.
Para pasar por tus tierras

licencia les manda[1] dar,
y todos los bastimentos
que hubieren necesidad:
pagando lo que valiere
no se les debe negar. —
Al emperador le plugo,
todo lo fué así otorgar:
— El marques venga seguro
y cuantos con él vernán[2].
Venga siquiera de guerra,
ó como le placerá[3],
yo lo tomo so mi amparo,
so mi corona real.
Porque mas seguro venga
este mi anillo tomad;
todo lo que os prometo
siempre fallaréis verdad;
la licencia que pedís
soy contento de vos dar;
ordenaldo á vuestra guisa,
que así lo quiero firmar. —
Sacó un anillo de oro
con el sello imperial;
el duque le tomó luego,
las manos le fué á besar.
Del emperador se despiden,
á sus posadas se van.
Don Roldan quedó enojado,
mas no lo quiso mostrar.
Luego se supo en la corte
todo lo que fué á pasar,
la embajada que traian,
lo que venian á demandar.

1 mandes Floresta.
2 están Floresta.
3 parecerá Floresta.

Mucho pesó á don Carloto,
quiérelo disimular;
fuése al emperador
á haberse de desculpar;
mas nunca lo quiso oir
sino en[1] consejo real.
La audiencia que le dió
fué mandarlo aprisionar
fasta ser determinada
por su corte la verdad.
Desque preso y á recado
en guarda lo fuera dar
á don Arnaldos de Belanda[2],
que Ayuelos suelen llamar,
gran condestable de Francia,
y en cortes gran senescal.
Mucho pesaba á los grandes
que le tenian amistad,
sobre todos le pesaba
á ese paladin Roldan.
Todos buscaban maneras
para le haber de soltar,
mas nunca el emperador
á nadie quiso escuchar:
cuanto mas por él le ruegan,
tanto mas lo hace guardar.
Cada dia entra en consejo,
las leyes hacia mirar,
quien tal crímen cometia
qué pena le habian de dar.

1 sin su Silva.

2 Renaldos de Belanda. Todas las ed. del Canc. de rom. La enmienda de la Silva que hemos acogido en el texto, prueba el conocimiento mas exacto de su editor de la tradicion original francesa; distingue siempre muy bien entre Arnaldos de Belanda y Renaldos de Montalban. La Floresta al contrario, lleva estos y otros nombres propios aun mas desfigurados; así dice en este lugar:

á don Reynaldos de Gulanda
que Añuelos suelen llamar.

Estando en esto las cosas
el marques fuera á llegar
á tres millas de Paris
á vista de la ciudad:
no quiso pasar adelante,
mandó asentar su real.
Aposentóle Renaldos
ribera de un rio caudal,
do mejor le pareció
y mas seguro lugar;
él se pasó adelante
una milla ó poco mas.
Armaron luego su tienda,
su bandera mandó alzar:
la gente de la ciudad
todos iban á mirar
el gran campo del marques,
su concierto singular,
la diversidad de gentes,
la órden que el marques trae[9].
Muchos señores y grandes
al marques iban hablar
por probar algun concierto
y saber su voluntad.
El estábase en su tienda,
en aquel estado grande,
armado de todas armas,
y descubierta la faz,
el ataud allí delante
por mas dolor demostrar,
la madre de Valdovinos
y su esposa allí á la par
de aquella forma y manera
que arriba oistes nombrar.

1 y el órden que en todos hay Floresta.

Los que venian á la tienda
para el marques visitar,
desque le veian armado
y de aquella forma estar,
habian dél compasion,
llegaban por le hablar.
Recibíalos muy bien,
cabe él los hacia sentar;
el caso como pasara
á todas iba á contar.
Cuando algo le rogaban
mostraba mucho pesar;
rogaba con cortesía
le quisiesen perdonar
por no poder complacerlos
como era su voluntad,
porque él se habia quitado
sobre esto la libertad.
El juramento que hizo
á todos hacia mostrar,
porque no tuviesen causa
sobre ello le importunar.
Los grandes que allí venian
no le querian fatigar,
ni querian sobre tal caso
su dolor le renovar.
Volvíanse para Paris
pensativos ademas,
diciendo tener razon
el marques de se vengar
de un tan grave delito,
y hacello bien castigar.
Cuando el emperador supo
que el marques fuera á llegar,
mandó llamar al consejo

en su palacio imperial.
Mandó cuando fuéron juntos
los embajadores llamar:
la embajada que trajeron
tornasen á recontar.
Levantóse el conde Dirlos
comenzóla de explicar:
desque la hubo acabado
tornóse luego asentar.
Todos se maravillaban
de oir tan gran maldad;
por amor del emperador
todos recebian pesar,
mirábanse unos á otros,
á todos parecia mal.
Antes que hablase ninguno
el emperador fué hablar:
— Lo que aquí pide el marques
por primero y principal,
es que yo nombre jueces
para esto determinar:
por ser caso de Carloto
presente no quiero estar;
para mejor señalarlos
y todo mi poder dar,
que administren la justicia
en su conciencia y verdad. —
A todos está mirando
y empiézales de hablar:
— Los jueces que yo nombro
para justicia guardar,
el uno es Dardin Dardeña
que el Delfin suelen llamar,
de tres estados de Francia,
el primero en consejar:

el otro el conde de Flándes,
don Alberto el singular,
uno de los tres estados,
y primero en el mandar;
otro el duque de Borgoña,
primero estado en juzgar,
riguroso y justiciero,
en mis reinos principal:
el otro el duque don Cárlos,
mi sargento general:
otro el duque de Borbon,
mi cuñado don Grimalte[1]:
el otro el conde de Foy[2],
y el buen viejo don Beltran:
otro sea don Reyner
llamado duque de Aste,
y el conde don Galalon
de Alemaña principal:
otro el duque de Vibiano
de Agramonte natural,
asistente de mi corte
para los pleitos juzgar:
otro el duque de Saboya,
que venturas fué á buscar,
y en las mas partes del mundo
trances ha visto pasar[3]:
otro el duque de Ferrara,
esa nombrada ciudad,
don Arnao el gran Bastardo,
así se hace intitular:
otro sea don Guarinos,
almirante de la mar,
de todas flotas y armadas

1 Grimaltos Floresta.
2 Fox Silva. Foix Floresta.
3 franceses vido pasar Floresta.

sobre todos general.
Y nombro por presidente
para en mi lugar estar
don Arnaldos de Belanda,
de Francia gran condestable.
Para ello le doy mi cetro,
poder soluto en mandar.
Todos estos juntos puedan
absolver y sentenciar
esto que pide el marques
como se debe juzgar,
si por prueba de testigos
ó trance de pelear.
Yo les doy mi comision
con poder y facultad,
que la sentencia que dieren
la puedan ejecutar,
segun costumbre de Francia,
por su propia aútoridad,
dando la pena y castigo
á quien la hubieren de dar,
así por via de justicia,
como por en campo entrar,
al cual puedan ser presentes,
y en mi nombre asegurar
al marques Danes Urgero
y á cuantos con él están,
mas que á mi persona propia
nadie le pueda demandar[1]. —
Así como aquí lo dijo
á todos lo vo á mandar,
so pena de ser traidor
quien lo osare quebrantar.

Silva de 1550. t. II. f. 136. — Canc. de Rom. s. a. f. 42. — Canc. de Rom. 1550. fol. 43. — Floresta de varios rom. —

1 nadie le puede enojar Floresta.

167.

(Del marques de Mántua, Valdovinos y Carloto. — III.)

Sentencia dada á don Carloto.*

En el nombre de Jesus
que todo el mundo ha formado,
y de la Vírgen su Madre,
qe de niño lo[1] ha criado:
nosotros Dardin Dardeña[2],
Delfin en Francia llamado;
don Alberto y don Reyner,
de tres estados nombrado:
el conde de Flándes viejo,
consejero delegado,
con el duque de Borgoña,
el primero en el juzgado,
con el buen duque don Cárlos,
el regente, el sargentado;
con el duque de Borbon
don Grimalte[3], fiel cuñado
del muy alto emperador,
con su hermana casado;
el buen viejo don Beltran
con el conde de Foyxano[4],
y el conde don Galalon,
con el duque de Vibiano;
con el duque de Saboya,
que venturas ha buscado;
con el duque de Ferrara

* En pliegos sueltos (p. e. Búrgos, 1562 y 1563) se dice en la portada de este romance: „Y otro ahora de nuevo añadido, que es de la sentencia que dieron á Carloto. Hecha por Jeronymo Temiño de Calatayud.“ Por de contado Jer. Temiño es, cuando mas, autor ó reformador de esta nueva añadidura.

1 lo falta en las ed. del Canc. de rom. s. a. y 1550.

2 Con este verso el romance viene mencionado en la Tabla de la Silva.

3 Arnaldo Floresta.

2 Foxano Silva.
y el conde Foix esforzado Flor.

don Narvan del bastardado;[1]
el almirante Guarinos
en las mares estimado;
don Arnaldos[2] de Belanda,
condestable diputado
en el lugar y mandar
del sumo emperador Carlo:
todos juntos en consejo
y acuerdo deliberado,
vista la requisicion
que el buen marques nos ha dado;
vista tambien la demanda
que él mesmo ha procesado;
vistas todas las respuestas
que don Carloto[3] ha enviado,
el proceso por entero
con gran fe examinado,
lo que venia de justicia
y de derecho mirado,
ni al uno por el otro
el derecho no quitado;
teniendo á Dios en la piensa
y en los ojos presentado:
visto que claro paresce
por lo que es alegado,
que segun la ley divina
quien mata ha de ser matado,
con cuchillo ó sin cuchillo
á tal acto ejercitado;
y visto que traicion
don Carloto ha intentado
en matar á Valdovinos

1 con Arnaut, el gran Bastardo Flor.
don Arnao, el gran Bastardo las ed. poster. del Canc. de rom.

2 Renaldos. Todas las ed. del Canc de rom.
don Arnaldo de Berlanda Floresta.

3 Carlos Silva.

en un bosque despoblado,
segun que claro se muestra
por la confesion que ha dado
don Carloto á la demanda
que el marques ha presentado;
visto que punto por punto
el delito ha confesado
por la pena del tormento,
aunque lo habia negado;
y visto que nada obsta
que él se haya sojuzgado
á la real audiencia,
pues que le han perdonado[1]:
lo que viene de justicia,
nada otro no mirado,
por esta nuestra sentencia,
cada cual bien informado
del hecho de la verdad,
segun que se ha confesado,
condenamos á Carloto:
primero, á ser arrastrado
por el campo y por la arena
por un rocin mal domado:
despues de lo cual queremos
que sea descabezado
en un alto cadahalso,
do pueda ser bien mirado
de fuera de la ciudad
por donde será llevado;
despues de lo cual cumplido,
y aquesto ser acabado,
le corten los piés y manos,
porque quede mas pagado,

1 que él se haya juzgado
á la audiencia real,
pues no le han perdonado
Floresta.

despues de lo cual mandamos
que sea descuartizado:
lo cual cumplido, queremos
sea un edificio obrado
de piedra muy bien labrada
y de canto bien picado,
que sea en lo venidero
memoria de lo pasado
del caso de Valdovinos
y de cómo fué vengado. —
Don Carloto temeroso,
aunque era muy esforzado,
tremecióse cuando oyó
lo que se ha publicado.
Esforzóse cuanto pudo,
una pluma ha demandado;
diéronle tinta y papel,
una carta ha ordenado;
con un paje que allí estaba
á don Roldan la ha enviado.
Nadie sabe lo que envía,
para vello se ha apartado,
don Roldan leyó la carta[1],
todo se ha alterado:
él de cierto bien quisiera
dar remedio en lo rogado.
Doloroso y pensativo
un poco tiempo ha pensado,
duda si debe[2] hacer
lo que le fué suplicado,
ó si deba dar desvío
á lo que le es recitado.
Hallóse puesto en gran duda,

1 á escribirla se ha apartado.
Don Roldan leyó el papel Flor.

2 podrá Floresta.

en gran estrecho y cuidado;
el amor dice que haga,
el temor teme el mandado
de ese sumo emperador
que al marques ha segurado:
mas al fin quiere la sangre
perder por la sangre estado,
Delibera hacer respuesta,
que no esté temorizado.
que con parientes y amigos
él saldrá al campo armado
con deseo de perder
la vida, ó ser remediado.
Sin que gran rato pasase
fué don Carloto informado
de lo que ordena Roldan,
de que fué algo gozado.
Quiérelo disimular;
mas no pudo ser celado,
allégase el condestable,
y el papel le ha tomado:
leido que fué el papel,
por Paris se ha divulgado
que don Roldan hace gente
y que ejército ha juntado.
El emperador lo sabe,
al marques ha avisado,
manda poner á Carloto
á percebido recaudo.
Pregonan por la ciudad
que nadie sea osado,
so pena de perder la vida,
de otro dia ir armado.
A Roldan envió á decir
que solo no sea osado

de mas estar en París
fasta un año pasado,
so pena de ser traidor
y por traidor publicado.
El marques que sintió el caso
á Reinaldos ha enviado
que otro dia en amaneciendo
sea sin falta llegado
á las puertas de Paris
con tres mil hombres de estado;
de á caballo lleve mil,
y que no sea mudado
fasta tanto que Carloto
en medio sea [1] tomado,
y puesto en el cadahalso
do ha de ser sentenciado,
y que cualquiera que venga
defienda lo encomendado.
Otro dia de mañana
todo así fué acabado.
Ya sacaban á Carloto
con hierros muy bien herrado,
los pregoneros delante
su gran maldad publicando.
Cuando fuéron á la puerta
don Renaldos lo ha tomado,
en medio de toda su gente
lo ha bien aposentado.
Cuando son en el lugar
do ha de ser sentenciado,
delante toda Paris
fué todo ejecutado,
segun que por la sentencia
fué proveido y mandado.

1 será Canc. de rom. 1550.

Así murió[1] don Carloto,
quedando alevosado,
y Valdovinos viviendo,
aunque murió, muy honrado.

Silva de 1550. t. II. f. 147. — Canc. s. a. f. 51. — Canc. 1550 f. 52. — Floresta de var. rom.* —

168.

(Valdovinos. — IV.)

Romance que dicen: Nuño vero.

— Nuño Vero, Nuño Vero,
buen caballero probado,
hinquedes la lanza en tierra
y arrendedes el caballo;
preguntaros he por nuevas
de Baldovinos el franco.
— Aquesas nuevas, señora,
yo vos las diré de grado.
Esta noche á media noche
entrámos en cabalgada,
y los muchos á los pocos
lleváronnos de arrancada:

1 muerto Silva.

* Claro está, que en estos romances de Urgero el danes y de Valdovinos se han confundido las tradiciones francesas, conservadas todavia en cantares de gesta, de Ogier de Danemarche quien vengó la muerte de su hijo natural Baudouinet, matado de golpes de tablero por el infante don Carloto, y de Baudouin, hermano de Roldan y amante de Sebilla (Sebile) esposa de Guiteclin (Widukind) rey de los saxones, cuya muerte, en batalla contra los últimos, se pinta, como el señor Duran ha muy bien observado, en todo igual á la de Roldan su hermano, en Roncesvalles (Véanse: „*La Chevalerie Ogier de Danemarche* por Raimbert de Paris. Paris, 1842; — y *La chanson des Saxons* par Jean Bodel. Paris, 1839).

Existe sobre el mismo asunto una xácara portuguesa, inserta en el Romanceiro del señor Almeida-Garrett (Tomo III. pag. 195 y sig.), la cual es sin duda una imitacion vulgar y posterior á los romances castellanos, en forma mas dramática.

herieron á Baldovinos
de una mala lanzada;
la lanza tenia dentro[1],
de fuera le tiembla el asta[2]:
ó[3] esta noche morirá,
ó de buena madrugada.
Si te pluguiese, Sebilla,
fueses tú mi enamorada[4]. —
— Nuño Vero, Nuño Vero,
mal caballero probado,
yo te pregunto por nuevas,
tú respóndesme al contrario,
que aquesta noche pasada
conmigo durmiera el franco:
él me diera una sortija,
y yo le dí un pendon labrado.

Canc. de Rom. s. a. fol. 186. — Canc. de Rom. 1550. fol. 196.
Silva de 1550. t. I. fol. 109.*

169.

(Valdovinos. — V.)

Romance de Valdovinos.

Tan claro hace la luna[5]
como el sol á mediodia,

1 el hierro tiene en el cuerpo Silva. Este y el verso que le sigue ocurren tambien en el romance de Tristan que dice: Herido está don Tristan.

2 Entre este y el verso que le sigue intercala la ed. de 1550 del Canc. de rom. los dos siguientes:
su tio el emperador
á penitencia le daba,

3 O falta en la Silva.

4 Despues de este verso añade la ed. de 1550 del Canc. de rom. los dos siguientes:
adamédesme, mi señora,
que en ello no perderéis nada.

5 Tan clara hacia la luna Pl. s. no. 1 y 2.

* La variacion del asonante y la conservacion de los nombres propios de la tradicion primitiva (Baudouin y Sebile) asi como su imitacion en trovas mas modernas (véase el romance entre los caballerescos sueltos que dice: *Caballero de lejas tierras*) son indicios de la grande antigüedad de este romance.

cuando sale Valdovinos
de los caños de Sevilla.
Por encuentro se la hubo
una morica garrida,
y siete años la tuviera
Valdovinos por amiga.
Cumpliéndose sus[1] siete años
Valdovinos que sospira:
— ¿Sospirastes, Valdovinos,
amigo que yo[2] mas queria?
ó vos habeis miedo á moros,
ó adamades otra amiga.
— Que no tengo miedo á moros,
ni ménos tengo otra amiga,
que vos mora, y yo cristiano
hacemos la mala vida,
y cómo la carne en viérnes
que mi ley lo defendia.
— Por tus amores[3], Valdovinos,
yo me tornaré cristiana[4],
si quisieres[5] por mujer,
si no, sea por amiga. —

Canc. de Rom. s. a. fol. 194.

No. 1. Glosa de los romances que dizen. Cata a Francia Montesinos: y la de sospirastes Valdovinos. Y ciertas coplas hechas por Juan del Enzina. s. l. n. a. (Pliego suelto del siglo XVI.)

No. 2. idem: otra edicion, en el Rom. gen. del señor Duran.

1 los Pl. s. no. 1. — cumpliendo los Pl. s. no. 2.
2 á quien Pl. s. no. 2.
3 Por tu amor, mi Pl. s. no. 2.
4 cristiana me tornaria Pl. s. no. 2 (si no es enmienda del señor Duran?)
5 si me quieres Pl. s. no. 2.

170.

(Valdovinos. — VI.)

Romance de Valdovinos.

Atan alta va la luna
como el sol á mediodia,
cuando el buen conde aleman
ya[1] con la reina dormia.
No lo sabe hombre nascido
de cuantos en la corte habia,
sino era la infanta,
aquesa infanta su hija.
Su madre le hablaba,
de esta manera decia:
— Cuanto viéredes tú, infanta,
cuanto vierdes, encobrildo;
daros ha el conde aleman
un manto de oro fino.
— ¡Mal fuego queme, madre,
el manto de oro fino,
cuando en vida de mi padre
tuviese padrastro vivo! —
De allí se fuera llorando:
el rey su padre la ha visto.
— ¿Por qué llorais, la infanta,
decí¿ quién llorar os hizo?
— Yo me estaba aquí comiendo,
comiendo sopas en vino;
entró el conde aleman,
echómelas por el vestido.
— Calleis, mi hija, calleis;

1 El texto del Canc. de rom., ed. de 1550 y ed. posteriores, lleva: y con etc.; claro está que esto, no teniendo sentido, es yerro de imprenta. Que se ha de leer: Ya. viene comprobado por la version portuguesa que empieza así:

Ja lá vem o sol na serra,
ja lá vem o claro dia,
e índa o conde d'Allemanha
com a rainha dormia.

no tomeis de eso pesar,
que el conde es niño y mochacho,
hazerlo ia por burlar.
— ¡Mal fuego quemase, padre,
tal reir y tal burlar!
Cuando me tomó en sus brazos
conmigo quiso holgar.
— Si él os tomó en sus brazos
y con vos quiso holgar,
en ántes que el sol salga
yo lo mandaré matar.

Canc. de Rom. 1550. fol. 205.*

* De este romance hay una version portuguesa muy linda y muy popular, publicada por el señor Almeida-Garrett en su Romanceiro, Tomo II. pag. 78, con el título de: O conde d'Allemanha (Allamanha ó Aramenha). Esta version tiene ademas una especie de epílogo, entre la madre y la hija sobre el suplicio del conde aleman, acusándose reciprocamente de haberlo causado.

171.

ROMANCES DE GAIFEROS.

Dos Romances de Gaiferos, en los cuales se contiene cómo mataron á don Galvan. — I.

Estábase la condesa
en su estrado asentada,
tisericas de oro en mano:
su hijo afeitando estaba.
Palabras le está diciendo,
palabras de gran pesar:
las palabras eran tales
que al niño hacen llorar.
— Dios te dé barbas en rostro,
y te haga barragan[1];
déte Dios ventura en armas,
como al paladin Roldan,
porque vengases, mi hijo,
la muerte de vuestro padre:
matáronlo á traicion
por casar con vuestra madre.
Ricas bodas me hicieron
en las cuales Dios no ha parte;
ricos paños me cortaron,
la reina no los ha tales. —
Magüera pequeño el niño
bien entendido lo ha.

1 Dios te deje crecer, hijo,
y llegar á barragan,
Dios te dé barbas en rostro
y en el cuerpo fuerza grande
Pliego suelto.

Allí respondió Gaiferos,
bien oiréis lo que dirá:
— Así ruego á Dios del cielo
y á Santa María su Madre. —
Oídolo habia el conde
en los palacios do está:
— ¡Calles, calles, la condesa,
boca mala sin verdad!
que yo no matara el conde,
ni lo hiciera matar;
mas tus palabras, condesa,
el niño las pagará. —
Mandó llamar escuderos,
criados son de su padre,
para que lleven al niño,
que lo lleven á matar.
La muerte que él les dijera
mancilla es de la escuchar:
— Córtenle el pié del estribo,
la mano del gavilan,
sáquenle ambos los ojos
por mas seguro andar,
y el dedo, y el corazon
traédmelo por señal. —
Ya lo llevan á Gaiferos,
ya lo llevan á matar;
hablaban los escuderos
con mancilla que dél han:
— ¡Oh válasme Dios del cielo
y Santa María su Madre!
si este niño matamos
¿qué galardon nos darán? —
Ellos en aquesto estando,
no sabiendo qué harán,
vieron venir una perrita

de la condesa su madre.
Allí habló el uno de ellos,
bien oiréis lo que dirá:
— Matemos esta perrita
por nuestra seguridad,
saquémosle el corazon
y llevémoslo á Galvan,
cortémosle el dedo al chico
por llevar mejor señal. —
Ya tomaban á Gaiferos,
para el dedo le cortar:
— Venid acá vos, Gaiferos,
y querednos escuchar;
vos íos de aquesta tierra
y en ella no parezcais mas. —
Ya le daban entre señas
el camino que hará:
— Irvos heis de tierra en tierra
á do vuestro tio está. —
Gaiferos desconsolado
por ese mundo se va:
los escuderos se volvieron
para do estaba Galvan.
Danle el dedo, y el corazon
y dicen que muerto lo han.
La condesa que esto oyera
empezara gritos dar:
lloraba de los sus ojos
que queria reventar.
Dejemos á la condesa,
que muy grande llanto hace,
y digamos de Gaiferos
del camino por do va,
que de dia ni de noche
no hace sino caminar,

fasta que llegó á la tierra
adonde su tio está.
Dícele de esta manera,
y empezóle de hablar:
— Manténgaos Dios, el mi tio.
— Mi sobrino, bien vengais.
¿Qué buena venida es esta?
vos me la querais contar.
— La venida que yo vengo
triste es y con pesar,
que Galvan con grande enojo
mandado me habia matar:
mas lo que vos ruego, mi tio,
y lo que vos vengo á rogar,
vamos á vengar la muerte
de vuestro hermano, mi padre:
matáronlo á traicion
por casar con la mi madre.
— Sosegáos, el mi sobrino,
vos querais asosegar,
que la muerte de mi hermano
bien la iremos á vengar. —
Y ellos así estuvieron
dos años y aun mas,
fasta que dijo Gaiferos
y empezara de hablar.

Canc. de Rom. s. a. fol. 103. — Canc. de Rom. 1550. fol. 103.

Siguense dos romances de don Gaiferos en que se contiene cómo matáron á don Galvan. Pliego suelto s. a. ni l. (del siglo XVI), en el Rom. gen. del señor Duran.

172.

(Gaiferos. — II.)

Síguese el segundo Romance.

— Vámonos, dijo, mi tio,
á París esa ciudad
en figura de romeros,
no nos conozca Galvan,
que si Galvan nos conoce
mandar nos hia matar.
Encima ropas de seda
vistamos las de sayal,
llevemos nuestras espadas
por mas seguros andar;
llevemos sendos bordones
por la gente asegurar. —
Ya se parten los romeros,
ya se parten, ya se van,
de noche por los caminos,
de dia por los jarales.
Andando por sus jornadas
á París llegado han;
las puertas hallan cerradas,
no hallan por donde entrar.
Siete vueltas la rodean
por ver si podrán entrar,
y al cabo de las ocho
un postigo van hallar.
Ellos que se vieron dentro
empiezan á demandar:
no preguntan por meson,
ni ménos por hospital,
preguntan por los palacios
donde la condesa está,
á las puertas del palacio

allí van á demandar.
Vieron estar la condesa,
y empezaron de hablar:
— Dios te salve, la condesa.
— Los romeros, bien vengais.
— Mandedes nos dar limosna
por honor de caridad.
— Con Dios vades, los romeros,
que no os puedo nada dar,
que el conde me habia mandado
á romeros no albergar.
— Dadnos limosna, señora,
que el conde no lo sabrá;
así la dén á Gaiferos
en la tierra donde está. —
Así como oyó Gaiferos
comenzó de sospirar:
mandábales dar del vino,
mandábales dar del pan.
Ellos en aquesto estando
el conde llegado ha:
— ¿Qué es aquesto, la condesa?
aquesto ¿qué puede estar?
¿No os tenia yo mandado
á romeros no albergar? —
Y alzara la su mano [1],
puñada le fuera á dar,
que sus dientes menudicos
en tierra los fuera á echar.
Allí hablaran los romeros,
y empiezan [2] de hablar:
— ¡Por hacer bien la condesa
cierto no merece mal!

1 Dijo y alzara su mano
Pliego suelto.

2 y empezáronle
Pliego suelto.

— ¡Calledes vos, los romeros,
no hayades vuestra parte! —
Alzó Gaiferos su espada,
un golpe le fué á dar
que la cabeza de sus hombros
en tierra la fuera á echar:
allí habló la condesa
llorando con gran pesar:
— ¿Quién érades, los romeros,
que al conde fuistes matar? —
Allí respondió el romero,
tal respuesta le fué á dar:
— Yo soy Gaiferos, señora,
vuestro hijo natural.
— Aquesto no puede ser,
ni era cosa de verdad,
que el dedo, y el corazon
yo lo tengo por señal.
— El corazon que vos teneis
en persona no fué á estar,
el dedo bien es aqueste,
que en esta mano me falta[1]. —
La condesa que esto oyera
empezóle de abrazar:
la tristesa que tenia
en placer se fué á tornar.

Canc. de Rom. s. a. fol. 105. — Canc. de Rom. 1550. f. 105. El pliego suelto citado al romance anterior en el Rom. gen. del señor Duran.

---

1 aqui lo veréis faltar Pliego suelto (si no es enmienda de Duran?)

173.

(Gaiferos. — III.)

Romance de don Gaiferos que trata de cómo sacó á su esposa que estaba en tierra de moros.

Asentado está Gaiferos
en el palacio real;
asentado al tablero
para las tablas jugar.
Los dados tiene en la mano,
que los quiere arrojar,
cuando entró por la sala
don Carlos el emperante.
Desque así jugar lo vído
empezóle de mirar;
hablándole está hablando
palabras de gran pesar:
— Si así fuésedes, Gaiferos,
para las armas tomar,
como sois para los dados,
y para las tablas jugar,
vuestra esposa tienen moros,
iríadesla á buscar:
pésame á mí por ello
por que es mi hija carnal.
De muchos fué demandada,
y á nadie quiso tomar:
pues con vos casó por amores,
amores la hayan de sacar;
si con otro fuera casada
no estuviera en catividad. —
Gaiferos desque esto vido,
movido de gran pesar
levantóse del tablero
no queriendo mas jugar,

y tomáralo en las manos
para haberlo de arrojar,
si no por él[1] que con él juega,
que era hombre de linaje:
jugaba con él Guarinos,
almírante de la mar.
Voces da por el palacio,
que al cielo quieren llegar;
preguntando va, preguntando
por su tío don Roldan.
Halláralo en el patin,
que queria cabalgar:
con él era[2] Oliveros
y Durandarte el galan,
con él muchos caballeros
de aquellos de los doce pares[3]:
Gaiferos desque lo vido
empezóle de hablar:
— Por Dios vos ruego, mi tío,
por Dios vos quiero rogar,
vuestras armas y caballo
vos me las[4] querais prestar,
que mi tio el emperante
tan mal me quiso tratar,
diciendo que soy para juego[5]
y no para las armas tomar.
Bien lo sabeis vos, mi tio,
bien sabeis vos la verdad,
que pues busqué á mi esposa
culpa no me deben dar[6].
Tres años anduve triste

1 sino por quien Silva; Cod. del sr. Duran; Floresta.
2 iba Silva.
3 con él muchos de los doce
que á una mesa comen pan Flor.
4 la Canc. de rom. s. a. y 1550.
lo Cod. del sr. Duran.
5 dice que soy para poco Floresta.
6 si no busqué á mi esposa
culpa no me pueden dar Flor.

por los montes y los valles
comiendo la carne cruda,
bebiendo la roja sangre,
trayendo los piés descalzos,
las uñas corriendo sangre.
Nunca yo hallarla pude
en cuanto pude buscar:
agora sé que está en Sansueña,
en Sansueña, esa ciudad.
Sabeis que estoy sin caballo,
sin armas otro que tal,
que las tiene Montesinos,
que es ido á festejar
allá á los reinos de Hungría
para torneos armar,
pues sin armas y caballo
mal la podré yo sacar;
por esto vos ruego, tio,
las vuestras me querais dar. —
Don Roldan de que esto oyó
tal respuesta le fué á dar:
— Calledes, sobrino Gaiferos,
no querades hablar tal;
siete años ha que vuestra esposa
ella está en captividad;
siempre os he visto armas
y caballo otro que tal,
agora que no las teneis
la quereis ir á buscar.
Sacramento tengo hecho
allá en Sant Juan de Letran
á ninguno prestar mis armas,
no me las hagan cobardes:
mi caballo está bien vezado,

mal vezo no le quieran dar[1]. —
Gaiferos que esto oyó
la espada fué á sacar;
con una voz muy sañosa
empezara de hablar:
— ¡Bien parece, don Roldan,
que siempre me quesistes mal!
Si otro me lo dijera
mostrárale si soy cobarde;
mas quien á mí ha injuriado
no lo vais por mí á vengar;
si vos tio no me fuésedes
con vos querria pelear. —
Los grandes que allí se hallan
entre los dos puesto se han;
hablado le ha don Roldan,
empezóle de hablar:
— ¡Bien parece, don Gaiferos,
que sois de muy poca edad!
Bien oistes un ejemplo,
que conoceis ser verdad,
que aquel que bien os quiere
aquel vos quiere castigar.
Si fuérades mal caballero
no vos dijera esto tal;
mas porque sé que sois bueno
por esto vos quise castigar[2],
que mis armas y caballo
á vos no se han de negar,
y si quereis compañía
yo vos quiero acompañar.
— Mercedes, dijo Gaiferos,
de la buena voluntad;

1 no lo querria mal vezar Cod. de Dur.
mal no le quieran vezar Floresta.

2 asi hablar Cod. de Duran.

solo me quiero ir, solo,
para haberla de sacar:
nunca me dirá ninguno
que me vido ser cobarde. —
Luego mandó don Roldan
sus armas aparejar;
él encubierta el caballo
por mejor lo encubertar;
él mesmo le pone las armas
y le ayudaba á armar[1].
Luego cabalgó[2] Gaiferos
con enojo y con pesar.
Pésale á don Roldan,
tambien á los doce pares,
y mas al emperador
desque solo le vido andar;
y desque ya se salia
del gran palacio real,
con una voz amorosa
llamáralo don Roldan:
— Esperad un poco, sobrino;
pues solo quereis andar,
dejédesme vuestra espada,
la mia querais tomar,
y aunque vengan dos mil moros
nunca les volvais la haz:
al caballo dalde rienda
y haga á su voluntad,
que si él vee la suya
bien vos sabrá ayudar,
y si vee demasía
de ella vos sabrá sacar. —
Ya le daba su espada,
y toma la de don Roldan;

1 y le ayuda á cabalgar. Silva. Flor. 2 cabalga Silva.

da de espuelas al caballo,
sálese de la ciudad.
Don Beltran que ir lo vido
empezóle de hablar:
— Tornad acá, hijo Gaiferos,
pues que me teneis por padre,
tan solamente vos vea
la condesa vuestra madre,
tomará con vos consuelo,
que tan tristes llantos hace,
dar vos hia caballeros
los que hayais necesidad.
— Consolalda vos, mi tio,
vos la querais consolar,
acuérdese que me perdió
chiquito y de poca edad;
haga cuenta que de entónces
no me ha visto jamas,
que ya sabeis que en los doce
corren malas voluntades,
no dirán, que vuelvo por ruego,
mas que vuelvo por cobarde,
que yo no volveré en Francia
sin Melisenda[1] tornar. —
Don Beltran desque lo oyera
tan enojado hablar,
vuelve riendas al caballo
y entróse en la ciudad.
Gaiferos en[2] tierra de moros
empieza de caminar;
jornada de quince dias
en ocho la fué á andar.

1 Melisenda dicen siempre la Silva y la Floresta, y esta leccion, por ser mas conforme á la original francesa (Belissent), es de preferir á Melisendra, como la dan todas las ediciones del Canc. de rom. y los editores de las colecciones modernas.

2 á Silva. Floresta.

Por las sierras de Sansueña
Gaiferos mal airado va;
las voces que iba dando
al cielo quieren llegar.
Maldiciendo iba el vino,
maldiciendo iba el pan,
el pan que comian los moros,
mas no de la cristiandad:
maldiciendo iba la dueña
que tan solo un hijo pare;
si enemigos se lo matan
no tiene quien lo vengar:
maldiciendo iba al caballero
que cabalgaba sin paje;
si se le cae el[1] espuela
no tiene quien se la calce:
maldiciendo iba el árbol
que solo en el campo nasce,
que todas las aves del mundo
en él van á quebrantar,
que de rama ni de hoja
al triste no dejan gozar.
Dando estas voces y otras
á Sansueña fué á llegar.
Viérnes era en aquel dia,
los moros hacen solenidad[2]:
el rey Almanzor va á la mezquita[3]
para la zalá rezar,
con todos sus caballeros
cuantos él pudo llevar.
Cuando allegó Gaiferos

1 la Silva. Flor. Cod. de Duran.
2 los moros su fiesta hacen
Cod. de Duran.
gran fiesta los moros hacen Flor.
3 el rey iba á la mezquita Cod. de Duran. Las ed. posteriores del Canc. de rom.
Almanzor á la mezquita
va para hacer la zalá
Floresta.

á Sansueña, esa ciudad,
miraba si veria alguno
á quien pudiese[1] demandar:
vido un cativo cristiano
que andaba por los adarbes;
desque lo vido Gaiferos
empezóle de hablar:
— Dios te salve, el cristiano,
y te torne en libertad,
nuevas que pedirte quiero
no me las quieras negar.
Tú que andas con los moros,
¿si les oiste hablar
si hay aquí alguna cristiana,
que sea de alto linaje? —
El cativo que lo oyera
empezara de llorar:
— ¡Tantos tengo de mis duelos,
que de otros non puedo curar!
que todo el dia los caballos
del rey me hacen pensar[2],
y de noche en honda sima
me hacen aprisionar.
Bien sé que hay muchas cativas
cristianas de gran linaje,
especialmente una
que es de Francia natural:
el rey Almanzor la trata
como á su hija carnal:
sé que muchos reyes moros
con ella quieren casar:
por eso idvos, caballero,

1 poder Cod. de Duran. Las ed. poster. del Canc. de rom. y la Floresta.

2 peinar Floresta.

por esa calle adelante,
verlas heis á las ventanas
del gran palacio real. —
Derecho se va á la plaza[1],
á la plaza la mas grande.
Allí estaban los palacios
donde el rey solia estar:
alzó los ojos en alto
por los palacios mirar,
vido estar á Melisenda
en una ventana grande
con otras damas cristianas,
que estaban en captividad.
Melisenda que lo vido
empezara de llorar,
no por que lo conociese
en el jesto ni en el traje[2],
mas en verlo con armas blancas
recordóse de los doce pares,
recordóse de los palacios
del emperador su padre,
de justas, galas, torneos,
que por ella solian armar.
Con una voz triste, llorosa
le empezara de llamar:
— Por Dios os ruego, caballero,
á mí vos querais llegar[3];
si sois cristiano ó moro
no me lo querais negar[4],

1 Derecho se va Gaiferos
do los palacios están.
Desque estuvo cerca de ellos
comenzólas de mirar,
vió gallarda á Melisenda
en una ventana estar,
con otras damas cristianas etc.
Floresta.

2 en el jesto, ni en el hablar;
mas en verle con armas blancas
en los doce fué á pensar
Floresta.

3 queráisos á mi llegar Cod. de Duran.
á mí no os querais negar Floresta.

4 decidme ahora la verdad Floresta.

darvos he unas encomiendas,
bien pagadas vos serán:
caballero si á Francia ides
por Gaiferos preguntad [1],
decilde que la su esposa
se le envía á encomendar,
que ya me parece tiempo
que la debia sacar.
Si no me deja por miedo
de con los moros pelear,
debe tener otros amores,
de mí no lo dejan recordar:
¡los ausentes por los presentes
lijeros son de olvidar!
Aun le diréis, caballero,
por darle mayor señal,
que sus justas y torneos
bien las supimos acá;
y si estas encomiendas
no recibe con solaz,
darlas heis á Oliveros,
darlas heis á don Roldan,
darlas heis á mi señor
el emperador mi padre:
diréis como estó en Sansueña,
en Sansueña esa ciudad;
que si presto no me sacan
mora me quieren tornar:
casarme han con el rey moro
que está allende la mar:
de siete reyes de moros
reina me hacen coronar;

1 Véase la nota del romance que dice:
Caballero, si á Francia ides,
por mi señor preguntad.

segun los reyes que me traen[1]
mora me harán tornar;
mas amores de Gaiferos
no los puedo yo olvidar. —
Gaiferos que esto oyera
tal respuesta le fué á dar:
— No lloreis vos, mi señora,
no querais así llorar,
porque esas encomiendas
vos mesma las podeis dar,
que á mí allá dentro en Francia
Gaiferos me suelen nombrar.
Yo soy el infante Gaiferos
señor de París la grande,
primo hermano de Oliveros,
sobrino de don Roldan,
amores de Melisenda
son los que acá me traen. —
Melisenda que esto vido
conosciólo en el hablar,
tiróse de la ventana,
la escalera fué á tomar,
salióse para la plaza
donde lo vido estar.
Gaiferos que venir la vido[2]
presto la fué á tomar;
abrázala con sus brazos
para haberla de besar.
Allí estaba un perro moro
para los cristianos[3] guardar;
las voces daba tan altas
que al cielo querian llegar.

1 reyes me acuitan Cod. de Duran.
segun los ruegos me hacen Floresta.

2 cuando la vido Cod. de Duran.
Y Gaiferos que la vido Floresta.

3 las cristianas Floresta.

Al gran alarido del moro
la ciudad mandan cerrar:
siete veces la rodea Gaiferos,
no halla por donde andar[1].
Presto sale el rey Almanzor
de la mezquita y el rezar[2]:
veréis tocar las trompetas
apriesa y no de vagar,
veréis armar caballeros
y en caballos cabalgar:
tantos se arman de los moros
que gran cosa es de mirar.
Melisenda que lo vido
en una priesa tan grande
con una voz delicada
le empezara de hablar:
— Esforzado don Gaiferos,
no querades desmayar,
que los buenos caballeros
son para necesidad:
¡si de esta escapais, Gaiferos,
harto terneis que contar!
¡Ya quisiese Dios del cielo
y Santa María su Madre
fuese tal vuestro caballo
como él de don Roldan!
Muchas veces le oí decir
en palacio del emperante,
que si se hallaba cercado
de moros en algun lugar[3],
al caballo aprieta la cincha,

1 Siete veces la rodean,
no hallan por do escapar Cod. de Dur.
Siete veces la rodean,
no hallando por donde andar Flor.
2 mezquita rezar Cod. de Duran.
mezquita á rezar Las ed. post. del Canc. de rom.
mezquita no está Floresta.
3 que mil veces de entre moros
lo sacó sin peligrar Floresta.

y aflojábale el petral;
hincábale las espuelas
sin ninguna piedad:
el caballo es esforzado,
de otra parte va á saltar. —
Gaiferos de que esto oyó
presto se fuera á apear;
al caballo aprieta la chincha,
y aflójale el petral;
sin poner pié en el estribo
encima fué á cabalgar,
y Melisenda á las ancas,
que presto las fué tomar.
El cuerpo le da por la cintura
por que le pueda abrazar,
al caballo hinca las espuelas
sin ninguna piedad.
Corriendo venian los moros
apriesa y no de vagar;
las grandes voces que daban
al caballo hacen saltar.
Cuando fuéron cerca los moros
la rienda le fué á largar:
el caballo era lijero,
púsolo de la otra parte.
El rey Almanzor que esto vido
mandó abrir la ciudad;
siete batallas de moros
todos de zaga le van.
Volviéndose iba Gaiferos,
mirando á todas partes[1];
desque vido que los moros

1 no cesaba de mirar Cod. de Duran. Las ed. post. del Canc. de rom. por ver qué cosa será Floresta.

le empezaban de cercar,
volvióse á Melisenda,
empezóle de hablar:
— No os enojeis vos, mi señora,
fuerza vos será apear,
y en esta grande espesura
podeis, señora, aguardar,
que los moros son tan cerca,
de fuerza nos han de alcanzar,
vos, señora, no traeis armas
para haber de pelear;
yo, pues que las traigo buenas,
quiérolas ejercitar. —
Apeóse Melisenda
no cesando de rezar,
las rodillas puso en tierra,
las manos fué á levantar,
los ojos puestos al cielo
no cesando de rezar:
sin que Gaiferos volviese
el caballo fué á aguijar.
Cuando huia de los moros
parece que no puede andar,
y cuando iba hácia ellos
iba con furor tan grande,
que del rigor que llevaba
la tierra hacia temblar.
Donde vido la morisma
entre ellos fuera á entrar:
si bien pelea Gaiferos,
el caballo mucho mas.
Tantos mata de los moros
que no hay cuento ni par;
de la sangre que de ellos salia

el campo cubierto se ha[1].
El rey Almanzor que esto vido
empezara de hablar:
— ¡Oh válasme tú, Alá!
¿esto qué podia estar?
¡que tal fuerza de caballero
en pocos se puede hallar!
Debe ser el encantado[2]
ese paladin Roldan,
ó si es[3] el esforzado
Renaldos de Montalvan,
ó es Urgel[4] de la Marcha
esforzado singular[5];
no hay ninguno de los doce
que bastase hacer tal. —
Gaiferos que esto oyó
tal respuesta le fué á dar:
— Calles, calles, el rey moro,
calles, y no digas tal,
muchos otros hay en Francia,
que tanto como estos valen;
yo no soy ninguno de ellos,
mas yo me quiero nombrar:
yo soy el infante Gaiferos,
señor de Paris la grande,
primo hermano de Oliveros,
sobrino de don Roldan. —
El rey Almanzor que lo oyera
con tal esfuerzo hablar,
con los mas moros que pudo

1 está Silva.
2 Este debe ser encantado Canc. de rom. s. a. y 1550.
3 este debe ser Canc. de rom. s. a. y 1550.
ó debe ser Cod. de Duran.
4 este es Ogel Canc. de rom. s. a y 1550.
5 el esforzado singular Canc. de rom s. a. y 1550.
esforzado y singular Cod. de Duran.
esforzado en pelear Floresta.

se entrara en la ciudad.
Solo quedaba Gaiferos,
no halló con quien pelear;
volvió riendas al caballo
para Melisenda buscar:
Melisenda desque lo vido
á recebirselo sale:
vídole las armas blancas,
tintas en color de sangre.
Con una voz triste y llorosa
le empezó de preguntar:
— Por Dios os ruego, Gaiferos,
por Dios vos quiero rogar,
si traeis alguna herida
queráismela vos mostrar;
que los moros eran tantos
quizá vos han hecho mal.
Con las mangas de mi camisa
vos las quiero yo apretar,
con la toca que es mas grande[7]
yo os las entiendo sanar.
— Calledes, dijo Gaiferos,
infanta, no digades tal,
por mas que fueran los moros
no me podian hacer mal,
que estas armas y caballo
son de mi tio don Roldan;
caballero que las trae
no podia peligrar.
Cabalgad presto, señora,
que no es tiempo de aquí estar;
antes que los moros tornen
los puertos hemos de pasar. —

1 y con la mi rica toca Cod. de Duran.
con la toca que es mayor Floresta.

Ya cabalga Melisenda
en un caballo alazan;
razonando van de amores,
de amores, que no de al;
ni de los moros han miedo
ni de ellos nada se dan:
con el placer de ambos juntos
no cesan de caminar,
de noche por los caminos,
de dia por los jarales,
comiendo de las yerbas verdes
y agua si pueden hallar,
hasta que entraron en Francia
y en tierra de cristiandad:
si hasta allí alegres fuéron,
mucho mas de allí adelante.
A la entrada de un monte,
y á la salida de un valle,
caballero de armas blancas
de léjos vieron asomar:
Gaiferos desque lo vido
la sangre vuelto se le ha,
diciendo á su señora:
— ¡Esto es mas de recelar,
que aquel caballero que asoma
gran esfuerzo es el que trae!
Si era cristiano ó moro,
forzado me será pelear[1]:
apeáos vos, mi señora,
y venidme á la par. —
De la mano la traia
no cesando de llorar,
y desque se vieron juntos

1 que sea cristiano ó moro,
fuerza será pelear Cod. de Duran.

comiénzanse aparejar[1],
las lanzas y los escudos
en son de bien pelear.
Los caballos ya de cerca
comienzan de relinchar,
conoció su caballo Gaiferos
y empezara de hablar:
— Perded cuidado, señora,
y tornad á cabalgar,
que el caballo que allí viene
mio es en la verdad;
yo le dí mucha cebada
y mas le entiendo de dar;
las armas segun que veo
mias son otro que tal,
y aquel es Montesinos
que me viene á buscar,
que cuando yo me partí
no estaba en la ciudad. —
Plugo mucho á Melisenda
aquello si[2] fuese verdad.
Ya que se van acercando
cuasi juntos á la par,
con voz alta y crecida
empiézanse de interrogar.
Conóscense los dos primos
entónces en el hablar;
apeáronse á gran priesa,
muy grandes fiestas se hacen:
desque hubieron hablado
tornaron á cabalgar:
razonando van de amores,

1 Lléganse los caballeros,
comienzan aparejar Cod. de Duran.
desque el uno es cerca al otro
comiénzanse á aparejar Floresta.

2 que aquello Cod. de Duran. Flor.

de otro no quieren hablar.
Andando por sus jornadas
á tierra de cristiandad,
cuantos caballeros hallan
todos los van acompañar,
y dueñas á Melisenda,
doncellas otro que tal.
Al cabo de pocos dias
á Paris van á llegar:
á siete leguas de la ciudad[1]
el emperador á recebirlos sale[2];
con él sale Oliveros,
con él sale don Roldan,
con él el infante Guarinos,
almirante de la mar,
con él sale don Belmudez
y el buen viejo don Beltran,
con él muchos de los doce
que á su mesa comen pan,
y con él iba doña Alda,
la esposica de Roldan;
con él iba Juliana[3],
la hija del rey Julian;
dueñas, damas y doncellas
las mas altas de linaje.
El emperador abraza su hija
no cesando de llorar;
palabras que le decia
dolor eran de escuchar.
Los doce á don Gaiferos
gran acatamiento le hacen,
tiénenlo por esforzado

1 de Paris Silva.
2 el emperador les sale Cod. de Dur. Las ed. post. del Canc. de rom. | El emperador que lo supo á recibir se los sale Floresta.
3 Julianesa Cod. de Duran. Flor.

mucho mas de allí adelante,
pues que sacó á su esposa
de muy gran catividad:
las fiestas que le hacian
no tienen cuento ni par.

Silva de 1550. t. II. f. 150. — Canc. de Rom. s. a. f. 55. — Canc. de Rom. 1550. f. 55. — Codice del siglo XVI. en el Romancero general del señor Duran. — Floresta de varios rom.*

174.

(Gaiferos. — IV.)

Romance de don Gaiferos.

Media noche era por filo,
los gallos querian cantar,
cuando el infante Gaiferos
salió de captividad;
muerto deja al carcelero
y á cuantos con él están:
vase por una calle ayuso
como hombre mundanal,
hablando en algarabía
como aquel que bien la sabe.
Ibase para la puerta,
la puerta de la ciudad;
halla las puertas cerradas,
no halla por do botar.
Desque se vido perdido
empezara de llamar:

* En el Romanceiro del señor Almeida-Garret (Tomo II. pag. 250 sig.) hay un romance portugues de „Dom Gaiferos", el cual es mas corto y aun mas popular que el castellano; pero es muy posterior á él, faltando ya en el portugues algunos de los mas bellos rasgos.

— ¡Ábrasme la puerta, el moro,
si Alá te guarde de mal!
Mensajero soy del rey,
cartas llevo de mensaje. —
Allí hablara el moro,
bien oiréis lo que dirá:
— Si eres mensajero, amigo,
y cartas llevas de mensaje,
esperases tú al dia,
y con los otros saldrás. —
Desque esto oyera Gaiferos
bien oiréis lo que dirá:
— ¡Ábrasme la puerta, el moro,
si Alá te guarde de mal!
Darte he tres pesantes de oro,
que aqui no traia mas. —
Oido lo habia una morica
que en altas torres está,
dícele de esta manera,
empezóle de hablar:
— Toma los pesantes, moro,
que menester te serán,
la mujer tienes moza,
hijos chicos de criar. —
Desque esto oyó el moro
recio se fué á levantar,
las puertas que están cerradas
abriólas de par en par.
Acordósele á Gaiferos
de una espada que trae,
la cabeza de los hombros
derribado se la ha.
Muerto cae el morico,
en el suelo muerto cae.
Desque esto vió la morica

empieza de gritos dar,
ella los daba tan grandes
que al cielo quieren llegar:
— ¡Abrasmonte, Abrasmonte,
el señor de este lugar! —
Cuando acuerdan por Gaiferos,
ya estaba en la cristiandad.

Romance de don Roldan y de la traycion de Galalon. Con el romance de Gayferos. — Pliego suelto del siglo XVI.

175.

ROMANCES DE MONTESINOS.

Aqui comienzan dos romances del conde Grimaltos y su hijo Montesinos.* — I.

Muchas veces oí decir
y á los antiguos contar,
que ninguno por riqueza
no se debe de ensalzar,
ni por pobreza que tenga
se debe menospreciar.
Miren bien, tomando ejemplo[1],
do buenos suelen mirar,
cómo el conde, á quien[2] Grimaltos
en[3] Francia suelen llamar,
llegó en las cortes[4] del rey
pequeño y de poca edad.
Fué luego paje del rey
del mas secreto lugar;
porque él era muy discreto[5],
y de él se podia fiar:
y despues de algunos tiempos,
cuando mas entró en edad,
le mandó ser camarero
y secretario real:
y despues le dió un condado,
por mayor honra le dar[6];
y por darle mayor honra
y estado en Francia sin par

* Pliego suelto. La Silva y la Floresta dicen solamente: *Romance de Grimaltos.*

1 Mirad bien, tomad ejemplo Silva.
2 que el conde don Silva, Flor.
3 qu'en Silva. Flor.
4 que llegó en cortes Silva. Flor.
5 secreto Silva,
6 el que ya oistes nombrar Silva.

lo hizo gobernador,
que el reino pueda mandar.
Por su virtud y nobleza,
y grande esfuerzo sin par
le quiso tomar por hijo,
y con su hija le casar.
Celebráronse las fiestas
con placer y sin pesar.
Ya despues de algunos dias
de sus honras y holgar,
el rey le mandó al conde[1]
que le[2] fuese á gobernar
y poner cobro en las tierras
que le fuera á encomendar.
Pláceme, dijera el conde,
pues no se puede excusar. —
Ya se ordena la partida,
y el rey manda aparejar
sus caballeros y damas
para haber[3] de acompañar.
Ya se partia el buen conde
con la condesa á la par,
y caballeros y damas
que no le quieren[4] dejar.
Por la gran virtud del conde
no se pueden apartar:
de Paris hasta Leon
le fueron acompañar.
Vuélvense para Paris
despues de placer tomar:
las nuevas que dan al rey
es descanso de escuchar,
de cómo rige á Leon

1 buen conde Silva.
2 se Silva, Flor.
3 haberle Silva, Flor.
4 los querian Silva.

y le tiene á su mandar,
y el estado de su Alteza
cómo lo hacia acatar.
De tales nuevas el rey
gran placer fuera[1] á tomar.
No prosigo mas del rey,
sino que lo dejo estar.
Tornemos á don Grimaltos
cómo empieza á gobernar,
bien querido de los grandes,
sin la justicia negar,
trata á todos de tal suerte,
que á ninguno da pesar.
Cinco años él[2] estuvo
sin al buen rey ir[3] á hablar,
ni del conde á él ir[4] quejas,
ni de sentencia apelar;
mas fortuna que es mudable,
y no puede sosegar,
quiso serle tan contraria
por su estado le quitar.
Fué el caso que don[5] Tomillas
quiso en traicion tocar:
revolvióle con el rey
por mas le escandalizar,
diciéndole que su yerno
se le quiere rebelar,
y que en villas y ciudades
sus armas hace pintar,
y por señor absoluto
él se manda intitular,
y en las villas y lugares

1 mucho placer fué Silva.
2 cuatro ó cinco años Silva.
3 sin ir al rey Silva.
4 ir al rey Silva.
5 fue que el falso de Silva.

guarnicion quiere dejar.
Cuando el rey aquesto oyera
tuvo de ello[1] gran pesar,
pensando en las mercedes[2]
que al conde le fuera á dar[3].
¡Solo por buenos servicios
le pusiera en tal lugar,
y despues por galardon
tal traicion le ordenar!
Él ha determinado
de hacerle justiciar.
Dejemos lo de la corte,
y al conde quiero tornar,
que estando con la condesa
una noche á bel folgar,
adurmióse el buen conde,
recordara con pesar;
las palabras que decia
son de dolor y pesar:
— ¿Qué te hice, vil[4] fortuna?
¿Por qué te quieres mudar
y quitarme de mi silla,
en que el rey me fué á sentar?
¡Por falsedad de traidores
causarme tanto de mal[5]!
Que segun yo creo y pienso
no lo puede otro causar. —
A las voces que da el conde
su mujer fué á despertar[6];
recordó muy espantada
de verle asi hablar,
y hacer lo que no solia,

1 de ello tuvo Silva.
2 en los beneficios Silva.
3 dió sin pesar Silva.
4 yo Silva.
5 tanto pesar Silva.
6 la condesa hace despertar Silva.

y de condicion mudar.
— ¿Qué habeis, mi señor el conde?
¿En qué podeis vos pensar?
— No pienso en otro[1], señora,
sino en cosa de pesar,
porque un triste y mal sueño[2]
alterado[3] me hace estar.
Aunque en sueños[4] no fiemos,
no sé á qué parte lo echar,
que parecia muy cierto
que ví una águila volar,
siete halcones tras ella
mal aquejándola van,
y ella por guardarse de ellos
retrújose á mi ciudad;
encima de una alta torre
alli se fuera á asentar;
por el pico echaba fuego,
por las alas alquitran;
el fuego que de ella sale
la ciudad hace quemar;
á mí quemaba las barbas,
y á vos quemaba[5] el brial.
¡Cierto tal sueño como este
no puede ser sino mal!
Esta es la causa, condesa,
que me sentiste[6] quejar.
— Bien lo mereceis, buen conde,
si de ello os viene algun mal,
que bien ha los[7] cinco años,
que en corte no os ven estar,
y sabeis vos bien, el conde,

1 nada Silva.
2 sino triste soñé un sueño Silva.
3 que alterado Silva.
4 en ellos Silva.
5 y á vos, señora Silva.
6 de que me sentia Siva.
7 cerca Silva.

quién allí[1] os quiere mal,
que es el traidor de Tomillas[2]
que no suele reposar:
yo no lo tengo á mucho
que ordene[3] alguna maldad.
Mas, señor, si me creeis,
mañana ántes de yantar
mandad hacer un pregon
por toda esa ciudad,
que vengan los caballeros
que están á vuestro mandar,
y por todas vuestras tierras
tambien los mandeis llamar,
que para cierta jornada[4]
todos se hayan de juntar.
Desque todos estén juntos
decirles heis la verdad,
que quereis ir á Paris
para con el rey hablar,
y que se aperciban todos
para en tal caso os honrar.
Segun de ellos sois querido,
creo no os podrán faltar:
iros heis con todos ellos
á Paris, esa ciudad,
besaréis la mano al rey
como la soleis besar,
y entonces sabréis, señor[5],
lo que él os quiere mandar;
que si enojo de vos tiene
luego os lo demostrará[6],
y viendo vuestra venida

1 que alli hay quien Silva.
2 y el traidor de don Tomillas Silva.
3 os urda Silva.
4 por una jornada cierta Silva, Flor.
5 señor, entonces veréis Silva.
6 lo ha de mostrar Silva.

bien se le podrá quitar.
— Pláceme, dijo, señora,
vuestro consejo tomar. —
Pártese el conde Grimaltos
á Paris, esa ciudad,
con todos sus caballeros
y otros que él pudo juntar.
Desque fué cerca Paris
bien quince millas ó mas,
mandó parar á su gente,
sus tiendas mandó armar,
hizo aposentar los suyos
cada cual en su lugar.
Luego el rey de él hubo cartas,
respuesta no quiso dar.
Cuando el conde aquesto vido
en Paris se fué á entrar;
fuérase para el palacio
donde el rey solia estar;
saludó á todos los grandes,
la mano al rey fué á besar[1]:
el rey de muy enojado
nunca se la quiso dar,
ántes mas le amenazaba
por su muy sobrado osar,
que habiendo hecho tal traicion
en Paris osase entrar;
jurando que por su vida
se debia maravillar
cómo, visto lo presente,
no lo hacia degollar;
y si no hubiera mirado
su hija no deshonrar,
que ántes que el dia pasara

2 tomar Silva.

lo hiciera justiciar:
mas por dar á él castigo,
y á otros escarmentar
le mandó salir del reino
y que en él no pueda estar.
Plazo le dan de tres dias
para el reino vaciar[1]
y el destierro es de esta suerte:
que gente no ha de llevar,
caballeros, ni criados
no le hayan de acompañar,
ni lleve caballo ó mula
en que pueda cabalgar:
moneda de plata y oro
deje, y aun la de metal.
Cuando el conde esto oyera
¡ved cuál podia estar[2]!
Con voz alta y rigurosa,
cercado de gran pesar,
como hombre desesperado
tal respuesta le fué á dar:
— Por desterrarme tu Alteza
consiento en mi desterrar;
mas quien de mí tal ha dicho[3],
miente y no dice verdad,
que nunca hice traicion,
ni pensé en maldad usar;
mas si Dios me da la vida
yo haré ver la verdad. —
Ya se sale de palacio
con doloroso pesar;
fuése á casa de Oliveros,
y allí halló á don Roldan.

1 para del reino botar Silva.
2 ¡ved que tal podia quedar! Silva.
3 mal te dijo Silva.

Contábales las palabras
que con el rey fué á pasar;
despidiéndose está de ellos,
pues les dijo la verdad,
jurando que nunca en Francia
lo verian asomar,
si no fuese castigado
quien tal cosa fué á ordenar.
Ya se despedia de ellos;
por Paris comienza á andar
despidiéndose de todos
con quien solia conversar:
despidióse de Valdovinos
y del romano Fincan,
y del gaston[1] Angeleros,
y del viejo don Beltran,
y del duque don Estolfo,
de Malgesí otro que tal,
y de aquel solo invencible
Reinaldos de Montalvan.
Ya se despide de todos
para su viaje tomar.
La condesa fué avisada,
no tardó en Paris entrar:
derecha fué para el rey,
sin con el conde hablar,
diciendo que de su Alteza
se queria maravillar,
cómo al buen conde Grimaltos
lo quisiese asi tratar;
que sus obras nunca han sido
de tan mal galardonar,
y que suplica á su Alteza
que en ello mande mirar,

1 y de Gaston Silva.

y si el conde no es culpado
que al traidor haga pagar
lo que el conde merecia
si aquello fuese verdad,
y asi será castigado
quien lo tal fué á ordenar[1].
Cuando el rey aquesto oyera[2]
luego la mandó callar,
diciendo que si mas habla[3]
como á él la ha de tratar,
y que le es muy excusado
por el conde le rogar,
pues quien por traidores ruega
traidor se pueda llamar.
La condesa que esto oyera[4],
llorando con gran pesar,
descendióse del palacio
para al conde ir á buscar.
Viéndose ya con el conde[5]
se llegó á lo[6] abrazar;
lo que el uno y otro dicen
lástima era de escuchar:
— ¿Este es el descanso, conde,
que me habiades de dar?
¡No pensé que mis placeres
tan poco habian de durar!
Mas en ver que sin razon
por placer nos dan pesar,
quiero que cuando vais, conde,
cuenta de ello sepais dar.
Yo os demando una merced,

1 quien tal quiere ordenar Silva.
2 despues de este verso se hallan en la Silva los dos siguientes:
con enojo y con pesar,
con gran saña muy airado
3 y si mas en ello le habla Silva.
4 viera Silva.
5 viendo asi ir al conde Silva.
6 llegado le ha Silva.

no me la querais negar,
porque cuando nos casamos
hartas[1] me habíades de dar.
Yo nunca las he habido,
aun las tengo de cobrar,
ahora es tiempo, buen conde,
de haberlas de demandar.
— Excusado es, la condesa,
eso ahora demandar,
porque jamas tuve cosa
fuera de[2] vuestro mandar,
que cuanto vos demandeis
por[3] mi fe de lo otorgar.
— Es, señor, que donde fuéredes
con vos me hayais de llevar.
— Por la fe que yo os he dado
no se os puede[4] negar;
mas de las penas que siento
esta es la mas principal,
porque perderme yo solo
este perder es[5] ganar,
y en perderos vos, señora,
es perder sin mas cobrar;
mas pues asi lo quereis,
no queramos dilatar.
¡Mucho me pesa, condesa,
porque no podais andar,
que siendo niña y preñada
podríades peligrar!
Mas pues fortuna lo quiere[6]
recibidlo sin pesar,
que los corazones fuertes

1 arras Silva. Floresta.
2 no fuese á Silva.
3 doy Silva.
4 no lo vos puedo Silva.
5 al perder llamo Silva. Floresta.
6 fortuna os convida Silva.

se muestran en tal lugar. —
Tómanse mano por mano,
sálense de la ciudad;
con ellos sale Oliveros,
y ese paladin Roldan,
tambien el Dardin Dardeña,
y ese romano Fincan,
y ese gaston Angeleros,
y el fuerte Meridan[1]:
con ellos va don Reinaldos,
y Valdovinos el galan,
y ese duque don Estolfo,
y Malgesí otro que tal[2];
las dueñas y las[3] doncellas
tambien con ellos se van:
cinco millas de Paris
los hubieron de dejar.
El conde y condesa solos
tristes se habian de quedar:
cuando partirse tenian
no se podian hablar.
Llora el conde y la condesa,
sin nadie les consolar,
porque no hay grande ni chico
que estuviese sin llorar.
¡Pues las damas y doncellas,
que allí hubieron de llegar,
hacen llantos tan extraños,
que no los oso contar,
porque mientras pienso en ellos
nunca me puedo alegrar!
Mas el conde y la condesa

1 Merian Silva.
2 Despues de este verso pone la Silva los dos siguientes:
cien caballeros de salva
los salen acompañar
3 damas, dueñas y Silva.

vanse sin nada hablar:
los otros caen en tierra.
con la sobra del pesar:
otros crecen mas sus lloros
viendo cuán tristes se van.
Dejo de los caballeros
que á Paris quieren tornar;
vuelvo al conde y la condesa,
que van con gran soledad
por los yermos y asperezas
do gente no suele andar.
Llegado el tercero dia,
en un áspero boscaje
la condesa de cansada
triste no podia andar.
Rasgáronse sus servillas,
no tiene ya que calzar:
de la aspereza del monte [1]
los piés no podia alzar [2];
do quiera que el pié ponia
bien quedaba la señal.
Cuando el conde aquesto vido,
queriéndola consolar,
con gesto muy amoroso
la comenzó de hablar:
— No desmayedes, condesa,
mi bien, querais [3] esforzar,
que aqui está una fresca fuente
do el agua muy fria está [4]:
reposarémos, condesa,
y podrémos refrescar. —
La condesa que esto oyera
algo el paso fué á alargar,

1 camino Silva.
2 van los piés corriendo sangre Silva.
3 bien os querais Silva.
4 agua fresca sale Silva.

y en llegando á la fuente
las rodillas fué á hincar.
Dió gracias á Dios del cielo,
que la trujo en tal lugar,
diciendo: — ¡Buen agua es esta
para quien tuviese pan! —
Estando en estas razones
el parto le fué á tomar,
y allí pariera un hijo,
que es lástima de mirar
la pobreza en que se hallan
sin poderse[1] remediar.
El conde cuando vió el hijo
comenzóse de esforzar;
con el sayo que traia
al niño fué á cobijar;
tambien se quitó la capa
por á la madre abrigar[2];
la condesa tomó el niño
para darle de mamar.
El conde estaba pensando
qué remedio le buscar,
que pan ni vino no tienen,
ni cosa con que pasar.
La condesa con el parto
no se puede levantar;
tomóla el conde en los brazos
sin ella el niño dejar,
súbelos á una alta sierra
para mas lejos mirar.
En unas breñas muy hondas
grande humo vió estar[3],
tomó su mujer y hijo,

1 no se puede Silva.
2 por cobijar á su madre Silva.
3 vido que gran humo sale Silva.

para allá les fué á llevar.
Entrando en la espesura
luego al encuentro le sale
un virtuoso ermitaño
de reverencia muy grande;
el ermitaño que los vido
comenzóles de hablar:
— ¡Oh válgame Dios del cielo!
¿Quién aquí os fué á aportar?
Porque en tierra tan extraña
gente no suele habitar,
sino yo que por penitencia
hago vida en este valle. —
El conde le respondió
con angustia y con pesar:
— Por Dios te ruego, ermitaño,
que uses de caridad,
que despues habrémos tiempo
de cómo vengo, á contar:
mas para esta triste dueña
dame que le pueda dar,
que tres dias con sus noches
ha que no ha comido pan,
que allá en èsa fuente fria
el parto le fué á tomar. —
El ermitaño que esto oyera,
movido de gran piedad,
llevóles para la ermita
do él solia habitar.
Dióles del pan que tenia,
y agua, que vino no hay:
recobró algo la condesa
de su flaqueza muy grande.
Allí le rogó el conde

quiera el niño bautizar[1].
— Pláceme, dijo, de grado;
¿mas cómo le llamarán?
— Como quisiéredes, Padre,
el nombre le podréis dar.
— Pues nació en ásperos montes
Montesinos le dirán[2]. —
Pasando y viniendo dias,
todos vida santa hacen;
bien pasaron quince años,
que el conde de allí no parte[3].
Mucho trabajó el buen conde
en haberle de enseñar[4]
á su hijo Montesinos[5]
todo el arte militar,
la vida de caballero
cómo la habia de usar,
cómo ha de jugar[6] las armas,
y qué honra ha de ganar,
cómo vengará el enojo[7]
que al padre fuéron á dar.
Muéstrale en leer y escribir
lo que le puede enseñar,
muéstrale jugar á tablas,
y cebar un gavilan.
A veinte y cuatro de junio,
dia[8] era de San Juan,
padre y hijo paseando

1 Allí le suplicó el conde
que huviese de bautizar
al triste niño nacido
con tribulacion tan grande.
Silva.

2 le llamad Silva.

3 En la Silva se hallan despues de este verso los dos siguientes:
do se crió Montesinos,
el su hijo natural.

4 mostrar Silva.

5 Este y el verso que le sigue faltan en la Silva.

6 y en exercitar Silva.

7 En vez de este y del verso que le sigue lleva la Silva los siguientes:
él mira bien el consejo
que le daba el conde su padre

8 mañana Silva.

de la ermita se van [1];
encima de una alta sierra
se suben á razonar.
Cuando el conde alto se vido
vido á Paris la ciudad.
Tomó al hijo por la mano,
comenzóle de hablar,
con lágrimas y sollozos
no deja de suspirar.

Aquí comienzan dos rom. del conde Grimaltos y su hijo Montesinos (vale decir este romance, y el que le sigue). Pliego suelto del siglo XVI. en el **Rom. gen.** del señor **Duran.** — **Silva de var. rom.** ed de Barcelona, 1582. — **Floresta de var. rom.** ed de Madrid, 1761.*

176.

(Montesinos. — II.)

Romance de Montesinos.**

— Cata Francia, Montesinos,
cata Paris la ciudad,
cata las aguas de Duero,
do van á dar en la mar;
cata palacios del rey,
cata los de don Beltran,
y aquella que ves mas alta
y que está en mejor lugar
es la casa de Tomillas,
mi enemigo mortal.

1 se salen Silva.

* No habiendo estado á nuestro alcance el pliego suelto arriba citado, del que se ha aprovechado el señor Duran al publicar este romance en su Romancero general, hemos juzgado lo mejor el copiar literalmente su texto, anotando todavia las variantes de la Silva, y las mas importantes de la Floresta.

** Canc. de rom. s. a. y 1550.

Por su lengua difamada
me mandó el rey desterrar,
y he pasado á causa de esto
mucha sed, calor y hambre,
trayendo los piés descalzos,
las uñas corriendo sangre.
A la triste madre tuya
por testigo puedo dar,
que te parió en una fuente
sin tener en que te echar.
Yo triste quité mi sayo
para haber de cobijarte;
ella me dijo llorando
por te ver tan mal pasar:
— Tomes este niño, conde,
y lléveslo á cristianar;
llamédesle Montesinos,
Montesinos le llamad. —
Montesinos que lo oyera
los ojos volvió á su padre;
las rodillas por el suelo
empezóle de rogar
le quisiese dar licencia,
que en Paris quiere pasar,
y tomar sueldo del rey
si se lo quisiere dar,
por vengarse de Tomillas,
su enemigo mortal;
que si sueldo del rey toma
todo se puede vengar.
Ya que despedirse quieren
á su padre fué á rogar
que á la triste de su madre
él la quiera consolar,
y de su parte le diga

que á Tomillas va buscar[1].
— Pláceme, dijera el conde,
hijo, por te contentar. —
Ya se parte Montesinos
para en Paris entrar,
y en entrando por las puertas
luego quiso preguntar
por los palacios del rey
que se los quieran mostrar.
Los que se lo oian decir
dél se empiezan á burlar;
viéndolo tan mal vestido
piensan que es loco, ó truhan;
en fin, muéstranle el palacio,

1 Con este verso acaba el romance en todas las ediciones del Canc. de rom.; lo que sigue se ha tomado de la Silva de var. rom. ed. de Barcelona del año 1582, donde tambien la parte que antecede es tan diferente del texto del Canc. de rom. que la ponemos aquí entera; el texto de la Floresta de var. rom. está en un todo conforme con él de la Silva, teniendo tan solo algunas ligeras variaciones ó emendaciones mas bien posteriormente hechas con arreglo á los preceptos de la poesía artística.

— Cata Francia, Montesinos,
y Paris esa ciudad,
cata palacios del rey
tu abuelo natural,
cata casa de Tomillas
mi enemigo mortal;
por su inicua y mala lengua
me mandaron desterrar,
do he pasado á causa de esto
mucha sed, calor y hambre,
aguas, nieves y ventiscos
por estos ásperos valles,
y la triste madre tuya
por testigo puedo dar,
que te parió en una fuente
sin tener cosa en que echarte:
yo triste quité mi sayo
para haber de cobijarte.
Otras mil angustias tristes
que yo no querria contar;
y el traidor de don Tomillas
todo esto quiso ordenar;
mas si Dios me da la vida
yo lo entiendo de vengar. —
Montesinos que esto óyera
los ojos volvió á su padre,
las rodillas puso en tierra
por la mano le besar,
pidió, le diese licencia
que á Paris quiere llegar:
porque él ha oido decir
que sueldo acostumbran dar
á los buenos caballeros
que lo quisieren tomar:
— por eso, señor, vos ruego,
de ello no tomeis pesar,
que si sueldo del rey tomo
todo se podrá vengar. —
Viendo el conde su deseo,
la bendicion le fué á dar.
Partiéndose Montesinos
volvió á rogar á su padre,
que haya por encomendada
á la condesa su madre,
y de su parte le diga,
que á Tomillas va á buscar.

por ver que quiere buscar:
sube alto en el palacio,
entró en la sala real,
halló que comia el rey,
don Tomillas á la par.
Mucha gente está en la sala,
por él no quieren mirar.
Desque hubieron ya comido
al ajedrez van á jugar
solos el rey y Tomillas
sin nadie á ellos hablar,
si no fuera Montesinos
que llegó á los mirar;
mas el falso de Tomillas,
en quien nunca hubo verdad,
jugara una treta falsa,
donde no pudo callar
el noble de Montesinos,
y publica su maldad.
Don Tomillas que esto oyera,
con muy gran riguridad
levantara la su mano,
un bofeton le fué á dar.
Montesinos con el brazo
el golpe le fué á tomar,
y echó mano al tablero,
y á don Tomillas fué á dar
un tal golpe en la cabeza,
que le hubo de matar.
Murió el perverso dañado,
sin valerle su maldad.
Alborótanse los grandes
cuantos en la sala están:
prendieron á Montesinos
y querianlo matar,

sino que el rey mandó á todos
que no le hiciesen mal,
porque él queria saber
quién le dió tan gran osar;
que no sin algun misterio
él no osara tal pensar.
Cuando el rey le interrogara
él dijera la verdad.
— Sepa tu real Alteza
soy tu nieto natural;
hijo soy de vuestra hija,
la que hicisteis desterrar
con el conde don Grimaltos,
vuestro servidor leal,
y por falsa invencion
le quisiste maltratar:
mas agora vuestra Alteza
de ello se puede informar;
que el falso de don Tomillas
sepan si dijo verdad,
y si pena yo merezco,
buen rey, mandádmela dar,
y tambien si no la tengo
que me mandásedes soltar,
y al buen conde y la condesa
los mandeis ir á buscar,
y les torneis á sus tierras
como solia gobernar. —
Cuando el rey aquesto oyera
no quiso mas escuchar.
Aunque veia ser él su nieto
quiso saber la verdad:
supo que don Tomillas
ordenó aquella maldad,
porque tuvo envidia

viéndole en prosperidad.
Cuando el rey la verdad supo
al conde hizo ir á buscar:
gente de á pié y de á caballo
iban para le acompañar,
y damas por la condesa
como solia llevar.
Llegado junto á Paris
dentro no quieren entrar,
porque cuando dél salieron
los dos fuéron á jurar
que las puertas de Paris
nunca las vieran pasar.
Cuando el rey aquello supo
luego mandó derribar
un pedazo de la cerca
por do pudiesen pasar
sin quebrar el juramento
que ellos fuéron á jurar:
llévaronlos al palacio
con mucha solemnidad,
hácenlos muy ricas fiestas
cuantos en la corte están.
Caballeros, dueñas, damas
los vienen á visitar,
y el rey delante de todos
por mayor honra les dar,
les dijo que habia sabido
como era todo maldad,
lo que dijo don Tomillas
cuando lo hizo desterrar:
y porque sea mas creido
allí les tornó á afirmar
todo lo que ántes tenian,
y el gobierno general,

y que despues de sus dias
el reino haya de heredar
el noble de Montesinos,
y así lo mandó firmar.

Canc. de Rom. s. a. f. 193. — Canc. de Rom. 1550. f. 205. — Silva de var. rom. ed. de Barcelona del año de 1582.

177.

(Montesinos. — III.)

Romance: el cual cuenta el desafio que hizo Montesinos á Oliveros en las salas de Paris: hecho por Juan del Campo.

En las salas de Paris,
en un palacio sagrado
ado está el emperador
con los pares razonando,
acabando de comer,
un rumor se ha levantado.
Oliveros y Montesinos
mal se quieren en celado.
Oliveros fué el primero
que se habia desmesurado:
— Dicho os he, Montesinos,
dias ha que os he rogado,
que de amores de Aliarda
no tuviésedes cuidado,
que no sois para servilla,
ni para ser su criado;
si no fuese por el emperador
yo os habria castigado. —
Montesinos que esto oyera,
la color se le ha mudado,
así le tiemblan las carnes

como á hombre sentenciado;
echó mano á la su espada,
su rico manto abajado,
tiró un golpe á Oliveros;
mas no le habia acertado.
Oliveros no tenia armas,
dos saltos atras ha dado.
Metióse la gente en medio;
otra cosa no ha pasado.
Ellos en aquesto estando
don Roldan habia llegado,
á grandes voces diciendo:
— ¡Viva, viva el emperador,
y el que vive á su mandado!
— ¡Viva! dijo Montesinos,
mas no de ser ultrajado;
que si de esto no me vengo,
no entraré mas en poblado,
ni comeré pan á mesa,
ni oiré misa en sagrado,
ni me vestiré loriga,
ni cabalgaré en caballo,
ni me llamarán en Francia
hijo del conde Grimaldo. —
Abájase del escala
con pasion muy lastimado,
fuérase al meson de Burgo
ado estaba aposentado,
armóse de una loriga
y de un arnes tranzado,
echóse un escudo al cuello:
de todas armas armado,
sin poner pié en el estribo,
en el caballo habia saltado.
Sale por la puerta afuera

muy honesto y mesurado,
por las calles que habia gente
íbase muy sosegado,
por do via que no estaba
va corriendo como un gamo.
En saliendo de Paris
topara con don Reinaldo *,
primo suyo carnal,
en amor mas que hermano.
— ¿Adónde vais, Montesinos,
adó vais tan bien armado?
O vais con mensaje á moros,
ó venís desafiado.
— No voy á nada de aqueso,
ni de ello tengo cuidado;
mas Oliveros en palacio
de palabras me ha ultrajado,
respondiérale yo á ellas;
mas no quedé bien pagado.
Por Dios os ruego, mi primo,
que vais á desafiarlo,
que le digais de mi parte
que le espero en el campo,
en el campo de san Dionís,
bien armado y á caballo.
— Pláceme, dijo Reinaldo,
pláceme de muy buen grado,
decírselo he de boca,
aunque esté muy ocupado,
sino quisiere uno por uno
seremos dos por cuatro,
aunque viniese con ellos
don Roldan el encantado. —

* El texto lleva por equivocacion: Roldan, mientras la asonancia y el sentido piden; Reinaldo.

Ellos en aquesto estando
Oliveros que ha llegado
con la sobrevista verde.
¡Oh cuán bien parece armado!
El gesto trae descubierto,
blanco es y colorado,
á grandes voces diciendo:
— Tiráos afuera, Reinaldo,
lo que ha dicho Montesinos
presto le costará caro.
— Pláceme, le dijo él,
pláceme de muy buen grado. —
Volvió riendas al caballo,
en Paris se habia lanzado.
Mejor fuera para ellos
no habellos él dejado.
Pocas palabras se dicen,
metido se han en un prado.
Apartóse el uno del otro
cuanto un tiro de dardo.
De los muy recios encuentros
á tierra se han derrocado.
Herido fué Montesinos
en el su izquierdo lado;
asi quedara Oliveros
por medio de su costado,
que el hierro de Montesinos
en el cuerpo le ha quedado.
Levántanse ambos en pié,
las espadas han sacado;
entre los dos caballeros
cruel batalla se ha trabado.
Ellos en aquesto estando
Baldovinos que ha llegado
con sus perras de trailla

y su halcon en la mano.
Rogado les ha por la paz;
dél nada no se han curado.
Batió piernas al caballo,
y él asi los ha dejado.
Fuése al emperador
muy triste, desconsolado.
— ¿Qué haceis aqui, señor,
con tan pequeño cuidado?
Que hoy pierdes dos caballeros,
los mejores de tu estado,
en el campo de san Dionís,
cada uno mal llagado.
Si presto no socorréis
el campo será acabado. —
Don Carlos cuando lo oyera
temblaba como azogado,
cabalgó en un palafren
por no esperar á caballo.
Con él iba en compañía
ese conde don Grimaldo,
con él iban caballeros,
todos eran hijos-dalgo.
En llegando á san Dionisio
véenlos estar en lo llano;
cada cual caido en tierra,
que no bullen pié ni mano.
Cuando así los vido el conde,
de su boca habia hablado:
— ¡Qué tal estais, mi hijo,
el mi hijo mucho amado,
por las tierras do yo voy
por vos fuera muy honrado!
Si habeis herida de muerte
de vuestra alma habed cuidado.

Aunque vos murais, mi hijo,
de mí no seréis llorado,
que ni moris por mesones,
ni por tableros jugando;
moris como caballero
en el campo peleando.
— Que no moriré, señor,
de lo que estoy agora llagado;
mas socorred á Oliveros,
ved si está peor tratado.
— Con él está acá, mi hijo,
el emperador don Carlos;
mucho estaba mal herido,
vos no estais muy bien librado. —
Alli llegó el emperador,
su rostro todo mojado
de lágrimas de sus ojos
que por ellos ha llorado.
— Si sois vivo, Montesinos,
yo quedaré consolado. —
— Cuál me hallardes, señor,
estoy á vuestro mandado. —
Con igual honra en Paris
ambos los han lanzado;
con la vida de los dos
el pueblo se ha holgado.
Mucho mas se holgó el conde,
y asi hiciera Reinaldo,
que del bien de Montesinos
él estaba muy pagado.

Siguese un romance: el qual cuenta el desafio que hizo Montesinos á Oliveros en las salas de Paris. etc. Pliego suelto del siglo XVI.

177 a.

(Montesinos. — IV.)

(Al mismo asunto.)

Romance de un desafio que se hizo en Paris de dos caballeros principales de la tabla redonda, los cuales son Montesinos y Oliveros. Fué el desafio por amores de una dama llamada Aliarda.

En las salas de Paris,
en el palacio sagrado
donde está el emperador
con su imperial estado,
tambien estaban los doce
que á una mesa se han juntado,
obispos y arzobispos
y un patriarca honrado.
Despues que hubieron comido
y las mesas se han alzado,
ya se levanta la gente,
todos iban paseando
por una sala muy grande,
unos con otros hablando.
Unos hablan de batallas,
los que las han acostumbrado;
otros hablan de amores,
los que son enamorados.
Montesinos y Oliveros
mal se quieren en celado;
con palabras injuriosas
Oliveros ha hablado.
Las palabras fuéron tales,
que de esta suerte ha empezado:
— Montesinos, Montesinos,
¿cuánto ha que os he rogado
que de amores de Aliarda

no tuviésedes cuidado,
que no sois para servirla,
ni para ser su criado?
¡Si no por el emperador,
yo os hubiera castigado! —
Montesinos que esto oyera
túvose por injuriado;
la respuesta que le dió
fué como de hombre esforzado.
— ¡Buen caballero Oliveros,
mucho estoy maravillado,
siendo hombre de buen linaje
siempre entre buenos criado,
que vos á mí deshonrar
bien debia ser excusado;
que si tuviera yo [1] espada
como vos teneis al lado,
las palabras que dijistes
bien las hubiérades pagado! —
Oliveros que esto oyera
en la espada puso mano:
fuése para Montesinos
como hombre muy airado.
Montesinos no tiene armas,
descendióse del palacio.
Los ojos puestos en el cielo
juramento iba echando [2]
de nunca vestir loriga,
ni cabalgar en caballo,
ni comer pan á manteles,
ni nunca entrar en poblado
y de no rapar sus barbas,
ni de oir misa en sagrado,
ni llamarse Montesinos

1 yo tuviera Silva. Floresta. 2 juramentos Silva.

hijo del conde Grimaltos,
hasta que vengue la mengua
que Oliveros le ha dado.
En llegando á su posada
fué muy prestamente armado:
pone el yelmo en su cabeza,
vístese un arnés tranzado;
mandó sacar una lanza
que él tenia en apartado:
que la lanza era muy fuerte,
y el hierro bien acerado.
Ya es armado Montesinos,
ya cabalga en su caballo:
las cartas que tiene escritas
á un paje las habia dado,
que las lleve á Oliveros
y se las diese en su mano,
y le diga que le aguarda
Montesinos en el campo,
armado de todas armas
y el caballo encubertado.
Ya se parte el mensajero
con las cartas que le ha dado;
en casa del emperador
á Oliveros ha hallado,
con muy grande reverencia
el paje lo ha llamado.
Oliveros es discreto,
y hombre muy bien criado,
apartóse con el paje
en un lugar apartado:
preguntó lo que queria,
ó quién le habia enviado.
El paje cuando esto oyó
las cartas le hubo mostrado,

Oliveros que las vido
dijo que él daria recaudo.
Ya se parte el pajecico,
ya se sale del palacio.
El plazo que Montesinos
á Oliveros hubo dado,
cuatro horas le da de tiempo
que le aguardaria en el campo,
y si al plazo no viniese
por traidor seria llamado.
El acudió de tal suerte,
que seis horas habian pasado.
Tanto aguardó Montesinos,
que ya estaba enojado.
Miéntra que en el campo andaba
á Oliveros esperando,
vió allí un caballero
que llamaban don Reinaldos,
que de linaje era su primo,
y en el voluntad mas que hermano.
Las palabras que le dijo,
de esta manera ha hablado:
— Montesinos, Montesinos,
¿qué faceis, mi primo hermano,
que segun del modo os veo
vos estais mal enojado?
Alguno os desafió
y vos lo estais esperando,
porque no siento otra cosa
por qué estuviésedes armado [1]. —
Montesinos que esto oyera
tal respuesta le hubo dado:
— La causa que ansí me hallais

1 para que así esteis armado Flor. | pues os detuviese aquí armado Las ed. poster. del Canc. de rom.

vos la contaré de grado:
un presente hoy me trujeron,
y en él vino este caballo;
mas vos sabeis mi costumbre,
que si caballo me han dado,
el primer dia que á mí viene
ha de ser muy bien probado:
yo por ver qué tal es este
he subido en él armado. —
Don Reinaldos que esto oyera
esta respuesta le ha dado:
— Montesinos, Montesinos,
vuestro hablar es excusado;
vos á mí no me negueis
por qué estáis desafiado. —
Montesinos que esto vido
que lo sabia don Reinaldos,
luego sin mas dilacion
la verdad hubo contado.
— Vos sabeis, mi señor primo,
que hoy dentro en el palacio
yo y vuestro primo Oliveros
andábamos paseando:
de unas razones en otras
él me ha mal injuriado,
diciendo que de Aliarda
yo no tuviese cuidado,
que no era para servirla
ni para ser su criado;
que si mirado no hubiese
al gran emperador Cárlos,
por el enojo que le hice
ya me hubiera castigado.
Yo le dije que hablaba
mal, y muy desmesurado,

y él echó mano á la espada
y embrazóse de su manto.
Yo hallándome sin armas
descendíme del palacio;
fuíme para mi posada
muy triste y muy enojado;
arméme con estas armas
que vos me hallais armado;
cartas envié á Oliveros
que le aguardaba en el campo:
cuatro horas le dí de tiempo
que le estaria esperando,
y si en estas no viniese
por traidor seria llamado.
Desque pasan las[1] cuatro horas,
otras dos habian pasado. —
Don Reinaldos que esto oyó
esta respuesta le ha dado:
— Si quereis vos, Montesinos,
yo iré presto á llamarlo,
si no quiere oirlo de lengua,
decírselo he por las manos;
y si él no quiere venir,
para vos y mí, sean cuatro. —
Ellos estando en aquesto
Oliveros ha llegado,
no como hombre de pelea,
sino como enamorado.
Él viene muy gentil hombre,
mas tambien muy bien armado.
En llegando á Montesinos
de esta suerte le hubo hablado:
— Montesinos, Montesinos,
¿qué es esto, traidor malvado?

1 Pasadas son Floresta.

que la fe que tú me diste
¡hásmela muy mal guardado!
dijiste que estarias solo,
y hállote acompañado. —
Montesinos que esto oyó
tal respuesta le hubo dado:
— Oliveros, Oliveros,
de esto no estéis enojado,
que si compañía tengo
cierto vos lo habeis causado,
que si viniérades á tiempo
del plazo que os hube dado,
la compañía que tengo
no la hubiérades hallado,
que por causa de desdicha
él me halló aquí armado;
él me preguntó qué habia,
yo bien me hube excusado;
mas por importunacion
sabed que yo le he contado
lo que está entre vos y mí,
y lo que yo hube pasado:
mas yo os haré juramento
donde vos querais tomallo,
que por esta compañía
no seréis perjudicado,
sino que él se irá á Paris
quedando nos en el campo.
— Pláceme, dijo Oliveros,
de eso que habeis hablado. —
Reinaldos se entró en Paris
y ellos quedan en el campo.
Ibanse de par en par,
y juntos lado con lado,
hasta llegar á la huerta

donde el campo se habia dado.
Despues que dentro se vieron
Montesinos ha hablado:
— Agora es tiempo, Oliveros,
que se vea el mas esforzado. —
Vanse el uno para el otro,
recios encuentros se han dado,
los golpes han sido tales
que entrambos se han derribado:
media hora y mas estuvieron
que ninguno ha hablado.
Ya despues que esto pasó
el uno se ha levantado[1];
fuése para Oliveros,
de esta suerte le ha hablado:
— Buen caballero, no estéis
por tan poco desmayado,
echemos mano á las hachas,
pues las lanzas se han quebrado. —
Oliveros que esto oyera
muy presto fué levantado:
danse tan terribles golpes
que presto se han desarmado;
las piezas de los arneses
veréis rodar por el campo.
Oliveros que esto vido
de esta suerte le ha hablado:
— Echá mano por la espada
pues que ya estais desarmado. —
Montesinos que esto oyera
presto la espada ha sacado:
fiérense de tales golpes
que se han mal aparejado.
Ellos estando en aquesto

1 Montesinos levantado Floresta.

un cazador ha llegado;
quísose poner entre ellos,
hanle mal amenazado,
que si entre ellos se pone
que él será muy mal tratado.
El cazador que esto oyera
medio muerto y espantado
se partió para Paris,
grandes voces iba dando:
— ¿Qué es de ti, el emperador,
que hoy pierdes todo tu Estado?
¡Hoy entre los doce pares
veo gran ruido armado,
y el imperio de Paris
todo escandalizado! —
Oyólo el emperador,
donde estaba en el palacio:
mandó luego que le llamen
al que tal iba hablando.
Ya es llegado el cazador
do está el emperador Cárlos.
Las palabras que le dice
con temor demasiado[1]:
— Señor, sepa vuestra Alteza
que hoy andando cazando
en la huerta de sant Dionis,
dentro en ella yo he hallado
á Montesinos y á Oliveros
que se habian desafiado:
la sangre que de ellos corria
teñia las yerbas del campo,
que si ellos ya no son muertos,
estarán muy mal tratados. —
El emperador que esto oyera
muy presto hubo cabalgado

1 con gran temor las ha hablado Floresta.

con todos los caballeros
los que allí hubo hallado.
De Oliveros iba un primo,
y tambien iba un su hermano,
y el padre de Montesinos,
ese conde don Grimaltos.
Cada uno tiene parientes,
iban escandalizados.
El emperador, que esto vido,
pregonar luego ha mandado:
que de manos ni de lengua
ninguno sea osado
de decir descortesía,
ni quistion hayan buscado[1],
y quien quistion revolviese
fuese luego degollado.
Por miedo de aquel pregon
todo hombre va limitado.
En allegando á la huerta
el emperador hubo entrado.
Por el rastro de la sangre
los caballeros han hallado,
el uno caido á una parte,
otro caido á otro lado.
Llamó[2] á sus caballeros
los que le han acompañado:
cuando la gente los vió
veréis hacer un gran llanto:
unos dicen: ¡Ay mi primo!
otros dicen: — ¡Ay mi hermano! —
El conde Grimaltos dice:
— ¡Ay mi hijo mal logrado! —
Cuando el emperador vido
su pueblo escandalizado,
mando traer unas andas

1 ni hacer desaguisado Flore ta. 2 Llama Silva.

en que hubiesen llevado
aquellos dos caballeros
que se habian maltratado,
que los lleven á Paris
dentro del real palacio:
doctores y bachilleres [1]
que viniesen á curarlos.
Fué la voluntad divina
que á poco tiempo pasado
les hallan gran mejoría,
que se han mucho remediado.
Ya sanos los caballeros,
y Dios que [2] les ha ayudado,
mandóles el emperador,
que amigos hayan quedado.
Cásanlos con sendas damas
las mas lindas del palacio,
y púsoles grandes penas
que ninguno sea osado
de hablar con Aliarda,
ni de ser su enamorado [3],
y quien esto quebrantase
de la vida sea privado.
Así quedaron amigos
y el imperio asosegado.
Luego Aliarda casó
con un caballero honrado;
quedaron todos contentos
y el romance fué acabado [4].

Canc. de Rom. s. a. f. 65. — Canc. de Rom. 1550. f. 65. — Silva de 1550 t. II. f. 162. — Floresta de var. rom.* —

1 cirujanos Floresta.
2 porque Dios Floresta.
3 en público, ni en celado Floresta.
4 es acabado Silva.
con mucha paz en su estado Flor.

* Claro está que este romance es ya una reformacion algo mas artística del anterior, del que repite versos y trozos enteros, dándole empero una catástrofe mucho mas prosáica y á modo de las comedias.

178.

(Montesinos. — V.)

Romance de Guiomar y del emperador Carlos: que trata de cómo libró al rey Jafar su padre y á sus reinos del emperador: y de cómo se tornó cristiana y casó con Montesinos.

Ya se sale Guiomar
de los baños de bañar
colorada como la rosa,
su rostro como cristal.
Cien damas salen con ella
que á su servicio están,
eran todas fijas-dalgo,
muy fermosas en verdad,
ricamente ataviadas
que era gloria de mirar.
Preguntando va Guiomar
por el rey Jafar su padre.
Respondiera un caballero
que le estaba delante:
— Retraido está, señora,
en su palacio real,
de dentro de siete puertas
allá se fuera á encerrar,
y mandó á los porteros,
que á nadie dejen entrar
sino á sus caballeros,
los del consejo real;
llorando está de sus ojos
que es dolor de lo mirar,
mesábase los cabellos,
sus barbas otro que tal.
La causa del lloro tan grande
yo no la sabré contar;
mas sé que le han venido cartas

de Cárlos el emperante,
lo que contienen aquellas
yo no lo sabré contar. —
Guiomar que esto oyera
corriendo va á mas andar,
que ni atiende á sus damas,
ni á nadie quiso esperar;
ántes se fué al palacio
donde estaba el rey su padre.
No hay portero que la dentenga
ni la osase hablar.
Allegara á la gran sala
donde su padre está,
vió á sus caballeros
que le estaban delante,
puestos en tan gran silencio
que á nadie oyó hablar,
y allí vido estar al rey
en la su silla real,
su mano tenia en el rostro
con un pensamiento grande.
Allegóse Guiomar,
y humillósele delante,
tomándolo por la mano
por habérgela de besar.
El rey Jafar que la viera
la fué luego á levantar,
y besándola en el rostro
no pudo estar de llorar;
fízole dar una silla,
y cabo él se fué á sentar.
Alli fabló Guiomar
y empezara de hablar:
— Por Dios vos ruego, el rey,
me digades la verdad,

¿qué es la causa del enojo?
¿quién vos ha hecho pesar?
y acordáos que las mujeres
son para bien y para mal. —
Respondiérale el rey
con gran tristeza y pesar:
— Sabréis, fija Guiomar,
la causa de nuestro mal:
que ha dos horas ó poco menos
cartas me fuéron llegar,
las cuales envió don Cárlos,
capitan de la cristiandad,
en que me envía las treguas,
y me tornara las paces,
y me suelta los tributos,
que ya no los quiere mas;
mas demándame mis reinos
que se los haya de dejar:
y si no lo hago, hija,
los meterá á huego y sangre.
Treinta dias me dió de plazo,
que mas no me quiso dar,
y la peor señal que veo,
y que á mí da mayor pesar,
es ver que en riberas de Ebro
tiene asentado su real;
y si hago resistencia
serme hia mayor mal;
aunque sesenta mil combatientes
bien los puedo yo allegar
de Aragon y de Castilla,
y Valencia esa ciudad;
mas ¿qué aprovecha?, mi hija,
que será doblar mis males,
que tiene otros tantos,

y con ellos los doce pares,
y si mas gente quisiere,
á toda la cristiandad.
Y de todo aquesto, fija,
á vos toca el mayor mal,
que de mí ya no me pesa,
que soy viejo y de gran edad;
mas recibo de vos pena
que sois niña y de poca edad:
porque agora venia el tiempo
que habíades de reinar.
¿Quién gobernará mis reinos,
mis villas y mis ciudades?
¿Quién manternná mis caballeros,
los de mi corte real?
¿Y vos, y yo, la mi fija,
dónde iremos á parar? —
Guiomar era discreta
si en el mundo habia su par,
y cuanto le dijo el rey
lo fué muy bien á escuchar,
respondióle con gran tiento
y empezara de hablar:
— No desmayes, el buen rey,
no quieras tomar pesar,
que si Alá me da la vida
yo lo entiendo remediar,
si vos, rey, me dais licencia
que haga á mi voluntad,
y que lo que yo hiciere
por hecho lo hayais de dar. —
El rey Jafar que esto oyera
tal respuesta le fué á dar:
— Por Dios vos ruego, mi fija,
vos me lo querais contar,

de qué suerte lo haredes,
ó cómo pensais remediar. —
Guiomar como obediente
le diera respuesta tal:
— Que de grado lo diria
por servir su Majestad.
Acordáos, rey, de Cellinos
que tovistes en catividad,
que siete años ó mas
estuvo sin libertad,
y sin decillo á vuestra Alteza
licencia le fuera á dar,
que se tornase en Francia,
á su tierra natural:
pues estando él en el campo
en algo me ha de ayudar,
y cuando él no me ayudase,
otro mayor pienso fallar,
que allí será Montesinos,
ese esclarecido infante,
que mucho tiempo me ha servido
en vuestra corte real,
por mí ha hecho torneos,
por mí en campo fué á entrar;
y tambien sé que don Cárlos,
aquel alto emperante,
nadie le pidió merced
que él no se la otorgase.
Y por esto os ruego, padre,
licencia me querais dar,
que delante dél yo vaya
para merced le demandar:
que él es tan magnífico hombre
que no me la negará. —
El rey Jafar que esto oyera

luego se fuera á turbar,
maldiciendo la fortuna
empezara de llorar,
diciendo estas palabras
con dolor y sospirar:
— ¡Oh desventurado rey
que en el mundo no hay su par!
¡Oh mi hija Guiomar,
espejo de mi mirar!
¡Oh descanso de mi vida,
reposo de mi pesar!
¿Quién vos dará tal licencia,
quién vos la osará dar?
¿Quién vos asegura, fija,
á vos en la cristiandad,
que no os sea hecha deshonra,
ó vos hayan de avergonzar? —
Guiomar que aquesto oyera
tal respuesta le fué á dar:
— Yo suplico á vuestra Alteza
que no quiera tal hablar,
que nunca en campo ninguno
se usó tal platicar:
que á nadie que fuese de grado
se le oviese de hacer mal:
cuanto mas do está el gran Cárlos
y aquellos doce sin par;
así que por ese cabo
bien os podréis segurar. —
Y envía por las trompetas
cuantas en la tierra están,
manda hacer un pregon
por su reino general:
que cualquier dama hermosa
se haya de aparejar,

y otro dia de mañana
sea al palacio real.
Viendo el rey que mas no pudo
el pregon mandara dar:
que obedezcan á Guiomar,
que hagan á su voluntad.
Viérades la barahunda
que habia en la ciudad,
de atavíos de las damas
cuál saldria mas galana.
Pues decir de Guiomar
seria largo de contar,
que toda la noche en peso
jamas se quiso acostar;
mas puesta en invenciones
y en vestidos se ensayar.
Y no era venido el dia
cuando ella en punto está;
mandó abrir las sus salas
y su palacio real.
Viérades entrar las damas
que es placer de lo mirar,
cada una de su atavío
quién mas linda puede andar.
Y cuando estuvieron juntas
en su palacio real,
fablárales Guiomar
á todas en general:
— Bien sabeis, hermanas mias,
nuestra gran nesesidad,
y sabeis todas las cosas
que ha escrito el emperante,
y para remediar tal daño
es de gran necesidad,
que vais todas conmigo

á la su tienda real
á suplicar á su Alteza,
merced nos quiera otorgar,
que nos delibre las tierras,
y que nos torne la paz. —
Las damas que esto oyeron
le dieron respuesta tal:
que eran todas muy contentas
por servir su Majestad.
Levantóse en pié Guiomar,
agradecióles su voluntad,
y escogió cien damas de ellas
que mas le fuéron agradar,
aunque no fuesen fijas-dalgo,
ni de muy alto linaje,
y las que no eran tan vestidas
de sus ropas les hacia dar;
mandó traer cabalgaduras
para ellas cabalgar,
ricamente guarnecidas
que era cosa de mirar;
con ellas cien caballeros
por mas honestas andar.
Mandó allegar las trompetas
y atabales otro que tal,
hizo venir los instrumentos
que se pudieron hallar.
Desque todo fué á punto
mandó á todos cabalgar.
Viérades cabalgar damas,
caballeros otro que tal;
ver cuál iba Guiomar
nadie lo sabria contar:
encima de una hacanea blanca
que en Francia no la habia tal,

un brial vestido blanco
de chapado singular,
mongil de blanco brocado,
enforrado en blanco cendal,
bordado de pedrería
que no se puede apreciar,
una cadena á su cuello
que valia una ciudad,
cabellos de su cabeza
sueltos los quiere llevar,
que parecen oro fino
en medio de un cristal,
una guirlanda en su cabeza,
que su padre le fué á dár,
de muy rica pedrería
que en el mundo no hay su par.
Ya se parte Guiomar,
ya empieza de caminar,
con ella sale el rey Jafar
fasta la puerta de la ciudad.
Desque fuéron á la puerta
Guiomar le fué á hablar,
tomándolo de las manos
que se las quiere besar,
rogándolo mucho de grado
no recibiese pesar.
El rey Jafar que la oyera
no pudo estar de llorar,
diciéndole: — Fija mia,
no me querais olvidar,
cuando seréis entre cristianos,
de mí os querais acordar;
mirad como quedo solo
con una angustia mortal. —
Dándole su bendicion

licencia le fuera á dar.
Ya se parte Guiomar
para do está el emperante.
Siesta era de mediodia,
tiempo de calor muy grande,
cuando el emperador Cárlos
se levanta de yantar,
y con él todos los doce
que á su mesa comen pan;
cada uno se va á su tienda
á dormir y á folgar:
cuando llegó Guiomar
al real del emperante.
Desque fué cerca las tiendas
las trompetas mandó llamar,
que desparasen todos juntos
cuantos instrumentos hay.
Ya desparan las trompetas,
atabales otro que tal,
hacian tan grande estruendo
que la tierra hacen temblar.
Viérades los franceses
voces que empiezan á dar,
diciendo: — ¡Al arma, al arma,
todo hombre á cabalgar!
que este era el rey Jafar,
ó alguna traicion grande. —
Mas presto llega la guarda
que tenia el emperante,
y vieron ser Guiomar,
que venia tan triunfante.
Presto se tornan las guardas
por la gente asegurar,
y dieron presto las nuevas
á Cárlos el emperante:

cómo era Guiomar
que venia le hablar,
y le demanda licencia
si la dejara entrar.
El emperador muy contento
de grado se la fué á dar.
Ya entraba Guiomar
por medio de aquel real.
Treinta pasos de la tienda
donde estaba el emperante
descabalgó Guiomar,
sus damas mandó apear
por hacer acatamiento
á la corona real;
pasó por medio la guarda
que tenia el emperante,
que eran mas de dos mil hombres
los que le suelen guardar.
Y cuando llegó á la puerta
de aquella tienda real,
viera estar á don Cárlos,
aquel alto emperante,
conociólo Guiomar
segun dél tenia señal:
con aquellas barbas blancas
que tenia por la su faz,
que jamas pelo en su vida
de la barba fuera á cortar.
Guiomar como discreta
ante él se fué á arrodillar,
tomándolo por las manos
por habérselas de besar.
El emperador que la mira
le fué tanto á contentar,
que la tomó por los brazos,

y la hizo levantar,
besándola en el carrillo,
las manos no le quiso dar,
antes la tomó del brazo,
y en la tienda la hizo entrar,
hízole dar una silla,
cabo él la mandó asentar,
fablándole muchas palabras
que era placer de escuchar,
dícele que le pesaba,
por ser de tan gran edad,
para ser su caballero,
y de ella se enamorar.
Hablando de estos placeres
en que los dos están,
viérades los caballeros
atavíos ensayar,
cuál iria mas polido,
cuál iria mas galan,
y el que mas presto se viste
se va á la tienda real
á ver la gran fermosura,
por ver aquella beldad
de Guiomar la linda
que en lindez no hay su par.
Allí vino Oliveros,
allí vino don Roldan,
y vienen los doce pares
de Francia la natural.
A todos hace dar sillas
aquella real Majestad.
Ellos en aquesto estando
vieron por la puerta entrar
ese infante Montesinos,
sobrino del emperante,

con una ropa de brocado
que al suelo quiere llegar,
una cadena á su cuello
que mil marcos de oro vale.
Guiomar desque lo viera
al emperador fué suplicar,
le quisiese dar licencia
para habelle de hablar.
El emperador de buen grado
luego se la fuera á dar.
Salió á la puerta de la tienda,
y fuéraselo á abrazar.
Montesinos que la viera
cuasi se fuéra á turbar,
la color toda mudada,
le empezara de hablar:
— Bien sea venida vuestra Alteza,
bueno sea vuestro llegar. —
Y tomábale las manos
que se las queria besar;
mas Guiomar no quiso,
nunca se las quiso dar.
Montesinos de turbado
no se le fué á acordar,
que habia andado diez pasos
sin la cabeza se cobijar.
Guiomar que lo viera
el bonete le hizo tornar.
El emperador que los viera
luego los hace sentar,
desque todos fuéron posados
empezaron de hablar
de aquella gran fermosura,
que Dios habia querido dar
á la infanta Guiomar

y á las damas que con ella van.
Allí fabló el emperador
á todos en general:
— Yo tal fermosura de dama
nunca ví en la cristiandad;
mas por ser ella tan hermosa
una merced le quiero dar:
que yo he dado treinta dias
á su padre el rey Jafar
demandándole las tierras,
y tornándole la paz;
por amor de Guiomar
le quiero dar mucho mas,
yo le doy mas cuatro meses,
y estos le quiero dar. —
Guiomar que esto oyera
en pié se fué á levantar,
las rodillas por el suelo
le comenzó de hablar,
haciéndole muchas gracias
de la merced que le fué á dar:
— Mas suplico á vuestra Alteza,
no se quiera enojar,
de recebir una merced
la cual yo le quiero dar:
que tome todos los reinos
que hoy son del rey mi padre,
y esto sin hacer guerra,
sino de muy buena voluntad. —
El emperador que esto oyera
fuérase á maravillar,
diciendo estas palabras
con un placer atan grande:
que jamas fallara á nadie
que le llevase ventaja

de hacer siempre mercedes,
y dar de contino á grandes,
sino era Guiomar
que con él se quiso igualar;
mas que él no consiente,
ni lo queria otorgar,
que antes le torna las tierras,
y le volvia las paces,
y le suelta los tributos,
que no los queria mas,
y le hacia seguro
de nunca lo enojar:
— Mas yo vos pido una gracia,
nunca me la querais negar,
que se tornase cristiana,
y con Montesinos casar. —
Guiomar que esto oyera
mucho se fuera á turbar,
estuvo pensando un rato
sin respuesta le tornar;
mas Dios todopoderoso
en su corazon fué á entrar,
y dijo, que le placia
de cristiana se tornar,
por hacer servicio á su Alteza,
con Montesinos casar:
— y esto muy secretamente
que no lo sepa mi padre,
pues que era ya tan viejo
y puesto en la postrera edad;
que desque será muerto
yo lo haré publicar. —
Mandó venir un arzobispo
y un perlado cardenal,
que la hiciesen cristiana,

y la quieran desposar.
Esto hecho entre ellos
licencia fué á demandar
á aquel gran emperador,
que luego se la fué á dar.
Y así se fué Guiomar
con muy gran solemnidad.
Gran fiesta le hizo su padre
cuando la vido tornar.

Romance de Guiomar y del emperador Carlos, etc. Pliego suelto del siglo XVI.

179.

(Montesinos. — VI.)

Romance de Rosaflorida.

En Castilla está un castillo,
que se llama Rocafrida;
al castillo llaman Roca,
y á la fonte llaman Frida.
El pié tenia de oro,
y almenas de plata fina;
entre almena y almena
está una piedra zafira;
tanto relumbra de noche
como el sol á mediodia.
Dentro estaba una doncella
que llaman Rosaflorida:
siete condes la demandan,
tres duques de Lombardía;
á todos les desdeñaba,
tanta es su lozanía.
Enamoróse de Montesinos
de oidas, que no de vista.

Una noche estando así,
gritos da Rosaflorida:
oyérala un camarero,
que en su cámara dormia.
— ¿Que es aquesto, mi señora?
¿qué es esto, Rosaflorida?
ó tenedes mal de amores,
ó estáis loca sandía.
— Ni yo tengo mal de amores,
ni estoy loca sandía,
mas llevásesme estas cartas
á Francia la bien guarnida;
diéseslas á Montesinos,
la cosa que yo mas queria;
dile que me venga á ver
para la Pascua Florida;
darle he yo este mi cuerpo,
el mas lindo que hay en Castilla,
si no es él de mi hermana,
que de fuego sea ardida;
y si de mí mas quisiere
yo mucho mas le daria:
darle he siete castillos
los mejores que hay en Castilla.

Canc. de Rom. s. a. f. 190. — Canc. de Rom. 1550. f. 201.

180.

ROMANCES DE DURANDARTE.

Romance de Durandarte. — I.

Durandarte, Durandarte,
buen caballero probado,
yo te ruego que hablemos
en aquel tiempo pasado,
y dime si se te acuerda
cuando fuiste enamorado,
cuando en galas é invenciones
publicabas tu cuidado,
cuando venciste á los moros
en campo por mí aplazado:
agora, desconocido,
dí, ¿por qué me has olvidado?
— Palabras son lisonjeras,
señora, de vuestro grado,
que si yo mudanza hice
vos lo habeis todo causado,
pues amastes á Gaiferos,
cuando yo fuí desterrado;
que si amor quereis comigo
tenéislo muy mal pensado;
que por no sufrir ultraje
moriré desesperado. —

Canc. de Constantina. f. 63. — Canc. general de 1511. f. 137. — Canc. de Rom. s. a. fol. 237. — Canc. de Rom. 1550. f. 251. — Silva de 550. t. I. f. 161.

181.

(Durandarte. — II.)

Romance de Oh Belerma.

¡Oh Belerma! oh Belerma!
por mi mal fuiste engendrada,
que siete años te serví
sin de ti alcanzar nada;
agora que me querias
muero yo en esta batalla.
No me pesa de mi muerte
aunque temprano me llama;
mas pésame que de verte
y de servirte dejaba.
¡Oh mi primo Montesinos!
lo que agora yo os rogaba,
que cuando yo fuere muerto
y mi ánima arrancada,
vos lleveis mi corazon
adonde Belerma estaba,
y servilda de mi parte,
como de vos yo esperaba,
y traelde á la memoria
dos veces cada semana;
y diréisle que se acuerde
cuán cara que me costaba;
y dalde todas mis tierras
las que yo señoreaba;
pues que yo á ella pierdo,
todo el bien con ella vaya.
¡Montesinos, Montesinos!
¡mal me aqueja esta lanzada!
el brazo traigo cansado,
y la mano del espada:
traigo grandes las heridas,

mucha sangre derramada,
los extremos tengo frios,
y el corazon me desmaya,
que ojos que nos vieron ir
nunca nos verán en Francia.
Abracéisme, Montesinos,
que ya se me sale el alma.
De mis ojos ya no veo,
la lengua tengo turbada;
yo vos doy todos mis cargos,
en vos yo los traspasaba.
— El Señor en quien creeis
él oiga vuestra palabra[1]. —
Muerto yace Durandarte
al pié de una alta montaña,
llorábalo Montesinos,
que á su muerte se hallara:
quitándole está el almete,
desciñéndole el espada;
hácele la sepultura
con una pequeña daga;
sacábale el corazon,
como él se lo jurara,
para llevar á Belerma,
como él se lo mandara.
Las palabras que le dice
de allá le salen del alma:
— ¡Oh mi primo Durandarte!
¡primo mio de mi alma!
¡espada nunca vencida!
¡esfuerzo do[2] esfuerzo estaba!
¡quien á vos mató, mi primo,
no sé por qué me dejara!

Canc. de Rom. s. a. f. 254. — Canc. de Rom. 1550. f. 269.

1 Con este verso acaba el romance en el Canc. de rom s. a.
2 de Canc. de 1550.

182.

Romance de Durandarte. — III.

Muerto yace Durandarte
debajo[1] de una verde haya,
con él está Montesinos
que en la muerte se hallara[2]:
la fuesa le está haciendo[3]
con una pequeña daga[4].
Desenlázale el arnes[5],
el pecho le desarmaba;
por el costado siniestro
el corazon le sacaba,
volviéndolo[6] en un cendal,
de mirarlo no cesaba.
Con palabras dolorosas
la vista solemnizaba:
— ¡Corazon del mas valiente,
que en Francia ceñia espada,
ahora seréis llevado
adonde Belerma estaba!
Para dar clara señal[7]
de la verdadera llaga
será hecho el sacrificio
que ella tanto deseaba
del amador mas leal,
á la mas cruel y brava.
Use clemencia en la muerte,
pues en vida os la robaba[8].
¡Si vuestra muerte le duele,
dichosa será la paga

1 al pié Timoneda, Rosa de amores.
2 que en la su muerte se halla Tim.
3 haciéndole está la fuesa Tim.
4 con la punta de su daga Tim.
5 el arnes le está quitando Tim.
6 envolvióle Tim.
7 Este y los cinco versos que le siguen faltan en el texto de Timoneda.
8 vida la negaba Tim.

á quien está aguardando[1]
el contento de su dama,
que hasta ver la licencia
el cuerpo muerto acompaña! --
Allegando Montesinos[2]
adonde Belerma estaba,
le dice[3] con el semblante
que el dolor le convidaba:
— Si la potencia de amor[4]
te ha rendido en su batalla,
muéstralo en saber que es muerto[5]
el que mas que á sí te amaba. —
Belerma con estas nuevas[6]
no menos que muerta estaba;
mas despues que ya tornó,
entre sí se razonaba:
— ¡Mi buen señor Durandarte,
Dios perdone la tu alma,
que segun queda la mia,
prestote tendrá compaña[7]!

Aqui comiençan dos rom. con sus glosas. El primero de Durandarte etc. Pliego suelto del siglo XVI. — **Timoneda,** *Rosa de amores.**

1 Tambien este y los tres versos que le siguen faltan en el texto de Tim.
2 Llegó en esto Montesinos Tim.
3 díjole Tim.
4 Este verso y el que le sigue faltan en el texto de Timoneda.
5 Sepas, señora, que es muerto Tim.
6 Cata aquí su corazon
que ante ti se presentaba. —
Belerma con estas nuevas
estas palabras hablaba:
— ¡Mi buen señor Durandarte,
Dios perdone la tu alma!
Timoneda.
7 Los dos últimos vorsos faltan en el texto de Timoneda.

* En la Floresta de var. rom. hay la version siguiente (que es la vulgar) de una parte de este romance:

Muerto yace Durandarte
debajo una verde haya:
con él está Montesinos,
que en la su muerte se halla.
Haciéndole está la fosa
con una pequeña daga;
quitándole está el almete,
deciñéndole la espada;
por el costado siniestro
el corazon le sacara.
Así hablara con él
como cuando vivo estaba:
— ¡Corazon del mas valiente
que en Francia ceñia espada

ahora seréis llevado
adonde Belerma estaba! —
Envolvióle en un cendal,
y consigo lo llevaba.
Entierra primero al primo;
con gran llanto lamentaba
la su tan temprana muerte
y su suerte desdichada.
Torna á subir en la yegua,
su cara en agua bañada:
pónese luego el almete
y muy recio le enlazaba.
No quiere ser conocido
hasta hacer su embajada,
y presentarle á Belerma,
segun que se le encargara,
el sangriento corazon
que á Durandarte sacara.
Camina triste y penoso,
ninguna cosa le agrada;
por do quiere andar la yegua
por allí deja que vaya;
hasta que entró por Paris
no sabe en qué parte estaba.
Derecho va á los palacios
adonde Belerma estaba.

183.

ROMANCES DE LA BATALLA DE RONCESVALLES.

Romance que dice: Domingo era de Ramos. — I.

Domingo era de Ramos,
la Pasion quieren decir,
cuando moros y cristianos
todos entran en la lid.
Ya desmayan los franceses,
ya comienzan de huir.
¡Oh cuán bien los esforzaba
ese Roldan paladin!
— ¡Vuelta, vuelta, los franceses,
con corazon, á la lid!
¡mas vale morir por buenos,
que deshonrados vivir! —
Ya volvian los franceses
con corazon á la lid;
á los encuentros primeros
mataron sesenta mil.
Por las sierras de Altamira
huyendo va el rey Marsin,
caballero en una cebra,
no por mengua de rocin.
La sangre que dél corria
las yerbas hace teñir;
las voces que iba dando
al cielo quieren subir.
— ¡Reniego de tí, Mahoma,
y de cuanto hice en tí!

Hícete cuerpo de plata,
piés y manos de un marfil;
hícete casa de Meca
donde adorasen en tí,
y por mas te honrar, Mahoma,
cabeza de oro te fiz.
Sesenta mil caballeros
á tí te los ofrecí;
mi mujer la reina mora
te ofreció treinta mil.

Canc. de Rom. s. a. f. 229. — Canc. de Rom. 1550. f. 244. —

184.

(La batalla de Roncesvalles. II.)

Romance de doña Alda.

En Paris está doña Alda
la esposa de don Roldan,
trescientas damas con ella
para la acompañar:
todas visten un vestido,
todas calzan un calzar,
todas comen á una mesa,
todas comian de un pan,
sino era doña Alda,
que era la mayoral.
Las ciento hilaban oro,
las ciento tejen cendal,
las ciento tañen instrumentos
para doña Alda holgar.
Al son de los instrumentos
doña Alda adormido se ha:
ensoñado habia un sueño,

un sueño de gran pesar.
Recordó despavorida
y con un pavor muy grande,
los gritos daba tan grandes,
que se oian en la ciudad.
Allí hablaron sus doncellas,
bien oiréis lo que dirán:
— ¿Qué es aquesto, mi señora?
¿quién es él que os hizo mal?
— Un sueño soñé, doncellas,
que me ha dado gran pesar;
que me veía en un monte
en un desierto lugar:
de so los montes muy altos
un azor vide volar,
tras dél viene una aguililla
que lo ahinca muy mal.
El azor con grande cuita
metióse so mi brial;
el aguililla con grande ira
de allí lo iba á sacar;
con las uñas lo despluma,
con el pico lo deshace. —
Allí habló su camarera,
bien oiréis lo que dirá:
— Aquese sueño, señora,
bien os lo entiendo soltar:
el azor es vuestro esposo,
que viene de allen la mar;
el águila sedes vos,
con la cual ha de casar,
y aquel monte es la iglesia
donde os han de velar.
— Si así es, mi camarera,
bien te lo entiendo pagar. —

Otro dia de mañana
cartas de fuera le traen;
tintas venian de dentro,
de fuera escritas con sangre,
que su Roldan era muerto
en la caza de Roncesvalles.

Canc. de Rom. 1550. fol. 102.

185.

(La batalla de Roncesvalles. — III.)

Romance que dicen: Por la matanza va el viejo.

Por la matanza va el viejo*,
por la matanza adelante;
los brazos lleva cansados
de los muertos rodear:
vido á todos los franceses
y no vido á don Beltran.
Siete veces echan suertes
quién le volverá á buscar;
echan las tres con malicia,
las cuatro con gran maldad:
todas siete le cupieron
al buen viejo de su padre[1].
Vuelve riendas al caballo,
y él se lo vuelve á buscar,
de noche por el camino,
de dia por el jaral.
En[2] la entrada de un prado,
saliendo de un arenal,

* Que por este verso empezó el romance primitivo, confirma el otro, „contra haciéndolo“ que dice: *Por la dolencia va el viejo.*

1 á su buen padre carnal Floresta.
2 á Silva.

vido estar en esto un moro
que velaba en un[1] adarve:
hablóle en algarabía,
como aquel que bien la sabe[2]:
— Caballero de armas blancas,
¿si lo viste acá pasar?
si le tienes preso, moro,
á oro te le pesarán,
y si tú le tienes muerto
désmelo para enterrar,
porque el cuerpo sin el alma
muy pocos dineros vale[3].
— Ese caballero, amigo,
díme tú, ¿qué señas ha?
— Armas blancas son las suyas,
y el caballo es alazan,
y en el carrillo derecho
él tenia una señal,
que siendo niño pequeño
se la hizo un gavilan.
— Ese caballero, amigo,
muerto está en aquel pradal;
dentro del[4] agua los piés,
y el cuerpo en un arenal:
siete lanzadas tenia,
pásanle de parte á parte[5].

Canc. de Rom. s. a. f. 188. — Silva de 1550. t. I. f. 112. — Floresta de var. rom.

1 el Silva.
2 En la Silva van intercalados despues de este verso los dos siguientes:
— Dígasme tú, el morico,
lo que quiero preguntar.
3 muy poco debe costar Floresta.
4 dentro en el Silva. Floresta.
5 cada una era mortal Floresta.

185 a.

(La batalla de Roncesvalles. — IV.)

(Al mismo asunto.)

En los campos de Alventosa
mataron á don Beltran,
nunca lo echaron ménos
hasta los puertos pasar.
Siete veces echan suertes
quién lo volverá á buscar;
todas siete le cupieron
al buen viejo de su padre;
las tres fuéron por malicia,
y las cuatro con maldad.
Vuelve riendas al caballo,
y vuélveselo á buscar
de noche por el camino,
de dia por el jaral.
Por la matanza va el viejo,
por la matanza adelante;
los brazos lleva cansados
de los muertos rodear:
no hallaba al que busca,
ni ménos la su señal;
vido todos los franceses
y no vido á don Beltran.
Maldiciendo iba el vino*,
maldiciendo iba el pan,
el que comian los moros,
que no el de la cristiandad:
maldiciendo iba el árbol
que solo en el campo nasce,
que todas las aves del cielo

* Desde aquí hasta: *No tiene quien lo vengar*, es un trozo copiado del que dice *Asentado está Gaiferos.*

allí se vienen á asentar,
que de rama ni de hoja
no la dejaban gozar:
maldiciendo iba el caballero,
que cabalgaba sin paje;
si se le cae la lanza
no tiene quien se la alce,
y si se le cae la espuela
no tiene quien se la calce:
maldiciendo iba la mujer
que tan solo un hijo pare;
si enemigos se lo matan
no tiene quien lo vengar.
A la entrada de un puerto,
saliendo de un arenal,
vido en esto estar un moro
que velaba en un adarve:
hablóle en algarabía,
como aquel que bien la sabe:
— Por Dios te ruego, el moro,
me digas una verdad:
caballero de armas blancas
si lo viste acá pasar,
y si tú lo tienes preso,
á oro te lo pesarán,
y si tú lo tienes muerto
désmelo para enterrar,
pues que el cuerpo sin el alma
solo un dinero no vale.
— Ese caballero, amigo,
dime tú qué señas trae.
— Blancas armas son las suyas,
y el caballo es alazan,
y en el carrillo derecho
él tenia una señal,

que siendo niño pequeño
se la hizo un gavilan.
— Este caballero, amigo,
muerto está en aquel pradal;
las piernas tiene en el agua,
y el cuerpo en el arenal:
siete lanzadas tenia
desde el hombro al carcañal,
y otras tantas su caballo
desde la cincha al pretal.
No le dés culpa al caballo,
que no se la puedes dar;
que siete veces lo sacó
sin herida y sin señal,
y otras tantas lo volvió
con gana de pelear.

Canc. de Rom. 1550 fol. 198.* —

* De este romance hay tambien una version portuguesa, que con el título de: Dom Beltrão, lleva publicada el señor Almeida-Garrett en su Romanceiro (Tomo II. pag. 234). Notable es la conclusion de esta version, desde la respuesta del moro:

— Esse cavalleiro, amigo,
morto está n'esse pragal,
com as pernas dentro d'agua,
o corpo no areal.
Sette feridas no peito
a qual será mais mortal:
por uma lhe entra o sol,
por outra lhe entra o luar,
pela mais pequena d'ellas
um gavião a voar.
— Não tórno culpa a meu filho,
nem aos moiros de o mattar;
tórno a culpa ao seu cavallo
de o não saber retirar. —
Milagre! quem tal diria,
quem tal poderá contar!
O cavallo meio morto
alli se pôs a fallar:
— Não me tornes essa culpa,
que m'a não podes tornar:
tres vezes o retirei,
tres vezes para o salvar;
tres me deu de espora e redea
co'a sanha do pelejar.
Tres vezes me apertou cilhas,
me alargou o peitoral....
á terceira fui a terra
d'esta ferida mortal.

186.

(La batalla de Roncesvalles. — V.)

Romance del conde Guarinos Almirante de la mar: trata cómo lo cativaron los moros.

¡Mala la vistes, franceses,
a caza de Roncesvalles!
Don Cárlos perdió la honra,
murieron los doce pares,
cativaron á Guarinos
almirante de las mares:
los siete reyes de moros
fuéron en su cativar.
Siete veces echan suertes
cuál de ellos lo ha de llevar;
todas siete le cupieron
á Marlotes el infante.
Más lo preciara Marlotes
que Arabia con su ciudad.
Dícele de esta manera,
y empezóle de hablar:
— Por Alá te ruego, Guarinos,
moro te quieras tornar;
de los bienes de este mundo
yo te quiero dar asaz.
Las dos hijas que yo tengo
ambas te las quiero dar,
la una para el vestir,
para vestir y calzar,
la otra para tu mujer,
tu mujer la natural.
Darte he en arras y dote
Arabia con su ciudad;
si mas quisieses, Guarinos,
mucho mas te quiero dar. —

Allí hablara Guarinos,
bien oiréis lo que dirá:
— ¡No lo mande Dios del cielo
ni Santa María su Madre,
que deje la fe de Cristo
por la de Mahoma tomar,
que esposica tengo en Francia,
con ella entiendo casar! —
Marlotes con gran enojo
en cárceles lo manda echar
con esposas á las manos
porque pierda el pelear;
el agua fasta la cinta
porque pierda el cabalgar;
siete quintales de fierro
desde el hombro al calcañar.
En tres fiestas que hay en el año
le mandaba justiciar;
la una Pascua de Mayo,
la otra por Navidad,
la otra Pascua de Flores,
esa fiesta general.
Vanse dias, vienen dias,
venido era él de Sant Juan,
donde cristianos y moros
hacen gran solemnidad.
Los cristianos echan juncia,
y los moros arrayan;
los judíos echan eneas
por la fiesta mas honrar.
Marlotes con alegría
un tablado mandó armar,
ni mas chico ni mas grande,
que al cielo quiere llegar.
Los moros con alegría

empiézanle de tirar:
tira el uno, tira el otro,
no llegan á la mitad.
Marlotes con enconía
un plegon mandara dar,
que los chicos no mamasen,
ni los grandes coman pan,
fasta que aquel tablado
en tierra haya de estar.
Oyó el estruendo Guarinos
en las cárceles do está:
— ¡Oh válasme Dios del cielo
y Santa María su Madre!
ó casan hija de rey,
ó la quieren desposar,
ó era venido el dia
que me suelen justiciar. —
Oídolo ha el carcelero
que cerca se fué á hallar:
— No casan hija de rey,
ni la quieren desposar,
ni es venida la Pascua
que te suelen azotar;
mas era venido un dia,
el cual llaman de Sant Juan,
cuando los que están contentos
con placer comen su pan.
Marlotes de gran placer
un tablado mandó armar;
el altura que tenia
al cielo quiere allegar.
Hanle tirado los moros,
no le pueden derribar;
Marlotes de enojado
un plegon mandara dar,

que ninguno no comiese
fasta habello de derribar. —
Allí respondió Guarinos,
bien oiréis qué fué á hablar:
— Si vos me dais mi caballo,
en que solia cabalgar,
y me diésedes mis armas,
las que yo solia armar,
y me diésedes mi lanza,
la que solia llevar,
aquellos tablados altos
yo los entiendo derribar,
y si no los derribase
que me mandasen matar. —
El carcelero que esto oyera
comenzóle de hablar:
— ¡Siete años habia, siete,
que estás en este lugar,
que no siento hombre del mundo
que un año pudiese estar,
y aun dices que tienes fuerza
para el tablado derribar!
Mas espera tú, Guarinos,
que yo lo iré á contar
á Marlotes el infante
por ver lo que me dirá. —
Ya se parte el carcelero,
ya se parte, ya se va;
como fué cerca del tablado
á Marlotes fué á hablar:
— Unas nuevas vos traia
queraísmelas escuchar:
sabé que aquel prisionero
aquesto dicho me ha:
que si le diesen su caballo,

el que solia cabalgar,
y le diesen las sus armas,
que él se solia armar,
que aquestos tablados altos
él los entiende derribar. —
Marlotes de que esto oyera
de allí lo mandó sacar;
por mirar si en caballo
él podria cabalgar,
mandó buscar su caballo,
y mandáraselo dar,
que siete años son pasados
que andaba llevando cal.
Armáronlo de sus armas,
que bien mohosas están.
Marlotes desque lo vido
con reir y con burlar
dice que vaya al tablado
y lo quiera derribar.
Guarinos con grande furia
un encuentro le fué á dar,
que mas de la meitad dél
en el suelo fué á echar.
Los moros de que esto vieron
todos le quieren matar;
Guarinos como esforzado
comenzó de pelear
con los moros, que eran tantos,
que el sol querian quitar.
Peleara de tal suerte
que él se hubo de soltar,
y se fuera á su tierra
á Francia la natural:
grandes honras le hicieron
cuando le vieron llegar.

Canc. de Rom. s. a. fol. 100. — Canc. de Rom. 1550. fol 99.

187.

ROMANCES DE REINALDOS.

Romance de don Roldan de cómo el emperador Carlos lo desterró de Francia, porque volvia por la honra de su primo don Reinaldos. — I.

Dia era de Sant Jorge,
dia de gran festividad;
aquel dia por mas honor
los doce se van á armar
para ir con el emperador
y haberle de acompañar.
Todos vinieron de grado
con un placer singular,
sino el bueno de Reinaldos,
que se estaba en Montalvan,
y no se halló al presente
en la tal festividad.
Allí todos los caballeros
por traidor le van reptar.
Esto causó Galalon,
porque le queria mal;
revolvióle con el emperador,
con los doce otro que tal.
Mucho le pesó á Roldan
de vello así maltratar,
fuése para el emperador
de priesa y no de vagar,
habló con voz enojada,
al emperador fué á hablar:

— ¡Mucho me pesa, señor,
de ello tengo gran pesar,
que á Reinaldos en ausencia
tan mal le quieran tratar;
y si tal cosa pasase
la vida me ha de costar! —
El emperador con gran enojo
que habia de lo escuchar,
alzó la mano con saña,
un bofeton le fuera dar,
porque otra vez no fuese osado
al emperador así hablar.
Mucho se enojó de aquesto
el bueno de don Roldan;
allí hizo juramento
encima de un altar,
en los dias que viviese
en Francia jamas entrar,
hasta que de todos los doce
él se hubiese de vengar.
Ya se parte don Roldan,
ya se parte, ya se va
solo con un pajecico
que le solia acompañar.
A sus jornadas contadas
á España fuera llegar.
Andando por sus caminos
á su ventura buscar,
encontró un moro valiente,
cerca estaba de la mar.
Guarda era de una puente
que á nadie deja pasar,
sino por fuerza ó por grado
con él habia de pelear,
porque su señor el rey

así se lo fuera á mandar:
que hombre que viniese armado
no lo dejase pasar:
ó que dejase las armas,
ó en el reino no habia de entrar.
Don Roldan con gran enojo
que habia de lo escuchar,
hablóle muy mesurado,
tal respuesta le fué á dar:
— Que ántes las defenderia
que no habellas de dejar,
porque nadie fuese osado
de las armas le quitar,
que no le costase la vida
al ménos, ménos costar. —
Allí le hablara el moro
bien oiréis lo que dirá:
— Pues así quereis[1], caballero,
luego se haya de librar,
que ó vos las[2] dejaréis,
ó yo quedaré con mal. —
Luego abajaron las lanzas,
fuéronse ambos á encontrar.
A los primeros encuentros
las lanzas quebrado han:
echan mano á las espadas
de priesa y no de vagar:
¡tan fuertes golpes se daban
que era cosa de mirar!
Alzó el moro su espada,
á don Roldan fué acertar
encima de la cabeza,
que lo hizo arodillar:

1 querais Canc. de rom. s. a. y 1550. 2 la Canc. de rom. s. a y 1550.

don Roldan que aquesto vido
tal golpe le fuera á dar,
que de la grande herida
luego fué á desmayar.
— Dí, moro, ¿qué has sentido?
¿Ya no curas de hablar? —
— He sentido un airecito [1]
que por medio me fué á pasar. —
Don Roldan le dijo luego,
bien oiréis lo que dirá:
— Que maldito fuese el hombre
que no sentia su mal.
Cálzate ya esa espuela
que se te quiere quitar. —
Abajóse á mirar la espuela
no se pudo levantar:
murió luego prestamente
sin mas un punto pasar.
Quitóle luego las armas
el bueno de don Roldan,
tambien le quitó los vestidos,
los suyos le fué á dejar [2],
un sayo de cuatro cuartos
con que solia caminar,
y con un su pajecico
á Francia lo fué enviar.
Armado y con sus vestidos
parecia á don Roldan:
díjole que lo llevase
adonde doña Alda está,
y dijese que era su esposo,
que le hiciese enterrar.
Desque el paje fué llegado
á Paris esa ciudad,

1 acerito Canc. de rom. s. a. y 1550. | 2 dar Silva.

mostráraselo á doña Alda
con gran angustia y pesar.
Desque vido el cuerpo muerto
pensó que era don Roldan;
los llantos que ella hacia
dolor era de mirar.
Por él lloraban los doce,
el emperador otro que tal,
llórale toda la corte,
el comun en general.
Arzobispos y perlados,
cuantos en la corte están,
con mucho pesar y tristeza
lo llevaron á enterrar.
Don Roldan muy bien armado
con las armas que fué á tomar,
fuérase para las tiendas
do el rey moro suele estar.
Era el rey moro mancebo
ganoso de pelear:
de los doce pares de Francia
él se queria vengar.
Recibióle con mucha honra
allí amor le fué á mostrar,
pensando que era el moro valiente
que los reinos solia guardar.
Díjole cómo en la puente
habia muerto á don Roldan.
El rey luego en aquel dia
á Francia lo fué á enviar:
dióle luego mucha gente,
hízole su capitan
para ir á buscar los doce
y con ellos pelear,
Ya se parte don Roldan

á Paris á la cercar:
los moros que van con él
pensaban en su pensar
que era el moro valiente
que los reinos solia guardar.
Envían luego mensajeros
á Paris, esa ciudad,
ya despues de allegados,
asentado su real,
que presto y sin dilacion
se le diese la ciudad,
ó los doce salgan luego
si por armas se ha de librar.
Respondió el emperador,
bien oiréis lo que dirá:
— Que le placia[1] de buen grado
de los doce allá enviar. —
Para un dia señalado
concertaron el pelear:
aquel dia salieron los doce
al campo para lidiar.
Los caballos llevan holgados,
no se hartan de relinchar;
con una furia muy grande
en los moros se van lanzar.
Hácese una batalla
muy cruel en la verdad;
mas los moros eran muchos
todos los fuéron captivar,
y tambien á Galalon,
así mesmo otro que tal.
¡Gran deshonra es de los doce
en dejarse así tomar!
Visto lo ha el emperador

1 place Silva.

desde su palacio real,
mandó llamar sus caballeros
para su consejo tomar.
— Ya sabeis que don Reinaldos
es buen vasallo real,
y es uno de los doce,
de los buenos el principal;
siempre miró por mi honra,
por mi corona imperial;
pues los doce le han reptado,
yo le quiero perdonar. —
Todos holgaron muy mucho
de lo que el emperador fué á fablar.
Envían luego á don Reinaldos
a do estaba á Montalvan,
que viniese luego á Paris
para con el moro pelear,
porque era cosa que cumplia
á su alta Majestad,
y tambien porque en Francia
no le hay mas singular.
Ya se parte don Reinaldos
donde los moros están:
con aquel moro valiente,
con él iba á pelear.
Consigo lleva á doña Alda
la esposica de Roldan;
mas bien sabia don Reinaldos
bien sabia la verdad,
que aquel moro valiente
era su primo don Roldan,
que un tio que tenia
le dijera la verdad;
que por arte de nigromancía
él lo fuera á hallar,

que don Roldan era vivo,
y como estaba en el real,
el cuerpo que á París trajeron
era un moro que fué á matar:
y andando por sus jornadas
al campo fuéron á llegar,
armóse luego don Reinaldos
para con el moro pelear:
á los primeros encuentros
los primos conocido se han.
Conociéronse entrambos
en el aire del pelear:
cuando iban á encontrarse,
las lanzas desviado han;
dejado han caer las armas,
al suelo las fuéron á echar;
vanse con mucho amor
el uno al otro abrazar;
allí hubieron gran placer,
olvidado han el pesar.
Mandó llamar á los moros
á todos hizo juntar
para dalles la razon
de lo que queria hablar:
— Vosotros teneis á los doce,
yo los fuera á captivar;
yo no siento ninguno
con quien haya de pelear,
si no con este hombre solo,
pues vergüenza me será. —
Don Roldan y don Reinaldos
comienzan á peloar;
tantos matan de los moros,
¡maravilla es de mirar!
Despues de muertos los moros,

y de todos los matar,
fué Roldan á su esposica
con ella placer tomar.
Cuando lo vido doña Alda,
de placer queria llorar,
las alegrías que hacen
no se podrian contar.
Vanse luego á Paris
al emperador consolar;
cuando el emperador supo
que venia don Roldan,
con toda la caballería
salió fuera de la ciudad.
— ¡Bien vengais vos, mi sobrino!
¡bueno sea vuestro llegar[1]!
¡gran placer tengo de veros
vivo y sano en verdad! —
Grandes fiestas se hacian
que no se pueden contar:
allí iban todos los doce
que á la mesa comen pan:
todos hubieron placer
de la venida de don Roldan.

Canc. de Rom. s. a. f. 78. — Canc. de Rom. 1550. f. 77. — Silva de 1550. t. II. f. 177.*

1 buena sea vuestra llegada Silva.

* Al mismo asunto se halla en las ediciones posteriores de la Silva y en la Floresta un otro romance que dice: *En Francia la noblecida*: este romance no es mas que una imitacion del nuestro, hecha con un tanto mas cuidado y artificio, y probablemente ya por un poeta artístico, ó un tal que aspiraba á serlo, quien se ha permitido interpolaciones, para hacer alarde de su conocimiento de los poemas épicos italianos. Así ha añadido una larga introduccion y de diferente asonancia (hasta el verso que dice: *guarda era de una puente*, con el asonante en *a—o*), al paso que ha copiado trozos enteros de nuestro romance.

188.

(Reinaldos. — II.)

Romance de don Reinaldos de Montalvan.

Estábase don Reinaldos
en Paris, esa ciudad,
con su primo Malgesí
que bien sabe adevinar.
Estábale preguntando,
él le queria demandar:
— Primo mio, primo mio,
primo mio natural,
mucho os ruego de mi parte
me lo querais otorgar,
pues que de nigromancía
es vuestro saber y alcanzar,
que me digais una cosa
que vos quiero demandar:
la mas linda mujer del mundo
¿adónde la podria hallar?
— Pláceme, dijo, mi primo,
pláceme de voluntad. —
Luego mandó á un espírito[1]
que le dijese la verdad,
ó se la trajese delante
presto sin mas detardar.
El, como era apremiado,
hizo luego su mandar,
que el rey moro Aliarde
tenia una hija de poca edad,
que en el mundo no habia otra
que fuese con ella igual.
Tiene su reino muy lejos,
tiénelo allende la mar,

1 espíritu Silva.

en tierras muy apartadas
que no eran para conquistar.
Reinaldos desque esto supo
no quiso mas aguardar;
pidió licencia al emperador,
él se la fué luego á dar:
no se la diera de grado,
mas contra su voluntad,
que se queria ir á los reinos,
que estaban allende el mar,
del rey moro Aliarde,
para con su hija hablar.
Despidióse del emperador,
de los doce otro que tal.
Ya se parte don Reinaldos,
ya se parte, ya se va,
íbase para los reinos
que están allende la mar:
con él iba un pajecico
que lo solia acompañar.
Andando por sus jornadas
al reino fué á llegar;
fuérase para la villa
do el rey moro suele estar:
hallólo en sus palacios
que se queria armar,
porque así lo acostumbraba
por mas se asegurar,
y luego que hubo llegado
el rey le fué saludar:
— ¿De dónde es vuestra venida?
¿o cómo os soledes nombrar?
— Señor, soy un caballero,
de Francia es mi natural:
desterróme el emperador;

de Francia no puedo entrar;
por eso vengo á servir
á tu Alteza real.
— Pues que venís muy cansado
de tan largo caminar,
reposad en mi palacio,
que podréis[1] bien descansar. —
Don Reinaldos pidió un laud,
que lo sabia bien tocar,
ya comienza de tañer,
muy dulcemente á cantar,
que todo[2] hombre que lo oía
parecia celestial.
Bien lo oia la infanta,
y holgaba de lo escuchar.
Desque lo vió tan gracioso
de gracias muy singular,
el amor que nunca cesa
en ella fué aposentar.
Tales fuéron sus amores
que no los podia encelar:
amores de don Reinaldos
no la dejan reposar.
Tambien se enamoró él de ella,
¡tanta era su beldad!
Envióio á llamar la infanta
que viniese á le hablar;
muy cortés y mesurado
las manos le fué á besar;
la infanta era discreta
y no ge las quiso dar;
mas ántes sus corazones
eran de una conformidad,

1 podeis Silva.

2 á todo Las ed. posteriores del Canc. de rom.

que de verse el uno al otro
luego se fuéron á desmayar:
desmayaron los corazones,
no dosmayó la voluntad.
Despues que fuéron recordados
comenzaron de llorar,
el uno y el otro decian
palabras de grande amar.
— Por tus amores, señora,
vine de allende la mar;
por venir á vos servir
dejara mi natural.
He dejado yo mis tierras,
al emperador quise dejar,
he dejado muchos amigos,
que me solian honrar,
he dejado á los doce,
que de ellos era principal. —
Allí habló la infanta
bien oiréis lo que dirá:
— Si por mí os desterrastes,
y quesistes acá llegar,
tened confianza en mí
que lo entiendo bien pagar:
por eso, amigo mio,
comenzáos de alegrar;
mucho os ruego que esta noche
que no querades faltar,
que vengais solo en mi cámara
adonde yo suelo estar,
porque allí solos entrambos
placer nos podamos dar.
— ¡Nunca quiera Dios, señora,
ni la santa Trinidad,
que yo tocase en la honra

á la corona real,
pues me tiene vuestro padre
por caballero leal! —
Respondióle la infanta
enojada de le escuchar:
— ¿Lo que habeis de rogar á mí
os tengo yo á vos[1] de rogar?
Yo vos juro por mi ley,
por la ley de Mahomad,
que si no haceis lo que digo
que luego os mande matar. —
Don Reinaldos con esfuerzo
tal respuesta le fué á dar:
— Que le costase la vida,
que mas no podia aventurar,
y que sin falta vernia
por hacer su voluntad. —
Aquella noche siguiente
gran placer se fuéron dar;
otro dia de mañana
á su posada se va.
No pasaron muchos dias,
pocos fuéron á pasar,
que el traidor de Galalon,
aquel traidor desleal,
envió cartas á Aliarde,
cartas para le avisar
que en su corte tenia
á don Reinaldos[2] de Montalvan,
que á otra cosa no habia ido
sino á le deshonrar:
que guardase bien su hija,
no se la quisiese fiar,
que no fué por otra cosa

1 á vos falta en la Silva. 2 á Reinaldos Silva.

sino por amores tomar.
El rey que vido las cartas
los suyos mandó llamar,
para que tomen á Reinaldos
y lo hayan de aprisionar.
Tomólo gran gente de armas
por mas seguro le tomar;
echanle en una prision
de muy grande escuridad.
Aconsejóse con los suyos,
tomó consejo real,
qué debian hacer al triste,
ó qué castigo le pueden[1] dar.
Hallaron por sus derechos,
por la razon natural,
pues habia sido traidor
á la corona real,
que era digno de la muerte
y se la hubiesen de dar.
Todos firman la sentencia,
el rey la fué á firmar:
la sentencia ya era dada
para habello de degollar.
Allí estaba un pajecico
que la infanta fué á criar,
va corriendo á la infanta
de priesa y no de vagar.
Sola estaba la infanta,
á nadie queria escuchar;
entra el paje por la puerta,
comiénzale de hablar:
— Por amor de vos, señora,
hoy se hace gran crueldad,
que aquel caballero extraño

1 puedan Silva.

por vos le quieren degollar. —
De lo que dijo el pajecico
ella tuvo gran pesar:
vase para el palacio
donde el rey solia estar:
tal entraba por la puerta
que á todos queria matar.
— ¿Qué es aquesto, señor padre?
aquesto ¿qué puede estar?
¿Sin saber cierto las cosas,
al cabo las quereis llevar[1]?
La sentencia que habeis dado
vos la querais[2] revocar,
que si don Reinaldos muere
á mí primero habeis de matar.
No sabiendo la verdad
no me querais disfamar.
Las cartas de Galalon,
que él vos fué á enviar,
son por volveros con él,
para hacelle matar,
por envidia que dél tiene[3],
porque en vuestra corte está[4],
que en Paris ni en toda Francia
nadie se le puede igualar.
Por eso os ruego, señor,
la vida le querais dar.
— Pláceme, dijera el rey,
pláceme de voluntad;
mas con una condicion:
que en mis reinos no ha de estar. —
Allí luego la infanta

1 llegar Canc. de rom. s. a. y 1550.
2 quereis Canc. de rom. s. a. y 1550.
3 tiene dél Canc. de rom. s. a. y 1550.
4 quiere estar Canc. de rom. s. a. y 1550.
por querer con vos estar Las ed. post. del Canc. de rom.

las manos le fué á besar:
mándanle quitar los grillos
y de la prision sacar,
y entónces el buen rey
le mandara desterrar.
Ya se parte de la corte
con dolor y gran pesar
por dejar á su señora,
con ella no poder quedar.
Maldecia su ventura,
no cesaba de llorar;
á sus jornadas contadas
en Francia fué á llegar:
y vase luego derecho
á la villa de Montalvan.
El rey quedaba pensoso,
á su hija queria casar,
mas no sabia con quién
á su honra la pudiese dar.
Envió cartas por todo el mundo,
todo el mundo en general,
que quien quisiere heredar su reino,
y con su hija casar,
que dentro de treinta dias
viniese á su corte real
para hacer un torneo
para mas honra ganar,
y el que mejor lo hiciese
con la infanta haya de casar.
Don Reinaldos cuando lo supo
mucho se fué á alegrar,
porque si él allá iba
el campo entiende de ganar.
Luego pidió su caballo,
las armas otro que tal,

mucho rogó á su primo,
á su primo don Roldan,
que se quisiese ir con él
por mayor honra llevar.
Ya se parte don Reinaldos;
con él iba don Roldan,
á sus jornadas contadas
al reino de moros llegado han.
Sabido lo ha Galalon
que á tierra de moros van,
luego envió un mensajero
para al rey moro avisar,
que su criado don Reinaldos,
y su primo don Roldan
eran idos á su reino
para habello de matar.
Cuando el rey supo tal nueva
de ello se fué á maravillar:
envió á hombres de armas
que los fuesen á buscar.
Allí habló un caballero,
bien oiréis lo que dirá:
— ¡Vergüenza es de tanta gente
á dos solos ir á buscar!
Dédesme licencia á mí
que yo solo me quiero andar. —
El rey dijo que[1] le placia
de muy buena voluntad.
Ya se parte aquel moro,
ya se va á los buscar;
vase para una posada
adonde él solia posar:
en entrando por la puerta
con ellos fuera á encontrar:

1 Dijo el rey Silva.

conoció á don Reinaldos
que con él solia holgar.
— Pésame mucho de vosotros,
en mí tengo gran pesar,
que el rey sabe que estáis aquí
haos mandado matar:
ruego vos mucho, señores,
que me digais la verdad,
porque el rey tenia cartas
que Galalon le fué á enviar
avisándole de cierto
que le queríades matar. —
Respondiera don Reinaldos:
— ¡Nunca Dios quiera tal!
El rey no es mi enemigo,
ni yo lo queria mal;
mas hemos venido al campo
que el rey mandó[1] pregonar. —
Mucho se holgó el moro
de tal razon[2] escuchar,
que viniesen en hora buena
para al campo á pelear.
Otro dia de mañana
comiénzanse de aparejar,
y sálense luego al campo
donde habian de tornear.
Mataron tantos de moros
que no hay cuento ni par.
Bien veia la infanta
á Reinaldos y á Roldan[3]:
lloraba de los sus ojos
que no les podia ayudar.

1 mandara Canc. de rom. s. a. y 1550.
2 de tales razones Canc. de rom. s. a. y 1550.
3 don Roldan Canc. de rom. s. a. y 1550.

Envióles un pajecico,
que fuesen á le hablar,
que se lleguen al castillo
por ver si les podria hablar.
Ellos rompiendo entre la gente
al castillo llegado han:
la infanta cuando los vido
de allí se dejó colgar:
tomándola don Reinaldos
en su caballo la fué á tomar.
Mataron tantos de moros
que no tienen cuento ni par;
por muchos moros que vinieron
no se la pudieron quitar[1]:
á sus jornadas contadas
á Paris fuéron llegar.
El emperador cuando lo supo
á recebírselos sale,
con él salen los doce pares
y toda la corte real.
Si hasta allí eran esforzados,
agora lo eran mucho mas.

Canc. de Rom. s. a. fol. 72. — Canc. de Rom. 1550. fol. 71. — Silva de 1550. t. II. fol. 170.* —

1 por mas moros que vinieron
no se la pueden quitar
Las ed. post. del Canc. de rom.

por mas moros que vinieran
no se la pudieron quitar
Silva ed. de 1582.

* Enla Silva, ed. de 1582, y en la Floresta hay otro romance al mismo asunto, que dice: *Cuando aquel claro lucero;* pero ya contrahecho de este por un poeta artístico, como se echa de ver por el mismo título que lleva en un pliego suelto del siglo XVI. donde dice: (Romance) *Hecho por un gentilhombre. Agora de nuevo muy fuera del propósito de los otros, como por él parecerá.*

189.

(Reinaldos. — III.)

Romance de la prision y destierro de don Renaldos y de cómo estando desterrado vino á ser Emperador de Trapisonda.

Ya que estaba don Renaldos
fuertemente aprisionado,
para haberlo de sacar
á luego ser ahorcado,
porque el gran emperador
ansí lo habia mandado,
cuando llegó don Roldan
de todas armas armado,
en el fuerte Briador
su poderoso caballo,
y la fuerte Durlindana
muy bien ceñida á su lado,
la lanza como una entena,
el fuerte escudo embrazado,
vestido de fuertes armas
y él con ellas encantado.
Por la visera del yelmo
fuego venia lanzando;
retemblando va la lanza
como un junco muy delgado,
y á toda la hueste junta
fieramente amenazando:
— ¡Nadie toque en don Renaldos
si quiere ser bien librado!
¡quien otra cosa hiciere
él será tan bien pagado,
que todo el resto del mundo
no le escape de su mano,
sin quedar hecho pedazos,
ó muy bien escarmentado! —

Serenos estaban todos
hasta ver en qué ha parado;
nadie no se removia
contra tan buen abogado.
Allí el fuerte don Roldan
junto á Cárlos se ha llegado
diciendo de esta manera,
de encima de su caballo:
— No es cosa de emperador
lo que tienes ordenado;
el caballero que se viene
de su voluntad y grado;
¿cómo es esto, señor,
que ansí ha de ser tratado?
Endemas la flor del mundo,
como claro está probado,
siendo de tu propia sangre,
tan cercano emparentado,
manso como un corderico
ante tí se ha presentado,
sabiendo tu Majestad,
que nadie hubiera bastado,
ni el mundo todo junto
á prendello ni á matallo,
y mas agora, señor,
que estaba tan prosperado,
pudiera correr tus tierras
y mas conquistar tu Estado,
como otras veces solia
tenerte en Paris cercado,
y tú ni nadie por ti
le osaba salir al campo.
¿Quieres tú quitar la vida
á quien á ti te la ha dado?
No una vez sino ciento

de peligros te ha sacado,
poniéndose á la muerte
por acrecentar tu Estado.
¿Y este pago le tenias,
di, señor, aparejado?
¡Si á todos pagas así,
tú serás harto afamado!
¡De excelente pagador
rica fama habrás ganado! —
Respondió el emperador
como mal aconsejado:
— !Oh cómo hablas, sobrino,
con rostro tan enojado!
¿no sabeis que este traidor
muchas veces ha robado?
por caminos y carreras
las gentes ha despojado,
y muchos piden justicia
de los que él ha salteado,
y si agora lo soltamos
volverá á lo regostado. —
Allí dijo don Roldan:
— Eso tú lo has causado;
diérasle tú en que viviera
de cuanto te ha acrescentado.
¿Y por qué razon, señor,
jamas te has acordad?
que á otros menores que él,
y que ménos te han honrado
muy muchas villas y tierras
de tu mano les has dado,
y aqueste que es el mejor
siempre fué de ti olvidado.
¿De qué habia de vivir
andando de contino armado?

Con sus vigorosos brazos
muchas veces ha librado
la cristiandad de peligro
del cruel pueblo pagano.
Bien sabeis que ya los moros
todos dél están temblando,
y que por su miedo dél
contigo se han concertado.
Por estar seguros dél
las parias te han enviado,
y agora si ellos tuviesen
el seguro de su mano,
yo sé bien que no tardasen
en haberse levantado,
por donde la cristiandad
harto mal habria ganado.
Digo que no es de perder
en tus reinos tal vasallo;
tristes serán los cristianos
por tal brazo que han cobrado:
si lo perdiesen agora
no volverán á cobrallo,
porque ya no vuelven todos
por su vida, honra y estado,
que hoy todo junto lo pierde,
si de Dios no es remediado.
¡Oh caballeros de Francia!
decí, ¿habeis olvidado
de cuántas graves afrentas
Renaldos vos ha sacado?
¿Por qué agora consentis
ante vos ser tal tratado
vuestro fuerte capitan,
de todos primo y hermano?
No consienta nadie, no,

tan gran tuerto ser pasado,
que juro por Sant Dionis,
y al Eterno soberano,
que en lo tal yo no consienta,
ni tal será ejecutado,
ó todo el mundo se guarde
de mi espada y de mi mano;
que si tal se ejecutare
será de mí tan bien vengado,
que toda Francia lo llore
por no habello remediado,
y tírense todos afuera,
no sea nadie tan osado
de querer luego estrenar
lo que yo tengo jurado.
¡Sus de presto, Maganceses!
¡afuera, afuera, priado!
No me pare mas ninguno,
buscá veredas temprano. —
Viérades á Galalon
con su Maganza ciscado,
y tanto, que él no quisiera
ser allí entónces hallado.
Y tornando luego á Cárlos,
prosiguiendo en su hablado,
dijo: — ¿Qué quieres, señor,
que persigues á Renaldos?
Di, ¿no sabes tú, señor,
y está muy claro probado,
que lo mas que él tenia
haberlo á moros ganado?
Debríate ya bastar
que á perder lo has echado
destruyéndole una villa
sola, que Dios le habia dado.

Si la cabeza do sale
todo aquesto en que has andado
ella fuese ya cortada
quedaria sosegado
todo el tu gran imperio
que no te cantase gallo. —
Respondió el emperador
algun tanto ya amansado:
— ¡Oh mi querido sobrino,
no te tornes tan airado,
ni pase mas adelante
lo que llevas comenzado!
Hágase como quisieres
y sea luego soltado;
mas con esta condicion:
que lo doy por desterrado
con gran pleitomenage,
que ante mí haya jurado,
que solo y sin compañía
á Jerusalem, descalzo
en hábito de romero
sea luego encaminado,
y que mas aquí no pare
del tercero dia pasado,
y jamas no torne en Francia
sin mi licencia y mandado;
y que su mujer é hijos
acá se hayan quedado,
y sus hermanos tambien,
todos á muy buen recaudo,
porque si él algo hiciere
en ellos seré yo vengado. —
Lo cual así se cumplió,
segun de suso contado,
que luego al tercero dia

Reinaldos se ha aparejado
de esclavina y de bordon,
y una maleta á su lado,
para echar las limosnas
que por Dios le hubiesen dado.
Vistió una gruesa camisa,
como penitente armado,
llorando de los sus ojos
con corazon trespasado.
Despidiéndose á la corte
de cuantos le han amado,
y á todos los doce pares
mucho les ha encomendado.
la su mujer é hijitos
que por ellos hayan mirado,
y tambien por sus hermanos
que en prision les ha dejado,
diciendo que por ventura
jamas seria tornado;
mas quizá en algun tiempo
les seria bien pagado
á todos los que miraren
por las prendas que ha dejado.
Sus lágrimas eran tantas
que á todos han convidado
á quebrar sus corazones
de le ver tan lastimado.
Ya se va el nuevo romero
del todo desconsolado:
de toda la cristiandad
iba ya desamparado,
aunque él por muchas veces
la habia bien abrigado,
defendiéndola de moros
con corazon esforzado.

Capitan de los cristianos
por el mundo era llamado;
tal fuerza contra paganos
por jamas se ha hallado.
Mas al cabo de tres dias
que ansí desnudo y descalzo
caminaba con paciencia
con su bordon en la mano,
y con espesos gemidos
y sospiros que iba dando,
don Roldan fué en pos de él
en su lijero caballo,
y alcanzólo á una montaña
saliendo por un atajo.
Desque lo vido Renaldos
á mal lo hubo tomado;
mas el leal don Roldan
otro llevaba pensado,
pues le dijo luego ansí
al momento y en llegando:
— ¡Oh flor de caballería!
¿dónde vas tan desmayado?
¿qué es de tus caballerías?
¿dónde las has ya dejado?
¿qué es de las tus fuertes armas?
¿qué es de tu fuerte caballo?
Ves aquí tu buena espada,
cata aquí do te la traigo;
torna, torna, señor primo,
que yo haré ser alzado
el destierro, que te fué
tan á tuerto sentenciado;
y no me tengan por Roldan
si no fuere ansí acabado,
que yo sacaré del mundo

á quien quisiere estorballo,
porque tan buen caballero
no sea en Francia faltado:
que mas vales tú que todos
cuantos allá han quedado. —
Mas por mas que le rogó
nada le fué otorgado,
ni jamas volvió con él
á lo que le era rogado,
por no dejar su camino
á cumplir lo que ha jurado;
que entre buenos caballeros,
así es acostumbrado,
de perder ántes la vida
que no hacer quebrantado
el homenaje que hacen
donde les es demandado.
Mas tomó su rica espada
que Roldan le habia llevado,
para la llevar secreta
debajo su pobre hato,
por si algo le viniere
que tenga de que echar mano;
y ansí se despiden los dos
harto gimiendo y llorando,
que peor les fué el partir,
que no morir peleando.
Mas aquel noble guerrero
mucho se va encomendando
al muy alto Jesucristo,
por el cual él fué guiado
á las tierras del gran Can,
do fué muy maravillado
por tan alto caballero
cómo ante él era llegado

tan descalzo y tan desnudo,
tan hambriento y fatigado.
Mas como quiera que fuesen
en el tiempo ya pasado
ambos hermanos en armas,
gran fiesta le ha ordenado,
y despues que le contó
todo su hecho pasado,
el gran Can le respondió:
— ¡Oh mi buen señor y hermano!
pídeme lo que quisieres
para volver contra Carlo.
Ves aquí do tengo junto
nuestro gran poder pagano,
que no hay cosa que no hagan
por mi servicio y mandado:
irán comigo y contigo
á hacerte bien vengado,
y segun, señor, tú eres
en armas tan estimado,
con este tan gran poder
que de acá hayas llevado,
muy de presto podrás ser
en cristianos coronado,
á pesar de quien pesare
sin poder ser estorbado,
que mas pertenece á ti
que no aquel falso de Cárlos,
pues tan mal ha conoscido
cuanto le has administrado.
— No lo mande Dios del cielo,
le responde don Renaldos,
que yo quiebre el homenaje,
que en Francia hube jurado,
que yo ni otro por mí

no vuelva contra cristianos. —
Vista ya su voluntad
el gran Can, fué acordado
por complacer á Renaldos
y subirlo en alto estado,
que seria bueno ir
con treinta mil de caballo
sobre aquel emperador
de Trapisonda nombrado,
que muy mucho mal hacia
á todos sus comarcanos,
usurpándoles las tierras
por fuerza, que no de grado.
Renaldos que tal oyó
presto fué aparejado,
no de esclavina y bordon,
ni ménos maleta al lado,
mas de buen caballo y armas,
en lo que era acostumbrado.
Tomando los treinta mil
tales mañas se ha dado,
como aquel que en ellas era
maestro bien afamado.
Halló al emperador
que tenia puesto campo
sobre una gran ciudad,
cient mil y mas de caballo:
pegó con ellos de noche
al mejor sueño tomando:
recordólos de tal suerte
que pocos han escapado;
porque el triste campo estaba
durmiendo, tan descuidado,
que cuando el alba rompió
los mas se han abajado

con su señor al infierno,
que los estaba esperando,
salvo aquellos que se dieron
á merced de don Renaldos,
por do luego presto fué
emperador coronado,
sojuzgando muchos reyes
y señores de alto grado,
de lo cual luego escribió
á su enemigo Carlo-Magno.
Con riquísimos presentes
mensajes le ha despachado
pidiéndole de merced,
que allá le haya enviado
alguna gente cristiana,
que no hay mas de un cristiano,
que es el mesmo don Renaldos,
el valiente y esforzado,
y noble en toda virtud,
hermoso y muy agraciado.
Mas tal odio le tenia
el ya dicho Carlo-Magno,
que en lugar de socorrer
á la hora ha pregonado
que no vaya nadie allá,
so pena de su mandado,
ni tampoco le enviasen
la mujer, hijos y hermanos.
Mas Roma y Costantinopla
le enviaron tal recaudo,
que sin ir nadie de Francia
cristianos le han sobrado.

Canc. de Rom. s. a. f. 115. — Canc. de Rom. 1550. f. 114. —

190.

ROMANCES DEL CONDE CLAROS.

Romance del conde Claros de Montalvan. — I.

Media noche era por filo,
los gallos querian cantar,
conde Claros con amores
no podia reposar:
dando[1] muy grandes sospiros
que el amor le hacia dar,
por[2] amor de Claraniña
no le deja[3] sosegar.
Cuando vino la mañana
que queria alborear,
salto diera de la cama
que parece un gavilan.
Voces da por el palacio,
y empezara de llamar:
— Levantá[4], mi camarero,
dáme[5] vestir y calzar. —
Presto estaba el camarero
para habérselo de dar:
diérale calzas de grana,
borceguís de cordoban;
diérale jubon de seda

1 tirando Las ed. poster. del Canc. de rom.
2 porque Las ed. poster. del Canc. de rom.
que amores Floresta.
3 dejan Floresta.
4 Levantáos Las ed. post. del Canc. de rom. Floresta.
5 dadme Las ed. post. del Canc. de rom. Floresta.

aforrado en zarzahan[1];
diérale un manto rico
que no se puede apreciar;
trescientas piedras preciosas
al derredor del collar;
tráele un rico caballo
que en la corte no hay su par,
que la silla con el freno
bien valia una ciudad,
con trescientos cascabeles
al rededor del petral;
los ciento eran de oro,
y los ciento de metal,
y los ciento son de plata
por los sones concordar;
y vase para el palacio,
para el palacio real.
A la infanta Claraniña
allí la fuera hallar,
trescientas damas con ella
que la van acompañar.
Tan linda va Claraniña,
que á todos hace penar.
Conde Claros que la vido
luego va descabalgar;
las rodillas por el suelo
le comenzó de hablar:
— Mantenga Dios á tu Alteza.
— Conde Claros, bien vengais. -
Las palabras que prosigue
eran para enamorar:
— Conde Claros, conde Claros,
el señor de Montalvan,
¡cómo habeis hermoso cuerpo

1 gorgoran Floresta.

para con moros lidiar! —
Respondiera el conde Claros,
tal respuesta le fué á dar:
— Mi cuerpo[1] tengo, señora,
para con damas holgar:
si yo os tuviese esta noche,
señora, á mi mandar,
otro dia en la mañana[2]
con cient moros pelear[3],
si á todos no los venciese
que me mandase[4] matar.
— Calledes, conde, calledes,
y no os querais alabar:
el que quiere servir damas
así lo suele hablar,
y al entrar en las batallas
bien se saben excusar.
— Si no lo creeis, señora,
por las obras se verá:
siete años son pasados
que os empecé de amar,
que de noche yo no duermo,
ni de dia puedo holgar.
— Siempre os preciastes, conde,
de las damas os burlar;
mas dejáme ir á los baños,
á los baños á bañar;
cuando yo sea bañada
estoy á vuestro mandar. —
Respondiérale el buen conde,
tal respuesta le fué á dar:

1 mejor lo Las ed. post. del Canc. de rom.
2 querria la otra mañana Las ed. post. del Canc. de rom.
y otro dia de mañana Floresta.
3 diria: peleare?
4 mandasen Las ed. post. del Canc. de rom.
mandásedesme Floresta.

— Bien sabedes vos, señora,
que soy cazador real;
caza que tengo en la mano
nunca la puedo dejar. —
Tomárala por la mano,
para un vergel se van;
á la sombra de un acipres [1],
debajo de un rosal,
de la cintura arriba [2]
tan dulces besos se dan,
de la cintura abajo
como hombre y mujer se han [3].
Mas la fortuna adversa
que á placeres da pesar [4],
por ahí pasó un cazador,
que no debia de [5] pasar,
detras de una podenca [6],
que rabia debia matar.
Vido estar al conde Claros
con la infanta á bel [7] holgar.
El conde cuando le vido
empezóle de llamar:
— Ven acá tú, el cazador,
así Dios te guarde de mal:
de todo lo que has visto
tú nos tengas poridad.
Darte he yo mil marcos de oro,
y si más quisieres, más;

1 cipres Silva.
limon Floresta.
2 con grande contentamiento Flor.
3 muy dulces besos se dan
con el amor que se tienen,
que era cosa de admirar
Floresta.
4 Mas la fortuna que es adversa
que á placeres ó á pesar Canc. de rom. s. a. y 1550.
Mas fortuna que es adversa
á placeres, y á pesar Las ed. post. del Canc.
Mas fortuna que es adversa
que á placeres da pesar Flor.
5 debiera Silva.
6 en busca de una podenca Silva.
en busca va de un azor Flor.
7 á lindo Las ed. post. del Canc.
á mas Floresta.

casarte he con una doncella
que era mi prima carnal;
darte he en arras y en dote
la villa de Montalvan:
de otra parte la infanta
mucho mas te puede dar[1]. —
El cazador sin ventura
no les quiso escuchar:
vase para los palacios
ado[2] el buen rey está.
— Manténgate Dios, el rey,
y á tu corona real:
una nueva yo te traigo
dolorosa y de pesar,
que no os cumple[3] traer corona
ni en caballo cabalgar.
La corona de la cabeza
bien la podeis vos[4] quitar,
si tal deshonra como esta
la hubieseis de comportar;
que he hallado la infanta
con Claros de Montalvan,
besándola y abrazando
en vuestro huerto real:
de la cintura abajo
como hombre y mujer se han[5]. —
El rey con muy grande enojo
al cazador mandó matar,
porque habia sido osado
de tales nuevas llevar[6].

1 de otra parte del' infanta
mucho mas te puedo dar Canc. de rom. s. a. y 1550.
2 adonde Silva. Flor. Las ed. post. del Canc.
3 no te cumple Las ed. post. del Canc.
4 bien te la puedes Las ed. post. del Canc.
bien os la podeis Flor.
5 de lo cual dolor yo tuve
y no quisiera ver tal Flor.
6 le dar Silva.

Mandó llamar sus alguaciles
apriesa, no de vagar,
mandó armar quinientos hombres
que le[1] hayan de acompañar
para que prendan al conde
y le hayan de tomar[2],
y mandó cerrar las puertas,
las puertas de la ciudad.
A las puertas del palacio
allá le fuéron á hallar,
preso llevan al buen conde
con mucha seguridad[3],
unos grillos á los piés,
que bien pesan un quintal;
las esposas á las manos,
que era dolor de mirar;
una cadena á su cuello,
que de hierro era el collar.
Cabálganle en una mula
por mas deshonra le dar:
metiéronle en una torre
de muy gran escuridad:
las llaves de la prision
el rey las quiso llevar,
porque sin licencia suya
nadie le pueda hablar.
Por él rogaban los grandes
cuantos en la corte están,
por él rogaba Oliveros,
por él rogaba Roldan,
y ruegan los doce pares
de Francia la natural;
y las monjas de Sant Ana

1 los Silva. les Flor.
2 ó le hayan de matar Flor.
3 riguridad Flor.

con las de la Trinidad
llevaban un crucifijo
para al buen rey[1] rogar.
Con ellas[2] va un arzobispo
y un perlado y cardenal;
mas el rey con grande enojo
á nadie quiso escuchar,
antes de muy enojado
sus grandes mandó llamar.
Cuando ya los tuvo juntos
empezóles de hablar:
— Amigos y hijos mios,
á lo que vos hice llamar,
ya sabeis que el conde Claros,
el señor de Montalvan,
de cómo[3] le he criado
fasta ponello en edad,
y le he guardado su tierra,
que su padre le fué á dar,
el que morir no debiera,
Reinaldos de Montalvan,
y por facelle yo mas grande,
de lo mio le quise dar;
hícele gobernador
de mi reino natural.
Él por darme galardon,
mirad, en qué fué á tocar,
que quiso forzar la infanta,
hija mia natural.
Hombre que lo tal comete
¿qué sentencia le han de dar? —
Todos dicen á una voz
que lo hayan de degollar,

1 para al rey poder Las ed. post. del Canc.
2 ellos Canc. de rom. s. a. y 1550.
3 de niño Las ed. post. del Canc.

y así la sentencia dada
el buen rey la fué á firmar.
El arzobispo que esto viera
al buen rey fué á hablar,
pidiéndole por merced
licencia le quiera dar
para ir á ver al conde
y su muerte le denunciar.
— Pláceme, dijo el buen rey,
pláceme de voluntad;
mas con esta condicion:
que solo habeis de andar
con aqueste pajecico
de quien puedo bien fiar. —
Ya se parte el arzobispo
y á las cárceles se va.
Las guardas desque lo vieron
luego le dejan entrar;
con él iba el pajecico
que le va á acompañar.
Cuando vido estar al conde
en su prision y pesar,
las palabras que le dice
dolor eran de escuchar.
— Pésame de vos, el conde[1],

1 Desde este verso hasta el que dice: *Por ellas quiero gastar*, hay una otra version antigua que va por romance separado en el Cancionero general y en él de romances, y en el primero ha servido de tema á una glosa de Francisco de Leon. — Daremos aquella version en la nota al fin de nuestro texto, no habiendo tenido por bien de sustituirla á la nuestra, porque en aquella version dice el arzobispo, que el rey no le quiso escuchar:

que la sentencia era dada,
no se podia revocar;

lo que no va en todo conforme con la narracion que antecede en nuestro texto. — Hemos este empero purificado, suprimiendo, como interpolacion manifiesta, la glosa en dos décimas, intercalada entre el verso que dice: *Dignos son de perdonar*, y el de: *Por vos he rogado al rey*, aunque la llevan ya las ediciones mas antiguas de la Silva y del Cancionero de rom. — Se echa de ver por aquellas versiones diferentes é interpolaciones, que este pasaje habia servido y

cuanto me puede pesar,
que los yerros por amores
dignos son de perdonar.
Por vos he rogado al rey,
nunca me quiso escuchar,
antes ha dado sentencia
que os hayan de degollar.
Yo vos lo dije, sobrino,
que vos dejásedes de amar,
que el que las mujeres ama
atal galardon le dan,
que haya de morir por ellas
y en las cárceles penar. —
Respondiera el buen conde
con esfuerzo singular:
— Calledes por Dios, mi tio,
no me querais enojar,
quien no ama las mujeres
no se puede hombre llamar;
mas la vida que yo tengo
por ellas quiero gastar. —
Respondió el pajecico,
tal respuesta le fué á dar:
— Conde, bienaventurado

muy temprano de tema favorito á los glosadores, y que las dos versiones conocidas, aunque purificadas de las interpolaciones manifiestas, tienen todavia apariencias de refundiciones y amplificaciones, en oposicion con la sencillez de lo restante. — Queda pues libre el campo á la conjetura, y séanos lícito, sacando de las dos versiones antiguas los versos que tenemos por genuinos, de aventurar un texto un tanto mas aproximativo al primitivo que diria asi:

— Pésame de vos, el conde,
cuanto me puede pesar,
que los yerros por amores
dignos son de perdonar.
Supliqué por vos al rey,
nunca me quiso escuchar,
antes ha dado sentencia
que os hayan de degollar.
Más os valiera, sobrino,
de las damas no curar,
que firmeza de mujeres
no puede mucho durar.
— Calledes por Dios, mi tio,
no me querais enojar,
que tales palabras, tio,
no las puedo comportar;
quiero mas morir por ellas
que vivir sin las mirar. —

siempre os deben de llamar,
porque muerte tan honrada
por vos habia de pasar;
mas envidia he de vos, conde[1],
que mancilla ni pesar:
mas querria ser vos, conde,
que el rey que os manda matar,
porque muerte tan honrada
por mi hubiese de pasar.
Llaman[2] *yerro la fortuna*
quien no la sabe gozar,
la priesa del cadahalso
vos, conde, la debeis dar;
si no es dada la sentencia
vos la debeis de firmar. —
El conde que esto oyera
tal respuesta le fué á dar:
— Por Dios te ruego, el paje,
en amor de caridad,
que vayas á la princesa
de mi parte á le rogar,
que suplico á su Alteza
que ella me salga á mirar,
que en la hora de mi muerte
yo la pueda contemplar,
que si mis ojos la veen
mi alma no penará[3]. —

1 Tambien desde este verso hasta él de *Vos la debeis de firmar*, debia ser un tema favorito de los trovadores: así hay en el Cancionero general y él de rom. un romance contrahecho por Lope de Sosa, con villancico, que Sória ha glosado; y tambien en este pasaje se deja sentir en nuestro texto ya la mano artística, pues tiene su puntita de afectado. Serian ya interpolados los versos que hemos impreso en letra *cursiva*. — De haber contrahecho Lope de Sosa un trozo de nuestro romance, se puede concluir, que este ya á mediados del siglo XV, cuando aquel trovador vivió, corria en mano de todos. Véase Clemencin al Quijote, Tomo V pag. 391.

2 llama Floresta.

3 mi alma no ha de penar Las ed post. del Canc. de rom.

Ya se parte el pajecico,
ya se parte, ya se va,
llorando de los sus ojos
que queria reventar.
Topara con la princesa,
bien oiréis lo que dirá:
— Agora es tiempo, señora,
que hayais de remediar,
que á vuestro querido el conde
lo llevan á degollar. —
La infanta que esto oyera
en tierra muerta se cae[1];
damas, dueñas y doncellas
no la pueden retornar[2],
hasta que llegó su aya
la que la fué á criar.
— ¿Qué es aquesto, la infanta?
aquesto, ¿qué puede estar?
— ¡Ay triste de mí, mezquina,
que no sé qué puede estar!
¡que si al conde me matan
yo me habré desesperar[3]!
— Saliésedes vos, mi hija,
saliésedes á lo quitar[4]. —
Ya se parte la infanta,
ya se parte, ya se va:
fuése para el mercado
donde lo han de sacar.
Vido estar el cadahalso
en que lo han de degollar,
damas, dueñas y doncellas

1 fué á dar Flor.
2 recordar Silva.
3 yo habré desesperar Las ed. post. del Canc.
yo me iré á desesperar Flor.
4 saliésedeslo quitar Canc. de rom. s. a. y 1550.
saliésedeslo á quitar Silva y Las ed. post. del Canc. Flor.

que lo salen á mirar.
Vió venir la gente de armas
que lo traen á matar,
los pregoneros delante
por su yerro publicar.
Con el poder de la gente
ella no podia pasar.
— Apartádvos, gente de armas,
todos me haced lugar,
¡si no! ... ¡por vida del rey,
á todos mande matar! —
La gente que la conoce
luego le hace lugar,
hasta que llegó al conde
y le empezara de hablar:
— Esforzá, esforzá, el buen conde,
y no querais desmayar,
que aunque yo pierda la vida,
la vuestra se ha de salvar. —
El alguacil[1] que esto oyera
comenzó de caminar;
vase para los palacios
adonde el buen rey está.
— Cabalgue la vuestra Alteza,
apriesa, no de vagar,
que salida es la infanta
para el conde nos quitar.
Los unos manda que maten,
y los otros enforcar:
si vuestra[2] Alteza no socorre,
yo no puedo remediar. —
El buen rey de que esto oyera
comenzó de caminar,
y fuése para el mercado

1 El alcalde Flor. 2 si tu Silva.

ado el conde fué á hallar.
— ¿Qué es esto, la infanta?
aquesto, ¿qué puede estar?
¿La sentencia que yo he dado
vos la quereis revocar?
Yo juro por mi corona,
por mi corona real,
que si heredero tuviese
que me hubiese de heredar,
que á vos y al conde Claros
vivos vos haria quemar.
— Que vos me mateis, mi padre,
muy bien me podeis matar,
mas suplico á vuestra Alteza,
que se quiera él acordar
de los servicios pasados
de Reinaldos de Montalvan,
que murió en las batallas,
por tu corona ensalzar:
por los servicios del padre
al hijo debes galardonar;
por malquerer de traidores
vos no le debeis matar,
que su muerte será causa
que me hayais de disfamar.
Mas suplico á vuestra Alteza
que se quiera consejar,
que los reyes con furor
no deben de sentenciar,
porque el conde es de linaje
del reino mas principal,
porque él era de los doce
que á tu mesa comen pan.
Sus amigos y parientes
todos te querrian mal,

revolver te hian guerra,
tus reinos se perderán. —
El buen rey que esto oyera
comenzara á demandar:
— Consejo os pido, los mios,
que me querais consejar. —
Luego todos se apartaron
por su consejo tomar.
El consejo que le dieron,
que le haya de perdonar
por quitar males y bregas,
y por la princesa afamar.
Todos firman el perdon,
el buen rey fué á firmar:
tambien le aconsejaron,
consejo le fueron dar,
pues la infanta queria al conde,
con él haya de casar.
Ya desfierran al buen conde,
ya lo mandan desferrar:
descabalga de una mula,
el arzobispo á desposar.
El tomóles de las manos,
así los hubo de juntar[1].
Los enojos y pesares
en placer hubieron de tornar[2].

Canc. de rom. s. a. fol. 83. — Canc. de rom. 1550 fol. 82. — Silva de 1550 t. II. fol. 182. — Floresta de var. rom.*

---

1 jurar Silva.
2 placeres se han de tornar Las ed. post. del Canc.
en placer van á tornar Flor.

* Siguen en las ediciones posteriores del Cancionero de romances y en la Floresta dos décimas glosando otra vez el diálogo entre el arzobispo *(Su tio al conde)* y el conde *(Respuesta y fin)* en la cárcel. Luego viene en el Canc. de rom. la otra version que hemos mencionado al mismo pasaje de nuestro texto desde el verso que dice: *Pesame de vos, el conde*, y que anotamos aquí:

191.

(Conde Claros. — II.)

A caza va el emperador
á Sant Juan de Montiña;
con él iba el conde Claros
por le tener compañía.
Contándole iba, contando
el gran menester que tenia.
— No me lo digais, el conde,
hasta despues á la venida.
— Mis armas tengo empeñadas
por mil marcos de oro y mas,
otros tantos debo en Francia
sobre mi buena verdad.
— Llámenme mi camarero
de mi cámara real;
dad mil marcos de oro al conde
para sus armas quitar;

Otro romance del conde Claros.

Pésame de vos, el conde,
porque así os quieren matar,
porque el yerro que hecistes
no fué mucho de culpar;
que los yerros por amores
dignos son de perdonar.
Supliqué por vos al rey,
que os mandase delibrar,
mas el rey con gran enojo
no me quisiera escuchar;
que la sentencia era dada
no se podia* revocar,
pues dormistes con la infanta
habiéndola de guardar.
Mas os valiera, sobrino,
de las damas no curar,
que quien mas hace por ellas
tal espera de alcanzar,
que de muerto ó de perdido
ninguno puede escapar;
que firmeza de mujeres
no puede mucho durar.
— Que tales palabras, tio,
no las puedo comportar,
quiero mas morir por ellas
que vivir** sin las mirar.

Cancionero de Constantina. f. 56. — Canc. gen. ed. de 1511. fol. 131. — Canc. de rom. s. a. f. 90. — Canc. de rom. 1550. f. 90.

* podria Canc. de Constantina.

** morir Canc. de rom. s. a. y 1550.

Hay en fin tambien una version portuguesa muy popular de este romance del conde Claros, la cual lleva inserta con el título de: Claralinda, el señor Almeida-Garrett en su Romanceiro, Tomo II. pag. 213.

dad mil marcos de oro al conde
para mantener verdad;
dalde otros tantos al conde
para vestir y calzar;
dalde otros tantos al conde
para las tablas jugar;
dalde otros tantos al conde
para torneos armar;
dalde otros tantos al conde
para con damas folgar.
— Muchas mercedes, señor,
por esto y por mucho mas.
A la infanta Claraniña
vos por mujer me la dad.
— Tarde acordastes, el conde,
que mandada la tengo ya.
— Vos me la dareis, señor,
acabo que no querais,
porque preñada la tengo
de los seis meses ó mas. —
El emperador que esto oyera
tomó de ello gran pesar:
vuelve riendas al caballo,
y tornóse á la ciudad:
mandó llamar las parteras
para la infanta mirar.
Allí habló la partera,
bien veréis lo que dirá:
— Preñada está la infanta
de los seis meses ó mas. —
Mandóla prender su padre
y meter en escuridad,
el agua hasta la cinta
porque pudriese la carne,
y perezca la criatura,

que no viva de tal padre.
Los caballeros de su casa
se la iban á mirar.
— Pésanos de vos, señora,
cuanto nos puede pesar,
que de hoy en quince dias
el emperador os manda quemar.
— No me pesa de mi muerte
porque es cosa natural,
pésame de la criatura,
porque es hijo de buen padre;
mas si hay aquí alguno
que haya comido mi pan,
que me llevase una carta
á don Claros de Montalvan. —
Allí habló un paje suyo,
tal respuesta le fué á dar:
— Escribilda vos, señora,
que yo se la iré á llevar. —
Ya las cartas son escritas,
el paje les va á llevar;
jornada de quince dias
en ocho la fuera á andar.
Llegado habia á los palacios
adonde el buen conde está.
— Bien vengais, el pajecico,
de Francia la natural,
¿qué nuevas me traeis
de la infanta? ¿cómo está?
— Leed las cartas, señor,
que en ellas os lo dirá. —
Desque las hubo leido
tal respuesta le fué á dar:
— Uno me da que la quemen,
otro[1] me da que la maten. —

1 uno Canc. de 1550.

Ya se partia el conde,
ya se parte, ya se va,
jornada de quince dias
en ocho la fuera á andar.
Fuérase á un monasterio
donde los frailes están;
quitóse paños de seda,
vistió hábitos de fraile:
fuérase á los palacios
de Cárlos el emperante.
— Mercedes, señor, mercedes,
queráismelas otorgar,
que á mi señora la infanta
vos me la dejais confesar. —
Ya lo llevaban al fraile
á la infanta confesar.
En lugar de confesarla[1]
de amores le fué á hablar.
— Tate, tate, dijo, fraile,
que á mí no llegarás,
que nunca llegó á mí hombre
que fuese vivo en carne,
sino solo aquel don Claros,
don Claros de Montalvan,
que por mis grandes pecados
por él me quieren quemar.
No doy nada por mi muerte
pues que es cosa natural,
mas pésame de la criatura
porque es hijo de buen padre. —
Ya se iba el confesor
al emperador hablar:
— Mercedes, señor, mercedes,

1 El cuando se vió con ella Las ediciones posteriores del Canc. de rom.

queráismelas otorgar,
que mi señora la infanta
sin ningun pecado está. —
— ¡Ay!, habló el caballero
que con ella queria casar,
— Mentides, fraile, mentides,
que no decis la verdad. —
Desafíanse los dos,
al campo van á lidiar;
al apretar de las cinchas
conociólo el emperante:
dijo que el fraile es don Claros,
don Claros de Montalvan.
Mató el fraile al caballero,
la infanta librado ha,
en ancas de su caballo
consigo la fué á llevar.

Canc. de rom. 1550. fol. 291.*

192.

(Conde Claros. — III.)

Romance de don Claros de Montalban, el cual trata de las diferencias que hubo con el emperador por los amores de la princesa su hija.

A misa va el emperador
á san Juan de la Montiña,
con él iba el conde Claros
por le tener compañía;
contándole iba contando

* Véase la version portuguesa, mas moderna que la castellana, pero no menos popular, en el Romanceiro del señor Almeida-Garrett, Tomo II. pag. 192: „Dom Claros d'Alem-Mar."

el menester que tenia,
dícele de esta manera,
de esta manera decia:
— Dístesme, el emperador,
el castillo de Montalban,
dístesmelo por mi bien,
yo tomélo por mi mal:
los moros me lo han cercado
la mañana de san Juan,
tiénenlo tan bien cercado
que no lo basto á descercar.
Por mi gran desaventura
y mi gran necesidad
mis armas tengo empeñadas
por mil doblas de oro y mas,
otras tantas debo en Francia
sobre mi buena verdad;
mis caballeros, el rey,
no hé con que los gobernar,
y una hermana que tengo,
no hé con que la casar:
que en todos mis palacios
no entiendo que hay un pan;
si yo me lo como, el rey,
¿los mios qué comerán?
Si vuestra Alteza no socorre,
yo me iré moro á tornar:
que mas quiero perder la vida
que yo tal vida pasar. —
Respondió el emperador
movido de piedad:
— No desmayeis, el buen conde,
no querades desmayar,
que para esto son los hombres
para pasar bien y mal;

mas Dios os lo perdone, conde,
que antes debierais hablar. —
Mandó llamar á su tesorero,
su tesorero real,
dícele de esta manera,
empezóle de mandar:
— Da mil doblas de oro al conde
para su verdad guardar,
y darle has otras mil
para sus armas quitar,
dale tambien otras mil
para con damas holgar. —
A Oliveros y Montesinos
mandara luego llamar,
y tambien al esforzado
ese paladin Roldan,
y á Urgel de las Marchas,
y al fuerte Merian,
y que tomasen la gente,
y fuesen luego á Montalban.
Desque esto oyera el conde
tal respuesta le fué á dar:
— Muchas gracias, el buen rey,
por la buena voluntad,
que yo tengo tantos tesoros
que puedo bien emprestar;
mas una merced os pido,
esta no me habeis de negar,
que me caseis con la infanta
vuestra hija natural. —
Respondiera el buen rey,
tal respuesta le fué á dar:
— Ya no es tiempo, el conde Claros,
de aqueso vos hablar,
que la tengo prometida

al honrado don Beltran,
y por esto, el buen conde,
á vos no la puedo dar:
que vos sois niño y mochacho
para tal mujer tomar.
— Yo os beso las manos, rey,
pues me quereis deshonrar. —
Y fuérase para su casa
para haber de reposar.
Ya se retrae el buen conde
la siesta por descansar,
porque la noche pasada
no la pudo reposar
por amores de la infanta
su señora natural.
Congojas le congojaban,
sospiros no dan lugar,
viéndose en tal agonía
comenzara de hablar:
— ¡Oh maldito seas, Cupido!
¡y Vénus otro que tal!
porque así me habeis metido
en este fuego infernal,
que de noche yo no duermo,
ni de dia puedo holgar,
que si la causa tal no fuese
me iria á desesperar;
mas en ser quien es la causa
es dicha poder penar,
si de ello ha de ser servida
ella, pues no tiene par;
que, aunque mil veces muriese,
es nada por alcanzar
de conocer ser querido
por obras ó por pensar:

porque solo su favor
es mas que se puede dar. —
Dió voces al camarero
que se quiere levantar.
Vístese un jubon chapado
que no se puede estimar,
y de oro de martillo *
un mote bien de notar
en su brazo, que decia:
„¡Gran dolor es desear!“
y unas calzas bigarradas
de perlas ricas sin par
con un mote, que decia:
„No tiene nombre mi mal.“
Y unos zapatos franceses
de un carmesí singular,
con unas llamas de fuego,
relumbran como un cristal,
el mote que tiene escripto
es este que oiréis nombrar:
„Aunque de contino arden
no se acaban de quemar.“
Y una ropa rozagante,
sobre ella un rico collar,
el mote de ella decia:
„Es un dolor desigual.“
Y una gorra en la cabeza
que no se puede estimar,
con tres letras coronada,
y el mote muy singular:
„¡Es tan alto mi deseo
que no hay mas que desear!“

* Este verso, omiso en nuestro texto, se hemos tomado de la version de este romance, hecha por Antonio Pansac, que dice:

Durmiendo está el conde Claros.

Véase al Rom. gen. del señor Duran. Tomo I. pag. 222.

Cabalgó en una hacanea,
la cual hizo ataviar
de una guarnicion muy rica,
y las riendas, y el petral
lleno de unas campanillas
que de oro era el metal,
y unas lágrimas sembradas,
y el mote no de olvidar:
„Sin doleros vos, señora,
no se pueden acabar.“
Con doce mozos de espuelas
para le acompañar,
vestidos de la librea
de aquella dama sin par:
los jubones del morado,
sayos de desesperar,
todas las mangas derechas
les hizo el conde bordar
de unas matas de ruda,
que querian ya granar,
el mote de ellas decia:
„¡Mas amargo es esperar!“
Envía delante un paje
por su Alteza avisar,
que el conde la quiere ver
por las manos le besar.
Antes que el paje tornase
el conde fuera á llegar;
los porteros que lo veen
las puertas abierto le han.
La princesa estaba sola,
retraida por rezar,
entrara el conde con ella,
y empiézale de contar
lo que el rey le habia dicho

sin un punto le faltar:
— Por eso os cumple ir conmigo
al castillo de Montalban:
que quiero ir á vuestro padre
á todo se lo contar.
Irnos hemos en mis tierras,
poneros hé en libertad:
allí podréis, señora, parir,
allí podréis, señora, criar;
que sabé que vuestro padre
á don Beltran os quiere dar. —
Mandó armar trescientos hombres
que la hubiesen de llevar,
mandó poner en armas su tierra,
si quieren nada demandar.
Vase á hablar con el rey,
y apartólo en puridad,
dícele de esta manera,
y empezóle de hablar:
— Ya sabedes, el buen rey,
lo que os fuera á rogar,
que me diésedes la infanta
por mi mujer natural.
Decis que yo soy mochacho
para tal mujer tomar:
ahora sabed de cierto,
y en esto no hay que dubdar,
que si yo la quiero mucho,
ella á mí mucho mas;
y aun de mí está preñada
que en el mes queria entrar. —
Estas palabras diciendo
á huir empezó andar.
El rey á muy grandes voces
mandábalo ir á tomar.

Ya es salido del palacio
en un caballo alazan,
por las calles de Paris
lleva muy grande aguijar.
Caballeros que lo veen,
sálenlo á acompañar:
con él iba Oliveros,
con él iba don Roldan.
Desque son por el camino
empiézanlo á interrogar:
— ¿Para dónde vais, buen conde?
digádesnos la verdad,
que ya sabeis que de nosotros
no vos debeis de guardar. —
Allí les habló el buen conde
lo que el rey fuera á hablar,
y como envió la infanta
á tierras de Montalban.
Don Roldan que lo oyera
empezóse á maravillar:
cómo habia sido osado
de tal empresa tomar.
El consejo que le dieron,
y que le fuéron á dar:
que se fuese en sus tierras,
y se pusiese en libertad,
y que ellos tornarian
al buen rey á le rogar:
os la diese por mujer,
pues que allá así le place.
Ya se torna Oliveros,
ya se torna don Roldan;
á las puertas de Paris
gran gente vieron estar,
dícenles de esta manera,

y empiézanles á demandar:
— Esforzados caballeros,
¿qué tierras vais conquistar? —
Allí habló el mayor de ellos
que se dice don Beltran:
— Vamos á prender al conde
don Claros de Montalban,
que el rey tiene jurado
de hacerlo degollar. —
Respondiera Oliveros,
y ese paladin Roldan:
— Esperá un poco, señor,
esforzado don Beltran,
iria por mi caballo,
mis armas me iria armar,
y yo me iria con vos
para haberos de ayudar:
prenderemos al conde Claros,
y á la infanta otro que tal,
haréis degollar al conde,
y con la infanta vos casarán,
pues que os la ha prometido,
y que no os la ha de quitar. —
Y despidiéronse dél
apriesa y no de vagar.
Todo esto hacian ellos
por hacerlos esperar,
y que el conde hubiese tiempo
de á sus tierras llegar.
Ibanse á rienda suelta
donde al rey han de hallar:
dícenle de esta manera,
comiénzanle de hablar;
— De vuestro enojo nos pesa
cuanto nos puede pesar;

venimos á daros consejo
si lo quisiéredes tomar:
que casedes á la infanta
con don Claros de Montalban. —
El rey, pues que mas no pudo,
fuéraselo á otorgar.
Enviaban por la infanta,
y por el conde otro que tal:
ricas bodas le hicieran
en Paris esa ciudad.

Aquí se contienen quatro rom. viejos. Y este primero es de don Claros de Montalvan. etc. Pliego suelto del siglo XVI.*

* Existe, como queda dicho, tambien en un pliego suelto una version de este romance, trobada, segun el ejemplar de que se ha aprovechado el señor Duran (l. c.), por Antonio Pansac, y segun el ejemplar del British Museum: fecha por Juan de Burgos (s. l. n. a.); esta version, aunque diferente en el principio y fin de nuestro texto, contiene todavia trozos enteros de él. — El autor de este romance contrahecho es en verdad, como dice el señor Duran, „solo refundidor de otro mas antiguo“, vale decir del nuestro.

193.

ROMANCES DE CALAINOS.

Romance del moro Calainos de cómo requeria de amores á la infanta Sebilla, y ella le demandó en arras tres cabezas de los doce pares de Francia. — I.

Ya cabalga Calainos
á la sombra de una oliva,
el pié tiene en el estribo,
cabalga de gallardía.
Mirando estaba á Sansueña,
al arrabal[1] con la villa,
por ver si veria algun moro
á quien preguntar podria.
Por los palacios venia
la linda infanta Sevilla[2];
vido estar un moro viejo
que á ella guardar solia.
Calainos que lo vido
llegado allá se habia;
las palabras que le dijo
con amor y cortesía:
— Por Alá[3] te ruego, moro,
así te alargue la vida,
que me muestres los palacios
donde mi vida vivia[4],
de quien triste soy cativo,

1 su gran torre Floresta.
2 ó quien preguntar podria
donde estaban los palacios
á do Sevilla vivia Floresta.
3 Por Dios Floresta.
4 do está la infanta Sevilla Floresta.

y por quien pena tenia,
que cierto por sus amores
creo yo perder la vida;
mas si por ella la pierdo
no se llamará perdida,
que quien muere por tal dama
desque muerto tiene vida [1].
Mas porque me entiendas moro,
por quien preguntado habia
es la mas hermosa dama
de toda la Morería,
sepas que á ella la llaman
la grande [2] infanta Sevilla. —
Las razones que pasaban
Sevilla bien las oia:
púsose á una ventana,
hermosa á maravilla,
con muy ricos atavios,
los mejores que tenia.
Ella era tan hermosa,
otra su par no la habia [3].
Calainos que la vido
de esta suerte le decia:
— Cartas te traigo, señora,
de un señor á quien servia:
creo que es el rey tu padre
porque Almanzor se decia:
descendé de la ventana
sabrás la mensajería [4]. —
Sevilla cuando lo oyera
presto de allí descendia:
apeóse Calainos,

1 buena fortuna le guia Floresta.
2 linda Floresta.
3 era mujer muy hermosa,
y acabada en demasía. Floresta.
4 si bajais de la ventana
sabréis la mensajería Floresta.

gran reverencia le hacia.
La dama cuando esto vido
tal pregunta le hacia:
— ¿Quien sois vos el caballero,
que mi padre acá os envía?
— Calainos soy, señora,
Calainos él de Arabía,
señor de los Montes Claros.
De Costantina la llana,
y de las tierras del Turco
yo gran tributo llevaba,
y el Preste Juan de las Indias
siempre parias me enviaba,
y el Soldan de Babilonia
á mi mandar siempre estaba:
reyes y principes moros
siempre señor me llamaban,
sino es el rey vuestro padre,
que yo á su mandado estaba,
no porque le he menester[1],
mas por nuevas que me daban
que tenia una hija
á quien Sevilla llamaban,
que era mas linda mujer
que cuantas moras se hallan[2].
Por vos le serví cinco[3] años
sin sueldo[4] ni sin soldada;
él á mí no me la dió,
ni yo se la demandaba.
Por tus amores, Sevilla,
pasé yo la mar salada,
porque he de perder la vida

1 no porque yo se lo debo Flor.
2 y que era la mas hermosa
de cuantas moras se hallan. Flor.
3 siete Flor.
4 interes Flor.

ó has de ser mi enamorada. —
Cuando Sevilla esto oyera
esta respuesta le daba:
— Calainos, Calainos,
de aqueso yo no sé nada[1],
que siete amas me criaron,
seis moras y una cristiana.
Las moras me daban leche,
la otra me aconsejaba;
segun que me aconsejaba
bien mostraba ser cristiana.
Diérame muy buen consejo,
y á mí bien se me acordaba[2]:
que jamás yo prometiese[3]
de nadie ser namorada,
hasta que primero hubiese
algun buen dote ó arras[4]. —
Calainos que esto oyera
esta respuesta le daba:
— Bien podeis pedir, señora,
que no se os negará nada:
si quereis castillos fuertes,
ciudades en tierra llana,
ó si quereis plata ú oro
ó moneda amonedada. —
Y Sevilla, aquestos dones,
como no los estimaba,
respondióle: — Si queria[5]
tenella por namorada,
que vaya dentro á Paris,
que en medio de Francia estaba[6],

1 de eso yo no soy vezada Flor.
2 esta me dió un consejo
de que bien me acordaba Flor.
3 permitiese Floresta.
4 dél algun dote ó arra Floresta.
5 Sevilla oyendo estos dones
todos se los desechaba,
sino que si él queria Floresta.
6 que era ciudad en la Francia Flor.

y le traiga tres cabezas
cuales ella demandaba,
y que si aquesto hiciese
seria su enamorada. —
Calainos cuando oyó
lo que ella le demandaba
respondióle muy alegre,
aunque[1] él se maravillaba
dejar villas y castillos
y los dones que le daba
por pedirle tres cabezas
que no le costarán nada:
dijo que las señalase,
ó diga cómo se llaman[2].
Luego la infanta Sevilla
se las empezó á nombrar:
la una es de Oliveros,
la otra de don Roldan,
la otra del esforzado
Reinaldos de Montalvan.
Ya señalados los hombres[3]
á[4] quien habia de buscar,
despídese Calainos
con muy cortes hablar:
— Déme la mano tu Alteza,
que se la quiero besar,
y la fe y prometimiento
de comigo te casar,
cuando traiga las cabezas
que quesiste demandar.
— Pláceme, dijo, de grado
y de buena voluntad. —
Allí se toman las manos,

1 que él Floresta.
2 ó cómo se llamarán Floresta.
3 nombres Floresta.
4 y á Floresta.

la fe se hubieron de dar
que el uno ni el otro [1]
no se pudiesen casar
hasta que el buen Calainos
de allá hubiese de tornar,
y que si otra cosa fuese
la enviaria avisar.
Ya se parte Calainos,
ya se parte, ya se va:
hace broslar [2] sus pendones
y en todos una señal;
cubiertos de ricas lunas,
teñidas en sangre van [3].
En camino es Calainos
á los franceses buscar [4]:
andando jornadas ciertas
á Paris llegado ha.
En la guardia de Paris
cabe San Juan de Letran,
allí levantó su seña
y empezara de hablar:
— Tañan luego esas trompetas
como quien va á cabalgar,
porque me [5] sientan los doce
que dentro en Paris están. —
El emperador aquel dia
habia salido á cazar:
con él iba Oliveros,
con él iba don Roldan,
con él iba el esforzado
Reinaldos de Montalvan;
tambien el Dardin Dardeña,

1 que ni el uno, ni el otro Flor.
2 bordar Floresta.
3 de color de sangre están Floresta.
4 Ya camina Calainos,
camino de Francia va Floresta.
5 lo Floresta.

y el buen viejo don Beltran,
y ese Gaston y Claros[1]
con el romano Final[2]:
tambien iba Valdovinos,
y Urgel en fuerzas sin par[3],
y tambien iba Guarinos
almirante de la mar.
El emperador entre ellos
empezara de hablar:
— Escuchad, mis caballeros,
que tañen á cabalgar[4]. —
Ellos estando escuchando
vieron un moro pasar;
armado va á la morisca,
empiézanle de llamar,
y ya que es llegado el moro
do el emperador está,
el emperador que lo vido
empezóle á preguntar:
— Di, ¿adonde vas tú, el moro?
¿cómo en Francia osaste entrar?
¡Grande osadía tuviste
de hasta Paris llegar! —
El moro cuando esto oyó
tal respuesta le fué á dar:
— Vo á buscar al emperante[5]
de Francia la natural,
que le traigo una embajada
de un moro principal,
á quien sirvo de trompeta,
y tengo por capitan. —
El emperador que esto oyó

1 Gaston de Claros Floresta.
2 y aquel romano Fincan Floresta.
3 de la fuerza grande Floresta.
4 que tañen en la ciudad Floresta.
5 Busco al emperador Floresta.

luego le fué á demandar
que dijese que queria,
por qué á él iba á buscar [1];
que él es el emperador Cárlos [2]
de Francia la natural.
El moro cuando lo supo
empezóle de hablar:
— Señor, sepa tu Alteza [3],
y tu corona [4] imperial,
que ese moro Calainos,
señor, me ha enviado acá,
desafiando á tu Alteza
y á todos los doce pares [5],
que salgan lanza por lanza
para con él pelear.
Señor, veis allí su seña,
donde los ha [6] de aguardar:
pordóneme vuestra Alteza,
que respuesta le vo á dar. —
Cuando fué partido el moro
el emperador fué á hablar:
— ¡Cuando yo era mancebo,
que armas solia llevar,
nunca moro fué osado
de en toda Francia asomar;
mas agora que soy viejo
á Paris los veo llegar!
No es mengua de mí solo
pues no puedo pelear,
mas es mengua de Oliveros,
y asimesmo de Roldan;
mengua de todos los doce,

1 qué era lo que queria
que asi lo iba á buscar Floresta.
2 Yo soy el emperador Floresta.
3 tu Majestad sepa Floresta.
4 cetro Floresta.
5 y á cuantos contigo están Flor.
6 donde tiene Floresta.

y de cuantos aquí están.
Por Dios á Roldan me llamen
porque se vaya á pelear[1]
con el moro de la enguardia[2]
y lo haga de allí quitar:
que lo traiga muerto ó preso,
porque se haya de acordar
de cómo viene á Paris
para me desafiar. —
Don Roldan cuando esto oyera
empiézale de hablar:
— Excusado es, señor,
de enviarme á pelear,
porque teneis caballeros
á quien podeis enviar,
que cuando son entre damas
bien se saben alabar,
que aunque vengan dos mil moros
uno los esperará[3],
cuando son en la batalla
véolos tornar atrás. —
Todos los doce callaron
si no el menor de edad,
al cual llaman Valdovinos,
en el esfuerzo muy grande[4];
las palabras que dijera
eran con riguridad[5]:
— Mucho estoy maravillado
de vos, señor don Roldan,
que amengüeis todos los doce[6]
vos que los habíades de honrar:
si no fuérades mi tio

1 que lo quiero enviar Floresta.
2 á aquel moro de la guardia Flor.
3 los osarán guardar Floresta.
4 de animo principal Floresta.
5 cierto fueron de notar Floresta.
6 que menos precies los menosprecies doce Flor.

con vos me fuera á matar,
porque entre todos los doce
ninguno podeis nombrar,
que lo que dice de boca
no lo sepa hacer verdad. —
Levantóse con enojo
ese paladin Roldan;
Valdovinos que esto vido
tambien se fué á levantar,
el emperador entre ellos
por el enojo quitar.
Ellos en aquesto estando,
Valdovinos fué á llamar
á los mozos que traia;
por las armas fué á enviar.
El emperador que esto vido
empezóle de rogar
que le hiciese un placer,
que no fuese á pelear,
porque el moro era esforzado,
podríale maltratar,
— que aunque ánimo tengais
la fuerza os podria faltar,
y el moro es diestro en armas,
vezado á pelear[1]. —
Valdovinos que esto oyó
empezóse á desviar
diciendo al emperador
licencia le fuese á dar,
y que si él no se la diese
que él se la queria tomar.
Cuando el emperador vido
que no lo podia excusar,

1 Era diestro el moro en armas,
muy vezado á pelear. Floresta.

cuando llegaron sus armas
él mesmo le ayudó á armar:
dióle licencia que fuese
con el moro á pelear.
Ya se parte Valdovinos,
ya se parte, ya se va,
ya es llegado á la guardia
do Calainos está.
Calainos que lo vido
empezóle así de hablar:
— Bien vengais el francesico[1],
de Francia la natural,
si quereis vivir[2] comigo
por paje os quiero llevar[3];
llevaros he á mis tierras
do placer podais tomar. —
Valdovinos que esto oyera
tal respuesta le fué á dar:
— Calainos, Calainos,
no debíades así de hablar,
que ántes que de aquí me vaya
yo os lo tengo de mostrar
que aquí moriréis primero
que por paje me tomar[4]. —
Cuando el moro aquesto oyera
empezó así de hablar:
— Tórnate, el francesico,
á Paris, esa ciudad,
que si esa porfía tienes
caro te habrá de costar,
porque quien entra en mis manos[5]
nunca puede bien librar. —

1 el caballero Floresta.
2 venir Floresta.
3 tomar Floresta.
4 vengo á matarme contigo,
no para contigo estar. Floresta.
5 hombre que á mis manos viene Flor.

Cuando el mancebo esto oyera
tornóle á porfiar
que se aparejase presto
que con él se ha de matar.
Cuando el moro vió al mancebo
de tal suerte porfiar,
díjole: — Vente, cristiano,
presto para me encontrar,
que ántes que de aquí te vayas
conocerás la verdad,
que te fuera muy mejor
comigo no pelear. —
Vanse el uno para el otro,
tan recio que es de espantar[1].
A los primeros encuentros
el mancebo en tierra está.
El moro cuando esto vido[2]
luego se fué apear:
sacó un alfanje muy rico
para habelle de matar;
mas ántes que le hiriese
le empezó de preguntar
quién ó cómo se llamaba,
y si es de los doce pares.
El mancebo estando en esto
luego dijo la verdad,
que le llaman Valdovinos,
sobrino de don Roldan.
Cuando el moro tal oyó
empezóle de hablar:
— Por ser de tan pocos dias,
y de esfuerzo singular[3]
yo te quiero dar la vida,

1 con un ánimo sin par Floresta.
2 El moro muy diligente Floresta.
3 principal Floresta

y no te quiero matar;
mas quiérote llevar preso
porque te venga á buscar
tu buen pariente Oliveros,
y ese tu tio don Roldan,
y ese otro muy esforzado
Reinaldos de Montalvan,
que por esos tres ha sido
mi venida á pelear. —
Don Roldan allá do estaba
no hace sino sospirar,
viendo que el moro ha vencido
á Valdovinos el infante.
Sin mas hablar con ninguno
don Roldan luego se parte [1],
íbase para la guardia
para aquel moro matar. [2]
El moro cuando lo vido
empezóle á preguntar
quién es ó como se llama,
ó si era de los doce pares.
Don Roldan cuando esto oyó
respondiérale muy mal:
— Esa razon, perro moro,
tú no me la has de tomar [3],
por que á ese á quien tú tienes [4]
yo te lo haré soltar:
presto aparéjate, moro,
y empieza de pelear. —
Vanse el uno para el otro
con un esfuerzo muy grande [5]:
danse tan recios encuentros

1 don Roldan se fué á armar Flor.
2 por del moro se vengar Floresta.
3 tú no lo has de preguntar Flor.
4 y ese á quien tienes preso Flor.
5 con ánimo general Floresta.

que el moro caido ha;
Roldan que al moro vió en tierra
luego se fué apear:
tomó el moro por la barba,
empezóle de hablar:
— Dime tú, traidor de moro[1],
no me lo quieras negar[2]:
¿cómo tú fuiste[3] osado
de en toda Francia parar,
ni al buen viejo emperador,
ni á los doce desafiar[4]?
¿Cuál diablo te engañó
cerca de Paris llegar? —
El moro cuando esto oyera
tal respuesta le fué á dar:
— Tengo una cativa mora,
mujer de muy gran linaje[5]:
requeríla yo de amores,
y ella me fué á demandar
que le diese tres cabezas
de Paris, esa ciudad,
que si estas yo le llevo
comigo habia de casar;
la una es de Oliveros,
la otra de don Roldan,
la otra del esforzado
Reinaldos de Montalvan. —
Don Roldan cuando esto oyera
así le empezó de hablar:
— ¡Mujer que tal te pedia
cierto te queria mal,
porque esas no son cabezas

1 cuitado moro Floresta.
2 tú me lo quieras contar Flor.
3 quién te hizo tan Floresta.
4 y desafiar los doce,
y aquí poner tu señal? Floresta.
5 de linaje principal Flor.

que tú las puedes cortar!
mas porque á ti sea castigo,
y otro se haya de guardar
de desafiar á los doce,
ni venirlos á buscar, —
echo mano á un estoque[1]
para el moro matar[2]. —
La cabeza de los hombros
luego se la fué á cortar:
llevóla al emperador
y fuésela á presentar.
Los doce cuando esto vieron
toman placer singular[3]
en ver así[4] muerto al moro,
y por tal mengua le dar[5].
Tambien trajo á Valdovinos
que él mismo lo fué á soltar.
Así murió Calainos
en Francia la natural,
por manos del esforzado
el buen paladin Roldan.

Canc. de Rom. s. a. f. 92. — Canc. de Rom. 1550. f. 91. — Floresta de var. rom.

1 á la su espada Floresta.
2 degollar Floresta.
3 Los doce de muy alegres
todos le van á abrazar Floresta.
4 habia Floresta.
5 cosa de maravillar Floresta.

194.

(Calainos.* — II.)

Romance de los doce pares de Francia.

En misa está el emperador
allá en san Juan de Letran,
con él está Baldovinos,
y Urgel[1] de la fuerza grande,
y con él Dardin Dardeña[2],
y don Cárlos de Montalban,
con él está Oliveros,
con él estaba Roldan,
con él infante Gaiferos
salido de captividad,
con él estaban los doce
que á su mesa comen pan;
la misa dice un arzobispo,
respóndele un cardenal.
La misa es cuasi acabada,
que la paz querian dar:
por las enguardas[3] de Francia
vieron moros asomar.
Subióse[4] el emperador
en altas torres á mirar,
y vido un moro esforzado
bien cerca de la ciudad:
el moro en un pendon
traia una rica señal
broslada de ricas lunas
vueltas en color de sangre
(moro que tal seña trae

* Aunque en este romance el moro es llamado Bramante ó Bravante, no cabe duda, que se refiere al mismo asunto que el anterior.

1 Oger Pliego suelto no. 2.
2 con él Endordin Dordeña Pl. s. 2.
3 enguardias Pl. s. 2.
4 Subido se ha Pl. s. 2.

gana trae[1] de pelear).
Envió cuatro moros suyos
á don Cárlos el emperante
mandándole desafíos
á él y á los doce pares:
que salgan lanza por lanza
para con él se matar[2].
Allí habló el emperador
una razon singular:
— Llamédesme á mi sobrino
el esforzado don Roldan,
aquel moro de la guardia
de allí me lo haga apartar,
y que arrastre su pendon
por el suelo y su señal,
por que moro no se alabe
que en Francia osase entrar. —
Bien lo oyera don Roldan
que cerca se fuera á hallar,
la respuesta que le dió
era para lastimar:
— No me place, el emperador,
ni es de mi voluntad;
no porque tenga temor
ni vergüenza en pelear;
mas caballeros conozco
que haceis servir y honrar,
y les dais el mesmo sueldo
que dais á mí don Roldan,
y cuando son entre damas
sábense bien alabar;
mas si vergüenza tuviesen
á vos no cumpliera hablar. —
Allí habló Baldovinos,

1 tiene Pl. s. 2. 2 con él se ha de matar Pl. s. 2.

niño de poca edad,
mozo era de quince años,
en diez y seis quiere entrar:
— Dadme licencia, emperador,
si no, yo me la iré á tomar.
Aquel moro de la guardia
de allí lo haré apartar[1],
yo le traeré aquí preso[2],
y le podréis hacer matar;
pues mi tio don Roldan
á todos quiso deshonrar,
no deshonró á mí solo,
mas á cuantos aquí están:
que si mi tio no fuera
respuesta le fuera á dar.
— Calledes vos, el mi hijo,
sangre mia natural,
que aquel moro que allí viene
esforzado le veis[3] estar,
y vos sois niño y mochacho
para las armas tomar. —
Ya se parte Baldovinos,
ya se parte para armar,
armóse de todas armas
las que solia llevar:
hacha de cuarenta y cinco,
y el peso de su pesar,
y fuése por su camino
donde el moro ha de hallar.
Desque fué cerca del moro
empezóle de hablar:
— ¡Oh moro tan esforzado!
yo te quiero ahora rogar,

1 quitar Pl. s. 2.
2 presto Pl. s. 2.
3 lo veo Pl. s. 2.

que quites tú el pendon,
que quites aquella señal,
si no lo haces de grado [1],
por fuerza te lo haré quitar.
— ¡Bien vengas, el cristianillo [2],
el cristianillo [2], bien vengais!
Cierto de tales como vos
para pajes querria tomar;
si quereis vivir conmigo
á Turquía os he de enviar.
— Calla, moro esforzado,
no quieras tú tal hablar;
mas echa mano á la lanza
que esta es la que os ha de ayudar. —
Echáron mano á las lanzas,
comenzáronse á encontrar.
Mientra las lanzas duráron
á Baldovinos bien le va;
mas ya quebradas las lanzas
de hachas fuéron á [3] jugar:
dado le ha el moro un golpe
que en el suelo le fué á echar.
Allí descabalgó el moro
por la cabeza le cortar;
desque le vido sin barbas
no le quiso degollar;
diciendo iba, diciendo:
— Barbas ando yo á buscar. —
Mas atóle pies y manos,
manos y pies le fué á atar.
Allí habló Baldovinos
palabras de lastimar:
— ¡Oh moro tan esforzado!

1 si no lo quieres hacer Pl. s. 2.
2 el cristiano Pl. s. 2.
3 ovieron de Pl. s 2.

yo te quiero ahora rogar,
que me acortes la vida,
no me la quieras alargar;
que mas vale morir con honra
que con vergüenza quedar. —
Bien se lo vió don Roldan
allá en san Juan de Letran,
lágrimas de los sus ojos
corrian por la su faz.
Presto se hizo dar sus armas,
y luego se hizo armar,.
armóse de todas armas,
las piernas no pudo armar,
con una mano lleva la silla,
y con la otra el petral;
con los dientes lleva el freno
por mas presto despachar,
y fuése á rienda suelta
donde el moro ha de hallar.
— ¡Oh buen moro esforzado!
yo te quiero ahora rogar,
que me cuentes tu ventura,
la mia te quiero contar.
— Pláceme, dijo el moro,
pláceme de voluntad.
Yo soy el moro Bramante[1],
que así me hacen llamar,
de siete reyes de moros
yo era el capitan.
Tengo una cristiana captiva
que es de Francia natural,
estoy enamorado de ella
que de amores quiero finar;
mil veces la he requerido

1 Bravante Pl. s. 2.

que conmigo quiera[1] casar;
por ninguna razon de estas
no me lo quiso otorgar,
sino con una condicion
que en arras le hubiese de dar:
que trajese tres cabezas
de Francia la natural,
la una de Oliveros,
la otra de don Roldan,
la otra de Urgel[2] de las Marchas,
esforzado singular:
y con estas tres cabezas
mora se ha de tornar.
— Calledes, moro esforzado,
y no querais mas hablar,
que no hay cabeza de esas
que la vuestra[3] no haya de costar.
Mas yo soy escudero de ellos,
quiero con vos[4] mi lanza probar. —
Echaron mano á las lanzas,
de hachas van á jugar[5];
dió Roldan un golpe al moro
que en el suelo fuera á dar[6].
Desque el moro fué en el suelo
Roldan empezó de hablar:
— ¡Oh buen moro esforzado!
torna presto á cabalgar,
que por derribarte una vez,
por eso no te he de matar[7],
que cuantas veces quisieres

1 haya de Pl. s. 2.
2 Ogel Pl. s. 2.
3 tuya Pl. s. 2.
4 en ti Pl. s. 2.
5 Echaron mano á las lanzas,
comiénzanse á encontrar,
mas ya quebradas las lanzas
de hachas ovieron de jugar Pl. s. 2.
6 que en el suelo le fué á derribar
Pl. s. 2.
7 no pienses que por
derribarte una vez,
por eso te haya de matar Pl. s. 2

tantas te he yo de esperar;
que yo soy aquel Roldan
al que querias la cabeza cortar. —
Cuando aquesto[1] oyera el moro
no quiso mas pelear;
mas diósele á merced,
á merced se le fué á dar.
— Pues desátame á Baldovinos
apriesa y no de vagar,
y hágasme juramento[2],
juramento me quieras prestar:
en las tierras do te halles
nunca te hayas de alabar[3],
que á ninguno de los doce
tú lo hubieses de atar.
— Pláceme, dijo el moro,
pláceme de voluntad;
mas con una condicion
que os quiero demandar:
que cuando seamos en Roma
delante del emperante,
que ninguno de los doce
no me haya de[4] maltratar.
— Pláceme, dijo Roldan,
pláceme de voluntad;
mas los doce son corteses,
no te han de[5] enojar,
que si á ti hacen deshonra[6]

1 Desque eato Pl. s. 2.
2 á merced se le fué á dar,
y Roldan desque lo oyera
que comienza á desmayar,
de esta manera le dice
y le empezó de hablar:
— Suelta, moro, á Baldovinos,
comiénzalo á desatar,
(ya lo desstaba el moro
apriesa y no de vagar)
y hazme luego juramento Pl. s. 2.
3 no te quieras alabar Pl. s. 2.
4 no me quieran Pl. s. 2.
5 no te quieran Pl. s. 2.
6 mas si alguno te enojase
mal contado le será,
y si á ti hacen deshonra Pl. s. 2.

á mí tocará el pesar. —
Todos tres fuéron á Roma
donde estaba el emperante,
y llegado don Roldan
comenzó así de hablar:
— ¡Oh señor emperador!
yo os quiero ahora rogar,
que este moro que aquí viene
le hagais servir y honrar,
y le deis el mesmo sueldo
que dais á mí don Roldan[1]. —
Allí estuvo muchos dias
á su placer y holgar.
Lleváronlo en Turquía,
pusiéronlo en libertad.
Honráronlo todos los moros
desque lo vieron llegar,
grandes fiestas le hicieron
con mucha solemnidad.

1) Romance nuevamente trobado de los doze pares de Francia etc.
2) Siguese un romance: el qual cuenta el desafio que hizo Montesinos á Oliveros etc. Pliegos sueltos del siglo XVI.

195.

Romance del palmero*.

De Mérida sale el palmero,
de Mérida, esa ciudad:
los piés llevaba descalzos,
las uñas corriendo sangre.
Una esclavina trae rota,

1 que á mí me soleis dar Pl. s. 2.
* Romance de Mérida sale el palmero. Canc. de rom. s. a. y 1550.

que no valia[1] un real,
y debajo traia[2] otra,
¡bien valia[3] una ciudad!
que ni rey ni emperador
no alcanzaba[4] otra tal.
Camino lleva derecho[5]
de Paris, esa ciudad;
ni pregunta por meson
ni ménos por hospital:
pregunta por los palacios
del rey Cárlos do está[6].
Un portero está á la puerta,
empezóle[7] de hablar:
— Dijésesme tú, el portero,
el rey Cárlos ¿dónde está? —
El portero que lo vido,
mucho[8] maravillado se ha,
cómo un romero tan pobre
por el rey va á preguntar.
— Digádesmelo, señor,
de eso no tengais pesar.
— En misa estaba, palmero[9],
allá en San Juan de Letran,
que dice misa un arzobispo,
y la oficia[10] un cardenal. —
El palmero que lo oyera
íbase[11] para Sant Juan:
en entrando por la puerta
bien veréis[12] lo que hará.
Humillóse[13] á Dios del cielo

1 vale Silva. Floresta.
2 trae Silva. Floresta.
3 que valia Silva.
que bien vale Floresta.
4 alcanzaban Silva. Floresta.
5 El camino que llevaba Silva.
6 donde están Silva. Floresta.
7 comenzóle Silva. Floresta.
8 mucho, falta en la Silva.
9 el palmero Silva. Floresta.
10 y predica Floresta.
11 fuérase Silva.
12 oiréis Silva. Floresta.
33 Humíllome Silva.

y á Santa María su Madre,
humillóse[1] al arzobispo,
humillóse[2] al cardenal
porque decia la misa,
no porque merecia mas[3]:
humillóse[4] al emperador
y á su corona real,
humillóse[5] á los doce
que á una mesa comen pan.
No se humilla[6] á Oliveros,
ni ménos á·don Roldan,
porque un sobrino que tienen
en poder de moros está,
y pudiéndolo hacer
no le van á rescatar.
Desque aquesto vió Oliveros,
desque aquesto vió Roldan,
sacan ambos las espadas[7],
para el palmero se van.
El palmero con su bordon
su cuerpo va á mamparar[8].
Allí hablara el buen rey[9],
bien oiréis lo que dirá:
— Tate, tate, Oliveros,
tate, tate, don Roldan,
ó este palmero es loco,
ó viene de sangre real. —
Tomárale por la mano,
y empiézale de hablar:

1 humíllome Silva.
2 humíllome Silva.
3 sacrificio celestial Floresta.
4 humíllome Silva.
5 humíllome Silva.
6 No me humillo Silva.
7 Cuando esta razon oyeron
Oliveros y Roldan,
las espadas arrancadas Silva.
Como aquesto oyó
y el buen paladin Roldan,
sacan ambos las espadas Floresta.
8 muy bien se fué á defensar Silva.
Con su bordon el palmero
su cuerpo fuera á guardar Flor.
9 habló el emperador Floresta.

— Dígasme tú, el palmero,
no me niegues la verdad,
¿en qué año y en qué mes
pasaste aguas de la mar?
— En el mes de mayo, señor,
yo las fuera[1] á pasar.
Porque yo me estaba un dia
á orillas de la mar
en el huerto de mi padre
por haberme de holgar:
captiváronme los moros,
pasáronme allende el mar,
á la infanta de Sansueña
me fuéron á presentar[2];
la infanta desque me vido
de mí se fué á enamorar.
La vida que yo tenia,
rey, quiero vos la contar.
En la su mesa comia,
y en su cama me iba á echar. —
Allí hablara el buen rey,
bien oiréis lo que dirá:
— Tal captividad como esa
quien quiera la tomará.
Dígasme tú, el palmerico[3],
¿si la iria yo á ganar?
— No vades allá, el buen rey,
buen rey, no vades allá,
porque Mérida es muy fuerte,
bien se vos defenderá.
Trescientos castillos tiene,
que es cosa de los mirar,
que el menor de todos ellos

1 las fuera yo Silva. Floresta.
2 empresentar Silva.
3 palmero Silva. Floresta.

bien se os defenderá. —
Allí hablara Oliveros,
allí habló don Roldan:
— Miente, señor, el palmero,
miente y no dice verdad[1],
que en Mérida no hay cien castillos,
ni noventa á mi pensar,
y estos que Mérida tiene
no tiene[2] quien los defensar,
que ni tenian[3] señor,
ni ménos quien los guardar. —
Desque aquesto oyó[4] el palmero
movido con gran pesar,
alzó su mano derecha,
dió un bofeton á Roldan[5].
Allí hablara el rey
con furia y con gran pesar[6]:
— Tomalde, la mi justicia,
y llevédeslo[7] ahorcar. —
Tomádolo ha la justicia[8]
para habello de justiciar;
y aun allá al pié de la horca
el palmero fuera hablar:
— ¡Oh mal hubieses, rey Cárlos!
Dios te quiera hacer mal,
que un hijo solo que tienes

1 que non dice la verdad Silva.
porque no dice verdad Floresta.
2 hay Silva. Floresta.
3 no tenia Silva.
que ni ellos tienen Floresta.
4 vió Silva,
El palmero que esto oyó Floresta.
5 por herir á don Roldan Floresta.
6 Allí habló el buen rey
con ira y con pesar Silva.
Allí hablara el buen rey,
bien oiréis lo que dirá Floresta.
7 y llevámelo Silva.
y llevadlo á Floresta.
8 Cuando fué al pié de la horca
el palmero fué hablar:
— ¡Mal hobieses, el rey Cárlos!
Silva.
Ya lo toma la justicia,
ya lo van á justiciar,
allá al pié de la horca
el palmero fué á hablar:
— ¡Oh mal hubieses, rey Cárlos!
Floresta.

tú le mandas ahorcar. —
Oídolo habia la reina
que se le paró á mirar:
— Dejédeslo, la justicia,
no le querais hacer mal,
que si él era mi hijo
encubrir no se podrá,
que en un lado ha de tener
un extremado lunar. —
Ya le llevan á la reina,
ya se lo van á llevar:
desnúdanle una esclavina
que no valia un real;
ya le desnudaban otra[1]
que valia una ciudad:
halládole han al infante,
halládole han la señal.
Alegrías se hicieron
no hay quien las pueda contar[2].

Canc. de Rom. s. a. f. 172. — Canc. de Rom. 1550. fol. 179. — Silva de 1550, t. II. f. 201. — Floresta de var. rom.

1 ya le desnudan la otra Silva, | 2 no tienen cuento ni par Floresta.

196.

(Del conde Almerique de Narbona. — I.)

Del Soldan de Babilonía,
de ese os quiero decir,
que le dé Dios mala vida
y á la postre peor fin.
Armó naves y galeras,
pasan de sesenta mil,
para ir á combatir
á Narbona la gentil.
Allá van á echar áncoras,
allá al puerto de Sant Gil,
cativado han al conde,
al conde Benalmenique[1].
Desciéndenlo de una torre,
cabálganlo en un rocin,
la cola le dan por riendas
por mas deshonrado ir.
Cient azotes dan al conde
y otros tantos al rocin;
al rocin porque anduviese,
y al conde por lo rendir.
La condesa desque lo supo
sáleselo á recebir:
— Pésame de vos, señor
conde, de veros así,
daré yo por vos, el conde,

1 sic. Hase de entender bajo este nombre desfigurado, por haberse ya ofuscado la tradicion original de los poemas provenzales, el harto conocido héroe de algunos de ellos, En Aimeric conde de Narbona, y se trata en este romance del cerco de la ciudad de Narbona, la cual defendia su mujer la condesa. — En el romance que dice;

Durmiendo está el rey Almanzor, este conde se halla nombrado tambien: Almenique.

Empero hasta la asonancia ha conservado en algun modo el nombre original, pues se tiene que decir: Almeníqu'.

Véase Fauriel, Histoire de la poésie provençale, Tomo II. pag. 409—411.

las doblas sesenta mil,
y si no bastaren, conde,
á Narbona la gentil.
Si esto no bastare, el conde,
á tres hijas que yo parí:
yo las pariera, buen conde,
y vos las hubistes en mí;
y si no bastare, conde,
señor, védesme aquí á mí.
— Muchas mercedes, condesa,
por vuestro tan buen decir:
no dedes por mí, señora,
tan solo un maravedí,
heridas tengo de muerte,
de ellas no puedo guarir:
adios, adios, la condesa,
que ya me mandan ir de aquí.
— Váyades con Dios, el conde,
y con la gracia de Sant Gil:
Dios os lo eche en suerte
á ese Roldan[1] paladin.

Canc. de Rom. de 1550. f. 289.

197.

(Del conde Almerique de Narbona. — II.)

Durmiendo está el rey Almanzor
á un sabor atan grande;
los siete reyes de moros
no lo osaban acordar.

1 Esta es la leccion auténtica y verdadera de todas las ediciones del Canc. de rom., y no la de Soldan, que llevan la mayor parte de las colecciones modernas, desfigurándola en lugar de corrigirla.

Recordólo Bobalias,
Bobalias el infante.
— Si dormides, el mi tio,
si dormides, recordad:
mandadme dar las escalas
que fuéron del rey mi padre,
y dadme los siete mulos
que las habian de llevar;
y me deis los siete moros
que las habian de armar,
que amores de la condesa
yo no los puedo olvidar.
— Malas mañas habeis sobrino,
no las podeis olvidar[1]:
al mejor sueño que duermo
luego me vais á[2] recordar. —
Ya le dan[3] las escalas
que fuéron del rey su padre;
ya le dan los siete mulos,
que las habian de llevar;
ya le dan los siete moros
que las habian de armar.
A paredes de la condesa
allá las fuéron á echar:
allá al pié de una torre,
y arriba subido han.
En brazos del conde Almenique[4]
la condesa van hallar:
el infante la tomó,
y con ella ido se han.

Canc. de Rom. de 1550. f. 290.

1 no las puedas ya dejar Ed. posteriores del Canc. de rom.
2 has de ibid.
3 daban ibid.
4 Véase la nota del romance anterior.

198.

Romance de la linda Melisenda.*

Todas las gentes dormian
en las que Dios tiene parte,
mas no duerme Melisenda
la hija del emperante;
que amores del conde Ayruelo
no la dejan reposar.
Salto diera de la cama
como la parió su madre,
vistiérase una alcandora
no hallando su brial;
vase para los palacios
donde sus damas están;
dando palmadas en ellas
las empezó de llamar:
— Si dormis, las mis doncellas,
si dormides, recordad;
las que sabedes de amores
consejo me querais dar;
las que de amor non sabedes
tengádesme poridad:
amores del conde Ayruelo
no me dejan reposar. —
Allí hablara una vieja,
vieja es de antigua edad[1]:
— Agora es tiempo, señora,
de los placeres tomar,
que si esperais á vejez

* Que la tradicion en que está fundado este romance, apartiene al ciclo carlovingio, y que todavia tiene rasgos comunes con el cantar de gesta frances de Amis y Amiles, va probado en la edicion de este último poema, por C. Hofmann (Amis et Amiles und Jourdains de Blavies. Erlangen, 1852. in- 8o. pag. VI.)

1 que es vieja de antigüedad Glosa nuevamente hecha por Franc. de Lora.

no vos querrá un rapaz[1]. —
Desque esto oyó Melisenda
no quiso mas esperar[2],
y vase á buscar al conde
á los palacios do está.
Topara con Hernandillo
un alguacil de su padre.
— ¿Qué es aquesto, Melisenda?
¿Esto qué podia estar?
¡O vos teneis mal de amores,
ó os quereis loca tornar!
— Que no tengo mal de amores,
ni tengo por quien penar,
mas cuando fué[3] pequeña
tuve una enfermedad.
Prometí tener novenas
allá en San Juan de Letran:
las dueñas iban de dia,
doncellas agora van. —
Desque esto oyera Hernando
puso fin á su hablar;
la infanta mal enojada
queriendo dél se vengar:
— Prestásesme, dijo á[4] Hernando,
prestásesme tu puñal,
que miedo me tengo, miedo
de los perros de la calle. —
Tomó el puñal por la punta,
los cabos le fué á dar:
diérale tal puñalada
que en el suelo muerto cae.

1 Despues de este verso lleva el texto entresacado de la Glosa de Lora los cuatro siguientes:
Esto aprendí siendo niña,
y no lo puedo olvidar,
el tiempo que fué criada
en casa de vuestro padre. —

2 escuchar Glosa de Lora.

3 yo era Glosa de Lora.

4 hora Hernando Glosa de Lora.

Y vase para el[2] palacio
ado el conde Ayruelo está;
las puertas halló cerradas,
no sabe por do entrar[3]:
con arte de encantamento
las abrió de par en par.
Al estruendo el conde Ayruelo
empezara de llamar:
— Socorred, mis caballeros,
socorred sin mas tardar;
creo son mis enemigos,
que me vienen á matar. —
La Melisenda discreta
le empezara de hablar:
— No te congojes, señor,
no quieras pavor tomar,
que yo soy una morica
venida de allende el mar. —
Desque esto oyera el conde
luego conocido la ha:
fuése el conde para ella,
las manos le fué á tomar,
y á la sombra de un laurel
de Vénus es su jugar.

Romance de la linda Melisenda glosado por Francisco de Lora. Pliego suelto. s. l. n. a. — **Glosa nuevamente hecha por Franc. de Lora.** Pliego suelto. s. l. n. a.

1 Ibase para Glosa de Lora. — 2 pasar Glosa de Lora.

INDICACION POR NUMEROS

de los romances ordenados segun las tres clases caracteristicas en que se han intentado establecer.

Clase Ia., ó romances primitivos ó tradicionales:

á ella pertenecen los núms. 2. 4. 5. 6 7. 8. 9. 10. 11. 12. 13. 13a. 15. 16. 17. 19. 20. 23. 24. 26. 29. 30. 30a. 30b. 31. 33. 35. 36. 37. 39. 40. 41. 42. 43. 45. 47. 47a. 50a. 51. 52. 54. 55. 57. 58. 59. 60. 61. 62. 64. 69. 69a 71. 73. 73a. 74. 75. 77. 78. 79. 80. 81. 82. 83. 84. 84a. 85. 86. 88. 88a. 88b 89. 91. 95. 96. 96a. 96b. 98. 99. 101. 102. 107. 109. 113. 114. 116. 117. 118. 119. 120. 121. 122. 123. 124. 129. 130. 131. 132. 133 135. 136. 136a. 137. 138. 139. 140. 141. 142. 143. 144. 146. 146a. 147. 150. 151. 153. 154. 157. 158. 159. 161. 168. 169. 170. 179. 183. 185. 186. 196. 197. 198.

Clase IIa., ó romances primitivos refundidos por los eruditos ó poetas artísticos:

á ella pertenecen los núms. 1. 3. 3a 3b. 5a. 14. 18. 21. 22. 27. 28. 32. 34. 38. 42a. 44. 46. 47b. 48. 49. 50. 56. 61a. 63. 65. 66. 66a. 67. 67a. 68. 70. 71a. 72. 76. 78a. 82a. 85a. 85b. 87. 90. 92. 92a. 93. 94. 95a. 97. 100. 101a. 102a. 102b. 103. 104. 105. 106. 107a. 108. 110. 111. 112. 114a. 115. 125. 126. 127. 128. 134. 145. 148. 149. 152. 155. 156. 160. 161a. 182. 191.

Clase IIIa., ó romances juglarescos:

á ella pertenecen los núms. 25. 53. 154a. 162. 163. 164. 165. 166. 167. 171. 172. 173. 174. 175. 176. 177. 177a. 178. 180. 181. 184. 185a. 187. 188. 189. 190. 192. 193. 194. 195.

INDICE ALFABETICO GENERAL

de los dos volúmenes de esta obra, formado por los primeros versos de cada romance, y de los que en algunos se incluyen, con la indicacion de la clase á que pertenecen, y de las fuentes ó documentos antiguos donde existen.

ABREVIATURAS.

C. s. a.	equivale á	Cancionero de rom. ed. sin año.
C. 1550.	„ „	Canc. de rom. ed. 1550.
C. 1570.	„ „	Canc. de rom. ed. de Medina, 1570.
Cab.	„ „	Romance caballeresco del ciclo carlovingio.
C. F.	„ „	Cancionero llamado Flor de enamorados.
C. G.	„ „	Cancionero general (de Constantina, y de Hernando del Castillo).
Cod.	„ „	Códice manuscrito.
E.	„ „	Escobar, Romancero del Cid.
F.	„ „	Floresta de varios romances.
Hist.	„ „	Romance histórico.
Hit.	„ „	Gines Perez de Hita, Historia de los bandos de Cegríes, etc.
N.	equivale á	Romance novelesco, ó caballeresco suelto.
P. S.	„ „	Pliego suelto.
S.	„ „	Silva de varios romances. ed. de 1550.
Sep.	„ „	Sepúlveda Romances nuevamente sacados. ed. de 1566.
T.	„ „	Tomo.
Tim.	„ „	Timoneda, Rosas de rom.
V.	„ „	Véase.
I.	equivale á	Clase primera, ó de rom. primitivos y tradicionales.
II.	„ „	Clase segunda, ó de rom. primitivos refundidos por los eruditos ó poetas artísticos.
III.	„ „	Clase tercera, ó de rom. juglarescos.

	No.	Clase.	Tomo y Pag.
Abenámar, Abenámar, — moro — el dia. — Hist. Hit. . . .	78a	II.	I. 253
Abenámar, Abenámar, — moro — qué. — Hist. S. T. I. — C. s. a. y 1550. C. 1570. — Tim. P. S.	78	I.	I. 250
A Calatrava la vieja. — Hist. — C. s. a. y 1550. S. T. I. . . .	19	I.	I. 61
A caza iban, á caza. — N. — C. s. a. y 1550.	119	I.	II. 22
A cazar va don Rodrigo. — Hist. — C. s. a. y 1550. S. T. I. .	26	I.	I. 90
A cazar va el caballero. — N. — C. s. a. y 1550.	151	I.	II. 74
A caza va el Emperador. — Cab. — C. 1550. — P. S.	191	II.	II. 372
A concilio dentro en Roma. — Hist. — E. Tim.	34	II.	I. 111
Afuera, afuera Rodrigo. — Hist. — C. s. a. y 1550. S. T. I. .	37	I.	I. 116
Allá en Granada la rica. — Hist. — Hit.	81	I.	I. 259

	No.	Clase.	Tomo y Pag.
Alora la bien cercada. — Hist. — Cod. del siglo XVI. — P. S. — Tim.	79	I.	I. 254
Al pié de una verde haya. — N. — Tim.	123	I.	II. 29
Al rey Chico de Granada. — Hist. — Hit.	92a	II.	I. 300
A misa va el Emperador. — Cab. — P. S.	192	III.	II. 376
Amores trata Rodrigo — descubierto — á la Cava — de quien anda. — Hist. — C. 1570. — C. F.	3a	II.	I. 10
Amores trata Rodrigo — descubierto — á la Cava — de quien era. — Hist. — S. ed. de Barcelona, 1557.	3	II.	I. 8
Andados treinta y seis años. — Hist. — C. s. a. y 1550. S. T. I.	10	I.	I. 29
Arias Gonzalez responde. — V. Despues que Vellido Dolfos — aquel.			
Arriba canes, arriba. — N. — C. s. a. y 1550. — S. T. I.	124	I.	II. 31
Asentado está Gaiferos. — Cab. — C. s. a. y 1550. — S. T. II. Cod. del siglo XVI. — F. — P. S.	173	III.	II. 229
A tal anda don García. — N. — C. s. a. y 1550. — S. T. I. — C. F.	133	I.	II. 43
A tan alta va la luna. — Cab. — C. 1550.	170	I.	II. 220
Ay cuán linda que eres, Alba. — N. — C. F. — Tim.	136a	I.	II. 53
Ay Dios qué buen caballero — el maestre — cuán bien que — Hist. — S. T. II.	88	I.	I. 282
Ay Dios qué buen caballero — el maestre — oh cuán bien. — Hist. — Cod. del siglo XVI. — Tim.	88a	I.	I. 283
Ay Dios qué buen caballero — el maestre — qué bien que — Hist. — P. S.	88b	I.	I. 288
Ay Dios qué buen cabellero — fué don Rodrigo. — Hist. — S. T. II.	20	I.	I. 65
Bien se pensaba la reina. — N. — C. s. a. y 1550. — S. T. I.	159	I.	II. 92
Blanca sois, señora mia. — N. — C. 1550.	136	I.	II. 52
Bodas hacian en Francia. — N. — C. 1550. Tim. P. S.	157	I.	II. 90
Buen alcaide de Cañete — mal — en — hecho asaz. — Hist. — Sep.	73a	I.	I. 239
Buen alcaide de Cañete — mal — en — hecho se. — Hist. P. S.	73	I.	I. 237
Buen conde Fernan Gonzalez. — Hist. — C. s. a. y 1550. S. T. I.	17	I.	I. 54
Cabalga Diego Lainez. — Hist. — C. s. a. y 1550. — S. T I.	29	I.	I. 96
Caballero de lejas tierras. — N. — P. S.	156	II.	II. 88
Caballeros de Moclin. — Hist. — C. 1550. — P. S.	77	I.	I. 248
Caballero, si á Francia ides. — N. — Cod. del siglo XVI. — Tim.	155	II.	II. 87
Cada dia que amanece. — Hist. — C. s. a. — S. T. I.	30	I.	I. 99
Cansados de pelear. — Hist. — Sep.	22	II.	I. 72
Casamiento se hacia. — Hist. — S. T. II. — P. S.	27	II.	I. 91
Castellanos y Leoneses. — Hist. — C. s. a. y 1550. — S. T. I.	16	I.	I. 51
Cata Francia, Montesinos. — Cab. — C. s. a. y 1550.	176	III.	II. 267
Cercada está Santa Fe. — Hist. — Hit.	93	II.	I. 302
Compañero, compañero. — N. — C. 1550.	142	I.	II. 60
Con cartas y mensajeros. — Hist. — C. 1550.	13a	I.	I. 40

	No.	Clase.	Tomo y Pag.
Cuál será aquel caballero. — Hist. — P. S.	94	II.	I. 306
Cuán traidor eres, Marquillos. — N. — Tim.	120	I.	II. 23
Dadme nuevas, caballeros. — Hist. — S. T. II. — Sep. . . .	80	I.	I. 256
De amores trata don Rodrigo. — Hist. — Tim.	3 b	II.	I. 11
De Antequera partió el moro. — Hist. — C. s. a. y 1550. — S. T. I.	74	I.	I. 241
De concierto están los condes. — Hist. — C. s. a. y 1550. — S. T. I. — P. S. — Tim.	57	I.	I. 179
De Francia partió la niña. — N. — C. s. a. y 1550. — S. T. I.	154	I.	II. 82
De Francia salió la niña. — N. — P. S.	154 a	III.	II. 83
De Granada parte el moro. — Hist. — S. T. II. — P. S. — Tim.	90	II.	I. 293
Del soldan de Babilonia. — Cab. — C. 1550.	196	I.	II. 414
De Mérida sale el palmero. — Cab. — C. s. a. y 1550. — S. T. II. — F. — P. S.	195	III.	II. 408
De Mantua salen apriesa. — Cab. — C. s. a. y 1550. — S. T. II. F. — P. S.	166	III.	II. 195
De Mantua salió el marques. — Cab. — C. s. a. y 1550. — S. T. II. — F. — P. S.	165	III.	II. 171
Despues que el rey don Rodrigo. — Hist. — C. s. a. y 1550. — S. T. I.	7	I.	I. 21
Despues que Vellido Dolfos — aquêl. — Hist. — C. s. a. y 1550. — S. T. I. — Tim.	53	III.	I. 161
Despues que Vellido Dolfos — ese. — Hist. — E.	48	II	I. 147
De Zamora sale el Dolfos. — Hist. — C. 1570. — E.	46	II.	I. 138
Dia era de los Reyes. — Hist. — C. 1550.	30 b	I.	I. 103
Dia era de San Anton. — Hist. — Argote de Molina. — C. s. a. y 1550. — S. T. I.	82	I.	I. 263
Dia era de San Jorge. — Cab. — C. s. a. y 1550. — S. T. II. .	187	III.	II. 326
Doliente estaba, doliente. — Hist. — C. s. a. y 1550. — S. T. I.	35	I.	I. 113
Domingo era de Ramos. — Cab. — C. s. a. — P. S.	183	I.	II. 313
Dónde vienes, Gerineldo. — V. Gerineldo, Gerineldo.			
Don García de Padilla. — Hist. — Tim.	69	I.	I. 225
Don Rodrigo de Padilla. — Hist. — S. T. II.	69 a	I.	I. 228
Don Rodrigo rey de España. — Hist. — C. s. a. y 1550. — S. T. I. Tim.	2	I.	I. 6
Doña Maria de Padilla — no os mostredes triste, no. — Hist. — S. T. II. — Tim.	68	II.	I. 221
Doña Maria de Padilla — no os mostreis tan triste vos. — Hist. — C. 1550.	68 a	II.	I. 223
Doña Urraca la infanta. V. Despues que Vellido Dolfos — aquel.			
Durandarte, Durandarte. — Cab. — C. G. de Constantina. — C. G. de Castillo. — C. s. a. y 1550. — S. T. I. — P. S. .	180	III.	II. 307
Durmiendo está el rey Almanzor. — Cab. — C. 1550.	197	I.	II. 415
El rey don Juan Manuel. — Hist. — S. T. II.	105	II.	I. 348
El viejo rey don Alfonso. — Hist. — Sep.	63	II.	I. 198

	No.	Clase.	Tomo y Pag.
Emperatrices y reinas — cuantas. — Hist. — C. 1550.	102 b	II.	I. 338
Emperatrices y reinas — que. — Hist. — S. T. II. — P. S. .	102 a	II.	I. 336
En aquellas peñas pardas. — N. — C. F.	137	I.	II. 55
En Arjona estaba el duque. — Hist. — C. 1550.	70	II.	I. 232
En Burgos está el buen rey — asentado. — Hist. — E. — Tim.	30 a	I.	I. 100
En Burgos está el buen rey — don. — Hist. — C. 1550. . . .	61 a	II.	I. 191
En Castilla está un castillo. — Cab. — C s. a. y 1550.	179	I.	II. 305
En Ceuta estaba el buen rey. — Hist. — Tim.	106	II.	I. 350
En Ceuta está Julian. — Hist. — C. 1550. — P. S. — Tim. . .	4	I.	I. 13
Encontrádose ha el buen Cid. — Hist. — E.	56	II.	I. 178
En corte del casto Alonso. — Hist. — C. s. a. y 1550. — S. T. I.	9	I.	I. 27
En el nombre de Jesus. — Cab. — C. s. a. y 1550. — S. T. II. F. — P. S.	167	III.	II. 211
En el tiempo que Mercurio. — N. — S. ed. de 1582. — C. F. .	112	II.	II. 13
En el tiempo que reinaba. — N. — S. T. II. — Tim. — F. .	162	III.	II. 102
En esa ciudad de Burgos. — Hist. — C. s. a. y 1550. — S. T. I.	61	I.	I. 188
En gran pesar y tristeza. — Hist. — C. s. a. y 1550. — S. T. I.	11	I.	I. 32
En las almenas de Toro. — Hist. — Tim.	54	I.	I. 174
En las cortes de Leon. — Hist. — P. S.	14	II.	I. 42
En las salas de Paris — en el. — Cab. — C. s. a. y 1550. — S. T. II. — F. — P. S.	177 a	III.	II. 279
En las salas de Paris — en un. — Cab. — P. S.	177	III.	II. 273
En los campos de Alventosa. — Cab. — C. 1550.	185 a	III.	II. 318
En los reinos de Leon. — Hist. — C. 1550.	8	I.	I. 26
En misa está el Emperador. — Cab. — P. S.	194	III.	II. 401
Enojáda estaba Roma. — Hist. — Tim.	1	II.	I. 3
En Paris está doña Alda. — Cab. — C. 1550.	184	III.	II. 314
En Santa Agueda de Burgos. — V. En Santa Gadea de Burgos.			
En Santa Gadea de Burgos. — Hist. — C. s. a. y 1550. — S. T I. E. — Tim.	52	I.	I. 158
En Sevilla está una hermita. — N. — P. S.	143	I.	II. 62
En Toledo estaba Alfonso. — Hist. — C. 1570. — E.	51	I.	I. 155
Entre dos reyes cristianos. — Hist. — S. T. II. — P. S. . . .	38	II.	I. 118
Entre la gente se dice. — Hist. — S. T. II.	67	II.	I. 213
Entre las gentes se suena. — Hist. — Cod. del siglo XVII. .	67 a	II.	I. 2
Entre muchos moros sabios. — N. — Tim.	127	II.	II. 33
Esa guirnalda de rosas. — N. — P. S.	144	I.	II. 63
Ese buen Diego Lainez. — Hist. — C. F. — Tim.	28	II.	I. 94
Ese conde don Manuel. — N. — Cod. del siglo XVI. — Tim.	134	II.	II. 45
Estaba la linda infanta. — N. — C. s. a. y 1550.	118	I.	II. 21
Estábase don Reinaldos. — Cab. — C. s. a. y 1550. — S. T. II. — P. S.	188	III.	II. 335
Estábase el conde Dirlos. — Cab. — C. s. a. y 1550. — S. T. II. — F. — P. S.	164	III.	II. 129
Estábase la condesa. — Cab. — C. s. a. y 1550. — P. S. . . .	171	III.	II. 222

	No.	Clase.	Tomo y Pag.
Estando el rsy don Fernando — en — con. — Hist. — P. S.	95	I.	I. 308
Estando el rey don Fernando — en — donde. — Hist. — Hit. —	95 a	II.	I. 313
Esta noche, caballeros. — N. — Tim.	139	I.	II. 57
Estáse la gentil dama. — N. — Canc. de obras de burlas. — P. S.	145	II.	II. 64
Ferido está don Tristan. — N. — C. s. a. y 1550.	146	I.	II. 66
Fonte frida, fonte frida. — N. — C. G. de Const. y de Cast. — C. s. a. y 1550. — S. T. I. — P. S.	116	I.	II. 19
Galiarda, Galiarda. — N. — P. S.	138	I.	II. 56
Gerineldo, Gerineldo. — N. — P. S.	161 a	II.	II. 97
Grandes guerras se publican. — N. — Tradicional.	135	I.	II. 48
Guarte, guarte, rey don Sancho. — V. Rey don Sancho, rey don Sancho — no — que de dentro.			
Helo, helo por do viene — el infante. — N. — C. s. a. y 1550. — S. T. I.	150	I.	II. 72
Helo, helo por do viene — el moro. — Hist. — C. s. a. y 1550. — S. T. I. — F. — Tim.	55	I.	I. 175
Herido está don Tristan. — N. — Cod. del siglo XVI. — P. S.	146 a	I.	II. 66
Jugando estaba el rey moro. — Hist. — C. s. a. y 1550. — S. T. I. — Argote de Molina. — Tim.	83	I.	I. 269
Junto al muro de Zamora. — Hist. — S. T. II.	43	I.	I. 133
Junto al vado de Jenil. — Hist. — C. 1570. — Tim.	91	I.	I. 296
La bella mal maridada. — N. — Sep. — P. S.	142	I.	II. 60
La mañana de San Juan. — Hist. — S. T. II. — Sep. — Tim. — P. S	75	I.	I. 245
Las cartas y mensajeros. — Hist. — S. T. II.	13	I.	I. 37
Las huestes de don Rodrigo. — Hist. — C. s. a, y 1550. — S. T. I. —	5	I.	I. 15
La triste reina de Nápoles. — Hist. — C. s. a.	102	I.	I. 335
Levantóse Gerineldo. — N. — P. S.	161	I.	II. 96
Los aires andan contrarios. — Hist. — P. S.	98	I.	I. 326
Los cielos andan contrarios. — V. Los aires andan contrarios.			
Los vientos eran contrarios. — Hist. — Tim. — F. — P. S. .	5 a	II.	I. 17
Lunes se decia, lunes — Hist. — C. F. — Tim.	107 a	II.	I. 353
Mala la vistes, franceses. — Cab. — C. s. a. y 1550. — F. — P. S.	186	I.	II. 321
Malas mañas habeis, tio. — N. — C. 1550.	113	I.	II. 15
Mandó el rey prender Vergilios.— N. — C. s. a. y 1550. — P. S.	111	II.	II. 11
Mastredajes, marineros. — Hist. — Hit. T. II.	97	II.	I. 323
Media noche era por filo. — los — conde. — Cab. — C. s. a. y 1550. — S. T. II. — F. — P. S.	190	III.	II. 358
Media noche era por filo — los — cuando. — Cab. — P. S. .	174	III.	II. 248
Mensajeros le han entrado. — Hist. — Hit.	92	II.	I. 298
Mi padre era de Ronda. — N. — C. s. a. y 1550. — S. T. I. — Tim. —	131	I.	II. 41

	No.	Clase.	Tomo y Pag.
Miraba de campo viejo — el — miraba — como — mira. — Hist. — C. s. a. y 1550.	101 a	II.	I. 334
Miraba de campo viejo — el — miraba — como — miraba. — Hist. — S. T. II. — F. — P. S.	101	I.	I. 332
Mis arreos son las armas. — N. — C. s. a. y 1550. — S. T. I. .	125	II.	II. 32
Moriana en un castillo. — N. — Cod. del siglo XVI. — C. F. — Tim.	121	I.	II. 25
Moricos, los mis moricos — los — derribédesme — esa ciudad. — Hist. — C. s. a y 1550. — S. T. I.	71 a	II.	I. 235
Moricos, los mis moricos — los — derribédesme — esa villa. — Hist. — Argote de Molina. — P. S.	71	I.	I. 234
Morir vos queredes, padre. — Hist. — C. s. a. y 1550. — S. T. I.	36	I.	I 115
Moro alcaide, moro alcaide — él de la barba. — Hist. — C. 1550.	84	I.	I. 270
Moro alcaide, moro alcaide — él de la vellida. — Hist. — Hit.	84 a	I.	I. 271
Moro, si vas á la España. — N. — Tradicional.	130	I.	II. 38
Muchas veces oí decir. — Cab. — S. ed. de 1582. — F. — P. S.	175	III.	II. 251
Muerto yace Durandarte. — Cab. — F. — Tim. — P. S. . . .	182	II.	II. 310
Muy malo estaba Espinelo. — N. — C. F. — Tim.	152	II.	II. 77
Nosotros Dardin Dardeña. — V. En el nombre de Jesus.			
Nunca fuera caballero. — N. — C. s. a. y 1550. — P. S.	148	II.	II. 69
Nuño vero, Nuño vero. — Cab. — C. s. a. y 1550. — S. T. I. .	168	I.	II. 217
Oh Belerma, oh Belerma. — Cab. — C. s. a. y 1550. — P. S.	181	III.	II. 308
Oh Valencia, oh Valencia. — N. — Tradicional.	129	I.	II. 36
Parida estaba la infanta. — N. — P. S.	160	II.	II. 94
Pártese el moro Alicante. — Hist. — S. T. II.	24	I.	I. 77
Paseábase el buen conde. — N. — C. G. ed. de 1554. 2 a. Parte. — P. S.	117	I.	II. 20
Paseábase el rey moro — por — cartas. — Hist. — C. s. a. y 1550. — S. T. I. — Tim.	85	I.	I. 272
Paseábase el rey moro — por — desde. — Hist. — Hit. . . .	85 a	II.	I. 274
Por aquel postigo viejo — que — vi venir pendon. — Hist. — C. s. a. y 1550. — S. T. I. — Tim.	50	II.	I. 152
Por aquel postigo viejo — que — vi venir seña. — Hist. — P. S.	50 a	I.	I. 154
Por el mes era de mayo. — N. — C. s. a. y 1550. — S. T. I. .	114 a	II.	II. 16
Por el val de las Estacas — el. — Hist. — S. T. II. — Tim. .	32	II.	I. 107
Por el val de las Estacas — pasó. — Hist. — Cod. del siglo XVI.	31	I.	I. 105
Por Guadalquivir arriba — cabalgan. — Hist. — P. S.	58	I.	I. 182
Por Guadalquivir arriba — el. — V. Abenámar, Abenámar.			
Por la ciudad de Granada. — Hist. — Hit.	85 b	II.	I. 276
Por la matanza va el viejo. — Cab. — C. s. a. — S. T. I. — F.	185	I.	II. 316
Por las riberas de Arlanza. — Hist. — Tim.	12	I.	I. 35
Por las sierras de Moncayo. — N. — C. s. a. y 1550. — S. T. I.	126	II.	II. 32
Por la vega de Granada. — Hist. — Tim.	87	II.	I. 279
Por los bosques de Cartago. — N. — C. 1550. — Tim. — P. S.	110	II.	II. 7
Por los campos de Jerez — á caza — allegóse. — Hist. — S. T. II.	66	II.	I. 209

	No.	Clase.	Tomo y Pag.
Por los campos de Jerez — á caza — en llegando. — Hist. — Tim. P. S.	66 a	II.	I. 211
Preguntando está Florida. — V. Mi padre era de Ronda.			
Preso está Fernan Gonzalez — el buen. — Hist. — C. 1570. — S. T. II. — Tim.	18	II.	I. 56
Preso está Fernan Gonzalez — el gran. — Hist. — C. 1550.	15	I.	I. 48
Quéjome de vos, el rey. — Hist. — C. s. a. y 1550. — S. T. I. — P. S.	108	II.	I. 356
Que por mayo era, por mayo. — N. — C. G. de Const. y de Cast.	114	I.	II. 16
Quién es aquel caballero. — Hist. — Sep.	21	II.	I. 68
Quién hubiese tal ventura. — N. — C. s. a. y 1550. — P. S.	153	I.	II. 80
Reduan, bien se te acuerda. — Hist. — Hit.	72	II.	I. 236
Reina Elena, reina Elena. — N. — P. S.	109	I.	II. 3
Retraida estaba la reina. — Hist. — Cod. del siglo XV.	100	II.	I. 329
Retraida está la infanta. — N. — C. s. a. y 1550. — S. T. II. — F. — P. S.	163	III.	II. 111
Rey don Sancho, rey don Sancho — cuando — corrió. — Hist. — P. S. — Tim.	33	I.	I. 108
Rey don Sancho, rey don Sancho — cuando — le. — Hist. — S. T. II. — Tim. — P. S.	39	I.	I. 120
Rey don Sancho, rey don Sancho — no — que del. — Hist. — Tim.	44	II.	I. 134
Rey don Sancho, rey don Sancho — no — que de dentro. — Hist. — C. s. a. — S. T. I.	45	I.	I. 137
Rey don Sancho, rey don Sancho — ya. — Hist. — S. T. II.	40	I.	I. 122
Riberas del Duero arriba — cabalgan — en. — Hist. — S. T. II. — P. S.	41	I.	I. 124
Riberas del Duero arriba — cabalgan — las armas. — Hist. — P. S.	42	I.	I. 127
Riberas del Duero arriba — cabalgan — las divisas. — Hist. — E. — Tim. —	42 a	II.	I. 129
Rio verde, rio verde — cuanto. — Hist. — Hit.	96 b	I.	I. 321
Rio verde, rio verde — mas. — Hist. — C. s. a y 1550. — S. T. I.	96	I.	I. 316
Rio verde, rio verde — tinto. — Hist. — Hit.	96 a	I.	I. 319
Rodillada está Moriana. — N. — Cod. del siglo XVI. — Tim.	122	I.	II. 27
Rosa fresca, rosa fresca. — N. — C. G. de Const. y Cast. — C. s. a. y 1550. — S. T. I. — P. S.	115	II.	II. 18
Sálese Diego Ordoñez. — Hist. — P. S.	47 a	I.	I. 143
Saliendo de Canicosa. — Hist. — S. T. II.	23	I.	I. 75
Santa Fe, cuán bien pareces. — Hist. — S. T. II.	89	I.	I. 289
Sevilla está en una torre. — N. — Tim.	128	II.	II. 35
Suspira por Antequera. — Hist. — Tim. — P. S.	76	II.	I. 247
Tan claro hace la luna. — Cab. — C. s. a. — P. S.	169	I.	II. 218
Tiempo es, el caballero. — N. — C. 1550. — P. S.	158	I.	II. 91
Todas las gentes dormian. — Cab. — P. S.	198	I.	II. 417

	No.	Clase.	Tomo y Pag.
Tres Cortes armara el rey. — Hist. — C. s. a. y 1550. — S. T. I.	58	I.	I. 182
Tres hijuelos habia el rey. — N. — C. 1550.	147	I.	II. 68
Tristes van los zamoranos. — Hist. — Tim.	48	II.	I. 147
Un dia de San Anton. — V. Dia era de San Anton.			
Un lunes á las cuatro horas. — Hist. — S. T. II.	107	I.	I. 351
Válasme nuestra Señora. — Hist. — C. s. a. y 1550. — S. T. I. — P. S.	64	I.	I. 201
Vámonos, dijo mi tio. — Cab. — C. s. a. y 1550. — P. S. . . .	172	III.	II. 226
Ya cabalga Calainos. — Cab. — C. s. a. y 1550. — F. — P. S.	193	III.	II. 386
Ya cabalga Diego Ordoñez. — Hist. — C. 1550. — P. S. . . .	47	I.	I. 142
Ya piensa don Bernaldino. — N. — C. s. a. y 1550. — S. T. I. .	149	II.	II. 71
Ya que estaba don Reinaldos. — Cab. — C. s. a. y 1550. — P. S.	189	III.	II. 346
Ya repican en Andújar. — V. Dia era de San Anton.			
Ya se asienta el rey Ramiro. — Hist. — C. s. a. y 1550. — S. T. I.	99	I.	I. 328
Ya se partia el rey moro. — V. Ya se salia el rey moro. .			
Ya se sale de la priesa. — Hist. — C. s. a. y 1550. — S. T. I. .	6	I.	I. 19
Ya se sale Diego Ordoñez. — Hist. — Tim.	47 b	II.	I. 145
Ya se sale el rey moro. — V. Ya se salia el rey moro.			
Ya se sale Guiomar. — Cab. — P. S.	178	III.	II. 290
Ya se salen de Castilla. — Hist. — P. S.	25	III.	I. 81
Ya se salen de Jaen. — Hist. — Tim.	82 a	II.	I. 266
Ya se sale por la puerta. — V. Despues que Veilido Dolfos — aquel.			
Ya se salia el rey moro. — Hist. — C. s. a. y 1550. — S. T I. — Tim.	86	I.	I. 278
Yo me adamé una amiga. — N. — C. s. a. y 1550. — S. T. I. .	141	I.	II. 59
Yo me era mora Moraima. — N. — C. s. a. y 1550. — S. T. I. — C. G.	132	I.	II. 42
Yo me estaba allá en Coimbra. — Hist. — C. s. a. y 1550. — S. T. I. — Tim.	65	II.	I. 205
Yo me estaba en Barbadillo — V. A Calatrava la vieja.			
Yo me estando en Giromena. — Hist. — C. s. a. y 1550. — S. T. I. — Tim. — P. S. —	104	II.	I. 343
Yo me estando en Tordesillas. — Hist. — C. s. a. y 1550. — S. T. I.	103	II.	I. 341
Yo me estando en Valencia. — Hist. — S. T. II.	60	I.	I. 185
Yo salí de la mi tierra. — Hist. — Alonso de Fuentes . .	62	I.	I. 197

ADICIONES, CORRECCIONES Y ENMIENDAS.

Tom.	Pag.	Línea.	Dice:	Léase:
I.	IV	2 de arriba	y arte	ni arte
„	VII	8 „	apóstrofes	apóstrofos
„	X	10 „	del gesta de	de gesta del
„	„	13 „	ésence	essence
„	XI	16 „	eolecciones	colecciones
„	XII	10 „	sí al menos	al menos
„	XIII	17 „	— faltan	— que faltan
„	XIV	12 „	france e stuvieron	franceses tuvieron
„	XV	3 „	aquestas	aquellas
„	XVI	13 „	semejase	se asemejase
„	XVIII	4 „	este rimar	este modo de rimar
„	XIX	16 „	sino	si no
„	XXII	19 „	seña	señal
„	XXVII	9 „	sigo	siglo
„	XXXI	18 „	de una	en una
„	XXXIII	12 „	huvo	hubo
„	„	17 „	pero no	pero ya no
„	XXXIV	17 „	queriendo mas	queriendo ya mas
„	XXXV	12 „	rumbo universal, al	rumbo universal, el
„	„	15 „	cociedad	sociedad
„	XLI	última de abajo	civilazacion	civilizacion
„	XLVI	21 y 22 de arriba	ari-stocrático	aris-tocrático
„	LIV	12 de arriba	y los	y por los
„	LXII	17 „	rida dtan	ridad tan
„	LXX	9 „	mancionada	mencionada
„	LXXIX	3 de abajo	o	ou
„	„	3 „	nao	não
„	„	2 „	senao	senão
„	LXXXIV	13 „	descendenes	descendentes
„	„	10 „	superstiçoes	supertições
„	„	9 „	appariçoes	aparições
„	LXXXVI	9 de arriba	cloro	claro
„	LXXXVII	5 „	sobro	sobre
„	XC	17 „	e contienen	se contienen
„	„	21 „	en et	en el

Tom.	Pag.	Línea.	Dice:	Léase:
I.	14	11 de arriba	enseña	ensaña
„	23	13 „	Preguntole	Preguntóle
„	25	12 „	1 0.	1550
„	43	23 „	señaladó	señalado
„	49	16 „	normanno	normando
„	70	5 „	O	Oh
„	70	28 „	valencía	valentía
„	71	17 „		
„	72	3 „	tenian	teñian
„	100	penúltima de ab.	queadvos	quedadvos
„	108	10 de arriba	en contróle	encontróle
„	126	7 „	Arias.	Arias,
„	128	2 „	entramhos	entrambos
„	145	última de abajo	lol	los
„	151	última de abajo	esperon el	esperan en el
„	155	3 „	finaba	fincaba
„	202	8 „	mujerés	mujeres
„	221	15 y 19 de arr.	Ortíz	Ortiz
„	224	penúltima de ab.	les	los
„	225	5 de arriba	eso	ese
„	227	22 „	quiera	quiero
„	229	8 „	hayas	hayais
„	232	penúltima de ab.	trajise	trajese
„	235	3 de arriba	Noblesa	Nobleza
„	237	7 de abajo	despues el	despues del
„	239	2 de arriba	los	las
„	242	3 de abajo	socorrse	socorres
„	250	16 „	morcría	morería
„	„	4 „	á	ó
„	„	3 „	ó	á
„	251	7 de arriba	cíen	cien
„	339	8 de abajo	fallecó	falleció
„	343	3 „	vido	vide
„	353	6 de arriba	cuantos	cuantos
II.	16	14 de arriba	galárdon	galardon
„	20	última de abajo	azuar	ajuar
„	37	10 de arriba	ta	la
„	42	7 de abajo	portugnez	portugues

„ 53 Póngase al romance no. 136, la nota siguiente: El erudito señor Edélestand Du Méril ha publicado en su excelente obra intitulada: *Histoire de la poésie scandinave. Prolegomènes* (Paris. 1839. pag. 466 y 467), una traduccion francesa (en prosa) de este romance, y alegado los cantos populares, tratando del mismo asunto, de los Suecos, Daneses y Escoseses.

„ 56 Anótese al romance no. 137: Se echa de ver que este romance debe ser fragmento de alguno mas completo; y en efecto, existe todavia una version mas cabal en portugues, la cual con el título de: „*Justiça de Deus*“, lleva inserta el señor Almeida-Garrett en su *Romanceiro*, Tomo II. pag. 285.

„	80	4 de abajo	la apóstrofe	el apóstrofo
„	86	23 de arriba	aponiéndole	poniéndole

Tom.	Pag.	Línea.	Dice:	Léase:
II.	105	3 de abajo	en noblecida	ennoblecida
„	110	4 „	no es mas	es no mas
„	132	11 „	vertad	verdad
„	151	5 de arriba	par	por
„	153	13 „	y empiezon	empiezan
„	157	última de abajo	llahan	hallan
„	163	4 de arriba	dose	doce
„	179	23 „	sopirar	sospirar
„	195	8 de abajo	es el mas	es mas
„	200	17 „	ápenas	apénas
„	210	6 „	vo	va
„	214	13 y 14 „	para vello se ha apartado, don Roldan leyó la carta,	para vello se ha apartado don Roldan, leyó la carta,
„	288	penúltima de ab.	mando	mandó
„	291	10 de arriba	dentenga	detenga
„	321	5 „	a caza	la caza
„	333	4 de abajo	peloar	pelear
„	348	9 „	acordad	acordado
„	352	9 de arriba	trespasado	traspasado
„	365	última de abajo	y	ya
„	380	3 „	se	le
„	387	9 „	descendé	descende
„	393	19 „	pordóneme	perdóneme
„	394	2 y 3 „	que menos precies los menosprecies doce	que menosprecies los doce
„	407	9 „	eato	esto
„	„	última „	desstaba	desataba
„	416	3 „	puedas	puedes
„	417	5 „	apartienc	pertenece

3

Imprenta de Gustavo Lange en Berlin.

S.F.L. Sundry,
DEC 12 1892